

RICARDO ÁLVAREZ



Hasta que te
ODIÉ

Hasta que te ODIÉ

RICARDO ÁLVAREZ

Copyright © 2023 Ricardo Álvarez
Diseño de cubierta: Mari Luz Montes

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por el autor, viola los derechos reservados y las leyes sobre la propiedad intelectual. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

*Para María, el amor de mi vida.
A tu lado es fácil escribir sobre el amor,
porque me enamoro de ti
todos los días.*

Índice

[Nota del autor](#)

[Hasta que te odié](#)

[INSUFRIBLE](#)

[Insufrible](#)

[Celos](#)

[Lujuria](#)

[Hospital](#)

[Preparación](#)

[Barbacoa](#)

[Pelea](#)

[Florero](#)

[Disculpas](#)

[Desnuda](#)

[Insufrible](#)

[IMPOSIBLE NO AMARTE](#)

[Un nuevo comienzo](#)

[El piso](#)

[BookProject](#)

[Jon](#)

[La celebración](#)

[Sándwich](#)

[Tortilla vegana](#)

[Como en Navidad](#)

[Cumpleaños](#)

[La fiesta](#)

[Poemas](#)

[Viernes](#)

[HASTA QUE TE ODIÉ](#)

[Refugio](#)

[Operación](#)

[Familia](#)

[Adiós](#)

[Celos](#)

[Piero](#)

[«Amigos»](#)

[El día más feliz de mi vida](#)

[Constelación del pingüino](#)

[Peñíscola](#)

[Te odio](#)

[NO QUIERO OLVIDARTE](#)

[Culpable](#)

[Green Day](#)

[Reencuentro](#)

[No debí besarte](#)

[Leyendo](#)

[Pecho](#)

[Intimidad](#)

[Dictando](#)

[De vuelta](#)

[Lo que deseábamos escribir](#)

[Estherides](#)

Nota del autor

«¿Por qué novela comienzo a leer? ¿Leo primero *Hasta que te odié*? ¿O es mejor empezar por *Mientras me olvidas*?». Espera, no te precipites. Permíteme contarte algo.

Toda historia tiene al menos dos puntos de vista y, en esta, tendrás la oportunidad de disfrutar de las dos.

En *Hasta que te odié*, Sara cuenta cómo conoció a Tristán. Nunca imaginó que pudiera enamorarse de aquel idiota insufrible, pero, cuando se da cuenta de que lo ama, comprende que será para siempre... O eso se imagina.

En *Mientras me olvidas*, Tristán narra su versión. Sara es esa pijita un tanto repelente a la que detesta... o eso piensa hasta que la va conociendo y descubre lo inteligente y maravillosa que es. Está convencido de que su amor perdurará para siempre, aunque la vida tiene otros planes.

Ambos cuentan la historia de amor entrañable que viven y comienzan a contarnos su versión cuando están separados el uno del otro. «Vale, pero no has respondido. ¿Por qué novela comienzo?».

En realidad, la elección es tuya. ¿Mi recomendación? Lee primero *Hasta que te odié*. Sin embargo, cada novela tiene entidad por sí misma y se puede leer solo una de ellas, leer primero *Mientras me olvidas* e, incluso, ir alternando entre una y otra para conocer cada parte en cada una de las historias.

Cada una tiene su propio sentido. Sin embargo, todo adquiere un significado pleno cuando se terminan de leer las dos versiones.

Disfruta del camino.

CAPÍTULO 0

*Nunca pensé que podría odiar tanto a alguien por quien daría mi vida
Pero sí, te odio.*

Hasta que te odié

Nunca pensé que podría odiar tanto a alguien por quien daría mi vida. Pero sí, te odio.
No te ibas. No hacías nada. Tenías los ojos llenos de lágrimas, aunque ¿cómo iba a creer
que me querías si me acababas de dejar?

Tus palabras decían una cosa. Tus ojos, otra. Y prefería creerlos a ellos.

Sí, me querías. Por más que quisiera pensar lo contrario para encontrarle un sentido a lo que
estaba pasando, sabía que me amabas. ¡Pero no reaccionabas! Te dije de todo y te llamé de todo.

—Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —chillé—. ¿Por qué
no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Ahí se paró el tiempo.

Tuve que escapar. Me derrumbaba. Y no estabas para salvarme. No esta vez. Quería
salvarte yo, tomarte de la mano y huir del mundo. Sin embargo, en tu dolor percibí que nunca
más me tomarías de la mano. Y no entendía nada. Me sentí impotente. Me sentí impotente y
corrí.

En cuanto giré la esquina tuve que detenerme. No tenía fuerzas. El llanto me ahogaba. Me
apoyé en la pared y traté de tomar aire, pero el sollozo me obligaba a respirar a espasmos.
Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de
estar empapada.

Oí chirriar las ruedas de tu coche. Te habías ido. Me había quedado sola. Ya no había vuelta
atrás. Seguía sin comprender qué había pasado; solo sabía que no quería perderte. Y te habías
ido.

Como pude, llegué a casa y me tumbé en la cama. Solo quería llorar. No sabía por qué te
alejabas de mí. ¿Qué había hecho mal? Repasaba los días anteriores una y otra vez, aunque sabía
que yo no era el problema.

Todavía no había asimilado que estábamos juntos y ya tenía que acostumbrarme a vivir sin
ti. Me habías enseñado a amarte para dejarme. Te odio.

Parte I

INSUFRIBLE

CAPÍTULO 1

De pronto, era como si te hubieras convertido en un extraño de nuevo.

Insufrible

Nuestra historia comenzó el segundo día del segundo curso en la facultad de periodismo. Estaba sentada contigo y con Silvia. Tú y ella habíais roto ese verano, aunque nunca me explicó demasiado (nada, en realidad) sobre el asunto; tampoco quise preguntar. A mí lo que me preocupaba era poder pasar el curso juntos y que nadie se sintiera incómodo. Silvia era mi mejor amiga de siempre. Mi hermana. A ella no la iba a perder, pero temía que tú te alejaras. Después de lo que habíamos vivido juntos, era lo último que deseaba.

—¿Te has alisado el pelo? —le pregunté a Silvia. Siempre me ha encantado su melena afro, que le caía con un volumen espectacular sobre sus hombros, que llevaba al descubierto dejando ver su piel negra y brillante.

—Sí, me apetecía —contestó con indiferencia.

—¡Joder, qué bueno está ese! —exclamé en cuanto entró Piero.

—Ya vino ayer —explicó Silvia—. ¡Está tremendo! Creo que es italiano.

—Buf, vaya prepotente —mascullaste sin apenas levantar la vista. Recuerdo que estabas dibujando un personaje de cómic con un boli azul en una hoja de cuadros.

—Dices eso porque te molesta lo bueno que está —te repliqué.

—Anda, Sara, qué sé yo de eso.

—Los tíos siempre decís lo mismo. Y, sin embargo, ¿sabes qué? Claro que lo sabéis. —Me miraste con esa suficiencia tan insultante que te sale a veces—. Los jueves solíamos ir Jon y yo a cenar algo a *El Rincón de Marc* antes de ir al cine. Uno de esos jueves entró Antoine...

—¿Antoine? —preguntaste con cara de asco—. ¿Antoine sale los jueves? —No quería reírme por un comentario hiriente, aunque no pude evitarlo. Alzaste la vista y me miraste—. Es más, ¿Antoine sale?

—No seas cruel, Tristán —intervino Silvia—. Es un buen tío.

—Sí, sí, no digo lo contrario, pero raro... es raro de cojones.

—Bueno, la cosa es que me levanté a hablar con él. Jon se quedó mirando el partido en el móvil tan tranquilo.

—Ya, ¿y? —me interrumpiste, lacónico.

—¡Déjame acabar, agonías! —contesté, un poco molesta ya—. Pues pedimos otra cerveza y unos nachos.

—Muy relevante para la historia, sí.

—Vaya borde que estás hoy, ¿no? No te cuento más.

—¡Perdón! Sigue, por favor. Me muero por saber si echasteis queso o guacamole.

—¡Imbécil!

Me levanté y me senté tres mesas más adelante. No entendía que te comportaras así después de todo lo que habíamos vivido juntos. De pronto, era como si te hubieras convertido en un extraño de nuevo.

Vi que Piero miraba a un lado y a otro, desorientado. El resto de la gente entraba y se

sentaba; apenas quedaban sitios libres. Vio el asiento que yo tenía al lado y se acercó. Traté de no mirarlo, pero aquellos ojos negros me traspasaron. Aparté la vista, aunque sentía que estaba a mi lado y me puse a temblar como una colegiala.

—*¿Io posso...?* —señaló hacia el asiento de mi izquierda. ¡Lo que faltaba! Con ese acento tan italiano terminé por derretirme.

—Sí, está libre—le ayudé a finalizar la frase.

Lo miré mientras se sentaba. Era alto y de tez morena, con los pómulos muy marcados y labios carnosos. Un Adonis, vamos. Me pareció un poco hortera el pelo engominado hacia atrás. «Muy italiano», pensé. Lo demás, ¡joder!

Se quitó la cazadora de cuero. Llevaba un suéter ajustado negro de cuello cisne que le marcaba los pectorales y dejaba entrever unos brazos fuertes y bien definidos. Miré hacia atrás para llamar la atención de Silvia. Me miró y le señalé a Piero. Ella asintió. Tú levantaste la vista y miraste de reojo a Silvia con desaprobación. Ese fue el inicio de mi relación con Piero, pero también creo que ahí empezó a contarse nuestra historia.

Nos habíamos conocido mucho antes; hacía más de un año. Como novio de mi mejor amiga, yo le insistía a Silvia que teníamos que quedar y conocernos, aunque ella siempre me daba largas. Después, empecé a salir con Jon, que era un buen amigo tuyo; ya no tuvisteis escapatoria.

—Estás muy guapo —le dije a Jon cuando estábamos llegando a la puerta del restaurante en el que habíamos quedado con vosotros.

Con su porte alto, fuerte y elegante le quedaba bien todo, la verdad. Cada mechón de su pelo rubio parecía caer en el sitio exacto, mientras que sus rasgos fuertes contrastaban con la expresividad de sus ojos verdes. Aunque su aspecto era innegablemente atractivo (estaba muy bueno, vamos), eran su personalidad amable y su sonrisa sincera y constante lo que me habían cautivado de él.

—Tú también estás muy guapa. Me encanta cómo te has peinado. —Me acaricié las ondulaciones del pelo que caían sobre mis hombros—. ¿Te has hecho algo? Tienes el pelo más claro.

—Es del sol. Por el verano verás cómo me queda casi rubio. Y los ojos pasan a ser casi verdes.

Me recoliqué el vestido. ¿Para qué me lo habría puesto? ¡Joder, con lo cómoda que estaba yo siempre de vaquero! El tejido del vestido parecía liso, pero algo tenía en la zona de los tirantes que me molestaba. Y me picaba. Nada grave, pero lo justo para sentirme incómoda constantemente.

—Te queda muy bien —me piropeó—. Me encantas cuando vas de tejanos, pero con ese vestido... ¡me matas!

Se acercó a mí y me besó. Os vimos a lo lejos mientras os bajabais del coche. Se me hace extraño pensar en ti como aquel desconocido del que apenas sabía nada.

—¿*Casa Remigio*? ¿En serio aquí hay opciones veganas? —le pregunté a Jon—. Silvia me insistió con eso.

—Sí, tranquila, algo habrá.

—¿Me lo estás diciendo en serio? Joder, Jon, te lo pedí a ti porque eres su amigo y sabes mejor qué sitios le pueden gustar. Y esto parece una residencia de ancianos más que un restaurante.

—Tranquila. A Tristán le vale cualquier cosa.

—Eso espero. Ya le he comentado a Silvia que espero que Tristán me explique algo sobre el veganismo, porque yo no tengo ni idea. No aparece casi nada en los medios y, cuando sale, muestran el veganismo como una moda snob.

Yo iba predispuesta a que me cayeras bien, todo hay que decirlo. En cierta medida, ya te había tomado algo de cariño por cómo hablaba Silvia de ti. Siempre comentaba que la apoyabas de tal manera que sentía cómo había crecido su autoestima desde que estaba contigo. Sin embargo, estuve a punto de cambiar mi opinión cuando te conocí.

Te vi venir. Silvia no mentía: me pareciste muy atractivo. Me tuve que colocar el tirante izquierdo. El maldito tirante me molestaba, pero, además, se caía constantemente. No serías lo que suele salir en las películas como el típico tío bueno. No eras demasiado alto, ni fuerte, pero tenías unos rasgos llamativos y un rollo que te hacía diferente. Traías unos tejanos desgastados y rotos por algunas partes, unas bambas blancas y una cazadora *navy* con capucha que caía con desenfado desde los hombros hasta un poco por debajo de la cintura.

Tu pelo moreno estaba desordenado. Unos pelos te caían hacia delante, otros hacia la derecha y otros se quedaban en su sitio. Me gustó ese rollo, un estilo que solo pueden llevar las personas muy seguras de sí mismas. Cuando te acercaste y nos iban a presentar, me llamaron la atención tus ojos. Eran de color miel, y no destacarían si no fuera por tu mirada vibrante e intensa.

Si supiera lo que nos iba a deparar la vida, hubiera corrido hacia ti y me hubiera lanzado a tus brazos. No hubiera perdido ni un minuto. «Olvídate de Silvia y olvídate de Jon. Estamos hechos el uno para el otro», te hubiera dicho. Quizás hubiera resultado extraño, ¿no? Oye, como primera impresión no hubiera estado nada mal.

—Esta es Sara —nos presentó Silvia a la puerta del restaurante.

—¡Hola! Tenía muchas ganas de conocerte —saludé con euforia mientras estiraba la falda del vestido y me recolocaba los tirantes.

—Ya —respondiste muy seco—. Yo también.

—Silvia me ha hablado tanto de ti que me parece que ya nos conocemos. —Te di dos besos, pero tú apenas pusiste las mejillas.

—¡Qué pasa, tío! —te saludó Jon dándote un fuerte manotazo en la espalda. Te noté distante conmigo, aunque no le di mayor importancia.

Al entrar al restaurante me pareció un sitio demasiado serio. A la izquierda, una barra de madera imponente que parecía tallada a mano, con detalles delicados y barnizados cuidadosamente, daban una personalidad clásica y refinada al local.

Al final de la barra nos esperaba el metre, un hombre de cierta edad, alto, espigado (ceniciento, diría yo), quien nos acompañó a la mesa. El comedor tenía unas veinte mesas redondas (sé que eran veintitrés, pero prefiero que no parezca que tengo una obsesión por contar cosas). Los manteles de tela roja y la pared con láminas de madera similares a las de la barra lo impregnaban todo de un ambiente serio y formal.

Nos sentamos y nos trajeron la carta. Estaba inquieta. Nunca me había parado a conocer con detalle qué significa exactamente ser vegano, ni qué es apto y qué no, aunque no parecía que aquel sitio fuera muy innovador.

—¿Este año vais a ir a Peñíscola de vacaciones otra vez? —me preguntó Silvia para sacar tema.

Ojeaba la carta y, de vez en cuando, te miraba de reojo. Pasabas páginas y páginas mientras torcías el gesto.

—No, este año nos vamos a Florida —respondí.

—No hay mucho donde elegir, no —mascullaste.

Miré a mi alrededor. Unas quince mesas estaban ocupadas (catorce), algunas con cuatro, otras con dos, y una con seis comensales. En total, seríamos unas cuarenta y tres personas.

—Puedes pedir las setas —señaló Silvia en la carta— si les dices que no te echen langostinos. ¿A Florida? ¡Qué pasada!

—Mi tío, el hermano de mi padre, lleva media vida allí. Nos invita todos los veranos, y este año mis padres han dicho que sí.

Al rato, llegó el camarero a tomar la comanda.

—¿Ya saben? —preguntó.

—Yo quería el salteado de boletus, pero sin langostinos, por favor.

—Lo siento, señor. No se pueden modificar los platos respecto a la carta. De todas formas, los langostinos vienen con el cuerpo completo, pelados y sin cabeza, por lo que se pueden apartar si así lo desea.

—Ya. El problema es que soy alérgico. —El camarero te miró y levantó ligeramente las cejas sin decir nada. Me rasqué el hombro izquierdo: no tenía pensado volver a poner aquel vestido—. Voy a pagar lo mismo. ¿No puede suprimir los langostinos?

—No, señor. Lo siento, pero la casa no permite alterar las recetas de los platos.

—Supongo que tampoco podrán suprimir el jamón de la tosta con tomate. —Negó con la cabeza.

Yo no levantaba la vista de la carta. Pasaba páginas, pero, en realidad, era incapaz de concentrarme y leer una línea. Solo atendía a tu conversación con el camarero, preocupada en colocar a cada segundo los putos tirantes del vestido.

—Pues nada. Tráigame una ensalada de lechuga, tomate y cebolla.

—¿Y de plato principal? —preguntó.

—Solo eso. —Cerraste la carta con rabia. El camarero te miró con desprecio.

Mientras el resto pedíamos, tú sacaste el móvil del bolsillo y estuviste un rato con él. Yo me sentía mal. ¿No tenía por qué? Seguramente, no. Le había dicho a Jon que buscara un sitio. Pensaba que reservaría en algún restaurante al que ya hubierais ido. Tendría que haberme ocupado yo. Hubiera encontrado algún restaurante vegano, aunque yo me hubiera quedado sin comer.

—Siento que no tengas mucho donde escoger —me disculpé cuando se fue el camarero.

—No, tranquila.

—Tiene que ser complicado no poder elegir muchas cosas —añadí, pensando que cambiabas el tono que utilizabas conmigo.

—No pasa nada. Ya estoy acostumbrado a ser el raro en todas las reuniones, a que mi padre se ría de mí en cada comida, a no tener elección en los restaurantes, a que me miren como a un bicho raro —hablabas muy deprisa, cada vez más alterado—. Pero tranquila, todo esto es una pose, un esnobismo que sigo porque está de moda.

—Oye, oye. ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

Nos quedamos con la mirada fija el uno en el otro, en silencio. La espalda me empezó a picar horrores. ¿Qué había ahí? ¿Era la puta etiqueta? ¡Qué ganas de llegar a casa y poner el pijama! Estaba tensa y con el corazón latiendo a mil, pero no iba a rascarme; no iba a pestañear siquiera.

—Tristán, tío, córtate —intervino Jon, muy serio.

No apartamos la vista el uno del otro, aunque estar frente a frente contigo me helaba la

sangre. Si no hubieras sido tan borde hasta me hubieras parecido atractivo. Y esa mirada, incluso pretendiendo parecer indiferente, parecía traspasarme, como si fueras capaz de ver qué estaba pensando. Y, como descubrí con el tiempo, sí, tu mirada siempre supo verme.

CAPÍTULO 2

A veces la amistad es eso: no ser honesto ni con una misma para apoyar a la otra persona.

Celos

Al verte enfadado y con esa actitud, se desbloqueó el recuerdo de la primera vez que supe que existías, también en medio de un follón. El año anterior, los de clase habíamos organizado una cena para celebrar el fin de curso. Contratamos a un DJ para que tocara después de la cena. Yo estaba con Ramón, mi novio, y otra pareja: Jaime y Úrsula.

—Sírvenos dos copas —ordenó Jaime a un camarero que pasaba por detrás suyo, cargado con una bandeja repleta de vasos.

—Perdón —respondió—. Solo se atiende en barra.

Jaime arqueó las cejas. Soltó un billete de cincuenta euros encima de la bandeja.

—Dos *Hendrick's tónica*. ¿Vosotras queréis algo? —Levantamos el vaso mediado y negamos con la cabeza—. Y te quedas la vuelta.

El camarero se metió el billete en el bolsillo y asintió. Jaime siempre me pareció un soberbio. Sus padres estaban forrados y, con dieciséis años, sus padres ya le habían regalado tres pisos para que fuera haciendo su dinero vendiendo o alquilando. Aún no podía ponerlos a su nombre, pero ya negociaba con inmuebles.

Era el cliché de niño rico en persona que casi siempre conseguía lo que quería sin plantearse que, la mayoría de las veces, lo conseguía por el dinero y la posición de su familia. La realidad en aquel instituto me hizo ver que eso, que aparentemente puede parecer un estereotipo exagerado, era superado muchas veces por la realidad. También conocí, tengo que decir, a muy buena gente y me llevé de allí muchos amigos.

Mis padres se habían podido permitir enviar a sus hijos a un instituto privado de renombre, aunque la universidad ya suponía un coste inasumible. Delante de algunos de mis amigos de la pandilla era la pija que iba a un instituto privado, pero, en el instituto, era la muerta de hambre que iba a ir a la universidad pública.

—Soy de los que piensa que hay que tratar bien a los empleados si quieres que te traten bien —dijo Jaime.

A los pocos minutos, el camarero estaba detrás de él con las dos copas. Le llamó, pero Jaime estaba cantando a gritos y no se percató de su presencia. El camarero le tocó en el hombro para llamar su atención, pero nada. El volumen de la música era bastante elevado, así que le hice un gesto con la cabeza. Tampoco se enteró. Úrsula me hizo un gesto para que pasara de él.

El camarero, cansado de esperar, se fue. Inmediatamente, un chico de traje se colocó detrás de Jaime. Yo no llegaba a ver su cara: tu cara. Jaime, al fin, se percató de que había alguien detrás suyo. Se giró y te arrebató los dos vasos que llevabas en las manos sin inmutarse. Úrsula y yo nos morimos de la risa con el despiste de Jaime: te había quitado las dos copas por confusión, pensando que eras el camarero.

Era algo anecdótico, gracioso, pero entonces comenzasteis a discutir. No vi nada más que el tumulto que se formó alrededor de vosotros hasta que alguien te sacó de allí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Ramón cuando terminó el lío.
—Jaime lo ha confundido con el camarero: fin de la historia. Pero el payaso ese quería lío.
—¿Le conoces?
—¡Qué voy a conocer yo a ese impresentable!
—Se llama Tristán —me susurró Úrsula cuando no nos podían oír ni Ramón ni Jaime—. Y será un impresentable, pero ¡no veas cómo está!

Tu actitud durante la cena ratificó la imagen de problemático que me había quedado aquel día.

Después de que Jon te recriminara tu actitud, posaste los cubiertos, te levantaste de mala manera y te dirigiste a la barra. Jon fue detrás de ti. Silvia me miró, avergonzada.

—Lo siento, Sara —te disculpó. Yo crucé los brazos y guardé silencio—. Hoy ha tenido un mal día en casa —contó Silvia al notar que estaba enfadada—. Tiene una situación muy jodida.

—¿Y tengo que pagar yo los platos rotos?

—Ya lo sé. No sé qué le ha pasado ahora para que saltara así.... Y no puedo contarte nada, pero lo que tiene encima... —Silvia estaba afectada por la situación, así que asumí que tenía que hacer la vista gorda por mi amiga.

—Vale, vamos a ver si podemos pasar una buena noche.

Le di la mano a Silvia haciéndole ver que pondría de mi parte para salir de aquella situación embarazosa. Después de unos minutos, llegaste con Jon y os sentasteis.

—Sara, quiero pedirte perdón. —No sentí que la disculpa fuera sincera del todo, pero la di por buena. Te noté afectado, aunque estaba claro que no era por haberme hablado de aquella forma. Eso te era indiferente.

—No pasa nada. ¿Un poco de vino?

—No, gracias. —Tomaste la botella de agua y te serviste.

—Sara también escribe —intervino Jon con timidez, intentando sacar un tema que nos interesara a todos.

—Ya —contestaste bastante seco. Noté cómo Silvia te dio una patadita y te miró recriminando tu actitud—. Sí, ya me ha contado Silvia —continuaste cambiando un poco el tono. No sé si te dabas cuenta, pero seguías sonando muy borde.

—¡Es una pasada cómo escribe! —exclamó Jon—. Me encanta.

—Tú qué vas a decir —intentaste bromear... creo. No sé si intentabas cambiar el tono. Lo que me quedaba claro es que a mí ya me tenías un asco...

—No, en serio. Yo no leo mucho, pero pocas veces he leído novelas que me metieran tanto en la historia como las que escribe Sara.

—¡Qué tonto eres! —le respondí después de que se acercara y me diera un beso en la mejilla. Cada vez que alguien comentaba que yo escribía, ¡me hacía tan pequeña!—. No me avergüences.

—¿Qué escribes? —preguntaste.

—Bueno, de todo un poco. —Arqueaste las cejas inconscientemente; quizás pensabas que era la respuesta arquetípica de alguien que dice escribir de todo porque en realidad no escribe de nada—. Sobre todo, novelas.

—Ah. Yo no tengo la constancia para escribir novelas —respondiste, sorprendido. Lo tomé como el primer... ¿halago?... (voy a ser generosa y decir halago) que dirigiste hacia mí—. ¿Algún género en concreto?

—Me gusta mucho la novela negra. He escrito tres de ese género. —Abriste los ojos con asombro—. Y una romántica.

—¿Cuatro novelas ya? —te admiraste.

Me gustó tu reacción, lejos de la actitud condescendiente que tomaba mucha gente cuando se enteraba de que escribía. En muchas miradas notaba un «qué bien que tengas una afición», dando por hecho que «esta pijita», o «niña caprichosa» (o cualquier otra etiqueta que me pusieran) no era capaz de escribir más que algún cuentito por pasar el rato.

—Cuando no está estudiando, está escribiendo. A veces descansa y solo lee —bromeó Jon.

—Nosotros somos más de cosas que se acaban en el día. O en un par como mucho —comentó Silvia, tomándote de la mano con cariño—. Yo con mis cuadros y él con sus poemas.

Cuando sirvieron los platos, tú sacaste un táper pequeñito que contenía avellanas y nueces, y lo volcaste en la ensalada.

—Tengo que ser previsor si no quiero morir de hambre —explicaste con sorna ante mi mirada de curiosidad.

—Toma —te ofreció Silvia la guarnición de patatas cocidas y verduritas salteadas que acompañaban a su plato de salmón.

—Muchas gracias, cariño.

Me pareció muy tierno cómo te ofreció su comida y cómo tú se lo agradeciste dándole un beso con delicadeza en la boca.

Después de aquello, la cena fue bastante amena. Se notaba que no te agradaba estar conmigo, pero sabías que era la mejor amiga de Silvia, así que estabas esforzándote por ser más cordial y amable. O eso quería pensar.

Al salir del restaurante, propuse ir a *El Rincón de Marc*. Quedamos en la primera columna de las tres que separaban las dos zonas del bar. A la derecha estaba la zona de la barra. A la izquierda, había un espacio muy amplio que se utilizaba como comedor hasta la noche, mientras que, en la madrugada, se despejaba y se utilizaba como pista de baile.

Por la tarde era una cervecería tranquila, con música rock a un volumen moderado. Incluso servían hamburguesas, alitas y alguna cosa por el estilo. Sin embargo, a esas horas se convertía en un pub con la música a todo volumen. Y estaba abarrotado. Me parecía que demasiado para ser un jueves.

Yo estaba cortada. Cuando estoy a gusto suelo bailar (bueno, moverme al son de la música intentando no tropezar con mis dos pies izquierdos) y divertirme. Ya lo sabes. Pero aquel día parecía que me habían puesto cemento en las piernas y colgado un collar de monolitos, porque era incapaz de moverme.

Tú, sin embargo, estabas en tu salsa. Di por hecho que alguien tan alternativo tendría problemas para relacionarse, que serías introvertido y un tanto antisocial. Pero no. En cuanto llegamos, te paraste con un grupo de chicos que parecían la antítesis de ti, tan tíos ellos, alardeando a voces de cuánto habían bebido, saltando unos encima de otros.

—¿Qué os pedimos? —os preguntó Silvia a ti y a Jon en cuanto entramos.

—¡Cerveza! —gritó Jon.

—¿Tú, cariño? ¿Una *Ranses*?

—Sí —contestaste levantando el pulgar mientras te movías ligeramente al ritmo de la música—. ¡Ey, Javi!

Te acercaste a otro grupo de chicos y te agarraste por el hombro a uno de ellos, con el que comenzaste a hablar. Reconocí a alguno de los que estaban en ese grupo. Era la pandilla de Jon. Y la tuya, obvio. Jon también se unió a vosotros.

Tardamos un buen rato en volver con las consumiciones en la mano. Seguís cerca de la entrada hablando con vuestros amigos, así que nos colocamos junto a la columna para poder posar las bebidas en la repisa metálica que la rodeaba, donde colocamos también las chaquetas.

—¿Qué cerveza es esa? —te pregunté cuando te uniste a nosotros, esforzándome por entablar conversación.

—¿Eh? —gritaste, acercándote a mí.

—La cerveza. Que no la conozco —chillé para que me oyeras—. ¿Está buena?

—Es la única apta para veganos que tienen, así que sí, no me queda otra que creer que está rica.

—¿Hay alguna que no sea vegana? —me sorprendí. Me di cuenta de que no sabía nada sobre el tema. Anoté mentalmente que investigaría sobre veganismo al día siguiente.

—Casi ninguna lo es.

—Pero... no lo entiendo. Si la cerveza está hecha con cebada y lúpulo. ¿Por qué no es vegana?

—Puf, otro día. Me da pereza hablar de eso aquí —respondiste señalando hacia tu alrededor.

Entendí que no era el mejor momento para conversar. La música tan alta no ayudaba. Me arrepentí de haber propuesto ir allí porque no tenía la confianza para ser yo y divertirme, y tampoco podíamos charlar para conocernos. Aunque tengo que decir que no hiciste ningún esfuerzo por entablar conversación conmigo.

Te acercaste a Silvia simulando bailar, alzando la cerveza al ritmo del reguetón. La tomaste por la cintura y la llevaste hacia ti. Sonreí al ver a mi amiga tan feliz. No solía estarlo.

Jon me agarró e intentó bailar conmigo. Yo le sonreí y le di un beso, pero no me moví. Estaba agarrotada. Me estiraba el vestido constantemente y, con el calor que hacía allí dentro, ya me picaba todo el cuerpo. Me tomaba por los brazos y me los movía para intentar bailar conmigo. Yo le respondía únicamente con media sonrisa forzada.

—¿Te pasa algo? —protestó.

—Nada, solo que no estoy cómoda. Tengo calor y me pica todo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Yo me voy a ir, pero tú quédate. Están ahí todos tus amigos —le respondí señalando a su pandilla.

—No, no. De ninguna manera. Tomamos algo tú y yo en *Sabino*; me apetece estar un rato a solas contigo. —Asentí mientras bebía un trago de cerveza—. Voy al aseo y después nos vamos.

Cuando miré hacia el grupo de amigos de Jon, vi a alguien que bromeaba con otro chico. Me pareció alguien muy interesante. Tenía una sonrisa muy pícaro, cautivadora. De repente se giró y clavó la mirada en mí, una mirada que me penetró y provocó que me respigara como si me hubiera dado un chispazo. ¡Eras tú! ¿Por qué hacía tanto calor allí dentro? Me picaba todo.

Miré hacia el suelo, borrando todos esos pensamientos de mi cabeza. Giré la vista hacia Silvia, quien te estaba mirando con devoción. Yo estaba encantada de que Silvia hubiera encontrado a alguien con quien estuviera a gusto, a alguien que la valorara tanto y la hiciera sentir tan importante, a alguien que apreciara lo bella persona que era.

Tú te diste cuenta de que Silvia te observaba y te volviste hacia ella. Le lanzaste un beso y pusiste tu sonrisa cautivadora. Silvia empezó a tirar de una cuerda imaginaria para que fueras

hacia ella. Empezaste a caminar, haciendo el tonto y simulando que desfilabas como un modelo en la pasarela, aunque te costaba avanzar por la cantidad de gente que había.

A los pocos pasos te cruzaste con Melania. Tú saludaste con media sonrisa e intentaste avanzar, pero se interpuso en tu camino. Te paraste a hablar con ella. La verdad es que se notaba que Melania coqueteaba contigo descaradamente.

—¡Mira! —despotricó Silvia—. ¿Por qué se para con ella?

—¿Os conocéis?

—Sí, sí. Ella es una tía que me cae genial, pero sé que está colgada por él. Y mírale, él ahí, quieto, feliz de que le coqueteen.

—No, mujer. Él ha saludado y está hablando con ella.

—Ya, ya. Míralo qué contento.

—No te hagas mala sangre, que solo están hablando.

—No sé, puede ser. Pero ver que le coquetean sin pudor delante de mí me pone enferma. Además, mírala. Está muy buena, joder. Me dan ganas a mí de enrollarme con ella.

Nos reímos con la broma de Silvia. Y tenía razón: yo no la conocía y me pareció muy atractiva. Vestía con unos vaqueros ajustados, que resaltaban sus curvas de manera sutil pero llamativa, mientras que los botines negros de tacón bajo le daban un poco de altura y mucha elegancia. La camiseta de tirantes negra permitía ver su piel morena y brillante. Como único maquillaje lucía una raya del ojo negro que enmarcaba sus ojos oscuros y ligeramente rasgados, aportando un toque enigmático a su mirada. Todos esos detalles aparentemente simples, junto a una sonrisa que se curvaba de manera juguetona para irradiar diversión y confianza, hacían de ella una mujer capaz de atraer a cualquiera.

Tú y Melania os reíais a la vez que ella se iba aproximando a ti, llegando a rozar sus pechos contra tu brazo. A Silvia se le borró la sonrisa al instante Tú levantaste el brazo y aprovechaste el gesto para extender la palma de la mano despidiéndote de ella. Llegaste hasta donde estábamos nosotras e intentaste tomar a Silvia por la cintura, tal como lo habías hecho antes, aunque esta vez te apartó y dio un paso atrás.

—¿Qué te ocurre?

—Lo estabas pasando muy bien —te reprochó Silvia.

—¿Qué dices?

—Ya te hemos visto coquetear con ella.

Silvia me miró para convertirme en su cómplice. Yo no me moví. No quería entrometerme. Además, aunque entendía que Silvia se pudiera poner celosa en un momento dado, sabía que no tenía ninguna razón en echarte alguna culpa a ti.

—Es una tía que me cae bien y me he parado a hablar con ella —explicaste señalando hacia atrás, donde estaba Melania—. Nada más.

—Ya.

—Estoy flipando. Tú lo has visto, ¿no? —me preguntaste a mí directamente. Se me aceleró el pulso; no me esperaba que me involucraras en eso—. ¿He hecho algo?

—¡Oye, a mí no me metas en tus movidas! —te recriminé, muy seria, mientras me colocaba el tirante izquierdo.

No podías pretender que diera la cara por ti después de cómo te habías comportado conmigo durante toda la noche. No podía decirte que tenías razón. ¿Hubiera sido lo honesto? Es probable, pero a veces la amistad es eso: no ser honesto ni con una misma para apoyar a la otra persona. Tampoco podía mentir, eso sí.

Clavaste la mirada en mí, como para dar pie a que compartiera mi punto de vista. Guardé

silencio, inmóvil, intentando no parpadear para que nadie sospechara qué estaba pensando. Eso sí, por dentro estaba muy nerviosa. Al no encontrar respuesta, miraste a Silvia, quien cruzó los brazos y apartó la vista.

—Alucino.

Agarraste tu cazadora del montón que teníamos en la repisa junto a las cervezas y tiraste de ella con fuerza. Encima de la tuya estaban mi cazadora y la chaqueta de Silvia, que cayeron al suelo. Ni las miraste. Yo sabía que la había cagado. Silvia sabía que la había cagado. Saliste rápidamente del local. Incluso algunos amigos te saludaban de la que pasabas, pero no te detuviste con nadie. No miraste a nadie.

CAPÍTULO 3

Me subió una sensación muy agradable que me inundó el pecho. Amor, creo que lo llaman.

Lujuria

En cuanto te fuiste, Silvia se desmoronó. Comenzó a llorar mientras agachaba la cabeza, porque sabía que había metido la pata. Me acerqué a ella y la abracé.

—¡Cómo soy tan idiota!

—Ay —reprendí con cariño—. No puedes dejarte llevar por tus inseguridades.

—Ya lo sé. ¡Soy imbécil!

—Bueno, mujer. No te martirices. Todos nos cegamos por los celos alguna vez.

—Ahora estará enfadado conmigo. ¿Y si me deja?

—No digas bobadas, anda.

—Ha visto lo tóxica que puedo llegar a ser y dirá: «no, ni de coña estoy con esa chiflada».

—Verás como no es nada. Es normal que ahora se haya molestado, pero se le pasará pronto.

—¿Ves? Hasta tú, que eres mi amiga, sabes que Tristán tiene razón. Imagínate lo que pensará él.

—Pues que eres un amor con un saco de inseguridades. Eso pensará. Porque es insufrible, pero inteligente también. —Silvia sonrió—. Vamos para aquella esquina, que estaremos más tranquilas. —Señalé hacia un hueco que estaba a la derecha de la entrada—. Jon, tráenos unos golpes de tequila, porfa.

Durante toda mi conversación con Silvia, Jon se mantuvo a un par de metros para permitirnos cierta privacidad.

—Es un amor —dijo Silvia.

—Es muy atento y cariñoso. —Ella me miró con ternura—. ¡Y el culo que tiene! —exclamé señalando a Jon mientras se acercaba a la barra. Silvia soltó una carcajada.

—Sí, está muy bueno.

—¡Me tiene loca!

—Y ¿qué tal...? Ya me entiendes...

—Aún no lo sé.

—¿Qué dices?

—Si no te he contado nada aún es porque todavía no hay mucho que contar. Solo llevamos un par de semanas.

—Por eso. ¡Cuánto quieres esperar! ¿Hasta la boda o qué?

—Bueno, no sé, hasta que surja el momento indicado.

—El momento indicado es ¡YA!

—Aunque no lo creas, estoy nerviosa. —Arqueó las cejas y torció la cabeza, interrogante—. Sabes que solo he estado con Ramón. Y Jon tiene mucha experiencia.

—Lo que me faltaba por oír. Tú, la tía más inteligente, razonable y guapa que conozco, con inseguridades. ¿Entonces? ¿Las demás qué hacemos?

—¡Qué exagerada!

—¿Exagerada? Si fueras un personaje de tus novelas, serías una *Mary Sue* insufrible, tan perfecta que parecerías inverosímil. Ese pelo casi rubio cayéndote hasta los hombros —relató con voz seductora, caricaturizando un relato erótico o algo así—, esos ojos que se tornan verdes a la luz del sol, ese cuerpo hecho para el pecado cubierto por ese vestidito... Me pongo cachonda y todo.

Nos carcajearnos con la parodia que había hecho, aunque por dentro pensaba que ni mejor amiga era capaz de vislumbrar que, en el interior de esta fachada de niña pija, hay una voz interior que no se calla para machacarme por mis errores y para recordarme constantemente todos mis miedos y mis inseguridades.

—¡Ahí vamos, chicas! —gritó Jon, quien volvió con una bandeja en la que se tambaleaban nueve chupitos de tequila, limón y sal.

—¡Este es mi hombre! —piropeé a la vez que le estrujaba la cara y le estampaba un beso en los labios.

—¡Estrenas los golpes, Silvia! —ordenó.

—No estoy acostumbrada a beber. Ya verás...

—¡Menos excusas!

Jon posó la bandeja en el suelo y le colocó sal a Silvia entre el dedo pulgar y el índice de su mano izquierda. Después le dio una rodaja de limón y un chupito de tequila.

—¡Vamos, chupa la sal! —animé. Contrajo la cara al tragarlo. Torció más aún el rostro cuando bebió el tequila.

—¡Eh, el limón! —ordenó Jon al notar que Silvia iba a escupir el tequila. Mordió la rodaja que le había dado Jon y cerró los ojos con fuerza a la vez que agitó la cabeza por la acidez.

—¡Bien! —grité mientras aplaudía—. Ahora yo, ahora yo. ¡Aagg! ¡Dios! Qué puto asco más bueno! —le di un buen morreo a Jon—. Tengo ganas de mi primera borrachera.

—¿En serio no te has emborrachado nunca? —preguntó Jon.

—No. He tomado algunas cervezas, pero borrachera, borrachera, nunca.

—Quizás hoy sea el día. Me toca. —Jon se preparó la bebida y tomó el chupito, soltando un ligero gruñido al terminar, sin casi inmutarse—. Otro, otro.

—Yo no quiero más —respondió Silvia con cara de asco.

—Sí, mujer, verás cómo te viene bien.

—No, de verdad. —se disculpó—. Si sigo bebiendo, me voy a poner tonta y me voy a acordar de Tristán.

—No, no —le dije. Comenzó a llorar, así que fui hacia ella y la abracé—. No está permitido ponerse triste. Yo sí quiero —le susurré a Jon.

—He sido muy tonta. ¿Y si lo pierdo por ser tan idiota?

—Seguro que no —sorbí la sal de la mano de Jon, bebí el chupito y mordí con fuerza el limón—. Demostraría tener muy pocas luces si te deja escapar por una tontería así.

—Hablaréis, mujer —intervino Jon—. Está coladito por ti.

—¿Sí? ¿Te ha hablado de mí?

—¡No deja de hablar de ti, que no es lo mismo! Me ha dicho que no ha querido a nadie como a ti en su vida. Está enamorado hasta las trancas. No solo enamorado: te admira. Dice que tienes un talento enorme y una creatividad desbordante. —A Silvia se le empañaron los ojos de la emoción—. Habla de ti como se habla de alguien a quien idolatras.

—¡Joder! Cuando lo vea, me lo como. ¿Ves? Nadie había hablado de mí así nunca. Tú no cuentas —me dijo—: eres mi hermana. Y ahora igual le pierdo por esta bobada. Necesito verle.

—¡Tristán, oe! ¡Tristáaan, oee! —se oía al grupo de amigos de Tristán y Jon corear a gritos desde la barra. Nos miramos con asombro. No entendíamos nada. ¿Tristán estaba allí?—. ¡Tristán, oeeee! ¡Tristán, oeoeoe!

—Voy a ver qué pasa —indicó Jon.

Silvia y yo quedamos abrazadas y expectantes. Al poco te vi acercándote y nos soltamos. En cuanto te vio, empezó a llorar y la agarré fuerte de la mano. Fuiste hasta ella y la abrazaste.

—No quiero que estemos enfadados —le dijiste.

Me aparté unos metros para no estorbar. Hablasteis durante un rato y, a continuación, recogiste sus cosas.

—Gracias por aguantar mis tonterías —se despidió Silvia, agarrándome la mano.

—Ya te dije que vendría. No iba a ser tan idiota de perder una joya como tú.

—Muchas gracias, Jon. ¡Eres un tío genial! Los dos tenéis suerte de haberos encontrado.

—Seguro que es la primera de muchas cenas juntos los cuatro. —Miré atónita a Jon. «Bendita inocencia», pensé.

Apenas hiciste un ligero movimiento de cabeza hacia Jon como despedida, al mismo tiempo que Silvia me lanzaba besos. Tú, imagino, intuías que estaba allí. Ni me saludaste al entrar ni te despediste al salir. «Ay, Jon, no creo que haya más cenas, no».

Cuando os fuisteis, mis músculos dejaron de estar agarrotados, bailé con Jon y comencé a divertirme. ¡Qué guapo estaba! Llevaba una camiseta granate de manga corta que dejaba entrever el tatuaje de un brazalete con motivos tribales que le remarcaba su bíceps bien definido. Me miró con esos ojos verdes penetrantes que me volvían loca.

—¡Qué guapo eres, *jodío*! —le solté, tras lo que le di un beso fuerte en los labios.

Me separé un poco de él y continué bailando... bueno, ya sabes, a mi estilo, moviéndome, haciendo el payaso. Jon parecía incómodo, mirando a un lado y a otro. No se atrevía a decirlo, pero creo que estaba pendiente de que nadie nos mirara o se pudiera mofar de mi baile.

No sé si fue por eso o porque quería tenerme junto a él, me tomó de la cintura y me acercó. Bailamos muy pegados, deteniéndonos cada poco para besarnos. En una de las canciones, me giró y me apoyó de espaldas contra él. Yo me notaba acalorada y, sentir lo excitado que estaba él, me había encendido aún más. Me mordí los labios y cerré un instante los ojos. Ese era el día.

Me giré y pasé la lengua por su cuello. Vi que se le erizaba el vello del brazo, así que fui subiendo hasta que le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—Ahora no se te nota incómoda —observó con picardía—. ¿Ya no te pica el cuerpo?

—No me hagas decir groserías —repliqué—. No sé si me pica algo, lo que sé es que tengo ganas de quitarme el vestido. Vamos —le susurré al oído—. Quiero estar a solas contigo.

Nos besamos dentro de su coche. Me empezó a acariciar los pechos, aunque estaba incómoda porque estábamos en el aparcamiento y alguien podía vernos. Metió su mano por debajo de mi falda y rozó el interior de los muslos con sus dedos. Me daban escalofríos. Me acarició por encima del tanga. ¡Ya no me importaba que alguien nos viese!

—Espera. —Se apartó de repente. «No, no, sigue», pensé—. No quiero que nuestra primera vez sea así. Es un recuerdo que tendremos para siempre y no quiero que sea en el aparcamiento dentro del coche.

«Umm, me lo como». Me apeteció más que nunca quitárselo todo allí mismo. Sacó el teléfono del pantalón y estuvo un rato con él. Yo, mientras, me quedé mirándolo. Me subió una

sensación muy agradable que me inundó el pecho. Amor, creo que lo llaman. Pensaba que me había enamorado un montón de veces, pero no. En ese momento supe que no me había enamorado hasta entonces.

—¿Qué pasa? —preguntó al percibir que le estaba mirando como una boba.

—Nada —susurré, melosa.

—Anda, dímelo —rogó poniendo un puchero de niño pequeño.

—Es muy pronto para decir según qué cosas —le contesté. Me miró, me sonrió y me dio un beso.

—Ponte el cinturón; nos vamos.

—¿A dónde?

—No quieras saberlo todo siempre.

Por el camino, en el coche, apoyé mi cabeza en su hombro. De cuando en cuando, me daba cuenta de que él se giraba ligeramente para mirarme de reojo. ¡Qué sonrisita se le dibujaba en la cara! Entró al parking subterráneo del Hotel *Luxury Bossanova*. Me giré hacia él, sorprendida. No tenía ni idea de lo que podría costar una noche en ese hotel, pero, mínimo, doscientos cincuenta euros (doscientos sesenta y cinco, lo consulté al día siguiente). Me miró y me sonrió. ¿Habría llevado a muchas chicas allí? Me daba igual. Yo sabía que lo nuestro era algo especial. No quería ser presuntuosa, pero sabía que lo que tenía conmigo no lo había tenido con nadie.

—¡Hala! —exclamé con admiración cuando entré a la habitación.

Se me abrieron los ojos como platos al mismo tiempo que me llevé las manos a la cara tapándome la nariz y la boca por el asombro. La cama estaba cubierta por un tapiz de pétalos de rosas rojas y, en el medio, dos toallas en forma de patito parecían nadar en aquel estanque de flores. A los pies de la cama se encontraba una bandeja con dos copas y un cuenco con fresas

—¡Qué pasada! —exclamó Jon mirando hacia mí, levantando las cejas y abriendo la boca con asombro.

—¿Tú no habías estado aquí?

—¿Yo? ¿Para qué me voy a alojar en un hotel de mi ciudad? Y menos a este precio.

No me importaba que hubiera estado con otras chicas allí, pero me alegró saber que solo se le había ocurrido tener ese gesto para estar conmigo. Me abracé a él y le di un beso fuerte y sonoro.

—He pedido champán. Te gusta, ¿no? —me preguntó después de agarrar la botella que se encontraba en una cubitera plateada con pie situada junto a la cama.

—¡Sí! —chillé, ilusionada—. Me gusta todo. Me gusta la habitación, me gustan las flores, me gusta el champán... —canturreé dando vueltas sobre mí misma, sujetando el vestido por el final de la falda y levantándolo al estilo Marilyn Monroe—. ¡Y me encantas tú! —Me tiré en la cama, le abracé por detrás y le mordí el cuello.

—¡Estás muy loca! —se rio Jon.

Sonó con fuerza el corcho al abrir la botella. El champán empezó a salir, aunque debía estar más agitada de la cuenta. Como yo. Jon intentó que lo que se vertía cayese en la copa, pero salió demasiada espuma y se le desparramó buena parte en los pantalones. Yo me eché a reír.

—Te noto un poco húmedo —me burlé.

Se giró y se tiró encima de mí. Comenzó a hacerme cosquillas por la barriga.

—Para, para —era incapaz de dejar de reír—. Que me meo, en serio. —Me levanté, porque tenía la necesidad imperiosa de ir al baño.

En cuanto salí del aseo, Jon se incorporó con las copas y me ofreció una. Yo busqué el interruptor de la luz. Se podía graduar, así que bajé la intensidad casi hasta quedar a oscuras.

Entrelazamos las copas y brindamos mientras nos mirábamos a los ojos.

—Por ti —susurró al tiempo que chocamos las copas de champán—. Eres maravillosa.

—Por ti —respondí yo—. Todo esto es genial.

Nos quedamos de pie, mirándonos. Nos acercamos hasta que las bocas estuvieron tan cerca que no pude distinguir qué respiración era de quién. Nuestros labios se juntaron y sentí su lengua tocando la mía. Sin dejar de besarnos, caminamos hacia atrás en dirección a la cama hasta tropezar con la mesita, donde posamos las copas. Me tomó por la cintura y me arrojó encima del colchón. Quedé tumbada frente a él, con las piernas sobresaliendo de la cama, y me levantó la falda al tiempo que subía las manos por mis muslos sin dejar de mirarme, desafiante. Me mordí el labio mientras un cosquilleo me recorrió desde los muslos a la entrepierna. Agarró el tanga y me lo fue bajando, lentamente, sin apartar la vista de mis ojos. Lo arrojó al suelo y sumergió su cabeza debajo de mi falda.

—Mmm —musité. Sentí un cosquilleo por todo mi interior que me erizó el vello como si me estuvieran clavando alfileres.

No podía dejar de mover las piernas involuntariamente. Le sujeté la cabeza para marcarle el ritmo. ¡Y para que no se detuviera! Solo quería que siguiera. Me sentía en una nube. Por una parte, deseaba que llegara hasta el final, pero, por otra, también quería que se pusiera encima y sentirlo dentro de mí, así que le levanté la cabeza.

Me deshice del vestido sin levantarme y abrí la cama. Jon se quitó la camiseta. ¡Estaba tremendo! Intenté ver cómo se quitaba los pantalones, aunque lo hizo tan rápido que, antes de darme cuenta, lo tenía encima de mí. Apoyó las palmas en el colchón y empezó a contornearse con movimientos circulares, despacio, muy suave. Me encantaba esa postura, porque le podía acariciar el torso y contemplarlo mientras le sentía dentro de mí. Acercaba los labios a los míos y volvía a su posición, sin dejar de moverse.

Me besaba todo el cuerpo. Pasaba su lengua por mi cuello y bajaba hasta los pechos, donde se detenía a jugar con mis pezones, erizados por el placer. Con Ramón lo pasaba bien, pero aquello era otra cosa. Solo quería cerrar los ojos y disfrutar, aunque, en cuanto los cerré, me vino a la mente tu sonrisa, tu estúpida sonrisa cautivadora, esa sonrisa gamberra que tenías cuando estabas en la barra y clavaste tu mirada en mí, esa sonrisa que me dio un chispazo y provocó que me picara todo el cuerpo.

Me solté las manos que Jon me sujetaba y le agarré con fuerza las nalgas para que se moviera más rápido, con más fuerza. Jadeaba cada vez más. Del jadeo pasé a gemir escandalosamente. Estrujé las nalgas de Jon. Empujaba cada vez con más intensidad. Yo me retorcí. Me retorció y gemía.

Solo podía ver tu mirada y tu estúpida sonrisa. No quería correrme. No contigo en mi cabeza. Jon empujaba cada vez con más ansia. Me entraron escalofríos. Sabía que me iba a correr. Solo veía tu mirada. Estallé. Solo te veía a ti. Agarré la almohada y la mordí, pero, aun así, percibí que estaba siendo muy escandalosa. Jon empezó a gemir tímidamente. Yo únicamente veía tu rostro. Tu sonrisa. Tu mirada. Sentí que se me agarrotaba todo mi cuerpo y grité. ¡Qué placer! Creía que sabía lo que era un orgasmo, pero no, no tenía ni puta idea. No hasta aquel momento.

—Te quiero —dijo Jon mirándome a los ojos. No pude contestar.

CAPÍTULO 4

*Todas las lágrimas que no había derramado se convirtieron en odio
que expulsé por los ojos en aquella mirada.*

Hospital

La aparición de tu sonrisa en el momento más inesperado me hizo sentir un poco incómoda durante un rato, pero pensé que había sido algo anecdótico fruto del momento de pasión. El resto de la noche fue genial. Cuando no estábamos haciendo el amor, nos dedicábamos a charlar, bromear y conocernos en profundidad.

Tenía programada la alarma para las 10:00, pero, aunque apenas había dormido dos horas, me desperté sobre las 9:00. Tenía que acompañar a mi madre al hospital para consulta con el ginecólogo y estaba pendiente de la hora. Cuando abrí los ojos, vi a Jon y le acaricié la mejilla suavemente, aunque lo suficiente para que se despertara. Me miró y sonrió.

—Te quiero —suspiré con intensidad.

—Te quiero —contestó tras sonreír aún más—. Pensé que ayer me ibas a dar las gracias.

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Cuando te dije: «te quiero», después de hacer el amor, te quedaste callada. Creí que ibas a decir: «gracias».

—¡Ah, qué tonto! —intenté restarle importancia.

No habíamos hablado de ello, así que esperaba que hubiera pasado desapercibido. No me atreví a poner ninguna excusa.

—En serio —continué tras unos segundos de silencio—, te quiero con toda mi alma. Suena fuerte. Sé que llevamos poco tiempo, pero es lo que siento.

Estuvimos abrazados un rato, en silencio, hasta que miré de nuevo la hora en el móvil.

—Voy a ducharme —dije mientras me incorporaba.

—Podemos estar hasta las doce en la habitación.

—Lo siento. Tengo que acompañar a mi madre al médico.

—¡Vaya! ¿Está bien?

—Sí —grité ya desde el baño—. Es una revisión, pero siempre se pone nerviosa cuando va al ginecólogo.

Volví a la habitación, después de ducharme, con el albornoz puesto y una toalla en la cabeza. Me quedé con la boca abierta. En el centro, vi un carrito sobre el que había una jarra con café, otra con leche, croissants, huevos revueltos, jamón... De todo.

—No vamos a irnos con el estómago vacío —dijo Jon, encogiéndose de hombros.

—¡No me hagas quitarme el albornoz! —bromeé poniéndome en su regazo, con las piernas abiertas.

Me besó. Solo llevaba los calzoncillos y yo estaba desnuda, así que pude notar cómo se excitaba. Comencé a moverme y a frotarme contra él. Le bajé los calzoncillos lo suficiente. ¡Cómo disfrutaba con Jon! Ya me había olvidado de la culpabilidad que sentí la primera vez cuando no pude sacarte de mi cabeza.

—¡Uy, es tarde!

Antes de marchar, comí un croissant a todo tragar a la vez que guardaba otro en el bolso.

—Para el camino —dije con la boca llena. Jon se rio—. Tanto ejercicio da hambre.

En el jardín de mi casa solo estaba aparcado el coche de mi madre, así que supuse que mi padre no había podido escaparse del trabajo para acompañarla.

—Después hablamos —me despedí de Jon antes de bajar del coche—. Descansa; estarás agotado.

—Sí, voy a dormir mínimo hasta las tres.

—Te creo, dormilón. Llámame en cuanto despiertes.

—¡Sara! —me llamó cuando ya estaba saliendo.

Me giré y él me pidió con el dedo que me aproximara a él. En cuanto me tuvo al alcance de sus manos, me acercó a él agarrándome del cuello y me dio un beso metiéndome la lengua hasta la garganta.

—¡No me obligues a entrar al coche otra vez! —exclamé. Jon soltó una carcajada.

—¡Te quiero! —gritó.

—Te quiero.

Salí y le lancé un beso por la ventanilla. Me quedé fuera contemplando cómo se alejaba el coche, embobada, todavía en una nube después de aquella noche mágica.

—Menos mal que has llegado —oí detrás de mí.

—Ay, lo siento, mamá.

—¡Vaya horas de venir! ¿Nos vamos?

—¿Me da tiempo a cambiarme? —pregunté, agarrándome la falda.

—Vale —contestó mirando el reloj—, pero tiene que ser rápido. Ya vamos con el tiempo justo. ¿Cómo llegas tan tarde?

Recorrí el jardín rápidamente, subí a la primera planta del chalet donde se ubicaban las habitaciones, me puse unos vaqueros azules y una sudadera gris para estar cómoda, y bajé.

—Ay, qué prisas —comenté, sofocada, cuando subí al coche.

—Ya. Si hubieras venido a una hora prudente...

—¡Ay, mami! —exclamé nerviosa y alegre, sin atender al reproche de mi madre—. ¡Qué feliz soy!

—¿Con Jon?

—¡Es un hombre espectacular! Hemos estado en el *Bossanova*.

—No sé si quiero saberlo. —Arrugó la frente, aunque sabía que se moría de ganas por conocerlo todo. Bueno, casi todo.

—Tenía champán preparado, toda la cama cubierta de pétalos... ¡Una pasada!

—¡Vaya bien, hija! Me alegro de que seas feliz.

—Estoy enamorada, mamá. ¿Te acuerdas de cuando te decía que quería a Ramón? Comparado con lo que siento ahora, aquello era algo... no sé cómo explicarlo... Ay, perdona, ¿tú qué tal? No te he preguntado nada.

—La verdad es que estoy algo nerviosa —confesó cambiando el tono y poniéndose seria—. Me preocupa lo que puedan encontrar.

—Bueno, mamá.

—No sé, últimamente me encuentro muy cansada.

—Ah, si es por eso, papá estará terminal; si no echa la siesta, no se puede ni hablar con él.

Mi madre se rio, pero quedé preocupada. Cuando llegamos al hospital, mi madre

continuaba seria. Nos sentamos a esperar a que nuestro turno saliera en pantalla, aunque aún faltaban más de diez minutos para la hora de la cita.

—No quiero pensar en la revisión. Cuéntame algo de Jon. ¿Es guapo?

—¿Que si es guapo? ¡Está tremendo! —exclamé, tras lo que me dio un manotazo en el brazo—. Ay, perdona —puse una voz extremadamente cursi—. Sí, mami, es un buen chico con unas facciones exquisitas.

—¡Qué tonta eres! —respondió, riéndose.

—Es alto, rubio, con el pelo corto y unos ojos verdes... Mmm. —Puse la mirada en blanco y arqueé la frente—. Y tiene unos brazos marcados con un tatuaje de un brazalete que me chifla. ¡Y un culo! —grité más alto de lo que pretendía, mientras con la mano izquierda hacía el gesto de apretar una nalga.

—¡Sara! —me riñó, dándome otro manotazo.

Yo me volteeé para observar a mi alrededor y comprobé que la gente nos miraba. Bueno, me miraba. No pude evitar reírme. A mamá se le notaba la sonrisilla que ponía cuando Fran o yo hacíamos alguna trastada y sabía que no se podía reír para no dar mal ejemplo, pero no podía evitar que le hiciera gracia.

—¡A ver, si tiene buen culo qué quieres que haga!

—No hay quien pueda contigo —respondió mientras se llevaba la mano a la cara para tapársela.

—Pues siempre dicen que soy igualita que tú, así que...

—Será en el pelo y en los ojos. Yo soy una mujer seria y respetable.

—Ya, no te gusta a ti decir tonterías ni nada. Bueno, a lo que iba: es un amor. Siempre digo que, en una relación, yo necesito hacer que la otra persona se sienta especial. Si estoy con alguien es porque siento que es la persona más especial del mundo. Pero necesito que me hagan sentir tan especial como yo intento hacer sentir a la otra persona. Para mí, eso es tan crucial como el amor. No sé si me explico.

—No muy bien —ironizó—, pero te entiendo.

—¡Qué graciosa!

—Tengo ganas de conocerlo. A ver cuando lo traes a comer a casa.

—¿Quieres que huya? Llevamos solo dos semanas, mamá.

—Ya veo, ya.

—¿Qué?

—Pues, que tal como te brillan los ojos cuando hablas de él, me parece que no importa que llevéis solo dos semanas.

—En cambio, tú con papá estuviste mucho tiempo, ¿no?

—Sí, de novios estuvimos mucho, aunque me sirvieron los dos primeros días para saber que le amaba. ¡Y mira que lo detestaba!

—¿Qué dices? ¿No te caía bien papá?

—Para nada. Me resultaba insufrible. Ya sabes que puede ser muy bruto cuando se expresa. Y chulo. Era muy chulo.

—¿En serio? —me carcajeé—. ¡No me lo imagino!

—Era muy guapo y lo sabía. Lo conocí en verano. Ya sabes que se pone muy moreno y eso resaltaba todavía más esos ojazos azules. Me pareció tan atractivo como insoportable.

—Yo no me veo enamorándome de una persona a la que no soporto.

—Ja —soltó una risotada sarcástica.

—No sé. Soy muy cabezota como para cambiar tanto de opinión.

—Eso me repetí yo cien veces durante aquel fin de semana.

—De todas formas, no es el caso, porque yo adoro a Jon.

—Vale. Pero dime, ¿cuándo lo invitamos a comer?

—Ay, mamá, es muy precipitado.

Estuvimos un rato en silencio. Ya pasaban unos quince minutos (diecisiete) de la hora de la cita, así que llevábamos allí como veinticinco minutos (veintiocho). En cuanto dejamos de hablar, noté a mi madre nerviosa, así que intenté animarla.

—¿Sabes qué? Se me ha ocurrido algo.

—Sorpréndeme.

Me miró con los ojos abiertos arrugando la frente con asombro.

—Podemos organizar una barbacoa en casa antes de irnos a Estados Unidos, en plan despedida. Así puede venir Jon, pero podemos invitar a más amigos. Nosotros somos cuatro, más vuestros amigos ya son ocho, más otros ocho de la pandilla... bueno, nueve si viene el novio de Silvia. No sé, es más natural. ¿Qué te parece? —pregunté, ilusionada.

—¡Ah, sí, genial! Siempre se te ocurre algo —me alagó, acariciándome la mejilla—. ¿Así que Silvia tiene novio?

—Ag, sí; no me hables.

—¿No está bien con él?

—Sí, sí. Ellos, genial. Nunca he visto a Silvia tan feliz. —Mi madre me miraba extrañada.

—Pero él es insufrible, soberbio y prepotente. A ella la trata genial, las cosas como son.

—No entiendo nada. —Arrugó la boca.

—A mí me parece insufrible, ¿vale? —Me estaba liando yo sola dando explicaciones.

—Pues yo me alegro. Con la vida tan dura que le ha tocado...

Sonó el aviso en la pantalla y apareció nuestro turno parpadeando, así que nos levantamos y fuimos por el pasillo hasta la consulta 36. Me sorprendió ver a un médico tan mayor. Debería estar jubilado. Estiró el brazo señalando las sillas frente a la mesa para que nos sentáramos.

—Buenos días —saludamos.

—Sí, sí —repuso sin hacernos mucho caso—; siéntense, por favor. A ver, venían a por los resultados de una revisión, ¿verdad?

—Sí —contestó mi madre.

—Vamos a ver —prosiguió levantando las gafas y mirando la pantalla del ordenador—. En la exploración estaba todo bien. A ver la analítica... vale, vale.

—Vale, vale, ¿qué? —susurré mirando a mi madre, quien me mandó callar con el dedo. El médico ni se enteró.

—Uy, aquí hay algo raro. —Mi madre trató de incorporarse para alcanzar a ver lo que señalaba el doctor, quien giró la pantalla—. Mire, aquí en la ecografía no se ve claro, porque su tejido es muy fibroso, pero en la mamografía se ve algo extraño. Hay que hacer biopsia para confirmarlo.

—Para confirmar, ¿qué? —pregunté asustada. Mi madre estaba pálida.

—Hay que confirmar si hay una presencia de un nódulo. Parece pequeño. Quítese la blusa y póngase en la camilla.

—Pero ¿qué está diciendo? —pregunté, perpleja.

—Después habrá que realizar más pruebas para averiguar si las células cancerosas se han diseminado dentro de la mama o a otras partes del cuerpo.

—¿Células cancerosas? —Casi entro en pánico. Mi madre, en cambio, permanecía quieta,

callada, pálida.— ¿Tiene cáncer? —pregunté al tiempo que me levanté para ayudar a mi madre a quitarse la blusa.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Además, siendo tan joven, las células cancerosas pueden replicarse con mayor celeridad. Usted tiene... —Se quitó las gafas intentando ver la edad en la ficha que tenía en pantalla.

—Cuarenta y cuatro años —señalé yo.

—Cuarenta y cuatro años. Sí, muy joven —comentó poniendo las gafas de nuevo—. Hay que ser cauteloso. Voy a extraer unas muestras de la zona mamaria, donde parece estar ubicado el nódulo, y tendremos que esperar.

Mi madre, de pie ya al lado de la camilla, se desvaneció. Si no llego a estar a su lado, ayudándola con la blusa, se hubiera caído al suelo, porque no me hubiera dado tiempo a sujetarla. Como pude, la recosté. ¿Ecografías? ¿Biopsias? ¿Células cancerígenas? No, no. Aquello era una imaginación mía que se desvanecería.

—Siéntese, por favor —ordenó el médico sin ningún miramiento mientras mi madre aún estaba recobrando la conciencia.

—Espere un poco, ¿no? —grité —. Da una noticia así y ¿no es capaz de...?

No pude terminar la frase. Me estaba alterando. Mi madre me tomó del brazo para indicarme que no siguiera. Le acababan de decir que tenía cáncer; necesitaba mi apoyo. No podía hundirme; tenía que ser fuerte por ella.

—Voy a tomar las muestras —explicó.

Yo me quedé al lado de mi madre. La miré y sonreí. No podía decirle que no se preocupara. Siempre he detestado esa actitud en la que alguien te trata con condescendencia diciendo que todo pasará. No se sabía nada y no podía mentir tan descaradamente, así que le apreté la mano y le di un beso en la mejilla.

—Tiene que esperar allí, señorita —me ordenó, señalando hacia las sillas.

Me levanté y le di un beso a mi madre. El doctor corrió una cortina blanca. Me estaban entrando unas ganas de llorar tremendas. ¿Tendría que hacer quimio? ¿Quedaría sin pelo? Eso seguro que le afectaría. Se podría comprar una peluca. ¿O se verían muy artificiales y ridículas? ¡Y el pecho! Es posible que le tuvieran que extirpar el pecho. Sentí unas punzadas en el estómago. Me apreté la barriga con las manos todo lo fuerte que pude, porque el dolor era horrible.

Sin embargo, me di cuenta de que todo eso podría llegar a ser lo de menos comparado con... ¿Podría morir mamá? No, no. Imposible. Se me empañaron los ojos de lágrimas, pero no, no podía permitirme llorar. Tenía que mantenerme fuerte. Si mi madre necesitaba llorar, me tenía que encontrar allí, a su disposición, y consolarla como ella siempre había hecho con nosotros.

Debía avisar a papá. Necesitábamos que viniera y que estuviera con nosotras.

Yo

¿Puedes venir a buscarnos?

11:42

Porfa, es importante.

11:42

Los mensajes se marcaron como enviados, pero no los leía. Necesitaba hablar con él y no quería llamarlo para que mi madre no se enterara.

Yo

Porfa.
11:43
Ven.
11:43
Te necesitamos.
11:44
Contesta.
11:44
Porfa.
11:44

Me impacienté. Escribí muchos mensajes cortos para que le sonara más veces. Funcionó, porque en la pantalla ya lo vi *En línea*, y, al instante, *Escribiendo*.

Papi
¿Qué pasa, hija?
11:45
Estoy reunido.
11:45
¿Sucede algo?
11:45

Yo
No, papá.
11:45
Es el coche.
11:45

Mentí. ¡Cómo iba a contarle eso por el móvil! Sentí una lágrima resbalándome por la mejilla.

Yo
Está estropeado.
11:45

Ya no me aguantaba, aunque tenía que mantenerme firme. Me imaginaba contándoselo a papá y no iba a poder evitar el llanto.

Papi
Pero ¿qué le pasa?
11:46
¿No arranca?
11:46

Yo
No sé.
11:46

Me quité las lágrimas de los ojos y me tragué el llanto. Apenas podía respirar. No se me ocurría ninguna mentira sobre el coche.

Papi

Qué rara estás.

11:46

«¡No es el puto coche, papa! Ven y punto». No sabía qué decir ya. Una palabra más y te juro que estallaba allí mismo a voces.

Papi

En diez minutos estoy allí.

11:47

Guardé el móvil. Mi madre ya estaba poniéndose la blusa. Me levanté, fui hasta la camilla y la ayudé.

—¿Estás bien?

Asintió, pero seguía pálida. El médico se puso delante del ordenador a teclear, bajando las gafas de vez en cuando. Ayudé a mi madre a levantarse de la camilla. Al apoyar los pies en el suelo, me dio la sensación de que se iba a desvanecer de nuevo, así que la sujeté todo lo fuerte que pude.

Ver así a mi madre me destrozaba el alma. ¡Mi madre! ¡La que siempre había tirado por todos! No podía derrumbarme. No allí. No en ese momento. Mamá necesitaba que esa vez fuera yo la fuerte, por tantas veces que lo había sido ella por nosotros.

—Bueno —dijo el médico mientras imprimía el informe—, en una semana, dos a lo sumo, tendremos los resultados y podremos evaluar la situación. Con el diagnóstico definitivo, veremos qué tipo de intervención es la adecuada y si es pertinente realizar quimioterapia previamente o en el tratamiento postoperatorio.

—¿Intervención? ¿Quimio? —pregunté sorprendida. Aún tenía esperanza de que las pruebas descartaran que hubiera nada grave—. Entonces... ¿Es definitivo? ¿Tiene cáncer?

Mi madre salió del ensimismamiento en el que estaba y rompió a llorar.

—Evaluaremos la situación cuando tengamos los resultados. Sobre todo, hay que conocer el estadio del cáncer. Es probable que aún no se haya extendido, con lo cual es posible que lo hayamos detectado a tiempo para que el procedimiento no sea muy invasivo.

Intentaba escuchar al médico y a la vez tranquilizar a mi madre. Saqué unos pañuelos de papel de su bolso y se los di. Le apreté con fuerza la mano y la miré. Intentó sonreír, pero, de inmediato, volvieron las lágrimas a sus ojos mientras negaba con la cabeza. Yo tampoco me creía lo que estaba pasando.

—En la mayoría de los casos, la detección temprana, como así ha sido, es fundamental y nos da garantías de un procedimiento exitoso.

—Tranquila, mamá —le susurré con todo el aplomo que pude—. Vamos a pasar por esto todos juntos.

Nos dio el informe y se levantó. Le di la mano a mi madre para ayudarla a incorporarse y la abracé. Ella se agarró a mí con todas sus fuerzas y rompió a llorar, desolada. Aquel abrazo me quebró el alma; meforcé para que no se me escapara una sola lágrima. Era el abrazo de una mujer abatida. Tenía que mostrarme firme y apoyarla.

Mamá no podía parar de llorar. Era el estallido de una mujer que nunca se había permitido mostrar sus debilidades por no preocupar a nadie; que enterraba su dolor en lo más hondo de sí para cargar con los disgustos de los demás; que se tragaba sus preocupaciones y cargaba con las de todos.

El doctor nos despidió con un ligero levantamiento de cejas. Caminamos por el pasillo. Al fondo ya vi a mi padre que estaba de pie en la sala de espera. Lo miré. Él no nos había visto aún. No sabía si iba a aguantar. Tenía pensado decirse en el coche, más tranquilos, pero ¿qué iba a contarle en ese momento! Mi madre estaba desolada. Y yo... yo quería hundirme también.

Mi madre vio a mi padre. Se tuvo que detener y se llevó las manos a la cara. Notaba cómo estaba casi asfixiada y le costaba tomar aire por el llanto. Mi padre nos vio y vino corriendo hacia nosotras.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras se lanzaba a abrazar a mamá.

—Tenemos que contarte algo —respondí.

—Me estáis asustando.

—Los resultados... —intenté explicar. Mamá gritó desconsolada—. No han sido buenos. —Hice lo que pude por contenerme, pero notaba la asfixia en el pecho de aguantarme las ganas de llorar.

—¿Tienes algo? —preguntó a mamá—. Dime, Sara, ¿qué pasa? ¿Qué tiene?

—En la mamografía han encontrado un nódulo.

No sabía por dónde empezar. Entre lo parco que había sido el médico y el aturdimiento del momento, muchas cosas no las tenía claras. De hecho, casi ninguna; solo que mamá podía tener cáncer. Mi padre arrugó la frente.

—Sí —continué, casi llorando—, es lo que parece.

—Pero...

Mi padre no terminaba de entender. Ni siquiera nosotras habíamos procesado la información todavía.

—Le han tomado muestras para hacer una biopsia y confirmarlo, pero, por cómo hablaba el médico, era más por comprobar en qué estadio estaba el... Bueno, eso, es más para ver si se ha extendido.

—¿Qué dices? No, no. Eso no puede ser. Tú no te encontrabas mal, ¿no? —Mi madre ladeó la cabeza y encogió ligeramente los hombros—. ¿Has notado algo raro?

—¡Qué va a notar! —repliqué, de mal humor—. No son granos que producen picor.

—Amor —prosiguió, mirando a los ojos a mi madre—, vamos a superar esto todos juntos. —Le dio un beso en la mejilla con fuerza y la abrazó.

—Es que no lo entiendo. —Mi madre explotó con el abrazo de mi padre—. Es que no me lo creo... ¿Tengo cáncer? ¿En serio?

—Podrás con esto, ya lo verás —intentó animar papá.

—¡Estoy harta de poder con cosas! ¡No quiero poder con cosas! Quiero vivir tranquila, no cargar con pesos.

—Eres muy fuerte —continuó papá—. Siempre lo has sido.

—¡No! —gritó—. No soy fuerte. Estoy cansada de fingir que soy fuerte para que los demás no se preocupen por mí. Estoy cansada de cargar con los problemas de todos, de cuidar de todos. Y ahora, ¿qué? ¿Al ser fuerte ya se da por hecho que lo voy a combatir?

—Nosotros cuidaremos de ti, mamá.

Mi madre se dejó caer y lloró poniendo las manos en la cara para esconderse del mundo. Yo estaba hundida. Necesitaba llorar, dejarme llevar por la histeria y desahogarme hasta que no tuviera lágrimas dentro.

—Oigan, por favor —nos riñó una doctora que salió de una consulta que teníamos enfrente—. Aquí no se puede estar. Vayan a la sala de espera.

Se me heló la sangre. Me giré y la miré. Todas las lágrimas que no había derramado se convirtieron en odio que expulsé por los ojos en aquella mirada. La doctora notó la gravedad de la situación. Susurró un «perdón» y volvió a su consulta.

—Vamos para casa —ordenó mi padre con dulzura—. Allí estaremos tranquilos.

En el tramo de pasillo que nos quedaba por andar, no podía pensar más que en lo injusto que era todo aquello. La rabia me inundó. Como volviera a oír eso de «todo pasa por algo» o «la vida acaba poniendo a cada cual en su lugar», no respondía de mis actos.

—Papá —le llamé cuando llegamos a la sala de espera—. Yo tengo que llevar el coche de mamá.

—Ya. No le pasaba nada al coche, claro. —Negué con la cabeza.

—Lleva tú a mamá, por favor.

Vi la oportunidad de estar sola un rato. Lo único que quería era correr para salir de allí y gritar.

—Voy a la cafetería; aún no he desayunado —mentí mientras se me empañaban los ojos.

—Claro, hija.

—Mamá, te veo en casa.

Se giró y nos abrazamos. Volví a sentir que me hundía. «No llores, Sara. ¡No llores!», me reñí. «Aguanta un poco más».

La salida quedaba a la derecha, mientras que a la izquierda se encontraba la cafetería, que tenía su propia puerta al exterior. Esperé de pie, observando cómo avanzaban despacio, abrazados. Cuando iban a girar hacia la salida y ya los iba a perder de vista, mi padre me miró y contrajo los labios como despedida. En cuanto giraron, noté que todo el llanto contenido venía a mí como una avalancha.

Corrí hasta la entrada de la cafetería. Tenía que cruzar hasta el otro extremo, donde estaba la salida. Cuando ya estaba a pocos metros de la puerta, vi a alguien que se levantaba de una mesa y me miraba. No, por favor. No tenía ganas de saludar a nadie. Quería estar sola.

—Sara —me llamaste. Todavía no me había dado cuenta de que eras tú—. ¡Sara! —gritaste para reclamar mi atención.

El dolor me resquemaba. Intentaba aguantar las lágrimas. Y allí apareciste. Quedé paralizada en cuanto giré la cabeza y te vi. Nos cruzamos un instante las miradas; un segundo, lo suficiente para vernos. No sabía cómo reaccionar. Tenía que salir de allí, desahogarme. Pero no contigo.

No podía desmoronarme en medio de la cafetería. Mucho menos, frente a ti. No me apetecía mostrar mi dolor con quien me había tratado con tanto desprecio la noche anterior. Eras la última persona con la que me plantearía pasar un trago así. Aunque me habías visto mirarte, en esa situación, y tal como te habías comportado conmigo, no me importó. De hecho, no entendía para qué me habías llamado. Aparté la vista y continué corriendo, salí de la cafetería y aceleré mi paso aún más. Llegué al aparcamiento, entré en la parte de atrás del coche y me dejé caer boca abajo en el asiento. Por fin fui libre para estallar; por fin pude llorar.

Hoy no puedo evitar preguntarme qué hubiera ocurrido si me hubiera detenido. ¡Qué

distinta habría sido nuestra historia! ¡Cómo hubiera cambiado todo si te hubiera contado lo que ocurría y hubiera llorado entre tus brazos!

CAPÍTULO 5

A veces, lo único que hace falta es el silencio de un abrazo.

Preparación

De tarde ya había agotado todas mis lágrimas. O eso creía. Me veía capacitada para hablar con Jon, así que le dije que me viniera a buscar. Tenía pensado ir a algún sitio tranquilo donde contárselo. Sin embargo, cuando salí de casa y lo vi apoyado en su coche me derrumbé.

—Ey, ¿qué pasa? —preguntó, preocupado.

Se acercó a mí y me agarró de los brazos. No pude hablar. Me abracé a él, escondiendo mi cabeza en su pecho. Jon me abrazaba y me acariciaba el pelo.

—¿Qué ha pasado?

—Mamá... —Fue lo único que pude decir antes de llorar de nuevo.

—Tranquila.

—Ven —dije en cuanto pude recomponerme un poco.

Lo llevé al jardín de la parte de atrás de la casa. El banco que había acondicionado mi padre como columpio estaba rodeado de árboles, con lo que allí podríamos tener cierta intimidad. Nos sentamos. Me sequé las lágrimas y me tranquilicé cuanto pude. Él rodeó mi mano derecha con la suya, mientras con la izquierda me secaba las mejillas.

—Es mi madre. —Se volvieron a empañar mis ojos. Inspiré con fuerza—. Han detectado unos nódulos.

Se me cortó el habla, así que le señalé mi pecho.

—¿Qué dices? —Abrió los ojos, sorprendido.

—Todavía no sabemos; le tomaron unas muestras para analizar. No lo dijeron tan claro, pero algo hay seguro. Ahora tenemos que esperar a ver en qué grado —expliqué, mientras rompía a llorar.

—Verás cómo todo va a ir bien.

—No. No digas eso —exclamé entre lágrimas.

—Es lo que pienso. Si es la mitad de fuerte que tú, puede con eso y más.

—¡¡No digas eso!! —grité—. ¿Cómo puedes saberlo? Aún no se sabe ni cómo está. ¡Cómo vas a saber que se pondrá bien!

Me puse en pie, muy alterada, elevando el tono cada vez más.

—¡No tienes derecho a decirme eso! Si en tres meses muere, ¿qué hago? Voy hasta ti y te digo: ¿qué? ¿No se iba a poner bien? ¿No íbamos a poder con todo?

—Solo quería... —intentó disculparse Jon, que había palidecido.

Pensé en marchar a casa, pero le miré; seguía sentado, con cara de no saber dónde meterse. Me tiré hacia él, abrazándolo y llorando con la respiración entrecortada.

—Yo estaré aquí para lo que necesites —susurró con dulzura.

Estuvimos unos minutos en silencio. Era lo que necesitaba: estar abrazados sin nada más. Sin embargo, Jon es de los que se sienten incómodos si nadie dice nada.

—¿Cómo se lo ha tomado Fran? —preguntó.

—Está destrozado. Cuando se lo hemos contado, ha quedado de piedra. Yo creo que, a sus catorce años, no entiende que algo se pueda llevar a mamá. Bueno, en realidad nadie lo entiende.

—Ya. Me imagino lo que estará pasando.

—Oye, siento cómo me he puesto.

—No te preocupes. Comprendo que estés alterada con esta situación.

—No te confundas —respondí. Me retiré de sus brazos y me senté—. Me he alterado más de la cuenta, sí, pero lo que he dicho es cierto. No tienes ningún derecho a decirme que no va a pasar nada —continué, muy seria— y esa sarta de chorradas solo porque piensas que es lo que quiero oír.

—No sé... ¿Qué quieres que diga?

—Nada. No digas nada. A veces, lo único que hace falta es el silencio de un abrazo.

Estuvimos sin hablar un rato. Me tenía sujeta la mano, pero apenas me acariciaba. No sabía si estaba molesto conmigo o solo preocupado.

—Sé que lo has hecho con la mejor intención. —Apoyé la cabeza en su hombro—. Prefiero hablarlo a que vuelvas a decir cosas así y terminemos enfadados.

—Yo solo quiero ayudarte. Si no sé cómo, dímelo.

—Ahora mismo solo necesito esto.

Me eché encogiéndome las piernas y acomodando la cabeza sobre su muslo. Estuvimos así al menos una hora.

Cuando volví a casa, pensé en contárselo a Silvia, pero ya había cumplido el cupo de lágrimas por ese día. Subí a la habitación de mamá. Estaba echada, con las piernas y los brazos encogidos. Mi padre estaba a su lado, acariciándola. Me miró y yo le hice una señal para que se levantara. Me eché junto a mamá. Al poco tiempo, me dormí y me quedé allí hasta la mañana siguiente.

Le escribí a Silvia al despertar. Quería aprovechar que era sábado para estar con mi madre todo el tiempo posible, pero, en cuanto viera la oportunidad de sacar diez minutos, quería que se apresurara en venir a casa para poder contárselo todo.

Yo

Después tengo que hablar contigo.

10:46

Necesito contarte algo.

10:46

Silvia

¿Es sobre Tristán? Ya está todo arreglado. Sé que no habéis congeniado el primer día, pero ya habrá tiempo.

10:48

Yo

No, no es eso.

10:48

Bastante me importabas tú en ese momento, la verdad. Por mí, podría llevarte un huracán y no cambiaría mi vida en absoluto.

Yo

Luego hablamos.
10:49

Silvia
No me dejes así.
10:49

Yo
No es algo para contar por teléfono.
10:49

Silvia
Me dejas preocupada. Me acerco a tu casa y hablamos.
10:48

Yo
No.
10:48
Te aviso yo después.
10:48

Silvia
En serio, dime qué pasa.
10:48

Yo
Mi madre...
10:48

Dejé caer el teléfono en la cama y exploté en llanto. No sabía si sería capaz de tener otra charla, pero, por otra parte, era mejor terminar de contárselo a todas las personas que tenían que saberlo, así que le dije que viniera a casa para hablar.

—Sabes que lo que necesites y a la hora que lo necesites —se ofreció después de haberle contado todo.

—Gracias. —Le sonreí con los ojos empapados aún—. Voy a volver con mi madre.

Cada segundo que no estaba a su lado me sentía culpable, aunque ella estuviera con mi padre o con Fran.

—Vale —respondió mientras me daba un achuchón y un sonoro beso en la mejilla.

—No le cuentes a nadie nada de esto, ¿vale?

—No te preocupes. Ya —me interrumpió antes de que yo pudiera decir nada—, ni a Tristán; lo sé.

La situación estuvo tensa toda la semana. Mamá estaba triste. Pidió días en el trabajo y apenas salía de casa. Vivíamos pendientes del teléfono. La casa parecía un cementerio desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos.

El miércoles, cuando bajé a la cocina, mi madre estaba preparando el desayuno. Habían pasado cinco días, pero aún no sabíamos nada de los resultados. Mi padre estaba sentado en un taburete frente a la isleta, ya vestido con uno de sus trajes oscuros. Mi madre echó un poco de leche en el café de mi padre. No había más. Tiró el bric al cubo de plásticos y envases. Abrió la nevera. La cerró. Abrió el armario bajo la isleta. Lo cerró. Sin decir nada, agachó la cabeza entre

los brazos sobre el mármol de la isla. Tardamos unos segundos en darnos cuenta de que estaba llorando. Mi padre bajó el periódico. Yo me acerqué a ella y le puse la mano en su espalda.

—¿Qué pasa, mamá?

Traté de retirarle el pelo, pero no llegué a ver su rostro.

—Cuéntanos, ¿qué pasa?

—No hay leche —dijo, levantando la cabeza lo mínimo para que la viéramos.

—Bueno, mamá, eso no importa. Ya desayunamos otra cosa.

—¡Pues claro que importa! —gritó y levantó la cabeza—. ¿Sabes por qué importa? Mírame. ¿Me ves capaz de comprar leche? ¿No podéis preocuparos por hacer la compra? ¿Por hacer las camas? En serio, ¿me veis así y tengo que hacerlo yo todo?

No podía decir nada. Tenía razón. Hasta ese momento no me había percatado. Mi madre estaba en casa y las cosas estaban hechas. Como siempre.

—Cariño, pídenos lo que quieras. Si queda poca leche, dínoslo y la compramos.

—¡¡No!! —gritó enfurecida—. No puedo estar pendiente de todo. No quiero saber si hay leche o no. No quiero saber si hay comida para el día siguiente. Siempre he cargado con todas las preocupaciones de la casa, pero ahora no puedo. Te juro que no puedo.

—Vale, cariño. Te ayudaremos —respondió mi padre.

—No entiendes nada.

Mi madre se levantó y subió las escaleras. Al instante se oyó cómo cerraba la puerta de su habitación con rabia. Mi padre me miró con incomprensión, encogiéndose de hombros.

—He dicho que la ayudaremos.

—Ya, papá, pero lo que necesita no es ayuda. Necesita que demos un paso al frente y nos hagamos cargo de la casa. Como lleva haciendo ella desde hace veinte años.

Nunca imaginé a mi padre encargándose de las labores del hogar, sinceramente. Y no me equivocaba. Lo intentaba, pero se sentía fuera de sitio y no sabía por dónde andaba. Quien me sorprendió fue Fran. Se parecía tanto a mi padre físicamente, con los mismos ojos azules penetrantes, el cabello moreno con algunos rizos y la misma complexión delgada, como de diferentes eran en carácter y personalidad. A mi hermano no hizo falta decirle nada. Se levantaba, recogía su cuarto y hacía el desayuno para los cuatro. Eso incluso antes de que se levantara nadie. Cuando terminábamos de desayunar, recogía todo, lo metía en el lavavajillas y se empezaba a preparar. De tarde, al volver, aspiraba el salón y limpiaba el baño de la planta baja. Con su ritmo cansino de adolescente inconformista hastiado de la vida, pero todo quedaba hecho.

Yo procuraba ocuparme de cocinar y de la compra. Mi padre intentaba hacer su cama y poner la lavadora, pero siempre tenía que estar mi madre con él para que no pusiera la ropa delicada a temperatura muy alta o mezclara la de color con la blanca. Lo único que hacía era llevarme al supermercado. Incluso insinuó que no le necesitaba para eso, que podía llevar el coche de mamá e ir sola. Sé que en su cabeza estaba poniendo voluntad, pero estaba muy lejos de ser suficiente.

Pasamos toda la semana así, hasta que, al miércoles siguiente, mi madre se levantó de mejor humor. Parecía que había recuperado algo el ánimo.

—Fran —me dirigí a él mientras desayunábamos en la isla de la cocina—, recuerda que tienes oculista.

—Sí, tranquila. Papá —mi padre bajó el periódico para mirar a Fran—, recuerda que tienes que llevarme, así que tienes que recogerme en el instituto a las diez.

—¡Es verdad! —Se dio con la mano en la frente. Le reprendí con la mirada—. Sí, sí, solo

tengo que cambiar una reunión. No hay problema.

Sacó el teléfono del bolsillo y comenzó a hablar caminando por la zona del salón.

—¿Has pedido cita para el ocultista? —se sorprendió mi madre.

—Sí —contestó Fran—. Parece que no veo muy bien últimamente... quiero que me miren —informó, tras lo que se levantó con la taza.

—He hablado con papá —comentó mamá. Bebió un sorbito de su café. Fran se sentó de nuevo, con la taza aún en la mano—. El plan de EEUU sigue en pie.

—Pero mamá —protesté.

—El cáncer, si tiene que estar, estará tanto allí como aquí.

—Esperemos a que te den los resultados y, después, decidiremos qué hacer —propuse.

—Sí, esperaremos, pero, en caso de confirmarse, puede haber varios tratamientos. Si hay cirugía, tendré que volver.

—¡Tendremos! —replicó Fran.

—Tendremos —asumió mi madre—. Hay casos en los que hay que dar quimio antes de la operación; tu tío ya ha hablado con un hospital en Florida por si fuera necesario. Lo que no quiero es esperar y luego perder la oportunidad sin motivo.

—Veo que te has informado bien —respondí.

—Sí. La única manera de asumir la realidad ha sido informarme sobre a qué me voy a enfrentar... A qué NOS —rectificó remarcando la palabra mientras miraba a Fran— vamos a enfrentar.

—Ay, mami —suspiré, tras lo que me levanté y la abracé—. ¡Qué bien! ¡Saldremos adelante todos juntos!

Fran se unió al abrazo.

—El viernes haremos la barbacoa de despedida —anunció.

—Ay, no, mami. No hace falta. No estamos de humor.

—Pues estaremos. Hay que vivir. Mientras se pueda.

—No lo digas así —la reñí.

—Lo que más me va a ayudar es que la vida siga su curso. Si solo estoy centrada en mi dolor, no sé si el... se señaló el pecho... si esto acabará conmigo, pero yo acabaré chiflada.

—Vale, mamá.

—De acuerdo —asintió Fran—. Voy a prepararme.

—Vale, hijo. Oye. —Fran se giró. Mi madre le hizo una seña para que se acercara y le abrazó con fuerza—. ¡Estoy tan orgullosa de ti! —le susurró. No pude evitar respigarme de la emoción.

Mi madre retomó la actividad. Volvió al trabajo y estaba sonriente. Pedí a Silvia que fuera ella quien se encargara de avisar a todos para la barbacoa. Al día siguiente, fui con mi madre a comprar todo lo necesario para la fiesta.

—Vamos a ver si hay algo para veganos —comenté.

—¿No te habrás hecho vegana? —me preguntó mi madre abriendo los ojos con asombro.

—No. Es para Tristán, el novio de Silvia.

—Bueno, no me extrañaría de ti... Cada día se te ocurre algo nuevo...

—¿Me estás piropeando o riñendo?

Mi madre movió la cabeza sin dar más respuesta. Me había informado un poco y supe que

habían sacado a la venta unas nuevas hamburguesas a base de proteína de guisante que, decían, simulaba el sabor de la ternera. Añadimos al carro un paquete de cuatro. Compramos también hummus y guacamole.

—Ahora nos acercaremos hasta *Party House*.

—¿En serio? ¿Vamos a comprar globos y guirnaldas? —pregunté, ilusionada.

—Entraremos solo a mirar.

—¡Bien!

—¡Solo a mirar!

Cuando llegamos a casa, Fran estaba en la cocina preparándose un sándwich para merendar. Volcamos en la isleta todo lo que habíamos comprado. Fran nos miró con desaprobación, agarró su plato y se dirigió a las escaleras arrastrando los pies con su paso cansino de adolescente.

—¿Nos ayudas a decorar? —pregunté.

—Paso.

—Vamos —le animó mi madre—, será divertido.

No se atrevió a contradecirla. Estaba en esa etapa en que tiene que parecerle aburrido todo lo que hacen los demás, pero se divirtió poniendo guirnaldas e hinchando globos.

Sacamos el larguero que solíamos usar en este tipo de fiestas, lo colocamos sobre unos caballetes y decoramos el jardín alrededor de la barbacoa. Por un momento, nos olvidamos de las preocupaciones de los últimos días. Me recordó a cuando decorábamos para mi cumple o el cumple de Fran.

—¡Hola! —saludó mi padre a voces al no encontrar a nadie en casa.

—¡Aquí! —grité.

—¡Parece una boda! —bromeó cuando salió al jardín.

Nos dio un beso a cada uno.

—¿Dónde tienes el teléfono? —preguntó a mi madre.

—En el bolso, ¿por qué?

—Me han llamado del médico. No te localizaban. Mañana tienes cita a las 10:20.

Nos quedamos paralizados unos instantes. Con los preparativos de la fiesta habíamos olvidado por completo el asunto.

—Me he puesto nerviosa —dijo mi madre. Alzó la mano para mostrarnos cómo le temblaba el pulso.

Me levanté y le pasé el brazo por el hombro.

—Estamos a tiempo de cancelar la barbacoa.

—No, hija, de verdad que no.

—Llamo a la gente y lo dejamos para otra ocasión.

—Estoy nerviosa, pero preparada para cualquier situación que se dé. Mañana, pase lo que pase, habrá barbacoa.

—¡Ay, mami! —Apoyé mi cabeza en su hombro.

La abracé con fuerza, tratando de transmitirle mi apoyo. A pesar de su aparente calma, podía sentir la preocupación como una nube oscura sobre nuestra conversación.

—Vamos a tu habitación si quieres.

Ella asintió y atravesamos la cocina mientras me asombraba una vez más de la fortaleza que irradiaba mi madre y su capacidad para afrontar lo desconocido con valentía.

Se sentó en la cama y me puse a su lado. Tomé su mano en la mía para que dejara de temblar.

—Mañana estaremos contigo. No estás sola en esto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me apretó la mano con fuerza. Era un momento de conexión profunda que trascendía las palabras y que afianzaba el lazo irrompible que siempre habíamos tenido.

CAPÍTULO 6

Necesitaba a mi lado a alguien que diera un paso al frente ante mi dolor y supiera lo que necesitaba antes que yo misma.

Barbacoa

A penas dormí en toda la noche. Supongo que mi madre menos incluso. No queríamos que Fran viniera con nosotros, pero ¿cómo se lo íbamos a negar? Él y yo tendríamos que quedar en la sala de espera, porque solo dejaban entrar a un acompañante. Al entrar en el hospital, mi padre se retrasó unos pasos y me llamó.

—¿Quieres entrar tú con mamá?

—Claro. ¿No quieres estar tú con ella?

—Creo que prefiere que estés tú. La entiendes mejor que yo.

—Vale, yo la acompaño.

—Gracias, hija.

Me aliviaba entrar a la consulta. Era lo mejor para mamá. Sin embargo, me apenaba ver que mi madre no tenía a su lado a alguien que estuviera a la altura. Pensé que no quería eso en mi vida; no quería una pareja que tuviera que delegar en otra persona compartir el que podría ser el momento más doloroso de mi vida. Necesitaba a mi lado a alguien que diera un paso al frente ante mi dolor y supiera lo que necesitaba antes que yo misma.

—No, espera, papá —le llamé mientras le agarraba por el antebrazo para que no avanzara—. Tienes que entrar tú. Mamá necesita que estés a su lado en un momento así.

Mi padre asintió sin decir nada. Nos sentamos en la misma sala de espera que dos viernes atrás. Esta vez no había bromas sobre Jon ni risas. Estábamos todos en silencio. Papá de un lado y yo de otro le dábamos la mano a mamá. Fran estaba a mi lado, en silencio, con la capucha puesta, como siempre que se quiere refugiar en sus pensamientos. Cuando sonó el turno, le di un abrazo a mi madre, breve, porque estaba ansiosa por ir a la consulta. Fran se levantó y mi madre le dio un beso. Estiré el brazo y le toqué ligeramente la mano a mi padre para infundirle ánimos.

Fran y yo nos sentamos de nuevo. Él puso los codos en los muslos y las manos en la barbilla. Notaba cómo movía la mandíbula por la tensión. Yo estaba atenazada, pero saqué ánimos para acercarme a él y agarrarle la mano. Me miró con media sonrisa.

—¿Has invitado a algún amigo a la barbacoa? —le pregunté para tratar de no pensar.

—No —contestó con seriedad—. Se lo he dicho a Ángela, pero no puede venir.

—¿A nadie más?

—Con Ángela tengo confianza para estar mal. Con el resto, paso de fingir que estoy bien cuando es posible que mi madre se esté muriendo.

—Joder, Fran. No digas eso.

—Mira, Sara —aclaró mientras me miraba con esos ojos almendrados llenos de profundidad—. Quizás estemos esperando la peor noticia de nuestra vida.

Se le inundaron los ojos de lágrimas. Se dejó caer en mi pecho y noté cómo lloraba escondiéndose del mundo. Tras varios minutos, dejó de llorar y volvió a la misma posición que antes.

—Tenemos que ayudar a mamá, sea cual sea el resultado —afirmó con rotundidad.

—Sí. Estaremos todos a su lado.

Los vimos venir por el pasillo y nos levantamos. Mamá corrió hacia nosotros. Mi padre quedó por detrás. No lo veía bien, pero me parecía que mi padre sonreía mientras asentía. ¿Había buenas noticias? Mi madre llegó hasta nosotros y nos abrazó con fuerza. No podía distinguir si estaba contenta, aliviada o destrozada. Mi padre seguía sonriendo, así que tenían que ser buenas noticias.

—¡Va a ir todo bien! —dijo mi padre.

Mi madre asintió. No sabía qué significaba exactamente. Me daba lo mismo. Lloré como nunca. Abracé a mi madre como si hiciera años que no la viese. No recordaba haber estado tan feliz en la vida.

—¡Todo va a ir bien! —repitió mi padre.

—¡Qué bien, mamá! —me alegré mientras le ponía la mano encima de la suya.

Habíamos parado en la cafetería del hospital. Necesitábamos descargar la tensión antes de irnos. Yo estaba frente a mi madre. A su lado se sentó papá, a quien se le notaba feliz.

—Cuenta, cuenta —ordené.

—Pues, mira. Entramos a la consulta y el médico no tenía nada que ver con el otro. Este era majo y atento, ¿eh? —preguntó girándose hacia mi padre, quien asintió—. Me dijo que se confirmaba que había un nódulo.

—Vaya —lamenté a la vez que arrugaba la frente.

—Me dijo que, aun así, había buenas noticias. El tumor aún está en... ¿grado I?

—Estadio I —rectificó mi padre mientras miraba el informe—. Mira, sí, está aquí. «Por esto», pone, «el tratamiento recomendado es mastectomía parcial con conservación del seno, donde se procederá al corte del tejido canceroso sin necesidad de extirpación».

—¡Qué bien! —exclamé emocionada—. O sea, te intervienen y lo quitan. ¿Hay que hacer quimio o algo parecido?

—No, no, nada. Bueno, después de la intervención tengo que tomar un medicamento...

—Mm —murmuró mi padre buscando en el informe—. Trastuzumab.

—Eso. No sé qué dijo de positivo en *nosequé2*.

—HER2 —apuntó mi padre tras buscarlo en el papel.

—Bueno, luego lees el informe, pero que, al no haber metástasis, se puede tratar con medicamento, sin necesidad de quimio.

—¡Qué bien! ¿Estás contenta?

—Mucho, hija. Hay que intervenir, pero dadas las circunstancias no me imaginaba que fuera así de fácil.

Fran se levantó, rodeó la mesa para llegar hasta donde estaba mi madre y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, mamá.

A Fran se le inundaron los ojos por la emoción y, con él, a nosotras. Desde pequeño, Fran nunca mostraba sus sentimientos, mucho menos los negativos. Solo se le veía siendo realmente él con su amiga Ángela.

—¡Te quiero mucho, hijo! —Fran volvió a su sitio—. Estoy orgullosa de la familia que somos.

Mi madre extendió su mano y la colocó en el centro de la mesa. Todos la pusimos encima. Después fuimos a casa, eufóricos por la noticia. Sí, a mi madre le esperaba una intervención, pero nuestras mentes se habían imaginado cosas mucho peores, así que estábamos contentos.

Nada más llegar, mi padre fue a la barbacoa y preparó el fuego. El jardín de atrás estaba precioso y lleno de vida, como en las grandes ocasiones de la familia, con decoración festiva por todos lados y la mesa larga preparada.

Quería que Jon llegara antes que nadie para poder estar solos cuando conociera a papá y mamá, pero los dos matrimonios amigos de mis padres habían llegado pronto para ayudarlos con los preparativos. Me sonó el móvil.

Jon

Ya estoy frente a la puerta.

12:02

Ábreme.

12:02

Temía llamar al timbre y toparse con mis padres nada más entrar en casa, así que me escribié esos mensajes para asegurarse de encontrarse conmigo al abrir la puerta.

—Hola —me saludó.

Se acercó a darme un beso. Miré hacia atrás para comprobar quién nos podía ver. Bueno, para que mi padre no nos viera, en realidad. En el salón no había nadie y desde la cocina, aunque estaba abierta al salón, no nos podían ver, así que me acerqué y le di un beso.

—Estoy nervioso.

—A mi madre le vas a encantar, ya verás.

—Estoy nervioso por tu padre, no por tu madre.

—A mi madre le vas a encantar, ya verás.

Lo repetí para hacer la broma, pero, en realidad, yo también estaba preocupada por la reacción que podría tener mi padre, quien nunca supo nada de Ramón... ni de nadie.

—Está de buen humor, así que intenta relajarte.

—Por cierto —me giró y me llevó hasta él—, estás preciosa.

—Anda ya. Me he puesto los tejanos de andar por casa y esta chaqueta vieja.

—Y ese aire desaliñado me pone enfermo.

Me apretó contra él y me besó con ansia.

—Veo que los nervios no te quitan el apetito.

Sonreí, juguetona; él me miró con deseo y me dio una nalgada. Tiré de él hasta la cocina, donde mi madre preparaba aperitivos junto con sus dos amigas. Al vernos, lo soltó todo y vino corriendo hacia nosotros.

—¡Jon! Qué alegría conocerte. —Le abrazó con fuerza mientras le daba un beso en cada mejilla.

—Encantado, señora.

—Llámame Esther.

—Encantado, Esther —saludó luciendo su mejor sonrisa.

—Sí que es guapo —comentó mirando hacia mí mientras le tocaba el brazo a Jon.

—Córtate, mamá. Es mi novio, ¿vale? Vete a buscar a tu marido.

—Cierto. Vamos a presentárselo a papá. Ven. Oye, ¿tú no tienes una chaqueta más vieja y llena de bolas que ponerte? —me recriminó con ironía. Entorné los ojos—. Siempre te provoca picores todo, pero esa chaqueta ponzoñosa que da dentera solo de mirarla, no; esa, no.

Agarró de la mano a Jon y fuimos al jardín. Mi padre estaba con sus amigos nada más salir, alrededor de la parrilla.

—¡Perdón! —gritó mi madre para que se apartaran todos—. ¡Momento familiar! Disuélvanse —bromeó—. Este es Jon.

Mi padre tomó un trago de su lata de cerveza y miró a Jon de arriba abajo, aunque no parecía entender por qué se lo presentaban.

—Es mi novio, papá. —Di un paso al frente y agarré a Jon del brazo, quien extendió la mano para saludar a mi padre.

—Encantado, señor.

Mi padre estrujó la lata y la lanzó a un cubo de basura que tenía a dos metros.

—Sara, ¿nos traes una cerveza?

—Oh, no, yo prefiero una cola —respondió Jon con timidez.

—¿Vas a rechazar tomarte una cerveza conmigo?

—Papá, no empieces con tus tonterías. No le hagas caso —le advertí a Jon—. Está bromeando.

—Bueno, tráeme una cerveza y a... —dijo mi padre.

—Jon, papá.

—Tráeme una cerveza también—accedió Jon.

Cuando entré en casa, aproveché para escribir a Silvia.

Yo

¡¡Hola!!

12:16

¿A qué hora vais a venir?

12:16

Tengo ganas de contarte algo.

12:16

Silvia

Ay, no sé. Qué nervios. Estamos en el hospital; hoy le dan el alta a la madre de Tristán y tenemos que llevarla a casa.

12:20

Yo

¿A qué hora vendréis?

12:20

Si vienes antes de que lleguen todos te cuenta más tranquilamente.

12:20

Silvia

No creo que podamos ir pronto. Mira qué hora es y aún tenemos que llevarla a casa, esperar a la tía de Tristán y tirar para allá.

12:23

Yo

Vale, no te preocupes.

12:23

Sobre las dos empezaremos a repartir la comida.

12:23

Silvia

Vale. Supongo que para esa hora estemos.

12:27

Yo

¡Besossss!

12:27

—Fran, ayúdame a sacar este balde para la bebida.

Mi hermano se levantó y entre los dos sacamos un barreño enorme con agua y hielo que colocamos justo a la entrada al jardín, a la derecha, antes de la cabecera de la mesa y frente a la barbacoa.

—Aquí —ordené, apoyándolo junto a la pared—. Ahora os traigo lo vuestro, señoritos —bromeé con Jon y mi padre, que conversaban amigablemente. Eso sí, Jon me contó después que le estuvo echando la charla de «cuida a mi princesita o te las verás conmigo». Les acerqué las cervezas, tras lo que Fran y yo fuimos sacando vino, refrescos, agua y más cervezas para el balde.

—¡Me cae bien este chaval! —comentó mi padre sujetando por el hombro a Jon—. ¡Juega de extremo derecho, como yo!

—Como tú hace treinta años, quieres decir —repliqué.

—Mira —le explicó a Jon ignorando por completo mi comentario—, yo siempre jugaba a pierna cambiada. Era muy rápido. Llegaba a Línea de fondo y recortaba hacia el interior con mi pierna buena. ¡Se la comían todos! Y ya, con el recorte hecho, si tenía buena posición, chutaba a puerta; si no, daba un pase templado al área.

—Ay, papá. Déjate de tus historias de *boomer*.

Me miró, pero no me hizo caso. Jon se convirtió al instante en su hijo deportista. Ni yo ni Fran teníamos ningún interés por el fútbol, por más que intentara inculcarnos la afición con todas sus fuerzas. Se giró de nuevo hacia Jon.

—Has de decírselo al entrenador. Verás cómo mejoras. —Agarró las pinzas para darle vuelta a los costillares de cerdo—. Mira, Jon, te voy a enseñar mi truco para pillarle el punto a la carne.

—Eh, papá —recriminé tirando de Jon—, que es mi novio, no el tuyo.

—Luego voy contigo —respondió tímidamente Jon—. Aprenderé cómo preparar carne a la brasa.

—Por cierto, Sara —objetó mi padre mientras agarraba el paquete de hamburguesas veganas que había comprado para ti—. ¿Qué es esta mierda de guisantes o no sé qué?

—Es para el novio de Silvia; es vegano.

—¡¡Lo que me faltaba!! Un vegano en una barbacoa. Para eso que no venga.

—Tú ponlas con el resto. ¡Qué te cuesta!

Mi padre se quedó bufando. Yo me alejé y los dejé junto al fuego para que mi padre instruyera a Jon en sus cosas de machito. Ya era la hora en la que iba a llegar la gente. Los dos matrimonios amigos de mis padres ya estaban allí y Fran no había invitado a nadie, así que solo faltaban mis amigos. Quería estar con los que realmente me sentía a gusto, así que invité nada más que a los de la pandilla de siempre: Azu y Marcos, Verónica y Raúl, Juan, que venía solo, y

Sabrina, quien dijo que vendría con una amiga. Supuse que era su nueva novia, pero que aún no se atrevía a llamarla así.

—¡Azu, esa morenaza guapa! —la piropeé cuando aparecieron.

—Y yo soy lo que viene con ella —bromeó Marcos.

—Anda, que estás muy guapo también.

—¡Con esos tacones que lleva me saca una cabeza! Entre lo pequeñito que se me ve a su lado y... —se agarró la barriga — esto, parezco una chirimoya.

—Ja, ja, ja. Qué tonto eres. Vamos para afuera. ¿Qué tomáis?

Poco a poco llegó el resto. Solo faltaba Silvia. Y tú, bueno, aunque en aquel momento no me importaba que no estuvieras, la verdad. Echaba de menos a mi amiga y echaba en falta haber tenido un rato para compartir la alegría que sentía en ese momento.

—Esta es Rebeca —me presentó Sabrina. Era una chica más alta que yo y con un tipazo tremendo.

—¿Qué tal? —Me acerqué y le di dos besos—. ¡Vaya corte te has metido! —le comenté a Sabrina, que se había cortado su larga melena cobriza, mientras le tocaba el pequeño tupé que se había dejado.

—¡Eh! No toques —objetó mientras se apartaba hacia atrás y simulaba peinarse de nuevo—. Este estilazo lleva su tiempo.

Yo estaba contenta. La noticia sobre mamá me había dado un subidón de adrenalina y andaba de un sitio a otro hablando con todo el mundo. Jon me saludaba desde la barbacoa. Parecía pasárselo bien con mi padre, así que no hice intención de buscarlo hasta que me miró con cara de cordero degollado y me acerqué. Mi padre comenzaba a colocar en fuentes las costillas, los chorizos, las alitas de pollo y los pinchos morunos.

—¿Qué tal, cariño? —se interesó mi padre dándome un beso en la mejilla—. ¡Gracias, Berto! —agradeció a uno de sus amigos que le había acercado una lata de cerveza.

—¡Vaya ritmo llevas!

—¡Es un gran día! —exclamó en un tono demasiado elevado, a la vez que levantaba los brazos—. Uy, perdón —se disculpó, tapándose la boca.

—Menos mal que estamos en casa. Solo tienes que subir las escaleras para echarte en la cama —bromeé.

—Llama a mamá y a Fran, vamos a comer. —Miró a Jon y le puso la mano sobre el hombro—. En familia.

Los cinco de la familia, incluyendo a Jon, nos colocamos en el extremo más cercano a la barbacoa y a la entrada a la casa. En el lateral de la pared, próximo a la puerta, se sentó mi padre, quien invitó a Jon a que se acomodara a su derecha. Yo me puse junto a Jon. Frente a mi padre, se sentó mi madre, y Fran a su izquierda.

—Deja un poco el móvil —le ordenó mi padre.

Fran lo metió en el bolsillo del pantalón. Instintivamente miré el mío, lo puse en silencio y lo guardé en mi chaqueta.

—Y quita la capucha para comer. ¿Hoy no ha venido tu novia?

—No es mi novia —contestó con pereza a la vez que se echaba la capucha hacia atrás—. ¡Pesados! —masculló.

—No contestes entre dientes —recriminó mi padre.

—Pues dejad de decir que somos novios.

—Es que lo parecéis.

—Somos amigos. Fin de la conversación —respondió Fran sin levantar la cabeza.

—Mejor echabas unos amigos normales.

—¿Cómo que normales? ¿Ángela no es normal?

—No me refiero a eso —matizó mi padre—. Me refiero a una pandilla de chicos para salir y divertirse. Pero, bueno, ya que preguntas... Ángela normal, normal, tampoco es.

—No será normal según tus estándares simplistas de la vida —replicó Fran con desprecio.

—No te pases, chaval. A ver si la tenemos.

—Haya calma —intentó mediar mamá—. Estamos disfrutando de una barbacoa con los amigos, así que nos relajamos un poco todos.

—¡Me respetas, que soy tu padre! —gruñó mientras se ponía en pie.

—Te respetaré cuando tú respetes a los demás.

—De ti no he dicho nada, así que no te pongas tonto. —Mi padre elevaba la voz cada vez más.

—Si hablas mal de Ángela, hablas mal de mí —señaló Fran con tranquilidad.

—Lo que me faltaba. Ahora vamos a discutir por esa...

—¿Esa qué, papá?

Fran levantó la cabeza y miró a mi padre desafiante, con odio. Mi madre tiró de la pernera del pantalón a mi padre para que se callara.

—Dilo, esa qué.

Mi padre no dijo nada, pero seguía en pie, desafiante. Fran tiró los cubiertos en el plato, se levantó y salió de su sitio.

—¡A dónde te crees que vas! Estamos todos juntos, en familia, así que te sientas.

Fran siguió avanzando. Cuando pasó al lado de mi padre, este le agarró con fuerza del brazo.

—No vas a ninguna parte.

Mi padre le miraba con rabia, pero Fran le mantuvo la mirada como un témpano de hielo. Estuvieron unos interminables segundos así.

—¡Que te sientes! —ordenó, encolerizado. Yo di un salto del grito. Temía que la situación se le fuera de las manos a mi padre. Más todavía.

Se asustaron hasta los que estaban al fondo. Los que estaban cerca ya estaban atentos a la conversación, pero mirando para otro lado, incómodos con la situación. Con la voz que había dado mi padre, ya estaban todos al corriente de que algo estaba pasando.

—¿Me vas a pegar? —recriminó Fran manteniendo la mirada sin pestañear.

—No me tientes —gruñó mi padre. Con la mano derecha seguía sujetando a Fran. Apretó el puño de su mano izquierda. Me temí lo peor.

—¡Papá, vale ya! —intervine.

—Sí, siéntate y hablamos —repuso mi madre.

Mi padre soltó el brazo de Fran, quien inmediatamente entró en casa.

—Estás castigado sin móvil un mes —despotricó mi padre, que había cedido, pero quería mantener el orgullo intacto frente a los demás.

Fran lanzó el móvil a la mesa mientras seguía sin quitarle ojo y entró en casa.

—Puto crío —bramó mientras se sentaba.

—No, papá, te has pasado —le dije.

—¿Empiezas tú ahora?

—Es cierto. Has llamado rara a su amiga del alma. Y a él, claro.

—¿Cómo crees que se ha pagado esta casa? ¿Leyendo comics de esos japoneses? No. Trabajando como un cabrón desde los diecisiete años.

—Sí, papá, eso tiene mérito —expuse con tono conciliador, dejando que me contara una vez más la historia de siempre—. Has llegado a crear tu propio bufete partiendo de la nada, y tiene mérito, claro que sí, pero no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

—Mira, ¡estoy de los rollos de los alternativos hasta los cojones!

En ese momento entraste con Silvia, en el momento más inoportuno, con tus tejanos rotos y desgastados, bambas negras, camiseta también negra de Nirvana y un gorro que quitaste mostrando un pelo completamente desaliñado, pero con mucho encanto.

—Este es el vegano, ¿no? —bufó mi padre, mirándote con desprecio. A mí me empezó a picar todo.

CAPÍTULO 7

¡Vaya, parecía que, si te lo proponías, eras capaz hasta de sonreírme!

Pelea

Con la tensión todavía en el aire, y con mi padre criticando todo lo que parecías representar, me daba hasta vergüenza mirarte. Me levanté para saludaros y aproveché para quitarme la chaqueta, que me estaba provocando ya un picor insufrible.

—¿Qué tal? —os pregunté, tratando de recomponerme.

—Sentimos llegar tan tarde —se disculpó Silvia. Tú levantaste las cejas como único saludo. Por un momento, se me había olvidado lo insufrible que podías ser.

Mis padres aprovecharon para levantarse y se fueron con sus amigos, lo cual me resultó un alivio, porque la situación con mi padre era muy incómoda.

—Venid; os sirvo algo.

Jon se levantó a la piletta donde estaba la bebida, junto a la barbacoa, y sacó dos cervezas.

—¡Sara te ha traído *Ranses*! —señaló Jon.

—Muchas gracias —agradeciste, mirándome.

—Te hemos preparado unas *No Meet Maura* —te comenté.

—Te agradezco mucho el detalle —respondiste, dedicándome media sonrisa forzada.

—Y por las mesas hay hummus y guacamole.

—Eres un amor —me agradeció Silvia. Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Sí, te agradezco de verdad que te hayas preocupado —añadiste.

Me alegraron un montón aquellas palabras. Y me sonreíste. ¡Vaya, parecía que, si te lo proponías, eras capaz hasta de sonreírme! Creía que podía ser el inicio de una relación más natural y cercana. «¡Incluso podríamos ser amigos!», me imaginé. Sabes que me ilusiono rápido con la gente.

—No quería que comieras solo un poco de lechuga —bromeé, devolviéndote la sonrisa. ¿Por qué me picaba el cuello si ya no llevaba la chaqueta? Sería la etiqueta de la camiseta.

Estuvimos un rato comiendo y charlando. Por un momento, me encantó vernos como si fuéramos amigos los cuatro.

—Tengo curiosidad. Voy a probar una *No Meet Maura* —anuncié, mientras me preparaba una hamburguesa.

—Ojo, repiten bastante —me advertiste.

—¿En serio? ¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque me ha gustado el detalle de que las trajeras, pero todo lo que está elaborado a base de proteína de guisante me repite un montón.

—A ver si no vas a ser tan borde como quieres aparentar... —bromeé, aunque me arrepentí al instante, porque no sabía si entenderías que estaba de broma.

—Tranquila —respondiste, mientras te reías de mi tontería. ¡Cómo me ha gustado siempre verte reír!—, solo soy borde los jueves. Y hoy es viernes.

—¡Un alivio! ¡Joder, qué bueno está esto! —exclamé al probar la hamburguesa.

—Déjame probar —te pidió Jon. Le dio un bocado, arrugó la nariz y apartó la

hamburguesa—. Para ti, para ti.

Al apartarse y dejar de agarrar la hamburguesa, estuvo a punto de caerse, pero la sujeté con fuerza. Te reíste por el ímpetu que puse para que no se cayera ni un poco. Bueno, creo que Silvia y Jon también se rieron.

Jon se levantó para ir al baño y, cuando regresó, comentó que Fran estaba sentado en el sofá.

—Le he dicho que saliera con nosotros, pero me ha dicho que no le apetecía.

—Ya. Después de la discusión con mi padre no querrá estar por aquí.

—Me he sentado con él para intentar entablar conversación, pero me respondía con monosílabos, hasta que me echó de allí.

—¿Te echó? —pregunté, sorprendida.

—Bueno, me dijo que prefería estar solo. Me echó, vamos.

—Sara —me llamó Sabrina, acercándose a nosotros—, ¿puedes enseñarnos tus novelas? Rebeca trabaja en una editorial y publican sobre todo misterio, novela negra y cosas así.

—¿En serio? Sí, sí, por supuesto. Además, la última que he escrito la tengo encuadernada y todo, así la puede llevar para leerla y darme su opinión. Ven conmigo, Jon.

Al entrar en casa, vi a Fran en el sofá. Estaba mirando el móvil, de nuevo con la capucha de la sudadera cubriendo su cabeza, escondido del mundo.

—Espera aquí —le susurré a Jon para que me esperara junto a la escalera de acceso al primer piso. Me acerqué a Fran y me senté junto a él—. ¿Te diviertes? —pregunté con sorna.

—No está mal —respondió sin levantar la cabeza.

—¿Echas de menos a Ángela?

—Algo —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Seguro que no queréis ser novios ni nada?

—Llevas haciéndome la misma pregunta desde que tenía ocho años. Como somos chico y chica, tenemos que ser novios a la fuerza, ¿no?

—Vale, lo siento. —Me acerqué y le di un beso en la mejilla—. Es que os veo tan bien juntos que me parece imposible... Pero ya me callo. ¿Vienes para afuera?

—Prefiero estar solo.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió sin levantar la cabeza del móvil.

—Después de la discusión con papá, estarás disgustado.

—Me la pela.

—¿Seguro que no quieres venir afuera conmigo y con mis amigos?

—Seguro.

—Todos necesitamos relacionarnos y pasar buenos ratos con los demás.

—Ya. Pero si no me interesa nada de lo que dicen o hacen, prefiero estar solo —replicó sin mirarme.

—Oye, escúchame. —Continuaba con la vista fija en el móvil—. Mírame, por favor. Estoy orgullosa de la persona en la que te estás convirtiendo.

—Vale. —Giró la vista de nuevo al móvil.

—No, en serio, casi nadie sabe estar solo. Quizás por pasar mucho tiempo contigo mismo tienes las ideas tan claras. Tienes unos valores admirables y ¡cómo has defendido a tu amiga cuando papá ha hablado mal de ella! No has pensado en las consecuencias y lo único que te importaba era defenderla. ¡Ojalá mi pareja haga lo mismo por mí!

—No es mi pareja.

—Ya lo sé, pero si defiendes así a una amiga, imagino cómo actuarás con tu pareja cuando la tengas. Espero que Jon sea así.

Fran emitió una sonrisita irónica mientras se giró ligeramente y miró hacia él. Supe lo que quería decir, pero intenté no hacer caso.

—Oye —repuse mientras me levantaba—, ¿tú no estabas castigado sin móvil?

Se encogió de hombros sin decir nada.

Jon y yo subimos a mi habitación, busqué el libro que quería entregarle a la novia de Sabrina y bajamos de nuevo. Fran seguía en el sofá y tú estabas sentado sobre el reposabrazos, hablando con él. Me extrañó. Me sonreíste cuando pasé por detrás del sofá. ¿Contigo sí hablaba? Te devolví la sonrisa, y no por cortesía, sino porque me gustó que hicieras el esfuerzo de acercarte a Fran y de que fueras capaz de entenderte con él.

Una vez en el jardín, busqué a Sabrina y Rebeca, que estaban de pie con el resto del grupo, más allá de donde terminaba la mesa.

—Esta es la última que he escrito —informé mientras le daba el ejemplar a Rebeca.

—*El rencor del almendro* —leyó mirando la portada—. Me gusta. Un título muy sugerente.

—Es la historia de...

—No, no me digas de qué trata. A veces, es mejor leer una novela sin saber nada.

—Sobre todo, si es de novela negra, como en este caso —añadí.

—Ya se la pasará al editor para que la lea y nos pondremos en contacto contigo.

—¡Ay, genial! No sabes la ilusión que me hace.

—Esto te lo mueve Rebeca en tres días, verás —sentenció Sabrina.

—¿Te imaginas que un día como hoy también es el inicio de tu primera novela publicada? —manifestó Jon.

—Buf, sería estupendo. ¡Recordaré este día siempre!

—En cuanto tenga la valoración editorial, hablaremos.

—¡Qué bien! —intervino Verónica. Se dirigió a Rebeca—. Te va a encantar. Bueno, y al editor. Está genial.

—¿Lo has leído? —le preguntó Rebeca.

—Sí, y me ha encantado. Los otros dos me habían gustado, pero se nota que madura con cada libro que escribe.

—Me voy a ruborizar. Verónica es mi lectora cero. Le doy a leer cada capítulo, porque ella es una lectora empedernida. Tienes que seguirla—le propuse a Rebeca—; es una *bookstagramer* espectacular. Tiene una sección de reseñas de libros que está genial.

—Oye, vaya musiquita nos has puesto —reprochó riéndose Marcos, a la vez que señalaba los altavoces colgados por la pared.

—Es Nirvana, ignorante —replicó Verónica.

—No sé... pon un poco de reggaetón o algo más animado.

Empecé a sentir algún grito. Miré hacia la barbacoa y te vi de espaldas. Mi padre estaba frente a ti con las pinzas de la carne en la mano, alzando la voz y haciendo aspavientos. Me fui acercando para ver qué sucedía. ¿Ya se te había pasado el momento de amabilidad y volvías a ser el insufrible Tristán que atrae las discusiones?

Tú te estabas girando hacia la puerta, alejándote de la barbacoa, así que ya no le di importancia y volví a la conversación con la pandilla.

—Lo de la música es cosa de mi hermano —contesté—. Está en la fase de adolescente nihilista que no le encuentra sentido a la vida.

Seguía con el rabillo del ojo pendiente de lo que sucedía en la barbacoa. Parecías irte, lo

cual me alivió. No me gustaría pasar otro momento de tensión contigo. Mi padre estaba hablando con Berto, así que todo parecía tranquilo.

—¡Esto es musicaza! —apuntilló Verónica—. Ni caso a este.

De repente, te giraste hacia mi padre. Quise acercarme para ver qué pasaba, pero no me dio tiempo ni a avanzar un paso. Le diste un puñetazo a mi padre en toda la cara con tal fuerza que cayó hacia atrás contra la barbacoa. No me podía creer que un invitado, al que apenas conocía, terminara por golpear a mi padre.

Por un momento temí que se hubiera quemado con las brasas, pero, antes de llegar a él, ya estaba de pie, colérico, yendo hacia ti con la cara desencajada. Los amigos de mi padre le sujetaron para evitar que se abalanzara sobre ti.

Corrí hasta vosotros. Tú ya salías por la puerta, pero te sujeté. Estaba fuera de mí. No daba crédito a lo que estaba pasando. ¿En serio este era el chico con tanta moralidad y coherencia que me había vendido Silvia? ¿El chico empático y cariñoso que es capaz, sin embargo, de ir a casa de alguien y darle un puñetazo al anfitrión?

Cuando te sujeté, te paraste en seco. Me mantuviste la mirada como un témpano de hielo. ¿Cómo alguien que podía alterar todas mis neuronas con aquella sonrisa repleta de empatía y ternura podía, pocos minutos después, helarme la sangre con aquella mirada fría e indiferente? Te devolví la mirada, repleta de rabia.

—¿Tú qué te crees? ¿Piensas que puedes venir a mi casa a golpear a alguien? ¿Qué te pasa por la cabeza para darle un puñetazo a mi padre?

Te soltaste de mí con furia y te giraste hacia la puerta. Te volví a sujetar del brazo.

—No vas a ninguna parte. Esperas aquí hasta que, al menos, tengas la decencia de pedir perdón.

—¡Suéltalo! —gritó Silvia, apartándome la mano de tu brazo con violencia.

—¿No le disculparás?

—¡Que lo sueltes! —chilló.

Eso sí que no me lo esperaba. Silvia había perdido los papeles. Nunca la había visto fuera de sí como estaba en aquel momento. Noté que estaba colorada de rabia, con los ojos repletos de furia, temblando.

—Ni se te ocurra decir una palabra más —ordenó Silvia.

La sujetaste por el hombro para avanzar y salir de allí. Yo estaba helada. Fui incapaz de reaccionar. La última persona que pensaba que me podría hablar así era ella. Escapaba a mi comprensión. Nunca hubiera imaginado que me contestara con aquel desprecio, rabiada, y todo para defenderte a ti, olvidando nuestros años de amistad.

Os alejasteis hacia la puerta de casa mientras Silvia seguía mirándome. No me veía capaz de perdonarle nunca cómo me había tratado por salir en tu defensa.

—¡Ni una palabra! —remarcó con los ojos llenos de ira.

CAPÍTULO 8

Con el semblante serio ya resultabas atractivo, pero ¡joder!, ¡qué guapo eras cuando te reías!

Florero

Yo aún no daba crédito: no me creía que alguien fuera a una casa ajena y golpear a al anfitrión; y mucho menos que mi mejor amiga, mi hermana, defendiera esa actitud.

—¿Y te extraña?

Esa fue la respuesta de Fran cuando salió al jardín y le conté lo que había ocurrido.

—Lo raro es que no haya pasado antes —añadió.

Fran se giró sin dar más importancia al asunto y se fue mirando el móvil. La gente, poco a poco, incómoda tras lo sucedido, se fue marchando. Mi madre le curaba el ojo izquierdo a mi padre, que ya se empezaba a notar hinchado y amoratado.

Solo quedábamos en casa mi familia, Jon y los dos matrimonios amigos de mis padres. Excepto Fran, que había subido a su habitación, todos estábamos en la cocina.

—Vamos al hospital —comentó mi padre.

—Anda, no seas exagerado —replicó mi madre mientras le aplicaba una crema alrededor del ojo con un algodón.

—Necesito el parte. A este... ¡niñato! se le va a caer el pelo.

—Déjalo estar —aconsejó mi madre—. Ha sido un incidente. Ya está, no lo removamos: son amigos de Sara.

Jon no se atrevía a abrir la boca. Creo que hasta temía que alguien mencionara que eras su amigo.

—¿Tú qué le has dicho para que reaccionara así? —preguntó mi madre.

—Me han pegado a mí y encima tendré yo la culpa.

Ya me había arrepentido de cómo había actuado contigo. Las respuestas un tanto extrañas de mi padre me hicieron plantearme que algo tenía que haber sucedido para que Silvia, la dulce y tímida Silvia, reaccionara así.

—No. La culpa de una pelea siempre es del que pega. Solo digo que no llegaría a ti y te soltaría un puñetazo así porque sí, sin mediar palabra. Algo habrás hecho. ¿Qué pasó?

—Yo qué sé. Comenté alguna cosa acerca de que no entendía eso del veganismo y se alteró, empezamos a discutir y sin venir a cuento, zas, me solmenó.

—No sé, Borja —le recriminó mi madre—, últimamente estás haciendo cosas que no me están gustando ni un pelo.

—¿En serio vamos a tener una discusión por culpa de esto?

—Por culpa de esto, no; por culpa de que te estás comportando de una forma que no es normal. Mira cómo te has puesto con Fran.

—O sea, el vegano me pega y es culpa mía; el mocosito este me replica y el que hace las cosas mal soy yo.

—No voy a airear más cosas delante de nadie, pero tenemos una conversación pendiente.

Miré el móvil con la esperanza de que Silvia me hubiera mandado un mensaje para explicar

qué había ocurrido. Nada. Quizás lo mejor hubiera sido esperar al día siguiente, cuando los ánimos se hubieran calmado un poco. No me aguanté.

Yo

Necesito verte.

17:43

Quiero saber qué ha pasado.

17:43

¿Podemos quedar y hablarlo?

17:44

Miraba el móvil cada poco, con el ansia de recibir un mensaje que me tranquilizara, que me hiciera saber que aquello se podía solucionar; sin embargo, ya habíamos recogido por completo la mesa y fregado todos los platos y aún no tenía noticias suyas.

—Te invito a cenar —me propuso Jon.

Si quedaba en casa, lo único que podía hacer era plantearme por qué no me contestaba Silvia, así que acepté sin pensarlo dos veces.

—¿Llamamos a los chicos? —pregunté—. Me da rabia que se hayan ido con esa impresión.

—Son tus amigos, ¿no? Lo entenderán. De todas formas, estaría bien quedar con ellos, así los conozco un poco. Hoy tu padre me ha absorbido y apenas me he relacionado con nadie más.

Los llamé, pero todos tenían algo que hacer. La verdad es que me sonó raro, aunque tampoco podía culparles de que ese día ya no quisieran quedar conmigo.

—¿Qué te apetece? —pregunté.

—¿Una hamburguesa? ¿Vamos hasta *El Rincón de Marc*?

—Por mí, genial.

—¿Vas a ir así? —reprochó mi madre cuando íbamos a salir.

—Así, ¿cómo?

—Así, con los pantalones de estar por casa y esa chaqueta tan vieja.

—Bueno, mamá, lo que me faltaba por oír hoy.

—Vale, vale. Tú misma.

Cuando estábamos en el coche de camino, me llegó un mensaje al móvil.

—Azu y Marcos se apuntan —informé a Jon—. Ya les he dicho que nos vemos en *El Rincón de Marc*.

—No, no.

—¿Por qué no? ¿No quieres que vengan?

—Sí, pero vamos a otro sitio.

—No entiendo.

—¡Joder! Soy un imbécil. Te he dicho *El Rincón de Marc* porque Tristán trabaja allí y quería que hablarais.

—Frena ahí.

—Sara, no te enfades.

—¡Para! —ordené, tajante. Detuvo el coche junto a la acera—. ¿Crees que puedes organizarme una encerrona?

—Sé que algo tuvo que pasar. Si conocieras a Tristán sabrías que él es incapaz...

—No sé si es capaz o no; lo que sí sé es que deberías haberte sentado conmigo para hablarlo —le interrumpí—. No soy un puto florero al que puedas llevar donde te dé la gana. ¿Piensas que soy una niña con la que no se puede mantener una conversación?

—Sabes que no.

—¿Y por qué tomas decisiones por mí? ¿Por qué querías llevarme a hablar con Tristán a mis espaldas? ¿Por qué no puedes sentarte conmigo y explicarme tu postura y, a continuación, dejarme decidir cómo quiero abordar la situación? MI situación.

—Perdón.

Me sentí decepcionada con la actitud de Jon... otra vez. Sabía que tenía buen corazón y hacía las cosas para intentar ayudar, pero me había preparado aquella encerrona y eso no me había gustado nada. Estaba cansada de que la gente no tuviera en cuenta mi opinión; que, algunos, ni se plantearan que pudiera tener una.

—Vamos a cenar con Azu y Marcos —accedí por fin—. No quiero hacerlos sentir mal otra vez.

—¿Me perdonas? —se disculpó con voz tierna mientras se acercaba a mí poniendo un puchero de niño—. Solo quería que aclararais las cosas.

—Siempre es por mi bien...

—¿Me perdonas, me perdonas? —insistió poniendo el puchero cada vez más triste y simulando llorar.

—¡Qué tonto eres, de verdad! —respondí riéndome—. Tienes suerte; no puedo estar enfadada contigo.

—Entonces... ¿dónde quieres ir a cenar?

—Hemos quedado en *El Rincón de Marc* y allí vamos.

Sinceramente, noté que Jon no sabía dónde meterse cuando mantuve la decisión de ir a *El Rincón de Marc*; sonreí con malicia para mis adentros: era mi pequeña venganza por no tener en cuenta mi opinión.

Sin embargo, me arrepentí de mi bravuconada en cuanto abrí la puerta del local para entrar al bar y me di de bruces con tu mirada. Estabas en la barra, en la zona más próxima a la entrada, atendiendo a una chica. Giraste la vista hacia la puerta y se me aceleró el corazón.

Normalmente, mi cabeza rumia tantas situaciones en el pasado y en el futuro que, la mayoría de las veces, no me sorprende cuando suceden. Sin embargo, en ese momento, había tomado la decisión en caliente y ni me había parado a plantearme cómo afrontar el encuentro contigo. Y ahí estaba yo, agachando la vista, incapaz de mantener tu mirada de hielo.

—Ey, Tristán —te llamó Jon.

Te giraste y caminaste hacia la otra parte de la barra.

—No te enfades, tío.

Yo estaba a unos metros, pero os oía perfectamente. Me rasqué el brazo. Con el calor del local me empezó a molestar la chaqueta.

—¿A qué habéis venido? —preguntaste con desprecio. Jon quedó paralizado y no sabía qué decir.

—A cenar —respondí yo con chulería, aproximándome un poco a la barra.

Iba con la intención... En realidad, no me había planteado con qué intención iba. Quería hablar con Silvia y saber qué había pasado, eso lo tenía claro. Pero tu actitud altiva me hervía la sangre.

—A ver, vamos a hablar —intervino Jon.

—Ya, es cierto —respondiste ignorando a Jon. Tu mirada indiferente me atravesaba—. Los viernes cierran todos los demás restaurantes de la ciudad.

—Nos sentamos y aclaramos las cosas —medió Jon. Ninguno le escuchó.

—Podemos hacer lo siguiente —te repliqué—. Para la próxima salida que hagamos, te

llamamos antes y nos indicas qué locales tenemos derecho a visitar.

No quería discutir contigo. De hecho, deseaba que todo se arreglara. En serio. Pero no soportaba esa chulería.

—Lo digo por vuestro bien —continuaste—, porque te veo más de *Casa Remigio*. Tienen una ensalada de lechuga, tomate y cebolla exquisita.

Esa vez no diste opción a que te contestara. Te giraste y caminaste hasta entrar en la cocina.

—¡Tristán! —gritó Jon.

—¿Nos vamos? —le pregunté. Me ponía brava para responderte, pero la verdad es que estaba nerviosa e incómoda. Y ¡joder, cómo me picaba la puta chaqueta!

Azu y Marcos nos saludaron desde una mesa, sobre las que se veían varias cervezas.

—¿Pasa algo? —se interesó Marcos.

—Es por el novio de Silvia, ¿no? —apuntó Azu.

—¿Qué pasa con el novio de Silvia? —preguntó Marcos mirando a su alrededor.

Azu señaló hacia la barra, donde ya estabas atendiendo a un par de chicos.

—¡Vaya! —reaccionó Marcos—. Nos vamos, si queréis.

—No, a ver, ya tenéis las cervezas. Tomamos algo y luego ya veremos —sugerí, intentando tranquilizarme.

No sabía muy bien qué decir ni qué hacer. Te miraba de reojo; estabas muy serio. Melania te hablaba, riendo, pero tú no cambiabas el gesto.

Jon, aunque apenas conocía a Azu y a Marcos, se los ganó enseguida. Siempre ha sido la clase de tío que congenia con cualquiera: simpático, agradable, con la empatía necesaria para interesarse por los demás... No sé cómo, pero, a los pocos minutos de estar en la mesa, ya estaban contando anécdotas embarazosas sobre mí.

—Un día fuimos al río... —empezó a narrar Marcos.

—No; lo del río, no —interrumpí, avergonzada.

Tú limpiabas unas copas. Un chico se acercó a la barra. Le preguntaste qué quería sin abrir la boca, con un ligero movimiento de cabeza. Mi presencia te resultaba incómoda. Yo tampoco estaba a gusto. Me apetecía terminar rápido la cerveza y salir de allí.

—Lo decidimos así sobre la marcha. —Marcos me miró y, aunque yo negaba con la cabeza, continuó con la historia—. No lo teníamos pensado. Sara no llevaba bañador y, cuando llegamos, tan tranquila, dijo que se bañaría en pelota.

—¿Qué dices? —se sorprendió Jon mirando hacia mí—. ¿No llevabas ropa interior, aunque fuera?

—Sí, pero no quería mojarla. Y no había nadie.

—¿Nosotros no somos nadie? —preguntó Marcos.

—Bah, tú eres como un primo o algo así.

—Ah, como si los primos no pudieran mirarse con deseo —respondió Jon.

—¿Quieres decir que me tengo que preocupar cuando conozca a una prima tuya? —bromeé. Todos se rieron—. ¿Cuántas primas tienes? —pregunté, simulando ofenderme.

—Solo una.

—¿Y... cómo es? —fruncí el ceño, continuando con la broma.

—Ja, ja, ja —se rio Jon—. Esta es buena: celosa de una niña de cinco años que ni conoces.

Todos nos carcajamos.

—Espera, Jon —señaló Azu—, lo mejor no te lo han contado.

—¿Hay más?

—Ju, ju, ju. Ya verás lo que viene ahora —se asombró Marcos.

Apoyé la cabeza en la mano para esconderme, avergonzada, y, al girarme, tú estabas volviendo la vista hacia nosotros; mi mirada se encontró, de frente, con la tuya. Hablabas con Melania; no sé de qué, aunque se notaba que bromeabais y lo pasabais bien. Con el semblante serio ya resultabas atractivo, pero ¡joder!, ¡qué guapo eras cuando te reías!

Mantuvimos la mirada durante un segundo. Las sonrisas, tanto la tuya como la mía, se congelaron. Tras un instante, volví la vista hacia el resto, sonriendo de nuevo. El corazón me palpitaba apresurado. ¡Cómo me estaba picando la puta chaqueta!

—¿Recuerdas que Marcos jugaba en un equipo de baloncesto?

—Bueno, era el utillero más bien —se burló de sí mismo señalando su cuerpo.

—Pues, de repente, aparece uno de sus compañeros. Nosotros, en el agua. Ve a Marcos y le saluda. Luego llega otro, y otro, y otro.

—¡No puede ser! —exclamó Jon mirando hacia mí.

Escondí la cara tras mis dos manos. Aproveché para, inconscientemente, voltear la vista hacia ti. Seguías riendo y bromeando, aunque de vez en cuando mirabas de reojo hacia nuestra mesa. Me tuve que quitar la chaqueta. Melania te estaba contando algo y tú no dejabas de reírte. Yo no podía parar de girarme cada poco.

—¡¡Siete!! ¡Eran siete! —gritó Azu—. Todos saludan a Marcos entre voces, preguntan cómo está el agua y comienzan a tirarse en bomba hacia donde estamos nosotros. El río es algo turbio y no se transparenta, así que Sara sigue en el agua, como si nada.

—Aunque, obviamente, no podía salir... —continué yo.

Sentía (o me parecía sentir) cómo, cada poco, tú también volvías la vista hacia nosotros (bueno, hacia mí, en realidad). Sin saber por qué, bajé el volumen de mi voz, como si pudieras oírnos desde más de veinte metros y en medio de aquel bullicio.

—Estaba en pelota —proseguí—. Me alejé un poco de ellos, porque el agua era turbia, pero algo dejaba entrever. Ya llevábamos un rato en el río y tenía frío. Yo creo que me estaba empezando a amoratar.

—Yo salí del agua y fui a por una toalla —continuó Azu—. Me acerqué a la orilla y Sara se aproximó a mí. Me metí un poco en el río para que nadie pudiera ver nada y la cubrí con la toalla.

—Bueno, al menos saliste indemne de la situación —comentó Jon entre risas.

—No, el riesgo de hipotermia tuvo su interés —continué yo la historia—, pero lo mejor es que salía, toda digna, tapada con la toalla y, cuando estaba ya en la orilla, resbalé con una piedra cubierta de musgo. Al intentar sujetarme al suelo con una mano para no caerme, la toalla se fue al agua. Me quedé sin nada. Con el ruido del chapoteo todos se giraron hacia mí...

Los cuatro nos carcajamos. Jon se puso colorado de tanto reírse. Melania ya no estaba a tu lado y no sonreías. De hecho, más que preocupado o incómodo con mi presencia, te noté triste. Me sentí mal. No había actuado bien contigo. Ni en la barbacoa ni allí. No tenía que haber ido.

—Y ella —prosiguió Azu. Yo no dejaba de mirarte; quizás pudiera arreglar las cosas si hablaba contigo—, con toda la naturalidad del mundo, extiende los brazos y hace una reverencia mirando hacia el grupo.

—El ridículo ya estaba hecho... —apunté, encogiéndome de hombros con resignación.

No podía dejarlo pasar. Estabas en la pila fregando vasos. Tomé aire y me levanté.

—Vengo ahora —anuncié.

—Imagínate —exclamó Marcos, prosiguiendo con la historia—. Todos empezaron a aplaudir, silbar, ovacionar...

—Terminamos la noche de fiesta con el equipo al completo —añadió Azu.

Me armé de valor y me acerqué a la barra. Jon me observaba, expectante. Inspiré profundamente a dos metros de ti. Tenía que estar preparada para el momento en que levantas la vista. No podía pillarme desprevenida de nuevo el impacto que me provocaba tu mirada.

CAPÍTULO 9

Fuiste el único que supo ahondar en mi interior y tomarse la molestia de conocer mis temores y mis inseguridades. Nadie antes que tú lo hizo. Nadie lo ha vuelto a hacer.

Disculpas

Me acerqué a ti con miedo, con vergüenza, pero consideré que, ya que me había atrevido a ir a *El Rincón de Marc* sabiendo que trabajabas allí, tenía que dar la cara y hablar contigo.

—¿Sí? —levantaste la cabeza para atenderme pensando que era un cliente.

¿Había dicho que me había preparado para tu mirada? No sirvió de nada. Me tembló hasta la oreja. Tú abriste los ojos con sorpresa, aunque no te inmutaste.

—¿Podemos hablar? —Si no llevaba ya la chaqueta, ¿por qué me picaba todo?

—Nosotros no tenemos nada que hablar —respondiste. Bajaste la cabeza y seguiste con los vasos.

—Solo quiero saber qué ha pasado.

—Tu amiga es Silvia, no yo. Es con ella con quien tienes que hablar. —Tu tono me estaba matando.

—¿Y tú no puedes contarme nada? —pregunté, ya a la defensiva.

—Insisto, nosotros no somos amigos. Yo no tengo nada que decir en esto.

—¿Y hace falta ser tan borde? —te recliné.

Tú bajaste de nuevo la vista y seguiste a lo tuyo. Yo intenté sonar seca y distante, pero me pudo la angustia. Necesitaba salir de allí. Le hice una seña a Jon, que me estaba observando. Agité la mano indicándole que salía del bar para respirar un poco.

Una vez fuera, saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón. Esperaba ver un mensaje de Silvia. Nada. ¿Le habrías dicho que me había presentado allí? Eso quizás la hubiera enfadado aún más.

Llamé a un taxi. No me veía capaz de enfrentarme a la situación de entrar y verte frente a frente de nuevo.

Yo

Me he ido a casa.

22:11

Mañana hablamos.

22:11

Le escribí a Jon desde el taxi. Respondió al instante, aunque no miré el teléfono. No estaba enfadada; simplemente, no me apetecía estar a solas con él. En ningún sentido. Una vez en casa, miraba la pantalla y la desbloqueaba constantemente, pero Silvia no daba señales.

Ya hasta prefería recibir un mensaje de enfado. Algo. Sentir que aquella amistad no estaba perdida. Hay momentos concretos que marcan si una relación se afianza o se rompe para siempre. Y aquel era ese momento.

En la soledad de mi habitación, le doy vueltas a todo; constantemente. Algunos los llaman pensamientos circulares, que son esos pensamientos que se rumian una y otra vez para terminar

donde se había empezado, sin solucionar nada; muchas veces porque son cosas que ya han pasado y no tienen solución; otras, porque dependen del futuro, que aún está por venir.

Tú lo sabes. Fuiste el único que supo ahondar en mi interior y molestarse por conocer mis temores y mis inseguridades. Fuiste el único que quiso acercarse a mí para quitarme la coraza y ayudarme a cargar con el peso que escondía. Nadie antes que tú lo hizo. Nadie lo ha vuelto a hacer.

Estaba durmiendo cuando sonó el tono del mensaje. Abrí los ojos todo lo que pude, aunque tuve que cerrarlos de nuevo con el brillo de la pantalla. ¡¡Era de Silvia!! Por un momento respiré aliviada, pero al instante me puse muy nerviosa, como cuando vas al tablón de anuncios del instituto a ver qué nota has sacado en un examen de una materia que se te da fatal y para la que has estudiado un montón.

Silvia

Sí, tenemos que hablar.

06:47

Intenté seguir durmiendo, aunque me levanté a la mañana siguiente más cansada de lo que estaba cuando me había acostado. Apenas había dormido y me dolía la cabeza. A pesar de que era muy temprano, respondí al mensaje.

Yo

¿Tomamos un café a las 10?

8:23

Silvia

Ven a buscarme y vamos a una cafetería por aquí.

8:23

Contestó de inmediato y eso me tranquilizó, porque me dio la impresión de que Silvia también estaba deseando hablar y arreglar las cosas. Me vestí con los mismos pantalones viejos que llevaba el día anterior y una sudadera. Me até el pelo con una goma para hacerme una coleta sin preocuparme demasiado por cómo quedara. La chaqueta de punto no la podía llevar, porque había salido sin ella de *El Rincón de Marc*, aunque tenía pensado tirarla en cuanto la tuviera entre mis manos.

Llegué al portal de Silvia, llamé al timbre y esperé. Desde afuera, vi cómo salía del ascensor y se acercaba hacia mí muy seria. Yo me emocioné al verla. No quería perderla; no me podía imaginar la vida sin ella.

—Hola —saludó, muy seca.

Levanté las cejas sin decir palabra. Si hablaba se me iba a notar la voz temblorosa por las lágrimas que querían brotar nada más que la vi.

—¿Estás bien? —preguntó arrugando la frente.

—La alergia —contesté con voz ronca. Carraspeé para aclarar la voz, intentando disimular la emoción—. La alergia —repetí.

—Sí, alergia a la tristeza —contestó.

Nos miramos y no pudimos contener la risa, así que estallamos en una carcajada.

—Qué tonta eres, de verdad —le dije ya sin disimular las lágrimas, pero a la vez con la sonrisa que se me dibujó al saber que íbamos a ser capaces de arreglar las cosas.

Cuando nos pusieron el café, le acaricié la mano y le pedí que me contara lo que había ocurrido el día anterior.

—Tu padre.

Bajó la vista y se quedó en silencio mientras removía el café una y otra vez con la cucharilla. Yo levanté las cejas, interrogante.

—Le faltó al respeto a Tristán.

Me quedé en silencio, pero Silvia parecía que no arrancaba.

—Sabes que a tu padre, como a toda tu familia, le tengo mucho cariño. O le tenía... Estaba borracho. Y borracho del tipo faltoso que se pone a fanfarronear con sus amigotes.

—A ver, Silvia, no midas tanto tus palabras y di lo que tengas que decir.

—No es tan fácil, Sara. Es tu puto padre, ¿vale? Y lo adoras. No sé si te pondrás a la defensiva para defender la imagen que tienes de él o si lo bajarás del pedestal.

—Ya hemos llegado a este punto, así que suéltalo.

—Tu padre se puso un poco idiota con Tristán, pero nos teníamos que ir por... bueno, por historias. Tristán intentó evitar la confrontación. Yo fui a por la cazadora para marcharnos y, cuando volví, tu padre les vino a decir a sus amigos que Tristán estaba conmigo por hacerse el interesante... que salir con una negra le venía bien para su rollo de alternativo, vamos. A mí se me cayó el alma al suelo. No me creía lo que acababa de oír, como si yo fuera una camiseta de Nirvana que alguien se pone por hacerse el *underground*.

—¿En serio? —Le acaricié la mano.

No dudaba de lo que me estaba contando, aunque me costaba creer que mi padre fuera capaz de decir algo así. Durante las últimas semanas, me estaba demostrando que la imagen que desprendía era totalmente irreal. No había sido capaz de tomar las riendas de su hogar cuando era necesario; le habían temblado las piernas cuando tuvo que acompañar a mi madre a por los resultados; le había faltado al respeto a Fran sin motivo; y para colmo, lo que me estaba contando Silvia.

—No sabía que yo estaba allí. Lo que sí te aseguro es que lo dijo lo suficientemente alto para que lo oyera Tristán y provocarlo.

—Estoy flipando.

—Imagínate cómo me sentí. Quedé paralizada. Tristán se giró y... bueno, no se contuvo. ¿No tenía que haberle pegado? Es posible, pero hay gente que piensa que puede herir los sentimientos de los demás sin consecuencia alguna. En este caso, las hubo.

—No me lo imagino. No logro visualizarlo. ¡¿Mi padre?!

—Yo qué sé. Supongo demasiadas cervezas.

—Ya, Silvia, pero el alcohol no es excusa. Te quiero pedir perdón —me disculpé cuando salíamos de la cafetería—. Mi padre te ha faltado al respeto de una forma que nunca imaginé y quiero pedirte disculparme. Además, me avergüenzo de haberme puesto en medio para defenderlo.

—Gracias —respondió mientras se detenía y me daba un abrazo.

—Quiero pedirle perdón también a Tristán.

—¿En serio? —me preguntó, sorprendida.

—Sí. Mi padre se ha pasado con él... Y yo. Por si fuera poco... anoche no estuvo bien que me presentara en *El Rincón de Marc*.

—¿Fuiste por allí? No me dijo nada... bueno, cuando llegó él yo ya estaba dormida... De todas formas, me extraña que no me dijera nada, aunque fuera en un mensaje.

—Lo siento. No tenía que haber ido. Fue ponerlo en un compromiso.

Me sorprendió que no le hubieras contado nada. Hubiera sido una buena oportunidad de distanciarnos más, porque no estuvo bien que me presentara en tu lugar de trabajo y hacerte sentir incómodo en una situación en la que no tenías opción de irte.

—Ya le traslado yo tus disculpas.

—No. Creo que es algo serio, así que prefiero que sea en persona. ¿Podéis quedar mañana?

—Sí... supongo... El domingo es su día libre. Hablo con él y te cuento.

En cuanto dejé a Silvia en su casa, le escribí a Jon para contarle cómo habían ido las cosas.

Yo

¡¡Ha ido todo bien!!

11:12

Bien con Silvia.

11:12

Mi padre no tiene vergüenza.

11:12

Me he disculpado con ella.

11:12

Le he dicho que quería quedar con Tristán para pedirle perdón a él también.

11:13

Te voy a buscar y te cuento con detalle.

11:13

Lo del baloncesto, lo dejamos para otro día, ¿vale?

11:13

Jon

¡Bien!

11:14

Al final me has hecho caso en lo de hablar con él.

11:14

No quise responder al mensaje. No se había enterado de nada. Recogí a Jon y nos fuimos a mi casa. Lo miré; él me sonrió y yo intenté devolverle la sonrisa, aunque me resultó muy forzado. Desde unas semanas atrás no hacía más que desilusionarme por su manera de comportarse y no hacía otra cosa que reñir con él. Sabía que Jon era un buen tío, con un corazón enorme, y gracioso, y simpático, y, ¡joder!, estaba muy bueno. Sin embargo, me planteaba si era la pareja que yo necesitaba. Si no era así, Jon no tendría ninguna culpa: simplemente, no era lo que yo buscaba, así que decidí no reñir más con él. Le quería, pero no sabía si eso era suficiente.

A mi madre no le iba a gustar nada todo aquello. No sabía si decirle algo: un hecho tan grave no podía quedar en secreto, aunque tampoco quería ser yo quien creara más conflicto entre ellos. No me dio tiempo a planteármelo mucho más. Cuando entramos en casa, escuché a mi padre gritar

en la cocina.

—¿¿No te he dicho que estabas castigado sin móvil?!

Me acerqué y vi a Fran en pijama, preparándose un café. Mi padre recogía la decoración del jardín y entraba a la cocina con una bolsa repleta de guirnaldas.

—Mírame cuando hablo contigo.

Fran levantó la vista con desgana. Quedaron en silencio un instante, así que Fran volvió a bajar la cabeza para seguir concentrado en el móvil.

—¿Que me mires! —vociferó mi padre.

Se acercó a Fran, le agarró ambas mejillas con su mano derecha y le giró la cara hacia él. Mi padre le miraba lleno de furia. La tensión era brutal. Fue la primera vez que noté a Fran con miedo; a mí me temblaba todo. Sin pensarlo, me interpose entre ellos, poniéndome frente a mi padre y empujándolo para intentar apartarlo.

—¿Vale ya! —le grité. Con mi empujón, que le pilló desprevenido, dio un ligero paso atrás.

—¿Que obedezca y suelte el puto móvil!

Dio un manotazo que, como intuí después, iba dirigido al teléfono de Fran, pero en ese momento yo lo único que vi fue la mano de mi padre en dirección a mi hermano, así que me puse en medio. Noté su mano en mi brazo y, por el impulso, me fui al suelo. No me había golpeado con fuerza; ni siquiera el manotazo iba dirigido hacia mí ni hacia Fran, pero aquel no era el padre al que adoraba.

Desde el suelo, noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas. No lloraba por el dolor, ni por la rabia: eran unas lágrimas de desilusión. Miré a mi padre, paralizado, sin ser consciente aún de lo que había pasado. Me fijé en Jon, que estaba prácticamente en la entrada de la cocina, inmóvil, sin saber qué hacer. Fran estaba detrás de mí y me intentó levantar. Al incorporarme, pude ver por encima de la isleta a mi madre en la puerta del jardín. Entraba con más bolsas de haber recogido la decoración y quedó paralizada. Era una estatua, pero en sus ojos leí la misma desilusión que yo sentía.

—Vete.

Mi madre, sin moverse del sitio, pronunció aquella frase con la más absoluta de las frialdades. Durante unos segundos no se oyó nada más que un silencio sepulcral que nos heló la sangre a todos.

—¿Cariño! —reaccionó mi padre girándose para mirarla.

Mi padre se acercó a mí con la mano extendida para ayudarme a ponerme en pie, pero ni miré hacia él. Nervioso, sin saber si prestarme atención a mí o a mi madre, giraba en una dirección y en otra, aunque, en realidad, no atendía a ninguna de las dos.

—Ha sido un accidente. Solo quería quitarle el móvil a Fran.

—En tres días me van a operar —continuó diciendo mamá con el mismo tono frío y distante—. Tú, en todo esto, en vez de ser un apoyo, no has hecho nada.

—Pero cariño...

—Y, con nada, me refiero a nada bueno —prosiguió sin dejar hablar a mi padre—. No has podido ser un apoyo para mí ni para tus hijos; al contrario, han tenido que ser ellos quienes se hicieran cargo de todo. Eso sí, emborracharte y montar espectáculos se te ha dado genial.

—Vale, ayer se me fue un poco, pero no dirás que me emborracho a menudo. Y lo del puñetazo de ayer... fue el puto vegano ese...

—Borja, cállate.

CAPÍTULO 10

Me sentí desnuda delante de ti. Con dos frases, me dejaste al descubierto.

Desnuda

Después de la discusión, y con la tensión todavía en el ambiente, mi padre bajó con una bolsa donde había metido ropa para unos días.

—¿Puedo hablar a solas con vuestra madre? —nos preguntó, cabizbajo.

—No, quedaros —contestó mi madre cuando ya estábamos levantándonos para irnos—. Lo que tengas que decir, les interesa a ellos también.

—Quería pedirte perdón. Bueno, quería pedirlos perdón a todos. Ayer me pasé un poco con las cervezas y se me fue de las manos.

—No has entendido nada —dijo mi madre. Eran las mismas palabras que se me habían venido a mí a la cabeza con la actitud de Jon—. Creo que nos vendrá bien que pases una temporada en casa de tus padres. Nos servirá a los dos para aclararnos las ideas.

—Adiós, chicos —se despidió, con resignación.

Se acercó a mi madre para darle un beso. Ella se apartó y dejó que se lo diera, pero en la mejilla. Mi padre se dirigió a la puerta y se fue.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta—. En tres días te operas...

—Estoy segura. Ahora mismo, lo único que me aporta es un estado de desilusión continuo —contestó. A mí se me escapó la mirada hacia Jon—. Lo único que necesito es teneros a vosotros conmigo.

—Te quiero, mami —respondí. Me levanté de la silla y la abracé. Fran se incorporó y se unió al abrazo—. Os voy a preparar una paella de las mías: hay que levantar un poco el ánimo. Después, vemos una peli de esas suecas que te gustan.

En tres días se iba a operar y, aunque nos habían dicho que la operación no suponía apenas riesgo, mi madre estaba muy nerviosa.

—Yo me voy —anunció Jon.

—¿No comes con nosotros? —le preguntó mi madre.

—No, ya he quedado con mis padres —mintió. Habíamos acordado comer juntos, pero entendió que aquel momento era para la familia. Se acercó a mí y me dio un beso—. Te llamo luego.

—Vale. Cuando sepa si quedamos con Tristán y Silvia, te aviso.

—¿Has quedado con Silvia? Entonces, ¿ya sabes lo que ocurrió ayer? —preguntó mi madre. ¡Joder! ¡Me sentí una bocazas!

—He hablado con ella, pero no puedo decirte nada —terminé por responder ante su mirada de desaprobación—. No quiero decírtelo, mamá. Creo que tiene que ser papá quien te lo cuente.

—Vale —sentenció, muy seria—. De todas formas, si quieres quedar con ellos, ya sé lo suficiente.

Después de comer, nos sentamos en el sofá a ver una película. En las escenas más tiernas, ella apoyaba la cabeza en mi hombro mientras le brillaban los ojos por la emoción. Fran estaba sentado en un sillón junto a nosotras. Miraba el móvil sin levantar la cabeza, pero era su manera de acompañarnos y estar juntos.

Silvia

¿Quedamos mañana a las doce?

18:14

—Cómo me alegro de que vayas a hablar con Silvia —comentó mi madre, que me cotilleaba el móvil descaradamente—. Me encanta que seáis amigas.

—Sí, a mí también. Me cuesta imaginarme la vida sin ella.

—Voy a limpiar el baño de arriba y a adecentar las habitaciones, que con este lío está todo sin hacer —indicó mi madre levantándose cuando terminó la película.

—Ya está todo, mamá.

—Pero... ¿cuándo?

—Mientras se hacía la paella.

—Voy a preparar algo para cenar, entonces.

—Fran dijo que iba a preparar unas pizzas.

—Pues voy a planchar un poco.

—Siéntate aquí —ordené—. Mira, mamá, vas a tener que aprender a dejarnos llevar la casa. Fran y yo somos perfectamente capaces. Si necesitamos algo, ya te preguntaremos. Mientras tanto, y hasta nueva orden, te sientas ahí, que seguro que ahora comienza una peli igualita que la anterior.

—Oye, que no estoy inútil.

—Han cambiado las cosas, mamá. Desde ya, en casa las responsabilidades son de todos. Y ahora tú necesitas descansar y estar tranquila.

Tras la tensión con mi padre, fue un día relajado y parsimonioso. Eso sí, yo estaba inquieta pensando en disculparme contigo. Recordaba tu mirada fría, tu tono seco y tus respuestas bordes y se me helaba la sangre, así que ponerme delante de ti para pedirte perdón no era algo agradable. Sin embargo, no podía eludir esa conversación. Me había equivocado y tenía que asumirlo.

El domingo por la mañana, Jon y yo os esperamos en *La Terraza de Moix*. Llegamos algo temprano, demasiado, y me estaba poniendo muy nerviosa. Sentía el malestar de saber que había actuado mal y que me tenía que poner frente a frente con la persona con la que me había equivocado. Tenía hasta ganas de llorar, te lo juro.

—Tranquila —quiso relajarme Jon—. Tristán seguro que te entiende.

—No sé. —No podía dejar de frotarme las manos de los nervios—. En cada encuentro que hemos tenido, todo ha ido cada vez peor.

—Malentendidos, supongo. Os conozco y, en cuanto os deis una oportunidad, estoy convencido de que os caeréis bien.

—Puf, perdóname que lo dude.

Nos levantamos para saludaros cuando llegasteis. Justo apareció la camarera y os preguntó

qué ibais a tomar.

—Un café solo, por favor —respondiste, sonriente. Al menos, parecías de buen humor.

—Yo, un café con leche —pidió Silvia—. Y nada de leche de soja. ¡Qué ganas de un café con leche normal! ¿Qué tal? —preguntó para entablar conversación. Me costaba mantener la vista alta y cruzar miradas contigo.

—Bien —contestó Jon—. ¡Da gusto este solecito! A quien diga que prefiere el invierno había que fusilarlo.

Vosotros os reísteis. Yo quería sonreír, pero me podían los nervios. Intenté replicar para entrar en la conversación, aunque no era el momento de hablar sobre banalidades. Levanté la vista para enfrentarme al miedo que sentía.

—Lo siento, chicos, pero quiero ser directa y soltarlo lo antes posible. Tristán —me dirigí a ti, mirándote a los ojos por primera vez aquella mañana. No sabía si me ponía más nerviosa verte serio, como el día anterior, o con esa sonrisa—, te pido perdón. El viernes, desde lejos, vi que golpeabas a mi padre. El instinto hizo que me enfrentara a ti para dar la cara por él. Y me equivoqué, así que quería hablar contigo y decirte que lo siento.

Tú mirabas con atención. Eres de las pocas personas que conozco que escuchan; que escuchan de verdad, me refiero. Normalmente, la gente está tan preocupada por contestar que se olvida de escuchar con atención lo que dice la otra persona. Aunque, obviamente, aquel día esa mirada de concentración tuya me estaba matando.

—Me molestó tu actitud, no te voy a engañar —respondiste—. Sobre todo, me molestaron dos cosas: uno, prejuizgaste sin dar oportunidad a nadie de dar su versión; y dos, conoces bien a Silvia, así que tendrías que haber supuesto que no se enfadaría si no hubiera pasado algo grave de verdad.

Sentí que el mundo se me posaba encima. Era la primera vez que te oía argumentar. No estaba acostumbrada a ese tono monocorde y tranquilo, a esas explicaciones punto por punto ni a ese razonar cada detalle, así que no sabía si estabas siendo comprensivo o me estabas riñendo. Ya tenía claro que había actuado mal, pero esa explicación pausada y serena me lo presentó delante de mis ojos con tal claridad que me hundió.

—Sí, lo siento —me disculpé mientras agachaba la cabeza.

—De todas formas —añadiste—, en primer lugar, entiendo que salieras en defensa de tu padre. Y en segundo...

—Tristán siempre explica las cosas dividiéndolas en dos puntos —bromeó Silvia mientras se reía—. Ya te acostumbrarás.

—En segundo lugar —continuaste tras sonreírle a Silvia—, te agradezco que hayas querido dar la cara para disculparte. No es fácil encontrar gente que tenga la valentía de asumir sus errores. Por mi parte, este incidente queda aquí.

—Te lo agradezco un montón, Tristán —te respondí, aunque la tensión y la seriedad seguían siendo enormes.

—Muy bien —intervino Jon—. Aclarado todo, podemos ir a tomar una cañita.

—No, espera —interrumpí—. Quiero decir algo más. Mira, Tristán, sé que no hemos empezado con buen pie, pero por Jon y, sobre todo, por Silvia, creo que debemos aparcas lo que hemos vivido hasta hoy y esforzarnos por llevarnos mejor. —Tú me mirabas con atención, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas. Trataba de respirar para no trabarme al hablar, porque sentir tus ojos fijos en los míos me ponía muy nerviosa—. Yo, desde luego, quiero estar con Jon y quiero estar con Silvia, por lo que es inevitable que nos veamos, y no podemos hacerlos sentir incómodos cada vez que nos encontremos.

—Por mi parte, no hay problema.

—Sé que eres más de *Casa Remigio*, pero hoy os voy a llevar a un sitio nuevo.

¿Me habías hecho una broma? Con pulla incluida; tanto hacia mí y el día que nos conocimos, como hacia ti mismo, por tu bordería de la noche anterior. Nos llevaste a *La posada vegana*. Recuerdo que me gustó mucho una tabla de quesos veganos. Había uno de almendras que me encantó; otro, de semillas de girasol... Era la primera vez que probaba cosas así.

—Si la poesía no me convierte en millonario —ironizaste—, algún día quiero montar mi propio restaurante vegano.

—Pondrás unas costillas para mí, aunque sea —replicó Jon.

—Sí, de seitán.

—Ay, no, deja —protestó.

—¿Qué es el seitán? —te pregunté con curiosidad.

—Se hace con gluten y, por la textura y por el sabor que se le intenta dar, se le llama la *carne vegetal*. Además, es una fuente de proteína genial.

—Ni caso —replicó Jon con cara de asco—. Como mascar chicle.

—A mí me gusta —dijo Silvia—. Lo he probado tipo carne asada y está muy rico. Claro, depende de cómo lo elabores.

—¿Y tú sabes hacer todo eso?

—Bueno... alguna cosa.

—No te hagas el modesto —intervino Silvia dándote un manotazo cariñoso en el brazo—. No le hagas caso: cocina muy bien.

—Oye, perdona si te molesta la pregunta... Ser vegano... ¿empezó por hacer dieta o algo así?

—Bueno... —intervino Jon con sorna—. Su tema favorito. Vete pidiendo algo de cena también, que esto va para largo.

Tú y Silvia estallasteis en una carcajada.

—Tu hermano te puede informar, porque me estuvo preguntando.

—Ah, ¿sí?

—El día de la barbacoa estuvimos hablando en el salón.

—En realidad, no me sorprende demasiado. Bueno, lo de que hable con alguien, sí.

—Lo primero, mucha gente confunde veganismo con una dieta.

—Y no —interpreté.

—No. El veganismo es una posición ética ante el tratamiento hacia los animales no humanos. Para mí, y por eso soy vegano, no son una mercancía: son seres con la capacidad de sentir y, por tanto, trataré de hacerles el menor daño posible. Y, como no son una mercancía, no los consumo.

—Es inevitable a veces hacer daño a algún animal, ¿no?

—Sí, es inevitable caminar y pisar una hormiga o que en un trayecto en coche se estampen cien mosquitos en el parabrisas, pero eso no puede justificar que matemos a sesenta y ocho mil millones de animales al año. ¡Sesenta y ocho mil millones! Son cifras brutales, pero, detrás de cada uno de esos ceros, hay un ser que quería vivir, y cuya vida únicamente fue consecuencia de que nosotros lo queríamos consumir, como quien fabrica una silla.

—¿Y tu poesía trata sobre algo de eso?

—No, la verdad es que nunca he escrito nada sobre el tema. Con la poesía trato de darle salida a esa voz interior que no se calla. Creo que te pasa algo similar y por eso escribes. Me parece que te planteas muchas cosas y le das muchas vueltas a la cabeza. Yo escribo sobre ellas y las vomito en el papel; tú las elaboras más y les das forma de misterio en tus novelas.

Me sentí desnuda delante de ti. Con dos frases me dejaste al descubierto. Era la primera vez que conversábamos de verdad y me estaba interesando todo lo que me contabas. Silvia y Jon también estaban con nosotros, e incluso intervenían alguna vez, pero estábamos hablando tú y yo, frente a frente. Era nuestra primera conversación; la primera vez que hiciste tambalear todo mi mundo; la primera vez que me hiciste replantearme todo lo que siempre había dado por supuesto. La primera vez que comprobé lo especial que eras.

Parecía que habíamos aparcado nuestras diferencias. Sentados cara a cara, estaba conociendo al verdadero Tristán, a ese chico empático y racional del que me había hablado Silvia. Duró poco. Me levanté al baño y, al regresar, me pareció que Jon estaba diciendo algo de mí. Cuando me acerqué lo suficiente para oír, te escuché responderle.

—Sinceramente —decías—, pensaría que su único problema podría ser no gastar demasiada agua al rellenar su piscina.

Se me cayó el alma a los pies. ¡Me sentí tan idiota por haber creído por un momento que podíamos haber congeniado! No te miré, pero percibí cómo palidecías al descubrir que te había pillado. Recogí mis cosas y, sin mediar palabra, me fui.

CAPÍTULO 11

Esos ojos tiernos y serenos que, desde entonces, fueron el remanso de paz donde buscaba consuelo.

Insufrible

No podía creer que hubieras hecho aquel comentario. ¡Me hiciste sentir tan pequeñita! Cuando parecía que por fin íbamos a ser capaces de aparcar nuestras diferencias, soltaste aquella bomba en el centro de mi autoestima. Me dirigí al coche con la intención de no malgastar ni un segundo más en solucionar las cosas contigo.

—Sara, ¿qué te pasa? —me preguntó Jon.

Corrió detrás de mí, pero no me giré.

—Sara, espera —gritó.

—¿Vienes o te quedas? —le pregunté, sin detenerme.

—Tristán no ha querido decir eso...

—Mejor te quedas —le espeté—. Que te lleve a casa tu amigo.

—En serio, que no...

—No me sigas. No me hables. Pírate.

Jon se detuvo y yo avancé hasta llegar al coche. No sé si estaba más disgustada, decepcionada o enfadada.

Pasaron alrededor de veinte minutos (veintitrés) desde que había llegado a casa. Sonó el timbre. Fran se levantó del sofá y se dirigió a la puerta. Yo estaba subiendo a mi cuarto, a la mitad de las escaleras.

—¡Ey! —saludó mi hermano con toda la efusividad de la que era capaz.

—¿Está Sara?

No podía verte, aunque reconocí tu voz. ¿Tú? ¿Qué hacías allí? ¿Cómo te atrevías a ir a mi casa después de lo que habías dicho? Bajé las escaleras y me puse frente a ti. Fran volvió al sofá.

—¿Qué quieres? —pregunté, de mal humor—. Estoy ocupadísima rellenando mi piscina imaginaria.

—Vengo a pedirte disculpas.

—Puedes ahorrártelas. Una niña estúpida como yo no sería capaz de entenderlas.

—Lo siento, de verdad. Déjame explicarte.

—Como alguien dijo, no somos amigos, así que no tenemos nada de qué hablar.

—Quien dijo esa chorrada fui yo, pero es que yo soy muy gilipollas a veces. ¿Podemos hablar?

—Llamarte gilipollas es un buen comienzo para entendernos, la verdad. —Cambié el tono. Habías ido hasta mi casa, solo, y te insultabas a ti mismo. Todo sumaba.

—Y soy bastante idiota, también —añadiste.

No pude evitar que se me escapara la risa.

—Pasa, anda.

Abrí la puerta por completo para que entraras, aunque, antes de cerrar, oí cómo me llamaban.

—¡Sara! —gritó mi padre, que llegaba por el camino de piedra entre el césped—. No

cierres.

¿En serio aparecía mi padre? ¿Contigo allí? No sabía dónde meterme y temí que os enfrentarais de nuevo. Te habías quedado junto al recibidor y, al pasar, mi padre te miró de arriba abajo.

—¿No está mamá? —preguntó, una vez en el salón.

—Está durmiendo —respondí.

—Hola —saludó a Fran con un tono que sonó a reproche—. ¿Ya no saludas a tu padre?

La única respuesta de Fran fue un ligero levantamiento de cejas en su dirección.

—Suelta el maldito móvil y habla como una persona. —Fran no se inmutó—. Además, ya te he dicho que estás castigado sin teléfono. Que no esté en casa no quiere decir que puedas hacer lo que te dé la gana.

Intentó agarrarle el móvil, pero Fran lo sujetó con fuerza. Me estaba empezando a poner nerviosa.

—¡Trae el puto teléfono! —gritó mientras tiraba de él.

—¿Se te va la olla? —gruñó Fran incorporándose del sofá. La actitud de mi hermano tampoco ayudaba a tranquilizar la situación—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Que soy tu padre, eso pasa.

—Ya no vives aquí, así que no puedes entrar como si nada y quitarme el teléfono.

La tensión ya era insufrible y la situación casi idéntica a la del día anterior, pero notaba a mi padre más alterado. Y tú estabas allí. Por muchas diferencias que tuviéramos, no quería que te vieras salpicado por aquella discusión.

—Y ¿por culpa de quién no vivo aquí? ¿Me lo dices? Por culpa de la mierda de vegano este. —Te miró con asco—. ¡Y por tu culpa! —Se acercó a Fran y le señaló dándole con el índice en el pecho. Fran se encaró con él—. ¡Siempre tienes que estar montando el espectáculo!

La perspectiva de verme en el suelo de nuevo no era alentadora, pero, por mucho que temblara, no podía dejar que eso fuera a más, así que decidí ponerme en medio. Otra vez.

Sin embargo, no me dio tiempo, porque te adelantaste. Pusiste un brazo entre los dos y, con él, separaste un metro hacia atrás a mi padre, lo suficiente para ponerte entre ellos.

—Bueno, creo que ya ha estado bien por hoy —afirmaste, serio, pero muy tranquilo—. Otro día, más calmados, ya continuáis con esta conversación tan amena.

—¡Quítate de en medio, muerto de hambre! —Mi padre te intentó apartar y forcejeasteis, aunque permaneciste en el sitio.

—Creo que es hora de que te vayas —te atreviste a decirle tú a él, con el mismo tono suave y sereno.

Mi padre cerró el puño de su mano derecha. Tu actitud tranquila le enfurecía más que si le insultaras o te enfrentaras a él.

—¡Papá, vale ya! —grité.

—¿Cómo? —te recriminó, sin hacerme caso—. ¿Me estás echando de mi casa?

No contestaste. Continuabas inmóvil, mirándole fijamente a los ojos.

—No te metas donde no te llaman —continuó—. Estoy hablando con mi hijo. No es asunto tuyo.

Intenté sujetarle, porque sabía que la situación estaba a punto de explotar.

—Hoy no me vas a pillar desprevenido.

—Lárgate. ¿No ves que estás haciendo el ridículo? —gritó Fran, detrás de ti. «Joder, Fran, no calientes más», pensé.

Mi padre intentó atraparle, pero tú te movías interponiéndote entre ambos.

—¡¡Quítate, imbécil!!

Alzó su brazo derecho para golpearte. Intenté agarrarlo por detrás, pero su codo impactó en mi labio. No se debió ni enterar y te soltó un puñetazo que te hizo ladear la cabeza. Eso sí, quedaste en pie. Al instante, vi que te caía sangre de la ceja izquierda.

—¡Papá! —grité—. Lo rodeé con mis brazos para que se detuviera.

—¡Lárgate de aquí! —te gritó.

Fran estaba detrás de ti con las manos en la cabeza. No se creía que la situación hubiera llegado a ese punto. Te llevaste la mano a la ceja y viste la sangre. Apretabas la mandíbula, tenso, pero no decías nada. Tampoco te movías.

Intenté sujetarle el brazo a mi padre, pero se soltó y lo alzó, amenazante.

—Lárgate si no quieres otro puñetazo.

Tú continuabas mirándolo fijamente.

—Eres un mierda, un muerto de hambre —continuó insultándote.

—Puedes llamarme lo que te apetezca. —Un hilillo de sangre brotaba desde tu ceja cayendo por tu mejilla izquierda, pero no hiciste nada por limpiarla—. Golpéame de nuevo si quieres. Eso sí, ten por seguro que tendrás que golpearme, ¿una vez? No, setenta —soltaste con desprecio. Mi padre continuaba con el puño en alto, totalmente encolerizado—, porque me tendrás enfrente siempre que le faltes al respeto, ya sea a Silvia, ya sea a tu hijo.

—Papá —aproveché para ponerme en medio—. Papá.

Me miró y, no sé si vio sangre en mi labio, pero se le aplacó la furia, al menos lo suficiente para dar por finalizado el altercado. Agarró su cazadora sin decir nada y se marchó. Corrí hasta la puerta y salí detrás de él.

—Papá —grité. Seguía sin girarse— Papá, joder, ven acá.

Se detuvo y se volvió hacia mí.

—Mira, no te voy a llamar la atención por lo que has hecho.

—Tendré yo la culpa de que me desobedezca...

—Déjame hablar. No te voy a llamar la atención ni a decirte si haces bien o haces mal. En dos días operarán a mamá. —Intenté no emocionarme demasiado—. Piensa en cómo te has comportado y en lo que quieres para tu futuro. Podemos volver a ser una familia, pero, te aviso, si sigues así no va a ser a mamá a la única a la que pierdas.

No dije más. Las ganas de llorar podían conmigo. Me giré y recorrí el camino de vuelta a casa. Mi padre observó en silencio cómo me iba. A mí me temblaba todo. Resoplé y cerré la puerta.

Tú estabas apoyado en la parte trasera del sofá, frente a las escaleras. Fran estaba a tu lado, dándote papel de cocina con el que intentabas apretarte la ceja para que no sangrara.

—Déjame ver.

Me acerqué a ti y te quité la mano para ver la herida. Intentaba limpiarme las lágrimas para que no me vieras llorar.

—No es nada —respondiste—. Lo que pasa es que me ha rozado con el anillo... ¡Au! —protestaste cuando te toqué la ceja.

—Ven, vamos al baño de arriba para curarlo un poco.

—En serio, olvídalo, no es nada.

Te sujeté del brazo y tiré de ti hasta las escaleras. Tú te dejaste llevar, resignado.

—Tristán —te llamó Fran. Te giraste hacia él—. ¡Muchas gracias, tío!

Le sonreíste y subimos al baño de la primera planta, justo frente a la escalera. Busqué gasas, suero fisiológico y *Betadine*.

—Aquí no hay ninguna silla. Vamos a mi habitación.

Saliste del baño y giraste a la izquierda, hacia la habitación de mis padres.

—¡No, ahí no! —te señalé hacia la derecha con la cabeza.

En cuanto entramos a mi cuarto, te llamó la atención el piano eléctrico situado en la pared frente a mi cama.

—¡Ostras! ¡Un teclado, qué guapo!

Te sentaste en el taburete del piano y pasaste tus dedos por él, aunque estaba apagado y solo se oyó el traqueteo de alguna tecla.

—¿Sabes tocar? —te pregunté.

—No, ya me gustaría, pero nunca he tenido ningún instrumento. ¿Tú? ¿Sabes?

—Un poco —respondí—. Me llevaron a piano de pequeña. Seis años de conservatorio, aunque nunca me ha gustado mucho.

Me coloqué frente a ti, aprovechando que te habías sentado, y te eché un poco de suero fisiológico para limpiar la herida. Después, con una gasa, fui cubriendo la herida con *Betadine* para evitar cualquier infección.

—Mira. —Señalaste mi mano—. Estás temblando.

Yo estaba todavía muy nerviosa por todo lo ocurrido y mi mano no paraba quieta por mucho que lo intentara. Me agarraste por la muñeca, lo que me puso más nerviosa aún. Procuré seguir con la cura para que no se me humedecieran los ojos. Me sujetaste el brazo de nuevo y miraste hacia arriba levantando las cejas, interrogante.

—Es que... —Me emocioné y apenas me salían las palabras—. Buf —resoplé antes de continuar—, mira lo que ha pasado. No sé qué le sucede a mi padre. No entiendo cómo hemos llegado a esto.

Te levantaste y me sujetaste ambas muñecas, mientras me mirabas. Tu mirada, esa mirada; esos ojos tiernos y serenos que, desde entonces, fueron el remanso de paz donde buscaba consuelo.

—Esto no es nada —dijiste señalando tu herida—. Además, llevaba tiempo mereciendo un puñetazo; un puñetazo tuyo, no de tu padre, pero eso son detalles sin importancia. —Lograste sacarme una sonrisa.

—Te ha faltado llamarte imbécil o algo así, pero no está mal. Yo también he sido bastante idiota contigo. En serio, muchas gracias por ayudar en una situación tan complicada. Mi padre está fuera de sí... y... joder... con lo de mi madre... ¿No se da cuenta de que es lo último que necesita?

—¿Qué pasa con tu madre? —En ese momento te sentía tan cercano que di por hecho que sabías cuál era la situación. Al imaginarme contándotelo, se me empañaron los ojos—. No, perdón, no me lo digas —rectificaste al instante—. No tienes que contarle nada a este imbécil que no hace más que meter la pata contigo. Sí, porque he sido un imbécil —remarcaste. Me reí, emocionada todavía.

—Me gusta cómo te insultas.

—Pues me sé más. Soy bastante bobo a veces, un mentecato, botarate en ocasiones, mequetrefe.

—Ja, ja, insultos de este siglo, por favor.

—No me interrumpas, que pierdo el hilo. Soy un cebollino, quizás cretino, y pazguato —arrugaste la frente, reflexionando—; ah, y un poco borde.

—Un poco, dice.

—En serio, Sara. —Me agarraste las manos y me dio un respingo. Bajé la vista porque no

me atreví a mirarte a los ojos—. Sé que he sido un poco idiota contigo, pero te prometo que lo de hoy ha sido un malentendido. Estaba diciéndoles a Jon y a Silvia cuánto me había equivocado contigo. —Levanté la mirada hasta chocar con la tuya. No, esos ojos no engañaban—. Y, aunque lo de hoy haya sido un malentendido, tengo que disculparme por cómo me he comportado hasta ahora contigo. Siento haberte juzgado sin conocerte.

—Estoy cansada de estos malentendidos, la verdad.

—Quizás estemos destinados a estar en desacuerdo, y quizás también a resolver nuestros desacuerdos.

—Suenas bonito, pero no lo creo —respondí—. Pienso que hasta ahora no nos hemos permitido ser nosotros mismos con el otro. Cuando lo hagamos, estoy convencida de que nos llevaremos bien. Bueno, siempre que te insultes un poco alguna vez.

—Hecho.

No me había dado cuenta de que seguías apretando mis manos con las tuyas hasta que tú mismo te percastaste y las separaste, nervioso.

—Bueno, me voy... Eh, mi chaqueta... —miraste a un lado y a otro—. Claro, abajo.

Sueles ser tan tranquilo, siempre con todo bajo control, que estás adorable cuando te pones nervioso. Yo sonreía mientras te observaba. Saliste de la habitación. Me apoyé en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados. Cuando ibas a bajar la escalera te llamé.

—¡Tristán! —Te volviste. Mi madre había salido de su cuarto, aunque aún no la habíamos visto—. Muchas gracias. Por todo.

Quedaste quieto, mirándome, y me dirigiste una sonrisa tan enorme como sincera. Se oyó cómo se cerró la puerta del cuarto de mi madre. Te giraste hacia ella.

—¡Hola! —saludaste, sorprendido—. Esto... Bueno... Adiós.

—Adiós —se despidió mi madre con una sonrisa.

Tú bajaste con rapidez la escalera. Mi madre me miró con una sonrisa sarcástica.

—Este es el «insufrible», ¿no? —me preguntó, con su ironía habitual. Agaché la cabeza.

—Insufrible eres tú —le respondí mientras entraba a mi cuarto sin atreverme a volver la vista hacia ella.

Parte II

IMPOSIBLE NO AMARTE

CAPÍTULO 12

Jon seguía siendo el mismo que cuando empezamos, pero yo no. Yo había cambiado.

Un nuevo comienzo

Los días previos a la operación de mi madre, Fran y yo limpiamos la casa de arriba a abajo para poder dedicarnos por completo a ella los días siguientes. Además, aunque no se me daba demasiado bien la cocina ni me gustaba estar entre fogones, preparé comida para dos o tres días.

El martes, cuando llegamos al hospital, nos despedimos de mi madre y nos dirigimos a la sala de espera. Estábamos muy nerviosos. Fran y yo nos sentamos y nos agarramos de la mano.

—Vaya movida ayer con papá —comenté.

—Menos mal que intervino Tristán.

—Sí. Evitó que la cosa fuera a más... Te cae bien, ¿no?

—Claro. ¿No has visto cómo es? Por cierto —soltó, muy serio—, ¿Jon? ¿No ha venido?

—No. Le he dicho que es un momento familiar, así que se ha quedado en casa. —¿Por qué me picaba el gemelo? El tejano no debería molestar. Tenía que ir al médico: esos picores no eran normales—. A él aún le falta por hacer algún examen y tiene que estudiar.

—Ya.

Estuvimos en silencio un buen rato. A los diez minutos vimos entrar a mi padre por la puerta de la sala de espera. Se depositó en el aire una tensión irrespirable. Me aparté hacia la derecha, dejando libre el asiento entre Fran y yo. Miré a mi padre para que se sentara. En ese momento, el amor y la preocupación por mi madre eran más importantes que cualquier otra cosa. Mi padre se había equivocado. Sin embargo, quería a mamá y estaba preocupado por ella. Tenía que estar allí. Le agarré la mano derecha. Fran ni lo miró, pero se aferró a su mano izquierda.

Una semana después, mi madre estaba prácticamente recuperada. La operación había ido según lo esperado. Necesitaba reposo, pero en unos días ya estaría haciendo vida normal. Mi padre iba a casa a diario, aunque no solía subir a la habitación a ver a mi madre. Se quedaba abajo hablando con nosotros un rato, comprobaba que todo estaba bien y se iba. Sin embargo, el martes mi madre ya había bajado a desayunar cuando se presentó él. Yo me senté en la isla al lado de mamá; Fran, en la mesa, sin dejar de mirar el móvil.

—¿Cómo estás? —preguntó mi padre a mi madre tímidamente.

—Bien. Mejor —contestó con un tono suave—. Me duele el pecho, sobre todo cuando muevo el brazo. —Giró el hombro izquierdo con gesto de dolor—. Por lo demás, bien.

—Me alegro. Si necesitas cualquier cosa, avísame.

—¿Tú qué tal estás? —preguntó mi madre.

—Estoy en casa de Martín y Elena —contestó entornando ligeramente la cabeza con cara de pena.

—¿No estás con tus padres?

—No. No tengo ganas de aguantar a mi madre con sus chorradas y que opine más de la cuenta.

—Ya —respondió mamá, tomando un largo sorbo de café.

—Mañana llamaré a Fernando. Le diré que no estamos de humor para ir de vacaciones y cancelaré los billetes.

—No, no —contestó mi madre—. Me vendrá genial una temporada en Florida.

—¿En serio? —se sorprendió mi padre—. ¿Estarás bien para el lunes?

—Sí, tranquilo, estoy prácticamente recuperada.

—¿Vamos a ir? —preguntó Fran sin levantar la cabeza del móvil.

—¿Te apetece?

—No. Tenía esperanza de que se cancelara, sinceramente —respondió mientras se ponía en pie.

—Nos vendrá bien, cariño.

—Sin problema —Se acercó a mi madre, le dio un beso en la mejilla y se fue.

—Bueno —reflexionó mi padre—, quizás sirva para pasar tiempo juntos, hablar, recordar lo que teníamos.

—Lo siento, Borja. Me refería a ir yo con los críos. Sé que vamos a casa de tu hermano y es un poco raro ir todos excepto tú, pero me vendrá bien estar una temporada sin ti para aclarar mis ideas.

—Si es lo que quieres... —se resignó.

—Lo necesito.

—Pasaré el domingo por aquí para despedirme.

Mi padre nos dio un beso y se fue en silencio. Estaba claro que había hecho las cosas mal, pero me entristecía verlo así.

—Debe ser duro decirle eso a la persona con la que has compartido la vida —le comenté a mi madre.

—Necesito un tiempo. Me he sentido superada por lo sucedido últimamente y tengo que valorar muchas cosas.

—Te entiendo.

—Oye, ya que sobra un billete, dile a Jon que venga con nosotros.

—Gracias, mamá, pero prefiero no decirle nada.

—¿Estás bien? —se extrañó.

—Salvando las distancias, me siento un poco como tú. Necesito un tiempo alejada de él para aclarar mis sentimientos.

—¿Qué os ha pasado? Estabas muy enamorada.

—Y le quiero... Estaría feliz con él, pero, como tú dices, con todo lo que ha ocurrido, me planteo si es la persona indicada. Después de todo lo que ha pasado, Jon no me ha servido de apoyo. Al menos, no el apoyo que yo necesitaba.

—Ya veo. Como tu padre.

—Algo así. La diferencia es que Jon no ha hecho nada malo. Me duele en el alma estar distanciándome de él porque es muy bueno, aunque necesito saber si es la persona con la que quiero compartir mi vida.

—A ver, hija, tienes dieciocho años: no es necesario plantearse eso ahora.

—Como te digo, si no hubiera ocurrido nada, iríamos de vacaciones y lo pasaríamos genial. Es posible que compartiéramos unos buenos años. Quizás, con el tiempo, comenzaríamos a

convivir y comprobara que no es la persona adecuada. Con todo esto, el dilema se ha colocado delante de mis narices y necesito descubrirlo ahora. No puedo esperar.

—Suenan mal.

—Ya. Lo mismo digo.

Nos miramos con una sonrisa, pero, en realidad, nos sentíamos fatal. La situación era muy diferente; yo apenas estaba comenzando con Jon y éramos dos jóvenes sin responsabilidades. Mis padres llevaban años conviviendo y compartían dos hijos, las letras de dos coches y una hipoteca. Sin embargo, el sentimiento amargo de saber que estás haciendo daño a alguien a quien quieres era el mismo.

El domingo quedé con Jon para pasar el día con él y despedirnos. Quería pensar que la tensión por la operación de mi madre me afectaba y por eso me había distanciado de él, aunque la única realidad era que había estado incómoda todo el día a su lado. Cuando salimos del restaurante donde habíamos cenado, intentó acercarse con intención de hacer el amor como despedida, pero yo me aparté varias veces.

—¿Qué te pasa? ¿He hecho algo?

—No estoy de humor —respondí, sin ganas de dar más explicaciones.

—Ya.

—¿Me acercas a casa?

Durante el trayecto ninguno de los dos abrió la boca. Cuando llegamos, salimos del coche y nos quedamos de pie. Era una situación muy tensa. Ni siquiera nos habíamos dado la mano ese día, como si nos separara un biombo invisible que ninguno de los dos se había atrevido a traspasar. No podía fingir que todo era normal. Y había que despedirse.

—Sea lo que sea lo que te pasa —indicó—, ten claro que te quiero.

No quería llorar, pero me cayó un lagrimón enorme en cuanto dijo eso. Jon me lo secó delicadamente con un dedo.

—Lo que pueda hacer por ti, lo haré. No lo dudes.

Me abracé a él. Supongo que Jon era consciente de lo que pasaba, porque mi llanto no se entendía de otra manera. Probablemente no le fuera a echar de menos y, probablemente, sería el último abrazo que nos diéramos; eso me provocaba un nudo en el estómago que me dificultaba respirar. Le quería, y tenerlo en frente me hundía la vida. Esperaba que ese tiempo separados me sirviera para darme cuenta de que deseaba estar a su lado.

Durante las vacaciones, la vida era playa, tranquilidad y no pensar en nada. A medida que pasaba el tiempo, cada vez estaba más ansiosa por empezar *Periodismo*. Era mi objetivo desde que tenía memoria. Siempre me había gustado contar historias, investigar, documentarme. Poder vivir de lo que amaba, que era escribir, tenía que ser una satisfacción enorme.

Una mañana, cuando estaba terminando agosto, volví de hacer la compra en el mercado con Fran. Coloqué las bolsas encima de la mesa y saludé a mi madre, que estaba cocinando. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón tejano y vi que tenía un mensaje.

Rebeca (novia de Sabrina)

¡Hola, soy Rebe!

12:42

¡¡Me ha dicho el editor que cuenta con tu obra!!!

12:43

Cuando vuelvas, avísame y ya digo que te envíen los detalles.

12:43

—¡Me van a publicar! —grité saltando de alegría.

—¿En serio? —exclamó mi madre a la vez que posaba el cucharón de madera para venir a abrazarme.

—¡¡Sí!! —vociferé.

—¿Y eso? —preguntó Fran acercándose a nosotras.

—¡Que sí! Rebeca, la novia de Sabrina, me lo acaba de confirmar —anuncié mientras le planté a Fran un beso sonoro en la mejilla, que él se limpió inmediatamente. Alzó las cejas y cerró los ojos simulando que le daba pereza aquella conversación, pero yo sabía que se alegraba. Mi madre me achuchó con fuerza.

—¡Te lo mereces, cariño!

—Gracias, mamá.

Yo

Silviiiiiiiiiii

12:45

¡¡¡Me acaba de avisar Rebeca!!!

12:45

¡¡¡Van a publicar mi libro!!!

12:45

Silvia

¡¡¡Qué biennnnn!!!

12:46

¡¡¡Cómo me alegro!!!

12:46

Cuenta, cuenta. Quiero detalles.

12:48

Yo

No sé más.

12:47

En cuanto vuelva, me dirán cómo va todo.

12:47

Silvia

¡¡Qué feliz me hace!!!

12:47

Yo

Estoy en una nube.

12:48

No me lo creo.

12:48

Silvia

Créetelo. ¡¡Eres muy grande, amiga!!
12:48

—¡Esto hay que celebrarlo! —anunció mi madre poniéndose el bolso en el hombro ya para irnos—. Vamos a comer al *Happy Shrimp*.

—Ay, sí, un poco de marisco. ¡¡¡Qué bien, mamá!!! —exclamé abrazándome a ella—. ¡Qué felicidad!

Yo

¡¡Genial!!

12:50

Luego hablamos.

12:51

¡Te quiero!

12:51

Fuimos a comer y pasamos el día en el centro comercial. A mitad de comida, me sonó una notificación. Miré la previsualización de un número desconocido: «¡¡Enhorabuena!! Soy Tristán. Silvia me ha contado...». Abrí el chat y te añadí a mis contactos.

Tristán

¡¡Enhorabuena!! Soy Tristán. Silvia me ha contado que van a publicar tu novela.

14:23

Va a ser un éxito. Estoy convencido.

14:23

Engancha desde el primer momento.

14:23

Yo

¡¡Gracias!!

14:24

¿Lo has leído?

14:24

—Deja de rascarte, Sara —me riñó mi madre al tiempo que pelaba una cigala—. Tienes que ir al médico. Esos picores no son normales.

Tristán

Sí. Espero que no te importe: un día vi el ejemplar que le diste a Silvia y lo leí.

14:25

Yo

Aún tengo que revisarlo de nuevo.

14:25

¿Qué te ha parecido?

14:25

¿Te ha gustado?
14:25

—Ahora te morderás las uñas también —protestó mi madre—. ¡Para ya!

Tristán

Tiene un estilo muy directo que lo hace muy fácil de leer.
14:26

Yo
Intento utilizar un lenguaje sencillo, sin demasiados adornos.
14:26

Tristán

Lo contrario que yo... que soy insufrible.
14:27

Me reí. Mi madre miró hacia mí arrugando la frente.

Yo
¿Preguntas o afirmas?
14:27

Tristán

Afirmo, afirmo.
14:27
No tienes por qué decir nada.
14:27

Yo
Una lástima.
14:27

Tristán

Me gusta también cómo te adentras en los personajes.
14:27
Los pones ante situaciones límite para ver cómo se comportan.
14:28
Son personas sencillas a las que colocas ante situaciones extremas.
14:28
Vamos, que eres de esas escritoras crueles que atormentan a sus personajes.
14:28

Solté una carcajada.

—¿Qué? —le dije a mi madre, que me miraba, sorprendida.

Yo
Un poco solo.
14:29

Tristán

Me he dado cuenta de que partes de unas situaciones aparentemente frías, pero las cargas de profundidad y sentimiento.
14:29

Yo
¡Hala! Nadie me ha dicho algo así.
14:29

Me encantaba cómo analizabas mi obra. Nadie la había entendido tan bien. Ni siquiera Verónica, quien siempre leía mis novelas y le encantaban, pero no había empatizado tanto con la historia como tú demostrabas.

Tristán
Ya ves, me gusta la buena literatura, aunque sea un poco idiota a veces.
14:29

Yo
Y mequetrefe, no te olvides.
14:30

Tristán
Y botarate, en ocasiones.
14:30

Solté otra carcajada.
—¿Es Jon? Salúdalo de mi parte.
Aparté el móvil, asustada.
—Me alegro de verte ilusionada otra vez.

No respondí. Me di cuenta de que no había pensado en Jon ni una sola vez desde que había conocido la noticia. No había tenido la necesidad de compartir algo tan importante con él. Eso me puso definitivamente frente a la realidad: debía romper con él. Sentí que ya no encajábamos. Jon seguía siendo el mismo que cuando empezamos, pero yo no. Yo había cambiado.

Llegamos a casa el día anterior a comenzar las clases. Jon vino a buscarnos al aeropuerto. No sé si sabía lo que le iba a decir, pero daba la sensación de que él algo intuía, porque ni se acercó a darme un beso. Se limitó a saludarnos a los tres y a ayudarnos con las maletas.

—Me voy —anunció, muy serio, cuando terminamos de meter el equipaje en casa.
—¡Espera! —le llamé—. Quiero hablar contigo.
—No hace falta, Sara —respondió desde la puerta—. Creo que está todo dicho.
—Pero... yo quería explicarte...
—No necesito la charla de «eres un buen tío». Se acabó, pues ya está.

Las emociones me gritaban que debía querer a Jon, que era un tío genial. Mi madre, no sé si notando lo que pasaba por mi corazón en ese momento, me tendió la mano. Estaba triste por romper con Jon, pero era lo que tenía que hacer.

A la mañana siguiente, me levanté muy cansada, aunque ilusionada y con unos nervios enormes por comenzar en la facultad. Silvia me dijo que vendríaís a recogerme para ir juntos, así que os esperé en la puerta hasta que vi aparecer su coche pequeño de tres puertas. Tú saliste,

echaste el asiento del copiloto hacia delante y te sentaste en los asientos traseros.

—¿Qué tal el viaje? —me preguntaste cuando me senté.

—Bien. He logrado desconectar de todo, pero ¡se me ha hecho eterno! Tenía unas ganas tremendas de volver.

—Ya —recriminaste con sarcasmo.

Tu respuesta apática y condescendiente me mató, aunque no dije nada. Tras las últimas conversaciones, me había imaginado que podríamos llevarnos bien y pasar un curso genial los tres.

Llegamos a la facultad. Era un hervidero de gente yendo y viniendo, muchos de ellos ya adultos a mis ojos de novata. Me encantaba el aire que se respiraba: carteles para unirse a grupos de lectura; gente repartiendo folletos para charlas; festivales de cine anunciándose aquí y allá. Sentía que era aún una cría, pero ahí estaba, delante de las puertas del aula donde asistiría a la primera clase de *Estructura y sistema mundial de la información*.

¡Comenzaba mi aventura en la facultad! ¡Yo! ¡Mi primera clase en Periodismo! ¡Yo! ¡Y, además, iba a publicar mi primer libro! ¡YO! Debía tener cara de boba. Cuando abrieron el aula, me sentí como una niña que entra por primera vez a un parque de atracciones y mira con ilusión hacia todos los lados. Allí empezaba una vida nueva, una vida de adulta, una vida que estaba deseando vivir.

CAPÍTULO 13

Tu lágrima se había grabado a fuego en mi estómago.

El piso

El profesor de *Estructura y sistema mundial de la información* se estaba presentando con el típico discursito de «soy bueno si sois buenos conmigo» que, en realidad, significaba que era una asignatura hueso que él mismo se encargaría de hacer insufrible. El tiempo me dio la razón. Aun así, estaba encantada de estar allí.

Nos sentamos atrás del todo, así que podía observar a todo el mundo. Los pupitres eran unas mesas alargadas donde se podían acomodar ocho personas. Había ocho hileras de mesas en cada fila, separadas por un pasillo, y estaban ocupadas como un tercio de los asientos, así que calculaba que habría alrededor de ochenta y cinco personas en la clase.

Miré a la izquierda con una sonrisa que Silvia me devolvió, aunque tú estabas muy serio. El profesor hablaba y hablaba, en un tono monocorde y cansino imposible de seguir sin un bostezo. Parecía empeñado en demostrar ya desde el primer día que iba a ser un tostón de asignatura. Apoyé el codo en la mesa y reposé la cabeza sobre la mano, distraída. Al rato volví a fijarme en ti y vi cómo se deslizaba una lágrima por tu mejilla que, rápidamente, limpiaste con la manga de tu cazadora.

Me incorporé al instante, nerviosa. No quería que descubrieras que te había pillado en algo que podía ser tan íntimo. Se me puso un nudo en el estómago pensando en qué podrías estar pasando para que se te llegara a escapar una lágrima en un día así.

—¿Qué le pasa? —le susurré a Silvia, acercándome a ella.

—Luego —le pude leer en los labios mientras giraba la mano para hacerme saber que después de las clases me lo contaría.

La empresa informativa y su relación con los sistemas políticos, primero, y *Documentación Informativa*, después, tampoco fueron muy prometedoras. Tenían mejor pinta las asignaturas que iban tras el descanso: *Teoría de la comunicación* y *Sociología*. En la pausa aprovechamos para conocer la cafetería de la facultad, a la que se accedía bajando unos diez escalones (sé que son once, los conté un montón de veces, pero voy a decir «unos diez» para no parecer obsesiva).

Se entraba por una puerta que tenía dos hojas enormes con un óculo en la parte central. Siempre me recordó al acceso de un quirófano, no sé por qué. Frente a la puerta, la barra ocupaba toda la pared, de izquierda a derecha.

Desde la entrada a la barra el espacio estaba ocupado por pupitres antiguos unidos para formar mesas más grandes. Seguramente, tras la última reforma habrían retirado los pupitres, aprovechándolos para la cafetería. Eso, junto al suelo de baldosas moteadas en tonos tierra y a la luz blanca de los fluorescentes, daban a la cafetería un tono anodino y aséptico. Sin embargo, estaba flipando por estar allí.

—Me encanta la facultad —exclamé—: este ir y venir de la gente con los portátiles, sus libros. ¡Periódicos! ¡Hacía cuánto que no veía a gente con periódicos en papel!

—¡Sí! Y vivirlo juntas va a ser una pasada.

—Va a ser genial. ¿Tristán? ¿No viene a tomar un café?

—Está hablando con sus jefes. Necesita que le cambien al turno de la mañana.
—Entonces, ¿cómo se va a arreglar para venir a clase?
—Tenemos que ayudarlo, Sara. Está viviendo una situación muy jodida.
—Me asustas.
—No puede trabajar por las tardes porque tiene que quedarse con su madre. Ahora están viviendo con su tía, pero necesita encontrar un piso de alquiler antes de dos semanas.
—Joder, y ¿por qué?
—No te puedo decir más, Sara. El problema es que, para alquilar, piden al menos dos meses de fianza más otros tres por adelantado.
—Buf, eso es una pasada.
—Tristán ahora mismo puede pagar dos meses de alquiler, pero nadie lo aceptará sin más avales.
—¡Joder, vaya situación!
—Por eso tenemos que ayudarlo con los apuntes, los trabajos y lo que podamos.
—Lo que sea, Silvia. En lo que pueda ayudar, me lo dices.
—Gracias. Pero cuenta, cuenta —Silvia cambió el tono por uno más alegre—, que no me has contado nada. ¿Sabes algo más sobre la publicación?
—¡Me han dicho que les ha encantado mi novela!
—¡Qué bien!
—Quieren publicarla. Ellos se encargan de todo: portada, maquetación, distribución...
—¡Qué ilusión me hace!
—¡Y a mí! Ellos apuestan por gente novel, pero, para asumir el riesgo, necesitan que yo me comprometa. Tengo que comprar yo los primeros setenta ejemplares, porque así se aseguran de que yo voy a involucrarme en la promoción y la venta.
—Bueno, esos los vendes bien, ¿no?
—Supongo que sí.
—¿Estás contenta?
—Mucho.
—Y el desembolso, ¿cuánto supone?
—Yo los compraría a doce euros y los vendería a quince. He calculado: con cincuenta y seis ya cubriría los ochocientos cuarenta euros iniciales.
—Seguro que tu madre lo paga encantada.
—No quiero pedirle el dinero a ella. Mi padre no se da cuenta, pero estamos con el agua al cuello. Debe pensar que vivimos como reyes con el dinero que nos pasa, vamos, pero hay muchísimos gastos, así que prefiero que mi madre no se entere de nada hasta que se publique.
—Pídeselo a tu padre, entonces.
—Paso. Tengo unos mil euros ahorrados, así que lo pagaré con eso.
—¡Qué bien! Qué ganas de tenerlo en papel y tocarlo. ¡Olerlo!
—Um, sí. Me encanta el olor a libro nuevo.
—Ya es casi la hora —indiqué tras mirar el móvil.
—Tengo que ir al baño. ¿Vienes?
—No. Yo voy tirando.

Estaba ansiosa por volver al aula y no quería arriesgarme a entrar tarde. Me senté en la bancada y apareciste tú por la puerta. El pelo te caía sobre la cara porque ibas con la cabeza agachada mirando el móvil. Lo echaste hacia atrás con la mano y, a la vez, tres chicas que estaban sentadas en la primera fila te miraron, luego se miraron entre ellas y se rieron mientras

cuchicheaban. Tú ni te enteraste de que no te quitaban ojo.

Pasaste a mi lado para llegar a tu sitio mientras tecleabas en el móvil. Me saludaste con un ligero gesto de cabeza y te sentaste.

—¿Vendrás hasta *El Rincón de Marc*? —te pregunté para sacar conversación. Habíamos quedado para vernos con la pandilla como reencuentro tras el verano. De hecho, Silvia me había pedido que nos viéramos en *El Rincón de Marc* para que pudieras acudir sin estar pendiente de la hora.

—Supongo.

No sabía cómo interpretar tu actitud. La única vez que te dirigiste a mí desde el «ya» cínico y sarcástico de las ocho de la mañana fue ese «supongo» desganado de las doce. Al instante, te pusiste la cazadora de nuevo. Te miré, extrañada.

—Dile a Silvia que le escribiré un mensaje más tarde —dijiste, muy seco.

Me extrañó mucho que te fueras siendo el primer día. Y más que llegaras y al momento te levantaras para irte.

—¿Estás bien? —te pregunté.

Ni te giraste. Ni el desganado «supongo». Nada.

No entendía tu actitud. Sin embargo, tu lágrima se había grabado a fuego en mi estómago y no podía dejar de darle vueltas a qué te podría estar pasando. Aquello de tener que mudarse, buscar piso, cuidar de tu madre... sonaban a problemas demasiado adultos para alguien que debería estar disfrutando de su primer día de facultad.

«Jaime!», se me ocurrió en plena clase. Era un antiguo compañero del instituto a quien sus padres habían comprado varios pisos para que gestionara el alquiler y se fuera sacando un dinero. No me apetecía tratar con aquel prepotente, pero, por los años siendo compañeros, quizás consiguiera que no pidiera fianza. Saqué el móvil del bolsillo procurando no hacer ruido y le escribí.

Yo

¿Qué tal?

12:44

¿Has comenzado las clases?

12:44

Jaime

Sí, pero no he ido.

12:48

Ya sabes lo que dicen de *Administración y Dirección de Empresas*.

12:48

El que vale, vale.

12:48

Yo

Y el que no pa' ADE.

12:50

Ja, ja, ja.

12:50

Supongo que será un mito y no será tan fácil.

12:50

Jaime

Mi padre es amigo de la gente del claustro.

12:50

Esto es la privada, es otro nivel.

12:51

Cuando lleguen los exámenes, habrá que tirar de favores...

12:51

Yo

Oye, quería hablar contigo para alquilar un piso.

12:51

Jaime

Genial. Me acaba de quedar uno disponible en la urbanización *Los Fresnos*.

12:52

Yo

¿Podemos vernos y hablarlo?

12:52

Jaime

Por quedar contigo, hasta un piso nuevo compraba.

12:52

Arqueé las cejas y emití un bufido. Silvia se volvió hacia mí; también los que estaban en el pupitre delante del nuestro. No podía con la prepotencia de Jaime.

Como no podía ser de otra manera, quedamos en uno de los sitios más *cool* de la ciudad. En cuanto entré, lo vi sentado en un taburete de una de las mesas altas que se encontraban a la derecha de la entrada frente al gran ventanal, difuminado por un vinilo con la figura de Buda. La luz tenue, cuyo objetivo era ambientar más que iluminar, daba un tono cálido al establecimiento.

Estaban ocupadas tres de las cinco mesas altas junto al ventanal. Aún comía gente en las doce mesas junto a la pared de ladrillo blanco cruzada por listones de madera decorados con plantas y portarretratos. En total, cuarenta y tres personas en las mesas, más unas catorce en la barra. Cincuenta y siete en el local.

—¿Qué tal? —Se levantó al verme para darme dos besos—. Tú sigues tan guapa como siempre.

—Gracias —respondí con una sonrisa forzada. Me parecía tan insufrible que no me acordaba de lo atractivo que era: alto, fuerte, tez morena, ojos verdes...

—Jon es buen tío, pero cuando quieras cambiarlo... —Se señaló de arriba a abajo.

Arqueé las cejas haciendo notar la pereza que me daban esos comentarios. Ni se me pasó por la cabeza decirle nada de que había roto con Jon, obviamente. En ese momento, me venía muy bien que creyera que seguía con él.

—Como te comenté por mensaje, un amigo mío necesita alquilar un piso.

—Le va a encantar; es un piso precioso. Algún día tengo pensado vivir en esa urbanización. Es muy tranquila.

—Y alejada del centro —repliqué intuyendo que él ya había comenzado sus tácticas de venta.

—Bueno, es un paseo. Y tiene el hospital al lado. Es de dos habitaciones, salón grande con chimenea, cocina con electrodomésticos nuevos, piscina, pista de pádel...

—Buf, no sé si se le saldrá de presupuesto.

—Mira, sé que no está en el centro, y soy de los que piensa que es más importante alguien fiable que ganar más, así que lo alquilo barato: seiscientos cincuenta. Por ser tú, se lo dejo en seiscientos euros al mes. Es un chollo, ya te lo digo.

—Es demasiado. ¿Quinientos? Es alguien de confianza que lo cuidará.

—Tráeme una cajetilla de *Marlboro* —le soltó al camarero cuando nos trajo las consumiciones—. Umm, quinientos es muy poco... Por menos de quinientos cincuenta ni me lo planteo. Y porque me pides tú el favor —afirmó, guiñándome un ojo.

—Tiene la máquina de tabaco detrás de la columna —respondió el camarero.

—Cobra ahí —le dio un billete de cincuenta euros—, me traes el tabaco y te quedas el cambio.

¡Joder! Ahí se desbloqueó el recuerdo. ¡Habíais tenido un altercado! En la fiesta de fin de curso. Se me heló la sangre. ¿Cómo iba a pedirle que te alquilara el piso? ¿Qué cara pondrías tú al verlo?

Ya no podía echarme atrás. Y siempre habría tiempo para darle largas, así que, llegados a ese punto, decidí continuar con la conversación para comprobar qué condiciones ofrecía.

—Vale, se lo comentaré a mi amigo.

—Entenderás que necesito unas garantías.

—Tranquilo. Si pasa algo, yo respondo.

—Eso me parece genial, pero lo mínimo son dos meses para la fianza y tres por adelantado.

—Oye, que nos conocemos de siempre.

—Soy de los que piensa que hay que evitar problemas. Si pasa algo, seguro que hay malos rollos, así que, con la fianza y los meses por adelantado, nos ahorramos movidas.

—Que no, ya verás. Y si hay algún problema, contactas conmigo.

—Como siempre digo, soy amigo de mis amigos, así que no se hable más: te quito un mes de adelanto.

—No sé, no creo que mi amigo pueda desembolsar dos mil doscientos euros así de golpe.

—Yo no puedo hacer otra cosa... —Se encogió de hombros dando por finalizada la negociación.

Quedamos en silencio cerca de un minuto. No iba a ceder más. Yo tenía en la retina esa lágrima cayendo por tu mejilla y, aunque no sabía el porqué de la urgencia, Silvia estaba muy preocupada. Podría usar el dinero de la publicación para la fianza. A fin de cuentas, lo recuperaría con el tiempo.

También tenía en la retina ese «ya» cínico que me soltaste, la única palabra que me habías dirigido en todo el día junto con aquel «supongo» desganado. ¿De verdad iba a arriesgar el dinero de la publicación por alguien que me trataba así?

—En un rato te traeré mil cien euros para la fianza.

Lo importante no era yo ni mi orgullo. Tu lágrima indicaba un problema real que mis ojos de niña no alcanzarían a ver. No podíairme y perder esa oportunidad, así que no me lo pensé. Ya tendría ocasión de conseguir lo suficiente para publicar mi novela.

Decidí ir a casa a buscar el dinero. Abrí la caja de hojalata donde guardaba lo que iba ahorrando. Apenas gastaba nada de lo que me regalaban para Navidad o el cumpleaños. Pensar que mi esfuerzo de hormiguita iba a servir para publicar mi primer libro me había hecho ilusión. Sin embargo, ya tenía otro fin. Conté el dinero: mil trescientos cuarenta y siete euros. ¿En serio

iba a aplazar la publicación por ayudarte? No me creía lo que estaba haciendo.
Mientras volvía al bar donde vería a Jaime de nuevo, le escribí a Silvia.

Yo

Te voy a pasar un contacto.

18:24

Dile a Tristán que llame.

18:24

Es un piso que se alquila y no piden más que dos meses de adelanto.

18:25

A Tristán dile que lo has encontrado tú.

18:25

Silvia

¿En serio? ¿Dónde lo has encontrado?

18:25

Jaime me esperó en el mismo bar y, cuando volví con el dinero, ya estaba con algún *gintonic* de más.

—¿Qué tomas?

—Nada, gracias. Tengo prisa. Solo he venido a traerte esto.

Le extendí el sobre con el dinero. Él lo abrió y sacó algunos billetes. Al comprobar que eran un montón de billetes pequeños hizo una mueca de desprecio y se lo guardó sin contarlos.

—¡Ojo! Para él, como si esto no hubiera existido. Yo no he hablado contigo. Le voy a decir que he encontrado un piso en el que únicamente hay que pagar dos meses por adelantado. Lo que pague él será para abonar esta mensualidad y la siguiente. Yo te daré la fianza, y me lo devolverás cuando finalice el contrato.

—Oye, si quieres, lo gastamos en alguna cenita.

Las dudas aumentaron. Jaime no es de las personas a las que apetezca deberle un favor, y tratar con él era un trago demasiado amargo como para hacerlo por ti.

—No, gracias, ya te he dicho que tengo prisa.

—Bueno, mujer, otro día —propuso poniendo lo que él pensaba que era una mirada seductora, aunque a mí me dio un asco enorme.

Inconscientemente, torcí el gesto con una mueca de desagrado mayor de lo que me hubiera gustado.

—A ver, que hay un montón de mujeres que quieren estar con alguien guapo y con pasta como yo.

Resoplé para reprimir la contestación que se me venía a la boca.

—Y te puedo llevar a un sitio con el que Jon ni puede soñar.

—Sí, seguramente. Las chicas con las que vas, ¿llegan a ver lo idiota que eres?

—Mira, casi mejor te devuelvo esto. Yo soy de los que hacen favores a los amigos. —Arrojó con desprecio el sobre encima de la mesa y se levantó.

—No, espera. Lo siento.

Se giró hacia mí. No podía dejar que se fuera. No había podido evitar responder a aquella actitud de machito arrogante, pero, posiblemente, para ti supusiera la única opción de conseguir un alquiler, así que me tragué el orgullo e intenté convencer a Jaime de nuevo.

—Ven.

Se giró y me miró de reojo. Sabía que le podía más la vanidad que el desprecio, así que intenté aprovecharlo en mi favor.

—Ven —repetí, cambiando a un tono dulce—. Perdona, pero necesito este favor...

—Necesitas el favor. —Repitió. Asentí. Se acercó y recogió el sobre de la mesa con una prepotencia que provocó que me hirviera la sangre.

Darle a Jaime los más de mil euros que había ahorrado durante años me había dolido; tener que posponer la publicación hasta fecha indefinida me entristecía; pero humillarme delante de ese imbécil me partió el alma.

CAPÍTULO 14

Parecía que estabas sacando una radiografía de mi alma.

BookProject

Cuando llegué a *El Rincón de Marc*, ya estaban todos los de la pandilla. Silvia, que te estaba explicando algo, me miró y vocalizó un «gracias» sin decir nada. Te levantaste y comiste una patata frita de las que habían puesto de aperitivo con las consumiciones.

—No sabía que los veganos comíais de esto —comentó Juan.

Tú lo miraste con asombro, primero, y pusiste un gesto de incompreensión después. No dijiste nada.

—Como solo coméis verduras y cosas sanas...

—Solo comen las patatas que viven en libertad... las que viven en cautividad, no —ironizó Verónica—. ¡Cómo eres tan ignorante, Juan! Los veganos no comen nada que sea de origen animal. ¿No? —te preguntó para confirmar lo que había dicho.

—Sí, algo así.

—No solo es no comer nada de origen animal —puntualizó Silvia—, es no consumir nada de origen animal ni fomentar nada que provenga de la explotación animal.

Silvia intentó ampliar la explicación. Juan levantó las cejas un segundo con desgana. A mí me habías explicado más cosas, pero noté que querías dejar de ser el centro de la conversación. De hecho, te separaste de la mesa para hablar por teléfono.

—No entiendo el veganismo —continuaba Juan.

Yo estaba pendiente de tu conversación por teléfono. Me inquietaba que tú y Jaime os reconocierais. Suponía que, si os llegabais a encontrar, podríais ser lo suficientemente adultos para hablar de negocios dejando de lado vuestro encontronazo. O no, pero eso ya dependía de vuestra madurez, así que yo poco podía hacer.

—Imagina que todos nos volvemos veganos —prosiguió Juan—. No hay tierra bastante para cultivar. Y los colmillos: si tenemos colmillos es porque somos carnívoros.

—No digas chorradas, Juan —replicó Vero—. A ver si ahora tenemos colmillos de tigre. Y mira los gorilas; solo comen vegetales y tienen unos colmillos enormes. No soy vegana, pero a ver si das algún argumento que no sea una tontería.

Me acerqué a la barra a pedir una cerveza. Bueno, tengo que reconocer que intentaba escuchar algo de tu conversación por teléfono. Detrás del mostrador estaban hablando Róber, el encargado, y Marc, aunque ninguno hizo intención de acercarse a atenderme.

—¿Y Antoine? —oí que le preguntaba Róber.

—¿En serio? —respondió Marc, arrugando el gesto—. Yo pondría de subencargado de la mañana a Tristán, que es el más preparado para el puesto y, además, lleva tiempo pidiendo el cambio a la mañana; y pasaría a Antoine al turno de tarde.

—No quiero prescindir de Tristán. Es mi mano derecha durante las cenas y en barra por las noches.

—Pues nada, que sea Antoine.

—Perdonad —reclamé su atención.

—Sí, dime —me atendió Marc—, ¿qué vas a tomar?

—Una cerveza. Siento meterme donde no me importa —dije cuando me sirvió. A veces sobrepienso en exceso y, otras, suelto las cosas según me vienen—. No he podido evitar oír vuestra conversación... —Me miraron, sin demasiado interés—. Bueno, no es asunto mío.

—Dime, dime. —Marc salió de la barra y se sentó en un taburete a mi lado—. No me dejes así ahora.

—Tristán. Sé que tiene alguna oferta —mentí. Inmediatamente, me entraron las dudas; ¿estaría estropeando más las cosas?—. Siempre dice lo bien que está aquí, pero se está pensando aceptar el otro trabajo para poder trabajar por las mañanas.

—¿En serio? —Miró a Róber, con cara de preocupación. Casi se me escapa una sonrisa al comprobar que mi estrategia estaba funcionando.

—Bueno, eso y que le pagan más —me atreví a decir. Ya metidos en harina, si servía para que te subieran el sueldo, mejor todavía.

Con mi cerveza en la mano volví, sonriente, a la mesa. Detrás de mí escuchaba cómo cuchicheaban Marc y Róber.

—Y la supervivencia es así: la ley del más fuerte. ¿O no? —te comentaba Juan. Ya habías finalizado la llamada y estabas en la mesa.

—Si tú lo dices —respondiste sin darle importancia.

—Explícamelo bien, porque me parece que no tiene sentido.

—Si alguien tiene interés por conocer el tema, ahí está *Google*.

—O sea, no tienes más argumentos.

—Será que soy un poco botarate —respondiste mientras volvías la vista hacia mí con una sonrisa. Intenté reprimir una carcajada y agaché la vista—. Lo que pasa es que hace tiempo que no pierdo energía en convencer a nadie de nada. ¿Tú piensas eso? Genial. No lo vas a cambiar por los argumentos que te dé en una conversación de bar. Ni tú a mí. ¿Me piden mi opinión? No tengo problema en darla. No obstante, no voy a malgastar tiempo en intentar convencer a nadie de nada.

—¡Hola, chicos! —saludó Melania con alegría.

—¡Buf! ¿Ya es la hora? —protestaste mirando el móvil.

—Yo te daba permiso para quedarte con tus amigos, pero... no soy la jefa. Todavía.

Todos reímos. Bueno, todos menos Silvia, quien hizo un esfuerzo por dibujar una sonrisa.

—Me voy —anunciaste en el descanso de las 11:30 mientras cargabas a la espalda tu mochila negra—. Tengo que visitar un piso que me ha encontrado Silvia —me comentaste—. Si es como aparenta, es un chollo.

—¡Suerte!

—Mándame un mensaje en cuanto sepas algo —se despidió Silvia mientras ya te alejabas—. Oye —me sugirió—, ¿no quieres que le diga que ha sido gracias a ti? Me da rabia que no sepa que eres tú quien le ha ayudado.

—Prefiero que no, Silvia. No tiene por qué saber que me has contado nada.

—Es que no te he contado nada: solo que necesitaba un alquiler.

—De momento, mejor dejamos las cosas como están. Por cierto, tenemos que sacar tiempo

para hablar. Necesito contarte lo que ha pasado con Jon.

—De tarde tengo tiempo.

—Genial. —Me acerqué para darle un achuchón y un beso suave en la mejilla.

Al cambio de clase te vimos llegar. Estabas muy contento: se notaba que traías buenas noticias. Silvia se echó a tus brazos.

—El tío era un impresentable.

Me miraste e hiciste un silencio, lo que me hizo suponer que habías reconocido a Jaime y que, quizás, sabrías que algo tenía que ver en todo aquello.

—Eso sí —continuaste—, el piso está genial. ¡Es una pasada! Tenéis que verlo.

Me sentí incluida en ese plural. Me gustó. Desde luego, parecía que al Tristán del día anterior le habían quitado una losa de doscientos kilos de encima. Me alegré de haber decidido aportar el dinero de la fianza.

—Oye, pues organiza una cena de inauguración —sugerí.

—Sí, eso está hecho. El domingo venís tú y Jon.

—No sabes nada, ¿no?

—No. ¿Qué pasa? ¿Qué me he perdido?

Silvia y yo nos miramos sin decir nada. Tú estabas expectante.

—Solo queda una clase. Nos la saltamos y os invito a comer —propusiste.

—¡Vale! —contestó Silvia, muy contenta.

—No sé...

—Venga, tía, ¡¡la primera vez que nos saltamos clases en la universidad!!

—Vale. Me parece a mí que vais a ser una mala influencia.

Aquella primera vez que faltaba a clase me hizo mucha ilusión. Estaba hasta nerviosa. Sabía que era una tontería, pero, en el instituto, en cuanto llegaba quince minutos tarde ya enviaban un mensaje a mis padres. Verme con esa libertad fue algo estupendo.

—¿Qué vais a pedir? —nos preguntaste cuando llegamos a *El Rincón de Marc*.

—Yo, hamburguesa de buey —contestó Silvia.

—No sé... —dudé mientras ojeaba la carta.

—Yo voy a pedir una ensalada de aguacate de las mías.

—No la veo por aquí —comenté mirando la sección de ensaladas.

—No la busques, porque no está. La hacen especial para mí. Lleva aguacate, nueces, cherrys, garbanzos, hojas de rúcula; y se riega con una vinagreta de cebollino.

—¡Qué bueno! ¿Puedo pedirla yo también?

—¡Claro! A ver si convencemos a Marc de ponerla en carta. Entonces, con Jon... —soltaste a bocajarro—. ¿Se acabó el amor?

—No exactamente. —La pregunta me pilló por sorpresa y, aunque quisiera, tampoco tenía las cosas tan claras como para dar una respuesta.

—Oye, si crees que no tenemos la confianza suficiente para hablar de estas cosas, lo dices tranquilamente. No quiero meterme en tus asuntos.

—No, no es eso. De hecho, me apetece hablarlo porque no se lo he contado a nadie. El tema es que no sé muy bien qué decir: no tengo una respuesta.

—Tú cuenta —propusiste—. Muchas veces, verbalizar las cosas puede ayudarnos a ordenar y aclarar las ideas.

—Le quiero y sé que me quiere. Sin embargo, en mi vida han pasado cosas. Me fui sintiendo cada vez más alejada de él. ¿Sabes esa sensación de no encajar?

—Todo el tiempo.

—Pues yo sentía que ya no encajaba con él. Empecé a notar que no era la persona indicada para mí. Vale, me estoy explicando fatal, ya veo.

—Un poco —bromeó Silvia.

—Es más difícil de explicar que de entender —comentaste—, pero creo que sé a qué te refieres. Si ves a tu pareja como a un extraño del que no entiendes su comportamiento, es que algo se está rompiendo.

—¡Eso! ¡Tal cual!

—Él te quería mucho. Y tiene un corazón enorme.

—Gracias, hombre. Eso me hace sentir mucho mejor —te reocriminé, bromeando—. La verdad es que me veía como una hipócrita estando con él, porque ya no sabía si le amaba.

—No me malinterpretes. Lo resalto porque es muy valiente por tu parte dar ese paso.

—¿Valiente?

—Sí. No es fácil abandonar una relación en la que te sientes amado y te tratan bien. Cuando hay un detonante, como una infidelidad, es fácil tomar la determinación de romper, pero, cuando no hay nada que haga saltar la relación por los aires, es complicado. No obstante, tú te percastaste de que tu vida estaría incompleta compartiéndola con él y diste el paso.

—Supongo que para él y para su entorno ahora seré la villana de su película, pero era lo que tenía que hacer.

—Luego le llamaré para hablar con él.

—No quiero que me cuentes lo que te diga —comenté—, pero sí me gustaría saber cómo está.

—Mal. Eso ya te lo digo ahora. Y es normal que ahora te sientas una basura.

—Bueno, tanto como una basura... —objetó Silvia, sorprendida con la crudeza de tus comentarios.

—Es normal, digo, porque no es fácil llevar la carga de que alguien que te importa sufra por algo que hemos hecho. No obstante —me miraste de frente, a los ojos, mientras mantenías un tono tranquilo y sosegado durante toda tu explicación—, tú no tienes que sentirte culpable porque: uno, no puedes estar con alguien cuando ya sabes que eso está muerto; y, dos, poco a poco Jon se irá sintiendo mejor. Y tú también.

Parecía que estabas sacando una radiografía de mi alma. La empatía que mostrabas y la claridad con la que eras capaz de explicar sentimientos tan complejos me hicieron sentir mejor.

—Me ha comentado Silvia que te van a publicar la novela —cambiaste de tema, dando por finalizado el tema de Jon—, pero que tenías que comprar setenta ejemplares o algo así, ¿no?

—¡Joder! ¡Qué bueno! —exclamé al probar mi ensalada—. Esta vinagreta está brutal. Perdón. Lo de la novela... Sí, tengo que comprar setenta, pero creo que voy a esperar un poco.

—¿Esperar? —preguntó Silvia, extrañada. Agaché la mirada hacia la comida—. Tenías el dinero.

—Eso creía —mentí—. No me acordaba de un gasto que había hecho en vacaciones.

Yo me quedé mirando hacia la mesa. Silvia me escrutaba con los ojos entrecerrados como queriendo leer en mi mente. Yo no era capaz de levantar la cabeza.

—Oye, ¿y si te planteas el *crowdfunding*? —Tu comentario me sacó de aquel apuro—. No sé, algo tipo *patreon*. No entiendo mucho, pero algo en donde la gente te vaya haciendo donaciones.

—No veo a la gente dándome pasta para publicar.

Estuvimos en *El Rincón de Marc* hasta las cinco. Comimos, tomamos café, hablamos de las clases, te pasamos los primeros apuntes de las horas a las que habías faltado. Después, Silvia nos

llevó hasta mi casa, donde quedamos ella y yo, y te prestó el coche para que fueras a tu nuevo piso a firmar el contrato con Jaime. Silvia y yo nos sentamos en mi cama, con las piernas entrecruzadas, y hablamos, nos reímos, lloramos un poco; incluso me apeteció vivir el cliché de comer helado de chocolate tras una ruptura, así que subí una tarrina enorme que había en el congelador.

A Silvia le llegó un mensaje. Giró el móvil para mostrármelo.

—Mira lo que me dice Tristán.

Gatito

¿Estás con Sara todavía?

20:08

—¿Gatito? ¿En serio? —pregunté, burlándome de ella—. No os pega nada esa cursilería.

—No le digas nada, ¿eh? Siempre está con la coña de que al final me va a gustar que me llame gatita y yo le digo que imposible, así que sshh, que se viene arriba.

—Ja, ja, ja. Vale, vale. Cosas vuestras.

Gatito

Quería enseñarle algo.

20:09

—¿Qué me quiere enseñar?

—Ni idea. Le pregunto.

Gatito

Quedamos en algún sitio y os cuento.

20:09

—Dile que venga a casa.

Yo

Dice Sara que vengas a su casa.

20:09

Gatito

¿Seguro?

20:10

No quiero líos.

20:10

Yo

Tranqui, su padre no está.

20:10

—Y aunque estuviera —puntalicé.

Bajamos y salimos de casa para esperar afuera. No me imaginaba qué podría ser. Quizás Jaime te había reconocido o quizás te había dicho algo sobre mí y la fianza. No me encajaba nada de eso con el «enseñarme» que habías dicho. Estaba intrigadísima. Y hasta un poco nerviosa. A los quince minutos te vimos llegar en el coche de Silvia.

—¿Qué me tienes que enseñar? —te pregunté nada más verte.

—No seas impaciente —respondiste mientras colocabas tu mochila a la espalda.

—Dame una pista. No tengo ni idea de lo que puede ser.

—Mejor.

Al subir, te sentaste de nuevo en la banqueta del piano.

—¿Sabes tocar *Experience*?

—Buah, no, hace siglos que no toco nada.

—Está obsesionado con Einaudi —explicó Silvia.

—Eso está genial. Muy interesante, pero al lío. ¿Qué te traes entre manos?

—Antes te comenté que podías hacer algo de *crowdfunding*. ¿Qué sabes del tema? —preguntaste mientras abrías la mochila y sacabas tu portátil.

—¿Del *crowdfunding*? Bueno... conozco la esencia de para qué se utiliza.

—Vale, sabes lo mismo que sabía yo. Nada. —Quedé ojiplática con esa forma tan directa que tenías de expresarte. ¿Sorprendida? Sí, tanto que creo que es la primera vez que utilizo la palabra «ojiplática».

—Sé que es una manera de financiar proyectos con donaciones pequeñas que hace la gente.

—Me miraste con esa expresión tuya de «vale, lo que yo decía, no sabes nada», y continuaste sin más.

—Bien, donde Marc te comenté que podías hacer *crowdfunding*, aunque sabía del tema tan poco como tú —remarcaste, en tono de burla; Silvia se rio—, así que, en el piso, MI piso —subrayaste, ilusionado—, estuve investigando para ver si realmente era una opción a tener en cuenta.

—¿En serio? —Miré a Silvia, extrañada. Ella se encogió de hombros.

—Por cierto, empezaré en el turno de mañanas. ¡Y me subirán el sueldo!

—¡Qué bien! —exclamó Silvia. Se me dibujó una sonrisa enorme. ¡Cómo me alegraba haberte ayudado!

—Al lío. Pensé en *patreon*, pero está más enfocado a creadores de contenido, así que descartado.

—Ah —respondí, mirando a Silvia, que tenía la misma cara que yo de no saber a dónde llevaba aquella conversación.

—Me enfoqué en plataformas que permiten realizar donaciones en concepto de preventa, como un pago del libro por adelantado.

—¡Qué bien! Suena interesante.

—Y que, además, permitiera la donación de cualquier cantidad.

—No sé. Todo esto que explicas suena bien, pero me sobrepasa un poco. ¿Y qué pasa si, por ejemplo, cinco personas han hecho la preventa, y se suceden los meses sin que pueda publicar?

—No hay problema, porque, tras investigar un poco, el sistema que mejor se adaptaría a tu caso sería lo que se conoce como un *sistema de todo o nada*.

—¿Todo o nada?

—Sí. Se marca un objetivo de recaudación necesaria, por ejemplo mil euros. Si en el plazo indicado no se alcanzan los mil euros, las donaciones vuelven a sus donantes y no hay que entregar nada.

—Buf, no sé... Suena todo muy complejo. Aunque me lo planteara, no sabría por dónde empezar.

Giraste el portátil para que Silvia y yo viéramos la pantalla.

—¡¡¡Hala!!! ¿¿En serio?? —grité mirando hacia ti.

¡¡No me lo podía creer!! No estaba familiarizada con la interfaz y había cosas que no entendía, pero ¡¡era mi proyecto!! Se veía el título, *El rencor del almendro*.

—Descárgate esta aplicación —ordenaste, enseñándome tu móvil.

—¿*BookProject*?

—Sí. De entre todas, es la plataforma que más se ajusta, yo creo, a lo que necesitas. Es específica para autores que quieren publicar. Introduce estas credenciales; después podrás cambiarlas.

—¿Ya está todo?

Borrador: El rencor del almendro

Importe proyecto: 1000€

Importe pendiente: 1000€

Tiempo restante: 120 días 0 horas 0 minutos

—**Lanzar proyecto**—

—Contar qué es el *crowdfunding* en abstracto resultaba confuso, por eso he preferido crear el proyecto concreto para que veas que es muy sencillo. Tan sencillo como que introduces el número de cuenta donde quieres recibir el dinero.

—En serio, ¿ya está todo? ¿Y has investigado y creado todo esto en este rato?

—Está guardado como borrador. No está activo aún. La decisión es tuya. Échale un ojo y verás que es muy sencillo de gestionar.

—No sé qué decir. —Me llevé la mano a la boca, que tenía abierta por completo porque estaba alucinando—. No me puedo creer que hayas hecho este currazo.

—He calculado que la plataforma se lleva un cinco por ciento y la pasarela de pago, en este caso *Paypal*, el cuatro por ciento, así que he puesto un objetivo de mil euros para cubrirse las espaldas. Pero, mira —señalaste un botón en mi móvil—, aquí editas el importe.

—Voy a poner ochocientos euros para el proyecto. Perdona que pregunte lo obvio, pero es que estoy flipando: si pongo de importe los ochocientos euros y no llego a recaudarlos, no recibo un euro.

—Eso es. En tu banco no aparecerá nada hasta que no se complete el total. Si no se completa en el plazo que pongas, los pagos se devuelven automáticamente.

—Ciento veinte días restantes, veo aquí.

—Sí, unos cuatro meses. Para febrero. Lo puedes cambiar.

—Creo que está bien. —Estaba inquieta, sorprendida, ilusionada.

—Piénsalo y, si te decides, solo tienes que darle al botón *Lanzar proyecto* y empezar a que te lluevan billetes.

—Buah, qué nervios. —Miré la pantalla mientras resoplaba—. Pues... —pulsé el botón— ¡Que lluevan billetes!

Proyecto creado correctamente

¡¡Qué emocionante!! No podía creerme que hubieras empleado tu tiempo investigando y creando ese proyecto solo por ayudarme. Aún tenía los ojos cerrados disfrutando de los nervios de crear el proyecto cuando sonó el móvil dos veces, con un tono que no reconocí. Desbloquéé la pantalla y aparecieron dos notificaciones:

Donación: 15 euros

Concepto: preventa

Titular: Tristán.

Donación: 15 euros

Concepto: preventa

Titular: Silvia.

—¿Ya habéis donado? —Abrí la boca y quedé ojiplática de nuevo.

Me miraste, sonriendo. Os di un abrazo enorme. Incluí a Silvia, aunque en realidad era a ti a quien deseaba abrazar: eras tú quien había montado todo y quien había hecho las primeras donaciones. Sentí el roce de tu mejilla y, con la emoción del momento, se me erizó la piel. ¿Puedo confesar que cerré los ojos? Cerré los ojos. Un instante (3 segundos). ¿Me pareció que tú también los cerraste? Me pareció.

CAPÍTULO 15

Para ti será reabrir la herida, para mí es intentar cerrarla. Lleva supurando desde que me dejaste.

Jon

—¡Qué emoción! No sé cómo agradecértelo, de verdad.

—Ahora tienes que darle difusión; ya sabes, moverlo por *Facebook* y esas cosas. Yo ahí me pierdo.

—Ja, ja, ja, *Facebook*, dice —se mofó Silvia—. Ya ves lo que está al día en redes sociales. No te preocupes, Sara tiene un montón de seguidores en *Instagram*.

—Yo *Facebook* creo que tengo aún... —Consultaste tu móvil para confirmarlo.

—Ay, te mando solicitud de amistad.

—Aceptada. Pero ya ves que no publico nada. Ni lo miro.

—Pues no sé... —pensé en voz alta—. Seguidores, sí, tengo; pero amigos, compañeros... no gente interesada en la literatura.

A partir de aquel día, me tomé aquello como un trabajo. Dedicaba dos horas al día a investigar estrategias, generar contenido y conectar con los seguidores a través de las redes sociales. Era emocionante comprobar cómo iban entrando donaciones. De vez en cuando, sacaba una captura de pantalla para ir comparando datos. Los registraba en un *Excel*, pero me gustaba tener las imágenes.

Las redes sociales cada vez me absorbían más tiempo y energía, aunque seguía entusiasmada con la carrera. En la facultad estaba encantada compartiendo la experiencia con vosotros. Con Silvia me pasaba toda la mañana. Tú llegabas a última hora. Como venías de trabajar con el coche de Silvia, no dependíamos del transporte público ni de horarios, así que, muchas veces, nos quedábamos en la cafetería de la facultad después de salir de clase.

—¿Cómo ha ido el primer mes? —me preguntaste en una de esas ocasiones.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —se extrañó Silvia.

—Veinticuatro días, en realidad. Estoy muy contenta. Mira —dije mientras te mostraba el móvil.

Proyecto: El rencor del almendro

Importe proyecto: 800€

Importe pendiente: 653€

Tiempo restante: 96 días, 14 horas y 23 minutos

—¡Guau! —se sorprendió Silvia.

—Está genial.

—He subido muchos seguidores en *Instagram*. Anuncié un sorteo de un libro gratis para los que opten por la preventa y compartan la publicación. Como aliciente, anuncié que en diciembre les enviaría el primer capítulo de la novela en pdf.

—Además de las preventas, tienes bastantes donaciones —señalaste en el móvil.

—He intentado potenciar las micro donaciones también anunciando que sortearía dos libros entre los donantes. Cada euro donado se contabiliza como una participación: si donas 5 euros, tienes 5 posibilidades de que te toque.

Sin embargo, no fue tan sencillo. Tras el primer mes, el número de seguidores empezó a congelarse, y las donaciones avanzaban cada vez a menor ritmo. Al principio, había establecido el horario de siete a nueve para redes sociales, aunque, poco a poco, comencé a estar más pendiente del móvil de lo que quería.

—Estoy preocupada —os comenté un día en la cafetería.

—¿Por *Ciencia política y relaciones internacionales*? —preguntó Silvia.

—Yo esa la doy por perdida —señalaste—. Espero tener tiempo y prepararla para junio.

Percibí que algo pasaba entre vosotros. No os abrazabais cada poco, como solíais hacer, ni os agarrabais de la mano; parecía que hasta evitabais cualquier roce.

—No, no es eso. Estoy algo descentrada, pero llevo bien las materias. Es por el proyecto. Mirad.

Proyecto: El rencor del almendro

Importe proyecto: 800€

Importe pendiente: 576

Tiempo restante: 62 días, 5 horas y 42 minutos

—La progresión no es buena, no. —Apretaste los labios con preocupación.

—Faltan dos meses aún —indicó Silvia.

—Se ha estancado demasiado. Y lo peor no es eso; lo peor es que no se me ocurre cómo reactivar la cuenta. Me agobia pensar que tengo que explicarle a la gente que no se va a publicar y que se les devolverá la pasta.

—Aún queda mucho tiempo —apreció Silvia—. Vamos a ser positivos.

—Me agobia. No lo puedo evitar. ¿Y si voy a trabajar algunos fines de semana? —se me ocurrió—. En *El Rincón de Marc* necesitarán gente, ¿no?

—Ahora mismo, no —respondiste—. Te aviso cuando haya alguna vacante, pero ¿de verdad quieres empezar a trabajar a final de cuatrimestre? Van a llegar los exámenes y entregas de tareas. Echarías a perder todo lo que te has esforzado hasta ahora.

—Ya. De hecho, no sé cómo puedes hacerlo tú.

—Mal. —Te reíste, aunque fuera verdad—. Por eso te digo que deberías pensarlo bien.

—Además —añadió Silvia—, no quieres que tu madre se entere de que necesitas dinero para la publicación. ¿Qué justificación le darías para ponerte a trabajar en mitad de los exámenes?

—Tenéis razón —me resigné—. Seguiré con las redes.

Silvia fue al baño y quedamos a solas un instante. No tardaste en soltar lo que os pasaba.

—Silvia tenía todos los formularios de información del programa de intercambio para ir a Florencia —me explicaste.

—¡Qué bien! No me ha dicho nada.

—Porque no se va a inscribir. O no lo iba a hacer. La he preinscrito yo. Y se ha enfadado conmigo.

—Normal. A mí tampoco me gusta que decidan por mí.

—Cuando sepa si aceptan esa preinscripción ella podrá optar por matricularse o no, pero el plazo se acababa: sé que lo está deseando y que no se plantea irse porque no quiere dejarme solo. Yo no puedo ser el motivo por el que no cumpla su sueño.

—Obvio. Si no va, que sea por ella misma. Nadie debe renunciar a sus sueños por nadie. Perdona que te lo diga así, pero ni por ti, en este caso.

—Estoy de acuerdo, y por eso te pido que hables con ella.

—Y quieres que la convenza.

—Quería pedirte dos cosas: la primera es que hables con ella para decirle que no puede perder la oportunidad por estar conmigo.

—Sí, es obvio que quiere ir. Otra cosa es que sea capaz de centrarse en sí misma. ¿Y dos?

—Pedirte el favor de que, si ella se va, me pases los apuntes y me eches una mano con las materias.

—Eso está hecho.

—Gracias. Es vital que le remarques a Silvia que me ayudarás para que entienda que, al menos, esa parte la tendré cubierta.

—Cuidado, que viene —te advertí.

—He pensado —comentó Silvia cuando regresó— que todavía hay gente de nuestro grupo que no ha puesto dinero. Muchos de ellos no andan demasiado por *Instagram*. Hay que convencerlos para que se animen a comprar el libro. Es hora del boca a boca, de comentarlo más con amigos y familiares para que vayan realizando sus aportaciones.

—Incluso aquí —añadiste tú—. Estamos en periodismo. Esta gente también lee.

—Um —respondí arrugando la nariz.

—¿No quieres promocionarte en la facultad? —me preguntaste.

—No lo descarto, aunque, no sé, en clase hay un ambiente raro.

—¿A qué te refieres?

—Nos hablamos todos y eso, pero hay como varios grupos.

—A nosotros tres nos ven juntos —continuó Silvia— y nos han catalogado como un grupo y apenas se relacionan con nosotros.

—Nunca me había pasado —comenté—. Cada grupo es como muy cerrado. Todos hablan con el resto para lo esencial y pretenden aparentar que está todo bien, pero yo me siento incómoda.

—Nunca me habías comentado nada —le dijiste a Silvia.

—Es que ni lo habíamos hablado nosotras —respondió mirando hacia mí—. Son cosas que había notado, aunque no sabía si estaban solo en mi cabeza.

—De todas formas, haré de tripas corazón y hablaré con la gente de clase.

A la mañana siguiente, aproveché el descanso para hablar con Silvia sobre el programa de intercambio.

—Podía sacar el tema de otra manera, pero voy a ir de frente. Tristán me ha dicho que estás interesada en ir a Florencia.

—No puedo dejarlo solo, Sara. —Agachó la cabeza, muy seria.
—Yo le pasaré los apuntes. Y lo ayudaré en lo que necesite.
—¿Ves? Esa es otra razón. Está siendo un año genial. Me alegra un montón que os llevéis bien.
—Sí, la verdad es que él ha cambiado conmigo. Con lo de *BookProject* he flipado.
—Así es él. Lo extraño era cómo se comportaba antes. Cómo os comportabais... Tal como os tratabais el uno al otro, no os reconocía a ninguno de los dos.
—No me desvíes del tema. Yo no te diré lo que es mejor para ti. Solo tienes que plantearte: si no existiera Tristán, ¿irías?
—Sin duda.
—No hay más preguntas, señorita. —Eché el cuerpo hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo y abrí los brazos.
—No es tan fácil. No quiero dejarlo solo. Además, con el trabajo y todo lo que tiene encima, apenas estudia y es probable que suspenda ya, al menos, *Ciencia política y Estructura*.
—No quiero opinar de lo que no conozco, pero no se puede renunciar a algo tan importante por otra persona. Siempre te vas a preguntar cómo habría sido, y hasta es posible que desarrolles cierto resentimiento hacia Tristán, porque lo podrías llegar a ver como el obstáculo que te impidió ir.
—No. Resentimiento hacia Tristán, nunca.
—Bueno, yo te apoyaré en lo que decidas. Si vas, ayudaré en cuanto pueda.
—Gracias, Sara. Tengo que darle muchas vueltas todavía.
—Puff —bufé mirando el móvil. Se lo enseñé a Silvia.

Jon

¿Podemos hablar?

11:44

—¿Qué querrá después de tanto tiempo? —preguntó Silvia.
—No sé —respondí con otro bufido. No me apetecía nada. Podía hasta intuir el tono del mensaje como si lo tuviera enfrente.

Jon

Como amigos.

11:44

Lo necesito.

11:45

Yo

Está bien.

11:45

Quedamos el lunes.

11:45

Jon

¿No puedes antes?

11:45

—¿Hasta el lunes? ¿No tienes curiosidad? —me preguntó Silvia, extrañada.

—Más bien temo que, si hablo con él hoy, me fastidiará el fin de semana. Prefiero que me estropee un lunes.

Yo

Lo siento, pero no puedo quedar hasta entonces.

11:46

Muchos domingos quedábamos para comer nosotros tres y algunos del grupo. Normalmente, Azu y Marcos no solían fallar. Los demás venían de vez en cuando. Aquel domingo, a parte de los de siempre, se apuntaron Vero, Raúl y Juan.

—Por cierto, Sara —me dijo Juan—, te tenías muy callado que has roto con Jon.

—¿Muy callado? —Arrugué la cara con incredulidad—. Ya han pasado más de dos meses. Yo creo que lo sabe todo el mundo.

—Pues yo me he enterado el miércoles. Vi a Jon y le pregunté por ti. Me dijo que habíais roto y me quedó una cara...

—Ja, ja, ja —se rio Silvia—. Tú siempre tan oportuno, Juan.

—Yo qué sabía. A mí nadie me había dicho nada.

—Te estamos haciendo *bullying*, Juan —bromeó Azu.

—¡Lo imaginaba! —exclamó mientras el resto nos reíamos—. Por cierto, Sara, recuerda que yo también estoy soltero.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Silvia.

—Pobre de la que se enamora de ti —continuó Marcos.

—Bueno, lo que hay que aguantar —dijo entornando los ojos—. Pues eso —se dirigió a mí de nuevo—, que yo también estoy soltero.

—¿Y qué quieres? —pregunté con sarcasmo—. ¿Montamos un club o algo así?

—Podemos quedar, no sé, tomar una cerveza, cenar... lo que surja.

Bajé la cabeza y le miré de reojo con indiferencia.

—Lo siento, Juan, no estoy interesada.

—¿Estás segura? No creo que encuentres a nadie como yo.

—Eso seguro —se burló Vero.

—Quedamos un día de esta semana y tomamos unas cañas —insistió.

—No, Juan —respondí.

—Vale, pues el sábado. Vamos al cine.

—Mírame, Juan —respondí, ya cansada—, contigo no compartiré ni la cuenta de *Netflix*, aunque la pagues tú.

Te llevaste la mano a la boca para intentar contener la risa. Todos os mirabais intentando no reiros hasta que estallasteis en carcajadas tan fuertes que todo el restaurante nos miró. Después, se hizo un silencio un tanto incómodo. Es posible que me hubiera pasado con él.

—Oye, chicos —dijo Azu para romper la tensión—, ya me han aprobado la beca para el programa de intercambio.

—¡Qué bien! —me alegré—. ¿A dónde vas?

—A Florencia.

—Mira, como tú, Silvia. ¿Sabes algo también?

—Me han aceptado —respondió apenas sin voz.

Entonces me di cuenta de que lo había ocultado. No entendí por qué debería ser un secreto.

—¡¡Vamos juntas!! —gritó Azu, emocionada.
—No es definitivo. No sé si podré ir.
—¡No fastidies! ¡Ahora ya sé que no voy sola! ¡Qué ilusión ir las dos!
—Es una experiencia fantástica —añadió Marcos—. Yo estuve hace un año en Budapest y es lo mejor que me ha pasado. —Miró a Azu y le dio un abrazo—. Después de ti, claro. —Ella hizo una mueca de enfado.
—Bien tonta serías de no aprovechar una oportunidad como esta —comentó Juan.
Silvia no aguantó más, se levantó y salió corriendo. Tú fuiste detrás de ella.
—¿Qué he dicho yo ahora? —preguntó Juan con cara de susto.
—Son cosas tuyas, no has sido tú... Esta vez —comenté—. Por cierto, tanto hablar y aún no has hecho ni preventa.
—¿Preventa?
—Sí, en *BookProject*. Tienes que entrar y hacer una donación en concepto de preventa. Es comprar el libro por adelantado.
—¿Cómo es eso? —preguntó Raúl—. Yo tampoco lo he hecho.
—Te lo he dicho yo —le recriminó Vero—. Ya he realizado la donación en tu nombre.
—Ah, ¿sí? —Vero asintió ante nuestras risas—. ¿Y se supone que yo lo sabía? —Vero asintió. El resto nos reímos.
—Corred la voz, porfa —aproveché para promocionarme—. Necesito mucha pasta aún. Hablad con amigos, compañeros, familiares...
—Sí, no te preocupes —intervino Juan—. Ahora mismo hago la donación. En ADE no son muy de literatura, pero lo comentaré.

El proyecto me preocupaba. Las donaciones se habían estancado. Y Silvia. Deseaba que viviera la experiencia de su vida en Italia, pero, si decidía ir, yo me iba a quedar sin mi mejor amiga y sola en clase.

Por si fuera poco, aparecía Jon. Ya había superado el sentimiento de culpa de haberlo dejado. ¿Qué querría después de dos meses?

Lo esperé afuera de mi casa. Fuimos a la parte de atrás y nos sentamos en el mismo columpio donde le había contado la enfermedad de mi madre. Sus ojos tristes no eran un buen augurio.

—Han pasado unos meses y no logro quitármelo de la cabeza —comenzó a decir, con la mirada fija en el horizonte—. No sé qué he hecho mal.

—¿En serio ahora quieres reabrir esa cicatriz?

—Para ti será reabrir la herida, para mí es intentar cerrarla. Lleva supurando desde que me dejaste. Bueno, desde que te fuiste de vacaciones, en realidad. Lo de darse un tiempo no suele terminar bien.

—¿Y qué quieres después de dos meses?

—Quiero saber. En aquel momento suponía que me ibas a dejar y me dolía, pero el orgullo me hizo escapar. Sin embargo, llevo dándole vueltas desde entonces. Quiero saber por qué. ¿Qué hice mal?

—Nada, Jon. No hiciste nada mal.

—¿Me vas a decir el mítico «no eres tú, soy yo»?

—No sé, algo así.

—¿Me dejaste de querer?

—No lo sé... No es tan sencillo como eso.

—¿Entonces? —preguntó arrugando la frente.

Sé que no lo pretendía, pero sonó demasiado a reproche. No estaba a gusto con esa conversación. No entendía la necesidad de revivir aquello después de dos meses. ¿Él quería una explicación para sanar y cerrar página? Yo no podía dársela. No la tenía. No la que él necesitaba.

—Cuando empezamos a salir, los dos teníamos las mismas prioridades. Vino lo de mi madre... luego los incidentes con mi padre... No sé, como que a mí me cambió la perspectiva de todo. No es que tú actuaras mal, a ver si me entiendes, es que no actuaste como yo esperaba de mi pareja.

—Pues no, no lo entiendo. ¿Qué debería haber hecho?

—No lo sé, Jon. Es complejo.

—No, no lo es. Cuando quieres a una persona, y esa persona no hace nada malo, no la dejas; o sea que, o no me querías, o hice cosas mal.

—Esta explicación es absurda. Toda esta conversación lo es.

Me estaba empezando a doler la cabeza. No veía la manera de que Jon me entendiera. Solo quería que se fuese.

—De la noche a la mañana me dejas de querer, porque, según tú, no actúo como tú quieres. Necesito una explicación, y una explicación que me haga entenderlo.

—Yo no puedo decirte otra cosa, Jon —contesté, ya en un tono muy seco—. Sé que eres un gran tío, pero no eras para mí. O yo no era para ti.

—No lo entiendo —seguía negando con la cabeza.

—Me gustaría no haberte hecho daño.

—Ja —soltó con desdén.

—Da igual, Jon —repliqué mientras me levantaba—. No me importa que me creas. Nada de lo que te diga va a servir para que tú pienses: «ah, vale, es por esto. Paso página».

Me sentía fatal. Jon lo estaba pasando tan mal que pensé que quizás tenía razón. Empecé a dudar de mí misma, de las explicaciones absurdas que estaba dando, de si realmente había tomado la decisión correcta.

—¿Entonces? —preguntó, después de un silencio.

Yo me encogí de hombros mientras suspiraba. Hice un esfuerzo para que no se me empañaran los ojos, pero ya no aguanté. Él se levantó y me secó las lágrimas con sus dedos.

—Ey, no —intentó consolarme mientras me abrazaba—. Podemos intentarlo otra vez —me susurró—. Prometo estar más atento a lo que necesites.

Yo estaba en silencio, con los brazos cruzados. Pensé que había sido injusta con Jon y, quizás, debí darle más oportunidades a lo nuestro. Nuestra relación todavía podía dar más de sí.

—Yo te quiero —susurró.

Jon me abrazaba. Me dolía la cabeza. Quizás debería volver con él. Era bueno. Y yo le quería. Ya no como antes, pero, si lo intentáramos de nuevo, seguro que le volvería a querer. Quizás podíamos probar, empezar de cero.

—Siempre te querré —añadió.

CAPÍTULO 16

No sé si estoy mezclando la sensación que tuve en ese momento con la emoción que me provoca hoy el recuerdo de tu mirada.

La celebración

Tenía a Jon frente a frente, pero ¡a quién quería engañar! Si volvíamos, sabía que me costaría mucho más romper de nuevo con él. Jon me estaba abrazando, y yo solo pensaba en soltarme. Posiblemente había sido injusto con él, pero, si retomáramos lo nuestro, me vería atrapada en una relación sin futuro y en una vida que no deseaba. Me separé de él y corrí hacia casa.

—¡Sara! —gritó.

Entré en casa sin girarme, pero, antes de cerrar la puerta, fui consciente de que él insistiría, me mandaría mensajes que no respondería, hablaría contigo, me llamaría. No estaba dispuesta a vivir eso más veces, así que salí y me puse frente a él.

—Lo siento, Jon. No quiero ser cruel, pero esto no va a ocurrir. Nunca podré explicarte con claridad por qué lo nuestro no funcionó; lo que sé es que tenía claro que no eras la persona indicada para mí. No quiero hurgar en la herida, aunque, si soy sincera, no te he echado de menos ni un solo día desde que no estamos juntos. Te quería. Mucho. Pero ya no te quiero.

Cerró los ojos. Casi pude escuchar cómo su corazón se resquebrajaba. Se quedó en silencio, sin saber qué decir. Me costaba hablar con esa crudeza. Jon no se lo merecía. Sin embargo, era la única opción para que no se volviera a confundir y para no confundirme a mí misma.

—Yo estoy dispuesta a ser tu amiga, aunque para eso no puede repetirse nunca más una situación como la de hoy. Ya no somos novios. No me exijas explicaciones, porque no te las voy a dar.

—Lo siento —contestó—. De momento, no puedo ser tu amigo. Espero poder serlo algún día, pero hoy por hoy es imposible.

Fue la última vez que vi a Jon. Al menos hasta mucho tiempo después. Observé cómo se alejaba. No me creía el error que había estado a punto de cometer. A veces, nos dejamos llevar por un momento especial en que no sabemos muy bien cómo sentirnos, y en un instante destrozamos nuestra vida por completo.

Las semanas siguientes fueron duras en la facultad. Se sucedían los exámenes, las entregas de trabajos, las exposiciones orales... Apenas me daba tiempo para preocuparme por otra cosa. Sin embargo, sí que me angustiaba, y mucho, por la marcha del proyecto. Tenía que asumir que no podría publicar, aunque me resultaba complicado no pensar en ello. Si nunca se hubiese presentado la ocasión, no tendría problema; lo malo es que lo tenía delante de mis narices y no iba a poder cumplirlo.

Aunque tuve que dedicar mucho tiempo y esfuerzo, conseguí aprobar todo. De hecho, no sabía cómo tú habías sido capaz de suspender solo dos asignaturas sin acudir a clase y trabajando.

Con el tema académico resuelto momentáneamente, mi cabeza tenía hueco para una

preocupación más: Silvia se iba a Florencia. Los grupos dentro del aula cada vez estaban más definidos y apenas había comunicación entre un grupo y otro. Y nosotras estábamos allí, en tierra de nadie. Las relaciones sociales no eran mi fuerte, pero iba a tener que hacer un esfuerzo si no quería pasarme sola el resto del curso.

El día antes de que se cumpliera el plazo en *BookProject* y de que se fuera Silvia, quedamos en la cafetería los tres después de clase, como era ya habitual. Intenté retrasar lo máximo posible el momento de despedirme de Silvia, hasta que fue inevitable. Os acerqué hasta tu casa. Tú saliste del coche y subiste para dejarnos solas unos minutos.

—Ay, qué bien lo vas a pasar. Manda un montón de fotos.

—¡Sí, es genial! Estoy muy nerviosa. Nunca he ido a ninguna parte. Bueno, al pueblo, pero no creo que eso cuente —bromeó—. Menos mal que voy con Azu. Eso me tranquiliza mucho.

—Ya me dirás cómo son los italianos. Siempre he tenido debilidad por el acento. A ver si tengo que ir una temporada a visitarte...

—Eso estaría genial.

—¡Te voy a echar tanto de menos! —La abracé, emocionada.

—¡Y yo a ti!!

Hay cambios que se dan de una manera tan brusca que es inevitable saber que te van a trastocar la vida. Otros cambios, sin embargo, se esconden tras un hecho sutil e insignificante, por lo que es imposible prever el alcance de cómo van a desestabilizar los pilares de nuestras vidas. Eso sucedió aquel día.

Al llegar a casa, me senté en la cama. Estaba feliz por Silvia; iba a vivir una experiencia increíble. Pero yo estaba triste. La iba a echar de menos. Además, aunque no podía comparar la relación que tenía con Silvia con ninguna otra, Azu era con quien más confianza tenía tras Silvia, y se había ido también.

Proyecto: El rencor del almendro

Importe proyecto: 800€

Importe pendiente: 215€

Tiempo restante: 1 día, 4 horas y 27 minutos

Consulté *BookProject*. Lo cerré. Abrí *Instagram*. Quizás si subiera una última publicación... No, ya para qué. ¿Me sentí mal? Sí. ¿Pensé que la gente no me valoraba? También. Parecerá una chiquillada, pero era inevitable que la autoestima quedara tocada. Posé el móvil en la mesita. Encendí la tele. Volví a consultar el móvil. Abrí *BookProject*. Seguía igual. Entré en el chat con Silvia.

Yo

Estoy preocup...

Lo borré. Tenía que dejar a Silvia tranquila un día así. Dejé el móvil en la habitación y bajé a cenar para no tener tentaciones de consultarlo a cada rato. Lo único que conseguí con eso fue cenar atragantada para subir de nuevo.

Donación: 2 euros
Concepto: otras donaciones
Titular: Yolanda.

Me pasé la noche así. Ya prefería que llegaran las ocho del día siguiente para hacer oficial que no se iba a publicar mi novela. La gente recibiría su dinero y listo. A otra cosa. Despertaba cada poco y miraba el móvil. Después estaba un rato sin dormir. Al poco abría los ojos de nuevo. A las cinco decidí levantarme. Los exámenes ya habían terminado y podía darme un respiro, así que me planteé no ir a clase. Sin embargo, pasarme la mañana en casa consultando el móvil cada diez minutos no me apetecía mucho.

Me senté atrás del todo, en mi sitio habitual. Saludaba a algunos de los que me miraban al entrar, pero cada cual iba a sus asientos hablando con los tres o cuatro de su grupo. Todos parecían haberse encontrado con los suyos; mientras, yo estaba allí atrás, en silencio, con la sensación de no encajar con nadie.

Donación: 3 euros
Concepto: otras donaciones
Titular: Paula.

Consulté el móvil. Tenía otra donación y un mensaje privado en *Instagram* de una antigua compañera de instituto.

Paula
¡Hola, guapa! He hecho una pequeña donación. Cuando publiques, te compraré el libro. Muac.

En la última clase miraba con impaciencia hacia la puerta, pero no apareciste. Cuando llegué a casa, comí con mi madre y me planteé pedirle el dinero que me faltaba. Sin embargo, sabía que la situación con mi padre estaba tensa y llegábamos muy ajustados a final de mes. Además, me podía la ansiedad por tener esa fecha programada, pero, si lo pensaba fríamente, sabía que podría publicar más adelante.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que me asustó la vibración del móvil.

Silvia

¡¡¡Ya estoy en Florencia!!!

16:06

¡¡Voy a instalarme y luego hablamos!!

16:06

Yo

¡¡¡Qué bien!!!

16:06

Volvió a sonar el móvil. Me imaginé que era Silvia de nuevo.

Donación: 210 euros
Concepto: otras donaciones
Titular: Anónimo.

No me lo podía creer. Se me abrieron los ojos todo lo que se pueden abrir. ¿En serio? ¿Era esto una puta película de Hollywood donde parece que todo va mal hasta el final feliz? ¿Y con una donación anónima? ¿Habrías sido tú? Sí, tenías que haber sido tú. Habías creado el proyecto y habías estado pendiente de su evolución.

¡¡¡OBJETIVO CUMPLIDO!!!

La notificación de *BookProject* lo confirmaba. Me subió una nube por el estómago y se me aceleró el corazón.

Yo
¡¡¡Silvia!!!
16:11
¡Lo he conseguido! ¡He llegado al objetivo!
16:11
¡¡¡Voy a poder publicar!!!
16:12

Pasaban los minutos y Silvia no respondía. Estaría ocupada instalándose. Yo necesitaba compartirlo con alguien.

Yo
¡Lo he conseguido!
16:19
¡Muchas gracias!
16:19

Tristán
¡Me alegra haberte ayudado!
16:20

Yo
¿Quieres tomar una cerveza para celebrarlo?
16:20

Tristán
No puedo.
16:21
Tengo que estar con mi madre.
16:21

Mañana después de clase lo celebramos como se merece.
16:21

Vi la previsualización del mensaje sin entrar al chat. Sin Silvia ni Azucena, eras la persona con la que quería celebrar el logro, tanto por lo que me habías ayudado como por la confianza que comenzábamos a tener.

Yo
Vale.
16:22

Te estaba empezando a conocer de verdad y no podía saberlo entonces. Hoy sí; hoy sé que en aquel «Vale» leíste mi desilusión de no poder compartir una noticia tan importante para mí.

Tristán
Un rato sí que puedo escaparme.
16:27

Yo
No, tranquilo. Mañana hablamos.
16:27

Tristán
Te veo en *El rincón de Marc*.
16:27
En 15 minutos.
16:27
Ya estoy saliendo.
16:28

No me diste opción a negarme. Me puse lo primero que encontré y, sí, también aquella chaqueta vieja (¿por qué no la habría tirado todavía? ¿Por qué me empeñaba en ponerla?). Me hice una coleta y salí hacia allí; contenta por haber cumplido el objetivo; ilusionada por compartirlo. Cuando aparqué, publiqué un post en *Instagram* para anunciar la buena noticia y dar las gracias a todos los que habían aportado dinero para el proyecto.

—Entonces, cuéntame. Te faltaba bastante pasta, ¿no?

—No te hagas el tonto. —Arrugaste el entrecejo—. ¿No has sido tú?

—No he sido yo... ¿el qué?

—Me faltaban como doscientos quince euros y entró una donación por valor del importe pendiente. Una donación anónima.

—Mía no, desde luego. Me gustaría poder permitírmelo, pero no. Imposible.

—¿Quién sería, entonces?

—¿Tu madre?

—No, no sabe nada. Piensa que la editorial ya lo tiene para publicar, porque, si no, seguro que sacaba el dinero de donde fuera para dármelo.

—Tu padre, entonces.

Me estaban llegando notificaciones al móvil para felicitarme. Eché un vistazo a la pantalla

y, entre unas cuantas, vi unos mensajes de Jaime.

Jaime

¡Enhorabuena!

17:37

Igual hago una excepción con tu libro y lo leo.

17:37

Cuando quieras, tomamos algo para celebrarlo.

17:37

—No sé... —Traté de recomponerme después de resoplar. Esperaba que no hubiera sido él. No quería deberle ningún favor más a una persona así—. Mi padre... sí, puede que se enterara por alguna parte.

—Se lo pudo decir tu hermano. O, incluso, pudo haber sido él.

—Por cierto, estamos jugando en desigualdad de condiciones.

—¿Cómo?

—Tú has leído mi novela, pero yo no he leído ningún poema tuyo.

—Ah, no sabía que era una competición o algo así.

—Obvio. Te toca.

—No sé... Me da algo de vergüenza.

—¿En serio?

—Muy poca gente ha leído nada de lo que he escrito.

—Pues toca exponerse, así que no te hagas el interesante y tráeme algún poema; tengo mucha curiosidad. ¡Eh! ¡Mira estos! —Vero y Raúl estaban entrando por la puerta.

—¡Enhorabuena! —gritó Vero, que corrió a darme un abrazo.

—¡¡Esa escritora!! —exclamó Raúl, que llegó a continuación—. Como vas a ser una escritora famosa ya quieres dejarnos de lado.

Entraron también Marcos y Juan y, tras ellos, Sabrina y Rebeca. Te regañé con la mirada mientras te sonreía, agradeciéndotelo. Levantaste la cerveza; levanté la mía; las movimos uno hacia el otro en un brindis imaginario. Conseguiste que, en unos minutos, pasara de sentirme sola a verme rodeada de amigos y sentirme especial.

—¡¡Un brindis, un brindis!! —propuso Marcos levantando su botellín de cerveza.

—¡¡Por Sara y su *best seller*!! —gritó Vero.

—¡¡¡Por la nueva Agatha Christie!!! —chilló Juan.

Me estaba muriendo de vergüenza. La gente que había en el bar me miraba y tenía la sensación de que las mejillas me ardían y me iban a explotar en cualquier momento.

Se acercó un camarero y dejó en la mesa nachos con guacamole, patatas fritas, hummus y dos ensaladas de aguacate.

—Perdón, no hemos pedido nada —le dije.

—Invitación del caballero —respondió el camarero inclinando la cabeza hacia ti.

—¿Cuánto ha sido? —pregunté sacando la cartera.

—¿Qué ha dicho el camarero? «Invitación». Y los camareros siempre tienen razón. Sobre todo, los de este local.

—Venga, bah, es la celebración por mi novela; dime cuánto es, no hagas el tonto.

—Sabes que soy un poco idiota.

—Y un tanto botarate. ¿Hay que añadir cabezota, también? —Te encogiste de hombros. Di la batalla por perdida, así que guardé la cartera.

—¿No tienes calor con esa chaqueta? —me preguntó Vero.

—Un poco.

—Estás roja. A mí me estaría picando todo con esa chaqueta de lana aquí dentro.

—Pues yo estoy genial —respondí, sorprendida en realidad. Ni el calor, ni la vergüenza, ni la tensión me molestaban. Ni un picor.

Era un momento de celebración y eso se contagió. Todos nos divertíamos, hacíamos bromas, reíamos hasta que, después de un rato, te vi mirar el móvil y abrocharte tu anorak azul marino. Ya sabía lo que eso significaba.

—Bueno, chicos, tengo que irme.

—Muchas gracias —te agradecí con una mueca de tristeza, porque realmente me disgustaba que tuvieras que marcharte.

—Chao, Tristán —se despidió Vero.

—Oye, el domingo quedamos para comer, ¿eh? —se despidió Marcos dándote un manotazo en la espalda—. No pongas como excusa que no está Silvia, porque Azu tampoco va a estar, así que no puedes faltar.

Abriste la puerta. Cualquier otro día ya me disgustaba que te tuvieras que ir a casa o a trabajar cuando los demás nos divertíamos, pero, ese día, en el que estábamos celebrando algo mío, algo en lo que habías sido protagonista y que, además, te habías encargado de organizar para mí, me dio mucha rabia.

—Vengo ahora.

Me bajé del taburete y corrí hacia la entrada. Tú estabas bajando los cuatro escalones de acceso. Miraste hacia atrás al oír la puerta y me viste. Clavaste tu mirada en mis ojos y un escalofrío recorrió mi cuerpo. En realidad, no sé si estoy mezclando la sensación que tuve en ese momento con la emoción que me provoca hoy el recuerdo de tu mirada.

—Quería darte las gracias. —Bajé los escalones para estar a tu altura.

—No tienes por qué darlas —respondiste con suavidad—. Me encanta formar parte, aunque sea en lo mínimo, de la publicación del primer libro de quien será una escritora de éxito.

—Gracias —sonreí—. Pero no me refiero a eso ahora. Me refiero a lo de hoy. —Señalé hacia el bar—. Lo necesitaba. Necesitaba a un amigo con quien compartir la noticia. Y necesitaba celebrarlo y sentirme importante por un día.

Me acariciaste el brazo en respuesta a mi agradecimiento. Te abracé. ¡Qué a gusto he estado siempre entre tus brazos! Incluso en ese momento, en el que estaba lejos de imaginar lo que estaba a punto de suceder, me dio pena separarme de ti y volver adentro. Antes de cerrar la puerta, me giré para observar cómo te alejabas, caminando, con las manos en los bolsillos de tu anorak. Todavía emocionada, con la sonrisa en la boca, entré para seguir disfrutando de la celebración que me habías organizado.

CAPÍTULO 17

Hay personas que te hacen tan fácil ser tú misma que estar con ellas es como ver tu serie favorita en el sofá de tu casa y con tu pijama preferido.

Sándwich

Durante los días siguientes en la facultad me esforcé por arrimarme a más gente. Empecé a hablar más con el grupo que tenía delante. Solían ser tres: Samuel, Cristina y David; aunque a veces se sumaban otros dos, de los que no sabía ni el nombre. Cristina y David siempre estaban juntos y parecían pareja, pero nunca los había visto darse un beso o un abrazo. Samuel era el más hablador; solía contar cosas sobre los chicos que le gustaban, pero Cristina y David siempre se burlaban de él porque, al final, terminaba por rechazar a todos los que se le acercaban. «Hasta que no encuentre un amor de verdad, nada», repetía.

Poco a poco, fueron entablando conversación conmigo, aunque no me consideraban parte del grupo. En los descansos, por ejemplo, ellos se iban sin decirme nada, mientras yo quedaba sola en el aula. Hablaba con gente de otros grupos también, charlas que siempre me resultaban forzadas.

Cuando venías a la última hora para mí era un alivio. Eso sí, desde que no tenías el coche de Silvia, solías llegar una vez que había comenzado la clase. Habías avisado a los profesores, aunque, aun así, alguno ponía mala cara cuando entrabas interrumpiendo la clase. Sobre todo, Carolina, la de *Semiótica*.

Mantuvimos la rutina de tomar un café al finalizar las clases. Te pasaba los apuntes, te comentaba un poco lo que se había dado en clase, te ayudaba con algún trabajo... hasta que un día me informaste de que no podrías ir a última hora tres días a la semana.

—*Economía aplicada al periodismo* se me está haciendo bola. Necesito ayuda con ella; no puedo suspender.

—Yo te ayudaría, pero no se me da tan bien como para enseñar a nadie.

—He encontrado a una chica que imparte clases particulares. El problema es que solo tiene hueco a las tres y está en la otra punta, junto al parque *San Javier*, o sea que tengo que ir directo desde el trabajo para llegar a tiempo. Te quería pedir un favor. Un favor más, quiero decir. No sé cómo podemos organizarnos para que me pases los apuntes y no acumular tarea.

—Se me ocurre algo. Yo suelo venir en coche. Tú sales de trabajar y asistes a la última hora, como siempre, y después te llevo a clase particular.

No me hacía gracia pasarme la mañana sola ni quería prescindir del rato que estábamos juntos al salir, así que, sinceramente, no solo lo propuse por ayudarte.

—Eso sería más que un favor. No puedo pedirte que hagas eso.

—No me lo has pedido —repliqué.

—Muchas gracias, en serio. No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Pero... una cosa. La clase dura una hora, ¿no? —Asentiste—. ¿Cómo tienes pensado volver a casa?

—Andando. —Arrugué la frente—. Es un paseo.

—Un paseo de una hora, sí.

—No. Serán cincuenta minutos si voy rápido.

—Se me ocurre algo. A ver qué te parece. Normalmente, después de clase, solemos estar como una hora en la cafetería. En vez de perderla aquí, te llevo, espero a que salgas y te acerco a casa. Aprovecharé para repasar los apuntes o buscar información para algún trabajo.

—No puedo...

—¿Cuándo empezamos? —te interrumpí. Esa vez fui yo quien no te dio oportunidad de que te negaras.

Silvia se había ido, y yo no podía ni imaginar todas las consecuencias que traería a mi vida un acontecimiento en el que, en principio, no estaba ni involucrada. Si su marcha había puesto la dinamita que haría explotar por los aires nuestras vidas tal como las conocíamos, aquella conversación encendió la mecha.

Ya que tendría que esperar una hora en el coche, decidí aprovecharla para empezar una novela que me rondaba la cabeza. Emplearía, también, la media hora del descanso en la facultad. Ya que me quedaba sola en el aula, no sería tiempo perdido. Media hora de lunes a viernes, más una hora tres días a la semana, escribiría al menos cinco horas y media a la semana. Con un par de horas que dedicara los sábados, serían un total de siete horas y media; con unas mil doscientas palabras por hora serían unas nueve mil palabras a la semana; treinta y seis mil al mes. Así por encima; no es que me guste contar nada ni tener controladas las cosas.

La reescritura en las revisiones es más lenta, pero el primer borrador, según mis cálculos, podía tenerlo en unos tres meses, a lo que había que sumar un mes previo para preparación de trama, estructuración de capítulos, fichas de personajes y toda la planificación anterior a la escritura.

Comenzaste las clases particulares ese mismo miércoles. Durante el trayecto te expliqué el trabajo que había mandado el de *Historia de la comunicación social*.

—¿En serio, otro trabajo? ¿No tiene vida? —Me reí—. No debe tener mayor placer que corregir.

—Me imagino a sus amigos pidiéndole que vaya a tomar algo y él respondiendo: «No, no, es sábado por la noche» —imité al profesor poniendo una voz exageradamente grave—. «Prefiero quedarme en casa corrigiendo trabajos sobre el papel de la imprenta en la Reforma y la Contrarreforma».

—¡No me digas que de eso trata el trabajo! —Te llevaste la mano a la cabeza.

—Ajá —asentí con resignación.

—Eso sí, la voz clavadita te ha salido.

—¡A que sí! Si no llegas a tener los ojos abiertos, seguramente habrías dudado de si venías en coche conmigo o con él.

—De hecho —respondiste después de reírte—, te estaba mirando y aun así dudaba. Escucha, yo tengo tiempo para investigar, así que voy a buscar información. Cuando tenga una base, te lo paso y, así, te ahorro esa fase.

—Vale. Yo voy preparando la presentación que tenemos que hacer para *Semiótica*.

—¿*Semiótica*? ¿Ha mandado algo?

—Sí, lo explicó antes de que llegaras. Hay que hacer una exposición oral. Yo he elegido *la semiótica de la mentira*.

—¿Qué es eso? ¿Y yo qué he elegido?

—Tú, conmigo. Es por parejas. La semiótica de la mentira es una teoría que se enfoca en cómo se construyen y transmiten las mentiras a través de los signos y las relaciones de significado en la comunicación.

—Eh... sí, me parece bien que seas tú quien busque información sobre eso.

Cuando aparqué junto al parque *San Javier*, abriste la mochila y sacaste lo que parecía un sándwich.

—Ten. Te he traído esto. Así, aprovechas para comer durante esta hora y, cuando llegues a casa, no tienes que prepararte nada.

—¡Muchas gracias! No tenías que haberte molestado. ¿De qué es?

—Pruébalo y luego te cuento.

—¿Te has traído algo para ti?

—Sí. Me he preparado otro para cuando salga.

—Pues espero y, cuando termines la clase, nos sentamos ahí. —Señalé hacia las cinco mesas de merendero que había en el parque—. No me gusta comer sola.

Entré en el coche cuando te fuiste. Me había encantado el detalle de que me llevaras comida. ¡Y era la primera vez que alguien cocinaba para mí! Podría parecer una tontería, pero a mí me hizo mucha ilusión.

Quería empezar a construir los personajes: sus personalidades, sus peculiaridades, sus traumas... Me pareció que el dramatismo de Stravinski me vendría bien, así que encendí el reproductor de música del coche, busqué *La consagración de la primavera* entre los favoritos y subí el volumen casi al máximo.

—Nombre completo... —pensé en voz alta—. Malena Castillo —escribí—. No, no, Malena, no. Se parece demasiado a Melania.

A veces es difícil encontrar nombres para personajes. Cuando crees que tienes el nombre perfecto, se te viene a la cabeza alguien a quien conoces. Y eso puede condicionar en la construcción del personaje ya que, inconscientemente, es posible que le adjudiques características de esa persona.

—Edurne —pensé en voz alta—. Creo que no conozco a ninguna Edurne.

Ficha de personaje

- Nombre completo: *Edurne Palacios*
- Género: *Mujer*
- Edad: *27*
- Grupo social: *Clase alta*
- Lugar de origen: *Alicante*
- Descripción física. *Pelo cobrizo, ojos marrones, facciones suaves, rostro dulce (para contrastar con una personalidad fuerte y seca). Tiene cierta inseguridad porque se ve con sobrepeso (más percepción personal que real).*
- Familia: *padre, madre y dos hermanos mayores (buscar nombres y hacer fichas). Es una familia muy tradicional con hermanos muy sobreprotectores, llegando a lo tóxico.*
- Enfermedades, lesiones, alergias: *ninguna conocida.*
- Tics, manías y muletillas

Seguía escribiendo con Stravinski a todo volumen cuando golpeaste la ventanilla con los nudillos.

—¡Qué susto! —Me sobresalté; resoplé aliviada cuando vi que eras tú. Desbloquéé las puertas para que abrieras.

—Claro, estás ahí dándolo todo con el Igor.

—El Igor, dice. —Guardé el portátil y salí mientras me reía.

—Está frío —indicaste cuando me puse el abrigo—. Si quieres, comemos en el coche.

—No, vamos a las mesas. Llevo toda la mañana en clase y de tarde estaré encerrada en casa, así que me vendrá bien un poco de aire.

—Vale, como quieras. A quién no le viene bien una pulmonía —bromeaste mientras te frotabas las manos para entrar en calor.

—No seas friolero, anda.

Nos sentamos. Abriste la mochila y sacaste tu sándwich y dos *Ranses*.

—¿En serio llevas cerveza en esa mochila?

—Hay que estar preparado.

—Ya veo, ya. ¿Salen frías porque llevas un congelador también? ¿O cómo va el tema?

—Ja, ja, ja. No; tanto, no. Bueno, en Alemania las toman a temperatura ambiente.

—¡¡Qué sabrán ellos!! —ironicé—. Por hoy te perdono, pero, toma nota, me gustan heladas.

—Para compensar... —Sacaste una bolsa grande de cacahuetes. Solté una carcajada enorme.

Desenvolví el sándwich y estaba levantando la tapa superior para descubrir de qué era.

—Chfts, no se mira. Prueba y luego ya investigas.

—Vale, vale. ¡Joder! —exclamé al probarlo—. Pero... —Di otro mordisco—. ¡¡Qué coño es esto que está tan jodidamente bueno!!

—Pues, por lo que se ve, algo que te hace decir muchas palabrotas.

—No, en serio. A ver —dije mientras abría el sándwich—. Lleva lechuga, tomate...

—Sí.

—Esta crema de abajo... —Unté un dedo con ella y la probé— es como mantequilla de aguacate.

—Ajá.

—Esta salsa... No, el resto no sé qué es.

—Pues es un sándwich de crema de aguacate con calabacín rebozado y mayonesa de anacardos.

—¿Eh? ¿Mayonesa de anacardos? Ya me explicarás cómo es eso. ¿Y calabacín rebozado? ¿Sin huevo?

—Sí. Para reemplazar el huevo en rebozados se puede utilizar, entre otras cosas, harina de garbanzos.

—¿Qué dices?

—Como lo oyes. Se pueden hacer hasta tortillas de patata.

—No te creo.

—Mañana hay particular otra vez. Haré una para que la pruebes.

—No sé si traerme un bocadillo... Por si quedo con hambre, no es que desconfíe.

—Por cierto... —Guardaste silencio unos segundos.

—¿Um? —pregunté con la boca llena, tratando de tragar a prisa— ¿Por cierto, qué? —logré preguntar.

—No sé si puedo decírtelo. —¿Me entraron un poco de nervios? Me entraron.

—Pues ahora TIENES que decirlo.

—Mira.

Me enseñaste tu móvil.

Fran

Estoy decidido.

15:12

Esta semana doy el paso y ya no voy a consumir más productos de origen animal.

15:12

Quedé ojiplática. Sí, esa palabra está resultando ser de mis favoritas, pero es que no me lo podía creer. A papá le iba a dar algo. De hecho, no sabía si mamá siquiera lo aceptaría de buen grado. Al mirar los mensajes que me enseñabas, vi parte de tu respuesta.

Yo

Planifícalo y explícalo con detalle en casa.

15:36

No te lo tomes a la ligera.

15:36

Es importante llevar una dieta que esté bien balanceada.

15:36

—Me escribió mientras estaba en particular —me explicaste.

—¿Os habláis por el móvil? Alucino.

—Alguna vez me consulta dudas o me pide que le recomiende algo de música.

—No me ha dicho nada. Ni tú —te recriminé arrugando la frente.

—Son cosas de tu hermano. Te cuento esto porque lo dirá en casa. Para que estés prevenida.

—Ya. Van a flipar.

—Tengo que irme —dijiste cuando te devolví el móvil y miraste la hora—. ¿Me llevas?

17:32, vi en la pantalla. No, no tenía ninguna gana de llevarte a casa. El tiempo que habíamos pasado juntos no llegaba ni a la hora y media, y sentí que apenas me había dado tiempo a disfrutar de tus reflexiones, tus burlas, tus miradas... Estaba deseando que llegara la hora de particular del día siguiente.

Fue, quizás, la primera vez que estuvimos a solas de verdad y, lejos de sentirme incómoda en algún momento, hablar contigo era como estar en casa. Hay personas que te hacen tan fácil ser tú misma que estar con ellas es como ver tu serie favorita en tu sofá y con tu pijama favorito. Y tú, desde entonces, te convertiste en mi hogar.

CAPÍTULO 18

A veces el amor llega arrasándolo todo como un tsunami. Otras, en cambio, es como una lluvia fina de la que no te enteras hasta que te estás ahogando.

Tortilla vegana

El jueves estábamos desayunando en la isleta de la cocina cuando, en medio del silencio matutino, mi madre soltó la bomba.

—Estoy hablando con papá.

Fran levantó la cabeza del móvil y miró a mi madre con desaprobación. Si nos lo confesaba es que ya estarían a punto de volver definitivamente.

—¿Quedáis en secreto como dos adolescentes? —pregunté.

—Estos meses separados me han servido para darme cuenta de que le echo de menos y quiero estar con él. Hay cosas que no pueden seguir igual, obviamente.

—No te engañes, mamá —comenté—. La gente no suele cambiar. No para bien.

—No tiene que cambiar: tiene que volver a ser el que era. Tu padre siempre ha sido cariñoso y atento. No sé por qué lleva un tiempo comportándose como esa persona detestable. Me gustaría darle una oportunidad.

—Si es lo que quieres, adelante.

—¿Y tú? —preguntó a Fran, que continuaba en silencio mirando el móvil.

—Es tu vida —contestó sin levantar la cabeza.

Se puso en pie y, cuando estaba llegando al salón, se giró, guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón de chándal y volvió hacia la isleta.

—Ah, he decidido ser vegano. Díselo para que lo tenga claro.

Yo cerré los ojos. No quería mirar. Fran se dio la vuelta de nuevo hacia el salón.

—Oye, oye. Ven acá. —Mi madre lo sujetó por el brazo—. ¿Y qué vas a comer?

—Cualquier cosa —contestó encogiéndose de hombros.

—Cualquier cosa, no. ¿Cómo pretendes soltar esa bomba así de repente e irte?

—He comprado algunas cosas. Ya me arreglo.

—¿Comprado? ¿El qué?

—Cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—No sé, cosas. Soja texturizada, tofu...

—Ni idea de lo que me hablas. ¿Y quién lo va a cocinar? ¿Tú sabes?

—No será difícil. Si no me quieres ayudar, lo voy a hacer solo, pero a partir de mañana no voy a consumir nada de origen animal.

—Ven acá. —Lo agarró con fuerza del brazo y lo acercó al taburete frente a ella—. Eres maduro y sabes que así no se va a ningún lado. Yo te voy a apoyar en lo que sea. No lo entiendo, pero te ayudaré. Eso sí, no te pongas tan tajante que las cosas no se hacen así, a las bravas. Algo tan serio hay que controlarlo bien.

—Ya he investigado, mamá.

—Vale, pues yo no. O me cuentas, o esperas a que investigue yo.

Fran entró en razón y le estuvo explicando un montón de cosas sobre nutrición. Puso hincapié en explicarle el tema de aminoácidos esenciales, en fuentes de proteína vegetal como la soja, la avena, en cómo combinar legumbres y cereales para obtener la cantidad suficiente de todos los aminoácidos... Me sorprendió que hubiera aprendido todo aquello. Tenía buen maestro.

—Tristán me ha pasado alguna receta.

—¿Tristán? —Mi madre me fulminó con la mirada—. ¿No tendrá nada que ver en esta decisión?

—¿Sabes en qué ha influido Tristán? —intervine, muy seria—. Ha influido porque ha asesorado a Fran y le ha incitado a que investigue antes de lanzarse al vacío. En eso ha influido.

—No hagas como papá, por favor —replicó Fran—. Sabes que mis decisiones son mías. Tristán está siendo un gran apoyo.

—Vale, pues nada —rectificó con resignación—. A ser vegano.

El jueves, cuando empezó el descanso, abrí el portátil. Quería continuar con la novela, porque no había avanzado nada.

—¿Quieres venir a tomar un café? —preguntó Samuel. Supuse que hablaba con Cristina y David—. ¡Sara! Que si te vienes a un café. —Le miré, sorprendida—. Estos se van a comprar no sé qué —explicó, arrugando la nariz.

No sabía qué hacer. Acababa de abrir el documento con las fichas de personajes y me apetecía completar toda la información previa lo antes posible, pero no podía desaprovechar la invitación.

—Sí, vale. —Cerré el portátil para meterlo en su funda.

En la cafetería todas las mesas estaban ocupadas, pero Samuel se acercó a una grande en la que había asientos libres y se sentó sin preguntar a los que estaban en ella.

—Ven, siéntate aquí —indicó.

—Voy a por los cafés. ¿Qué quieres?

—Descafeinado, porfa.

Me acerqué a la barra y esperé un buen rato. A esa hora la cafetería estaba a reventar.

—Mañana invito yo —anunció cuando volví con los cafés.

—No hace falta.

—Sí, sí. Con estos, cada uno paga lo suyo. Si no, empiezan los malos rollos de: «este siempre se escaquea», «aquella nunca paga»... Así, evitamos historias.

—Vale, vale.

—¿Qué tal tu amiga por Florencia?

—Bien, disfrutando como una niña. Ella es pintora, así que imagínate lo que puede gozar una amante del arte en una ciudad como esa.

—Bueno, disfrutará del arte y de esto. —Hizo gesto de beber—. Y conocerá a gente... Ya sabes.

—Está loca por Tristán.

—Ya, ya, hasta que se cruce un italiano buenorro. Pero, oye, dile a Tristán que ya le consuelo yo cuando Silvia le deje.

—¿Y eso?

—¿¡Hola!? —dijo—. ¿Le has visto?
—Yo qué sé. Para mí es la pareja de Silvia.
—¿Y? ¿No tienes ojos?
—Es el novio de una amiga: no puedo verlo de otra manera.
—Lo que me faltaba por oír. ¡Está tremendo!
—Ja, ja, ja. Oye, ¿y tus amigos son pareja?
—¿David y Cris? —preguntó Samuel.
—Sí. Veo mucha complicidad entre ellos y siempre están juntos, aunque nunca los he visto besarse o abrazarse.
—Todavía no.
—¿Todavía no?
—Mira, no me hables. Se gustan, pero, ya sabes, a veces son los últimos en enterarse. A David le digo que Cris está loca por él, y a Cris le digo que David se muere por ella. Y nada, oye. Ninguno se lanza.
—En ocasiones, hay que darse de bruces con el amor para enterarse, porque, sí, a veces el amor llega arrasándolo todo como un tsunami. Otras, en cambio, es como una lluvia fina de la que no te enteras hasta que te estás ahogando. Y eso es lo que debe estar pasándoles a ellos.
—¡Qué poético, chica! —afirmó Samuel—. Cómo se nota que eres escritora.
—¿Sabes que he escrito un libro?
—Claro. Hice hasta una donación. Tres euros, no te creas. Oye, el miércoles iremos a la fiesta, ¿no?
—No lo sé. No tenía pensado, la verdad.
—Sí, mujer, verás cómo nos divertiremos. Y es por una buena causa.
—¿Que los de cuarto puedan recaudar suficiente dinero para ir a emborracharse a las Barbados en fin de curso es una buena causa?
—Tú dirás —Se encogió de hombros.
—No sé. Después de clase igual me quedo un rato.
—No, no. Vamos a las doce. Hay que empezar pronto.
No tenía pensado presentarme en la fiesta, porque no me apetecía estar sola. Sin embargo, Samuel insistió tanto que decidí comentarlo contigo para ver si podías venir antes.

Ese día, cuando llegaste a última hora, la profesora te miró mal. Me parece que ya nos tenía manía y, no sé por qué, nos echaron de clase. Bueno, igual tuve un poco de culpa. Estábamos hablando y la profesora nos llamó la atención.

—¡¡Perdón ahí atrás!! —gritó, dirigiéndose a nosotros—. Siento interrumpirles. Igual con mi explicación sobre la teoría de la mentira, teoría que, por cierto, creo que es el tema que nos expondrán a todos en dos semanas, les estoy molestando. Si es así, háganmelo saber. En cualquier punto puedo guardar silencio para que sigan debatiendo sobre esos asuntos suyos tan importantes.

—Lo siento. —Te levantaste—. Culpa mía. Como he llegado tarde, le estaba preguntando qué me había perdido.

—Nada más importante que la semiótica, ¿dónde va a parar! —susurré para mí mientras garabateaba en los apuntes con la cabeza agachada.

Oí cómo, de pronto, toda la clase estalló en una carcajada. Lo que a mí me sonó como un

susurro no lo debió ser tanto. Quería que me tragara la tierra.

—Salgan de clase, por favor.

Recogimos nuestras cosas y caminamos hacia la puerta. No dirigí la vista hacia la profesora, pero sentí su mirada enfurecida encima de mí. Tú no podías contener la risa y, aunque te tapabas la boca mientras salíamos del aula, estabas formando un escándalo.

—¡Ha sido buenísimo! «Nada más importante que la semiótica». Tenías que haber visto su cara.

Entre la gracia y los nervios, me llevé las manos al estómago, muerta de risa, y terminé por dejarme caer para sentarme en el suelo. De pronto, se abrió la puerta del aula.

—Les hace mucha gracia. —La profesora salió, roja de ira—. El treinta por ciento de la evaluación corresponde a participación y colaboración. Y ya saben qué nota tienen, ¿no? Espero que obtengan buena nota en los trabajos y en el examen, porque si sacan menos de un ocho en cada cosa... Soy de letras, pero lo van a tener complicado.

Me cortó el vacilón de repente. A ver si al final iba a ser yo la culpable de que tuvieras que devolver la beca. Sin embargo, tú no le diste importancia. Incluso parecía que te alegrabas.

—Mira, no hay mal que por bien no venga —dijiste, abriendo la mochila—. ¡Así comemos la tortilla mientras aún esté caliente!

—¡Oh, sí, tu mochila mágica! —Quise ironizar, aunque, en realidad, había quedado preocupada—. Oye, lo siento mucho. Esperamos a que termine la clase y hablo con ella.

—Bah, que le den.

—No, no. A ver si fastidiamos la asignatura por esto.

—Vale, pero antes... —Subiste las cejas un par de veces para hacerte el interesante al tiempo que sacabas un táper redondo del que todavía salía un poco de humo.

Fuimos hasta la zona de entrada al campus, donde había una gran explanada con unos cuantos bancos.

—¿Aquí? —me preguntaste—. ¿O vamos para adentro? Está un poco frío.

—¿Frío? ¡Se está genial! Mira qué solecito.

—Vale, vale —respondiste—. Yo lo decía por lo de la pulmonía y eso.

Nos sentamos y metiste la mano en la mochila. Después, estiraste el brazo para pasarme un tenedor y una servilleta de papel.

—Esto ya va subiendo de nivel. En tres días, nos veo de pícnic como el oso Yogui.

—¿El oso Yogui? ¿Te han sacado de los noventa?

Flipé cuando sacaste de la mochila cuatro cervezas. ¡Las habías metido entre hielo! No me lo podía creer. Me sentí hasta culpable por haberte dicho el día anterior que me gustaban muy frías. Venías cargando con todo eso por mi culpa... pero, en serio, me parecía que esa mochila no tenía capacidad para tanto.

—Prueba la tortilla.

—¡¡Joder!! ¡¡Está buenísima!!

—Vale, lo de las palabrotas cuando pruebas algo... ¿es porque potencia el sabor o...?

—Oye, qué culpa tengo yo de que cocines tan rico. ¿En serio no lleva huevo?

—No. Lo que no sabía era si echarle cebolla, así que no me he arriesgado.

—¡¡¡Oh, sí, con cebolla estaría brutal!!!

—Para la siguiente.

—¿Cuándo? ¿Mañana, dices?

—Ja, ja, ja. No, mañana no hay particular.

—Dame el teléfono de esa chica que te da clases. Tengo que hablar con ella. Vas muy

retrasado y necesitas volver mañana para ir recuperando.

Mientras te carcajeabas, se me ocurrió una idea. Quizás fuera una locura. Fran quería empezar con el veganismo, aunque ni él ni mi madre sabían por dónde. En mi casa, lo único verde que se comía era la tarta de manzana.

—Ya que mañana no tienes clase particular... ¿Podrías venir hasta mi casa y enseñarnos a cocinar alguna cosa de estas a Fran y a mí? Si no, ya le veo comiendo lechuga todo el día.

—No sé... En tu casa...

—¡Porfaaa!

Según lo estaba diciendo me parecía imposible, pero te convencí. No sé cómo. ¡Qué bien que accedieras! Tuve que reconocerme a mí misma que me hacía ilusión pasar más tiempo contigo.

Cuando terminamos de comer, fuimos al coche y te acerqué a clase particular. Me quedé en el coche a esperarte. Abrí el portátil y revisé lo que había escrito en la ficha de Edurne. Me encantaba Edurne. Y me encantaba que cocinaras para llevarme la comida. Me quedé recordando lo rica que estaba la tortilla. Y lo bien que lo pasaba contigo. ¡Me sentía tan yo junto a ti!

Le pregunté a mi personaje qué manía curiosa tenía, una manía sin importancia que pudiera sacar de quicio a los demás. Mi manía de decir palabrotas cuando probaba tu comida te encantaba. Lo notaba. «El personaje. Vale, vale». Edurne era maniática del orden: en cuanto veía un jarrón dos milímetros fuera de su sitio, tenía que colocarlo bien; aunque se hubiera echado en la cama, se tenía que levantar.

Empecé con el protagonista. Escribí un pequeño resumen antes de rellenar la ficha.

Tiene el pelo castaño, de estatura media y complexión normal, aunque fibrado. Lleva el pelo completamente desaliñado siempre. No es guapo ni elegante; de hecho, por su atuendo parece que se empeña en ser feo, aunque su magnetismo lo convierte en un hombre cautivador. Es sensible y empático, pero sabe ser fuerte y resolutivo cuando la situación lo requiere. Edurne, aunque se siente atraído por él cuando lo conoce, no se enamora de él hasta tiempo después, cuando va descubriendo lo cariñoso, divertido, inteligente y atento que es.

Te vi venir hacia el coche. Me puse colorada. ¡Eras tú! ¡Mi personaje eras tú! Le di a la tecla de borrado hasta hacer desaparecer todo, como si el hecho de haberlo escrito fuera suficiente para que pudieras leerme la mente; como si el haber pensado en características que te definían para crear un personaje que tuviera que enamorar a la protagonista y al lector significara... No, no. No podía ni pensarlo siquiera. Eliminar, eliminar.

CAPÍTULO 19

—*En cuanto llegues ya me encontraré a gusto. —Se te escapó una sonrisa. ¿En serio había dicho eso?*

Como en Navidad

El viernes, en cuanto terminó la clase de *Economía*, salí al pasillo para encontrarme con la profesora de *Semiótica* antes de que entrara al aula. No podía arriesgarme a que mi estupidez del día anterior pudiera perjudicarte.

—Disculpe. —Me miró y siguió caminando—. ¡Carolina! —la llamé—. Quería pedirle perdón. —Se detuvo ante mí, expectante—. Siento mucho haberme portado así ayer. Podría buscar cualquier disculpa, pero no la hay. Me comporté como una chiquilla.

—Me gusta la gente sincera —respondió tras reflexionar en silencio unos segundos—, así que te daré otra oportunidad y no tendré en cuenta lo de ayer.

—Gracias. Muchas gracias.

Caminó hacia el aula. Yo fui detrás para entrar a clase. Al instante, se frenó en seco y se giró hacia mí.

—Pero que no se repita —sentenció.

Al poco de comenzar la clase, entraste y saludaste a la profesora con ese ligero movimiento de cabeza que ya era algo muy tuyo. Samuel te miró y después se giró hacia mí mordiéndose el labio inferior y poniendo los ojos en blanco. Le sonreí, sin decir nada. No quería que la profesora me viera hablando o distraída; me sentía vigilada.

—¿Has hablado con ella? —me preguntaste, en voz baja, en cuanto te sentaste.

Carolina nos echó una mirada de hielo. Me llevé el dedo a la boca para que guardaras silencio. Miraste a la profe, que seguía con los ojos clavados en nosotros.

—¿Has hablado con ella? —volviste a preguntar cuando acabó la clase, en un tono más alto de lo que me hubiera gustado. Carolina, que aún estaba recogiendo sus cosas, dirigió la mirada hacia nosotros.

—Luego te cuento —susurré—. Recuerda que has quedado en venir a mi casa. No quieras escaquearte.

Samuel me miró con los ojos abiertos, sorprendido.

—Si quieres venir tú también —le respondí con sorna.

—No, no. Ya me contaréis el lunes. Chao.

De camino a casa te expliqué que había tomado un café con Samuel y que me había propuesto ir a la fiesta con ellos.

—En vez de ir a clase, iremos a la fiesta, así que, cuando llegues, estaremos por la zona donde pongan la carpa.

—Vale. O sea, cuando llegue el miércoles os encontraré a todos borrachos.

—Espero que no. Si no, bueno, me robas las llaves y me llevas a casa. No podrás salir un poco antes ese día, ¿no?

Me daba vergüenza pedírtelo. Para mí ya eras un amigo con el que tenía mucha confianza, pero no sabía si tú pensarías lo mismo sobre el vínculo que comenzábamos a formar. ¡Si

hubiéramos sabido hasta dónde iba a llegar!

—No creo que pueda escaparme.

—Es que, no sé, no tengo mucha confianza con ellos y me sentiré un poco incómoda, pero, bueno, que no es ninguna tragedia. En cuanto llegues ya me encontraré a gusto. —Se te escapó una sonrisa. ¿En serio había dicho eso? No quería decir lo que pareció que quise decir.

No me pude creer lo que vi cuando llegamos a mi casa. ¡Fran ya estaba en la cocina! ¡Preparado! ¡Con el mandil puesto y un montón de ingredientes por encima de la isleta! ¡Y se acercó a saludar! ¡Y sonriendo!

—¡Qué pasa, tío! —Te chocó el puño.

—Eh, bueno, yo soy tu hermana, me parece —protesté. Puso media sonrisa y me hizo un gesto con la cabeza.

—Estaba escuchando a *South Garden*. Molan mil. Gracias por la recomendación. Conocía a *Nirvana* y *Pearl Jam*, pero a estos no.

—Has de escuchar también a *Alice in Chains* y a *Garbage*.

Fuimos a la cocina. Posaste la mochila encima de la encimera.

—¡Traigo aquí cositas!

—¿Qué tienes ahí hoy en la mochila mágica? ¿Vas a sacar un horno? ¿Un congelador portátil?

—Mira, traigo los ingredientes para hacer la tortilla: harina de garbanzo, limón, sal...

—Oye, sal tenemos aquí. ¿En qué casa crees que estás?

—Es una especial, que se llama *Kala Namak*. Huele. —Lo destapaste y me lo acercaste a la nariz.

—Puag.

—Es rica en azufre, por eso le da un toque de sabor a huevo. Saca un plato hondo, Fran.

A él le ibas enseñando cómo se preparaban las recetas, mientras yo había quedado relegada a *pelapatatas*.

—¡Genial! Vosotros lo divertido: a cocinar. Yo, castigada.

Estabais concentrados en las elaboraciones. Yo me acercaba a cada rato a ver qué hacíais.

—Estas patatas que has traído son pocas —te reprendí—. Vaya tortilla pequeña que vamos a preparar. Sacaré más.

—¿Siempre protesta tanto? —le preguntaste a Fran, fingiendo que no os oía.

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Como no la escucho...

—¡Oye! —agarré un rodillo, estiré cada extremo con una mano y le di a Fran con todas mis fuerzas.

Él, inmediatamente, metió la mano en la masa de harina de garbanzo y agua y me la restregó por la cara. En un momento, Fran y yo estábamos tirándonos la pasta el uno al otro. Tú te metiste en medio y yo aproveché para meter las manos hasta el fondo del plato y, con todo lo que pude agarrar, te lo restregué por toooda la cara.

Reaccionaste rápido, y volcaste el plato en mi cabeza dejándomelo de sombrero. Sentí cómo la masa resbalaba por mi pelo y se deslizaba por mi rostro. Me había pillado por sorpresa y sin capacidad de reacción. Quedé con la boca abierta y los brazos en jarras.

—¿Qué hacéis? —Alcé la vista y la vi. Mi madre estaba delante de mí, muy seria. A ti te quedaba de espaldas. Palideciste de repente, mientras que a mí se me escapó una carcajada.

Detrás de mi madre vi a mi padre y se me cortó la risa al instante.

—¿Qué es esta locura? —riñó mi madre—. ¡Mirad cómo lo estáis poniendo todo!

—No te preocupes, mamá —intenté tranquilizarla—. Después lo limpiamos. —Ella te miró—. Ha venido a enseñarnos a preparar algunos platos.

—Ya veo.

—Hola —saludó mi padre entrando en la cocina—. Solo quería entrar a saludaros y a invitaros a cenar mañana.

—Iremos los cuatro a cenar —explicó mi madre—. Y a hablar.

—Vale, papá —contesté. Fran miró sin oponerse, lo cual ya era mucho.

—Tristán —te llamó mi padre. Si ya estabas tenso con mi madre, eso te debió helar la sangre. A mí me entraron unos nervios en el estómago...—, ya que estás aquí, ¿podemos hablar?

Tú y mi padre os fuisteis al salón. Yo quedé inquieta por lo que pudiera pasar en aquella conversación. Mi padre parecía con intención de arreglar las cosas, así que confiaba en que no ocurriera nada malo.

—En serio, ¿invitáis a alguien a casa para esto? —nos riñó mi madre.

—No, mamá, pero hemos empezado a hacer el tonto... y se nos ha ido de las manos.

—¡¡No!! —exclamó, con ironía, recogiendo masa pegajosa del suelo—. ¿Se os ha ido de las manos? ¡¡Cómo dices eso!!

—Luego recogemos, mamá —reaccionó Fran—. Estamos aprendiendo algunas recetas.

—Pues, para empezar, os laváis. Y limpiáis todo esto a la de ya.

Ordenamos todo el desastre que habíamos provocado. Tú y mi padre regresasteis a la cocina después de un rato. No hubo gritos ni golpes, lo cual me parecía un buen comienzo.

—Bueno, chicos —mi padre se acercó para darnos un beso en la mejilla—, os dejo. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, papá —me despedí.

—Yo me voy a ir también —anunciaste al ver a mi madre en la cocina dispuesta a cocinar.

—De eso nada —ordenó mamá—. El desastre ya lo habéis montado, así que, ahora, para compensar, tienes que enseñarnos alguna receta. Ten. —Te acercó un mandil—. Me voy a quedar, a ver si aprendo algo. Puedo, ¿no?

—Sí, mamá —respondí con resignación—. Puedes, mamá.

—¿Con qué estabais?

—Con tortilla.

—Ah, bueno, eso se me da bien.

—Tortilla sin huevo, mamá.

—Ja, ja, ja. Tortilla sin huevo: muy bueno. —La miramos mientras seguía riendo hasta que se percató de que la observábamos—. ¿Lo decís en serio? ¿Tortilla sin huevos?

—Sí, ahora te explico —señalaste—. Fran, abre la soja texturizada y ponla en remojo. Después, echa un poco de salsa de soja para que se vaya empapando de sabor.

—Ya, ya. Yo pelo patatas —protesté.

Tú, mi madre y Fran estabais preparándolo todo en la encimera. Yo estaba sentada en un taburete en la isleta mientras os observaba. Mi madre abrió el tofu y probó un poco.

—Esto no sabe a nada. ¿Es como queso fresco para ensaladas o algo así?

—Mira, un truco. —Ahí estabas, a su lado, cocinando codo con codo con mi madre—. Lo ponemos en un plato con ajo, pimienta, sal, salsa de soja y lo que queramos. Luego, lo dejamos marinando unos 20 minutos.

—Ah, qué bueno. Así absorbe el sabor, ¿no?

—Claro, si no parece como comer pladur —Mi madre se rio—. Fran, escurre bien la soja y pon una sartén al fuego con una gota de aceite. En cuanto esté caliente, la echas. Mira, Esther, esta vez, además, vamos a echarle alga nori al tofu.

—¡Nunca había utilizado algas!

—Trocea unas pocas ahí en el marinado. —¿Tú, dándole órdenes a mi madre? Estaba flipando—. Después, aprovecharemos un poco del *no-huevo* que hemos elaborado para la tortilla y rebozaremos estas tiras de tofu con algas para freír unos palitos de mar. Fran, baja a fuego medio la sartén y vete removiendo la soja, que no se queme.

—Vale —respondió—. ¿Y esto se puede comer así?

—Sí, sí, pruébalo. Pero hoy vamos a hacer una boloñesa. Agrega ese frasco de tomate triturado y echa un poco de sal.

Os miraba, sentada en la isleta, mientras pelaba patatas. Me sentía como cuando hacíamos galletas por Navidad, con el árbol puesto, la casa decorada, vaho en las ventanas y esa sensación de calidez de los días previos a Nochebuena. De hecho, me imaginé que, perfectamente, podríais estar preparando la comida de Navidad para toda la familia.

—¿Cómo van esas patatas?

Miraste hacia atrás con una gran sonrisa. Yo me asusté. Por un momento, me pareció que sabías lo que pasaba por mi cabeza.

—Eh... bien, bien, creo que hay bastantes.

—¿Bastantes? —ironizó mi madre—. ¿Vamos a hacer tortilla para todos los vecinos?

—No sé, me he puesto a pelar...

—A saber en qué estabas pensando.

Me miraste con una gran sonrisa cómplice. Sí, me estabas leyendo la mente, seguro. Empecé a notar cómo me ardían las mejillas. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué me ponía tan nerviosa? ¿Por qué me salían esos coloretos?

La boloñesa de soja ya estaba lista y freías los palitos de tofu. Solo faltaba terminar de cocinar la tortilla, de lo que te estabas ocupando tú, así que mi madre y Fran comenzaron a preparar la mesa en la terraza.

—Vale, Sara. Ven a echar la tortilla.

—Ay, Dios. ¿Yo?

—Saca una sartén lo suficientemente grande para una tortilla con los cien kilos de patatas que has preparado.

—Ñi, ñi, ñi. —Torcí la nariz—. Muy gracioso. Pero ¿estás seguro? A mí se me da fatal la cocina.

—Ya, ya. Eso lo dices para que te siga llevando yo cosas de comer y tú no preparar nada nunca.

—Que no, en serio. Hago una paella muy rica. El resto, un desastre. Pero, vale, me comprometo a preparar algo para el miércoles.

—¿El miércoles no era la fiesta en la facultad?

—¡Es verdad!

—Ya me querías hacer el lío.

—Vale. ¡El jueves preparo yo la comida!

—Llevaré cacahuetes...

—Te voy a sorprender, verás.

—Eso lo tengo claro —respondiste mientras te reías—. A ver, que te desvías, unta la sartén con aceite. No solo por abajo, sino también por los bordes para que no se pegue por ningún lado.

—¿Así? —Eché un chorrito y lo esparcí por toda la sartén con un papel absorbente.

—Sin miedo.

Me agarraste la mano para mostrarme cómo esparcir bien el aceite. Me miraste. Terminamos de esparcir el aceite... Seguimos de la mano un instante

—Eeeeh. —Apartaste la vista, avergonzado. Yo agaché la cabeza—. Saca las patatas de la freidora a ese bol.

—Esto, sí, vale. —respondí mientras, nerviosa, colocaba tras la oreja un mechón de pelo que se había salido de mi coleta.

—La sartén ya se está calentando. Echa el *no-huevo* en el bol de las patatas y mézclalo bien.

—Oye, va pareciendo una tortilla.

—Agrega también la cebolla que hemos pochado y una pizca de *Kala Namak*.

—Puaj. —Arrugué la cara con asco al abrir el frasco de la sal—. ¿Estás seguro de que esto no es huevo podrido en polvo? —Echaste una carcajada; me puse un poco en la mano y te lo llevé a la boca.

—¡Quita! —Retiraste la cabeza hacia atrás por el asco—. Sí, huele fuerte, pero ya verás qué sabor le da.

—¡Fuerte, dice! A estercolero. ¿Echo todo a la sartén?

—Dale. ¡Quién dijo miedo!

—Yo. Yo digo miedo —objeté mientras lo basculaba.

—Pues a ver... En un minuto viene lo complicado. Tienes que darle la vuelta.

—¿Yo? ¿En serio?

—Busca un plato grande y échale un poco de aceite para que así, después, se desprenda mejor.

—Vale. Ahora lo pongo aquí, ¿no? —Puse el plato boca abajo encima de la sartén.

—Ahora, agarra la sartén y ponte aquí, en la encimera. Espera, déjame limpiarla bien.

—¿Por qué en la encimera?

—Por si hay un desastre y se cae.

—Esa confianza me deja muy tranquila.

—Venga, a la de tres. Un, dos y

—¡¡Tres!!! —gritamos los dos. Giré la sartén.

—¡¡Nooo!! —exclamaste al ver que la mitad se cayó fuera del plato.

—¡¡Joder, joder!! Es que pesaba mucho —protesté.

—Ja, ja, ja —te carcajeaste.

—No te rías. Mira qué desastre. Acabo de estropear el trabajo de toda la tarde.

—No, no. Bascula.

—¿Qué?

—Echa en la sartén lo que ha quedado en el plato.

Le diste la vuelta a lo que había sobrevivido. Después, eché en el plato lo que pude aprovechar de lo que había caído en la encimera.

—¿Esto quedará bien?

—Bueno... habrá que ver.

—Ja, ja, ja —me reí, y tú te reíste conmigo—, ¡qué desastre soy!

—Rápido, échalo antes de que cuaje el resto. —En la sartén, levantaste el mal proyecto de tortilla por un extremo para que fuera echando lo que había puesto en el plato.

—Vale, vale.

—A ver, un minuto y lo sacamos.
—¡Ay, qué nervios!
—Esta vez lo saco yo —afirmaste.
—No, no —gruñí, muy seria, entrecerrando los ojos para amenazar a la tortilla—. Ya es algo personal.
Puse el plato sobre la sartén, la volteé y descubrí la tortilla.
—¡¡¡Bien!!! —grité con alegría y di un salto.
—¡¡¡Toma!!! —celebraste, mientras ponías la palma para que chocara.
—¡Mira qué pintaza! Somos unos artistas. —Choqué contigo mientras me mirabas, sonriente.
—¿Ya está todo? —preguntó mi madre—. ¡Oye, vaya pinta!
—Prueba un poco —le propusiste. Partiste un trozo con un tenedor para darle la prueba a mi madre, quien se lo llevó a la boca.
—¡Joder! —exclamó. Tú echaste una carcajada enorme. Mi madre te miró, disculpándose—. Uy, a veces se me escapa.
—No, no, si ahora entiendo muchas cosas.
—Ya está preparada la mesa en la terraza —anunció Fran entrando a casa.
—Yo voy a tener que irme —te lamentaste.
—¿No te quedas a merendar con nosotros? —preguntó mi madre.
—En realidad —le expliqué a mi madre—, hemos venido de clase y nos hemos puesto a cocinar, así que, técnicamente, para nosotros es la comida, no la merienda.
—No, no. No puedes irte. Tienes que comer algo.
Estaba tan a gusto contigo en casa que quería que te quedaras. Sin embargo, sabía que tenías que irte; me daba rabia, como cada vez que tenías que marchar antes de tiempo mientras los demás nos quedábamos y nos divertíamos.
—Te llevo.
—Tristán —te llamó mi madre mientras se acercaba a despedirte con dos besos—. ¡Muchas gracias! Otro día nos enseñas más recetas. Y te quedas a comer.
Subimos a mi habitación a buscar una cazadora. En cuanto pusimos un pie en mi cuarto, te sentaste al piano. Te enamoraba.
—¿Sabes tocar alguna pieza? —me preguntaste.
—Hace mucho que no practico.
—Venga, porfa, toca algo —rogaste poniendo un puchero—. Ahora soy yo el que suplica.
—En serio, estoy muy oxidada.
—Mmm —pusiste voz melosa y ojitos.
—Está bien, pesado. Espera —Busqué una partitura de alguna pieza que recordara y me decidí por *Serenade*, de Schubert—. A ver si recuerdo esta...
Comencé a tocar, nerviosa; me temblaban las manos. Nunca había participado en recitales, conciertos o cualquier tipo de evento. No estaba hecha para que la gente me observara mientras interpretaba. Y después de lo que habíamos vivido en un día tan repleto de emociones, ahí te tenía, mirándome con detenimiento, sin perder detalle.
—*Serenade* es una canción, en realidad —expliqué para intentar distraer la atención del teclado hasta poder tranquilizarme—. La letra es un poema que habla de un hombre que se sienta bajo un árbol, solo en mitad de la noche. El hombre escucha esta serenata en la distancia.
No me giraba para no perder la concentración, pero sentía cómo mirabas mis manos desplazándose por el teclado. Cuando la música ganó en intensidad, cerré los ojos para disfrutar

del momento.

—La luz de la luna —continué explicando— penetra entre las copas de los árboles al tiempo que el hombre implora por su amada y se deja llevar por la melancolía.

Noté cómo tus ojos subieron desde mis manos a mi rostro. Se me erizó la piel por la emoción de sentir la música mientras me observabas con admiración. Si alguna vez hubiera sentido algo remotamente parecido a lo que sentí aquel día, no hubiera abandonado el conservatorio ni en un millón de años.

Creo que no dijimos nada durante el trayecto en coche hasta tu casa. Fue la primera vez que estábamos juntos, solos y en silencio, pero, lejos de resultar incómodo, fue tan reconfortante como llegar a casa y descalzarse.

No nos veríamos hasta el lunes. Me parecía un mundo. Por eso no decía nada, porque intentaba repasar cada instante para que no se me escapara ninguno: el plato pringoso que me colocaste por sombrero, tu cara de pánico cuando llegó mi madre, la tortilla desparramada por la encimera, tu mirada de admiración mientras tocaba el piano y tu sonrisa, esa sonrisa tan sincera que no se te había borrado en todo el día. ¡Me encantaba verte feliz!

CAPÍTULO 20

Pasaron unos segundos. Quizás solo fuera uno, pero el mundo se había ralentizado y únicamente existían tus ojos.

Cumpleaños

Me pasé inquieta todo el sábado, esperando a que terminara el fin de semana. ¡Y los lunes tenías particular! No, no me quería alegrar. Bueno, eras mi mejor amigo. Era eso. Me gustaba bromear contigo. No había más. Sin embargo, no me quitaba de la cabeza cuando me sujetaste la muñeca para tirarme la harina de garbanzo por encima. No dejaba de sonreír como una tonta cuando recordaba cómo le dabas instrucciones a mi madre. No podía dejar de imaginarme pasando muchos días así.

A media mañana le escribí a Silvia. Tuve la necesidad de hablar con ella para que, si tú se lo contabas, no pensara que le ocultaba algo. O quizás no era a ella a quien tenía que convencer.

Silvia

¿Os ha hecho palitos de mar?

11:23

Están buenísimos.

11:23

Yo

Sí, me ha encantado todo.

11:23

Me senté al piano. ¡Con qué admiración me habías mirado mientras tocaba! Se me erizaba el vello solo de recordarlo. Me inspiró una idea para una escena. Edurne detestaba el patinaje, aunque su madre la había presionado para que lo practicara durante años. Saqué papel y boli y fui escribiendo.

En una fría tarde navideña, las pistas de hielo al aire libre se habían convertido en un mágico rincón de la ciudad. Edurne ya no era aquella niña insegura, sino una joven de veintiún años con una figura que emanaba una encantadora seguridad. Su historia con el patinaje artístico se remontaba a años atrás, cuando aún era una niña. Sin embargo, aquellos recuerdos estaban teñidos de una especie de incomodidad, una sensación de ser observada y juzgada que nunca había logrado sacudirse del todo.

—En diez minutos nos vamos —me interrumpió mi madre, al tiempo que intenté tapar lo que escribía—. ¿Estás preparada?

—Ay, es verdad, vamos a cenar con papá. Sí, vale, enseguida estoy.

Salió de mi cuarto y seguí escribiendo. No podía dejarlo en ese momento cuando las palabras estaban fluyendo con esa naturalidad. Edurne se sentía observada por Xulián, pero su

mirada no le incomodaba. Al contrario, le transmitía tal seguridad en sí misma que patinó como nunca. Eso sí, estaba tan claro que Xulián eras tú que tuve que enmascararlo: lo describí alto, rubio, de ojos claros y facciones secas. No quería que nadie sospechara que podía hablar de ti. Estaba acercándome al final de la escena cuando mi madre entró de nuevo.

—¿Todavía no te has preparado?

—Estoy, estoy.

Le di la vuelta a los folios. Me parecía tan obvio que hablaba de nosotros que me daba vergüenza que pudiera leer algo de lo que había escrito. Me puse una sudadera, me calcé y me acerqué al escritorio para seguir escribiendo, de pie. Estaba en un momento de plena inspiración y no podía soltar el bolígrafo.

La pista parecía envuelta en una atmósfera mágica bajo la mirada de admiración de Xulián, y Edurne decidió que era el momento de redescubrir el placer de deslizarse sobre el hielo.

—¡¡Sara!! —gritó mi madre desde abajo—. ¡Venga, vámonos!

Estaba saliendo del cuarto y miré hacia los folios. Los guardé en una carpetita de cartón junto con un boli y bajé con ellos. Mi padre nos esperaba en el restaurante, así que dejé a Fran sentarse en el asiento del copiloto y me senté sola atrás para sacar los folios y continuar por donde lo había dejado antes de que se me fuera la inspiración.

Y así, mientras el hielo seguía crujiente bajo sus patines y la melodía llegaba a su clímax, Edurne continuó danzando en una celebración de su propia autenticidad. En medio de risas y miradas compartidas, descubrió que la pista de hielo podía ser mucho más que un escenario de ansiedad. Podía ser un espacio de descubrimiento, de amor propio y, tal vez, incluso de un amor secreto que finalmente encontraba su momento para brillar.

¡Guau! Me estremecí al terminar la escena, esa escena tan preciosa que no era otra que la que me habías hecho vivir el día anterior. ¡Qué suerte ser escritora para poder disfrazar cada anécdota e incluir una escena que me había resultado tan entrañable en una novela de misterio!

Guardé la carpeta en la guantera, decidida a pasar el resto de la noche sin pensar más en ti. La cena en familia me serviría para sacarte de mi cabeza un rato y no sentirme culpable durante unas horas.

—Estaba mejor la tortilla de ayer —comentó mi madre.

Yo la miré sorprendida. No podía creerlo. Tenías que salir hasta en la conversación durante la cena con mi familia.

—Y los palitos. ¡Joder, qué buenos! —exclamó.

—¡Mamá! —la riñó Fran.

—Tiene mano para la cocina —aseguró mi madre.

—Sí, no sé qué hace en periodismo —intervine—, porque su sueño es montar un restaurante vegano.

—¿Está rico lo tuyo, Fran? —preguntó mi padre—. Me han recomendado este sitio porque me han dicho que tienen platos de verduras muy ricos.

—Bueno. —Torció el gesto con cara de asco—. Tengo que acostumbrarme...

—¡Ay, Señor! —suspiró mamá—. Con lo que yo he peleado contigo para que comieras

verdura... y ahora, mírate, con alcachofas.

—Es que... de momento no les encuentro sabor. Y la textura... —No añadió más; solo arrugó la nariz.

—Tristán siempre dice que las setas le salvaron la vida —expliqué—. Me contó que, al principio, las verduras no le sabían a nada y que, para comer algo con un sabor potente, se preparaba unas setas con ajo y guindilla, por ejemplo.

—Las setas sí me gustan.

—¡Perdone! —mi padre llamó al camarero, quien se acercó a la mesa—. Traiga un plato de setas a la plancha.

—Con unas patatas fritas —añadió Fran.

—Con patatas —le repitió mi padre al camarero.

—Perdón, señor, las setas solo las servimos en revuelto.

—Vale, pues, si hace el favor, me trae un revuelto de setas sin huevos ni langostinos. Y, además, una ración de patatas.

Mi padre lo exigió con tanta seguridad que el camarero no se atrevió a contradecirlo. Durante la cena, parecía que no se hablaba más que de ti. Y, cuando no, mi hermano explicaba cosas sobre el veganismo. De hecho, Fran no había hablado tanto con nosotros en su vida.

Cuando regresé a casa, me apetecía contártelo todo, pero me daba vergüenza escribirte sin ningún motivo. Bajé a por un vaso de agua antes de acostarme. Mi madre tomaba un café en la isleta.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—Este. —Me enseñó la portada. Era *La historia del señor Sommer*.

—¡Ah! Patrick Süskind es el escritor favorito de Tristán. Dice que describe los detalles sensoriales como nadie. «Es capaz de dibujar los olores», me dijo un día.

—Parece que conoces bien a Tristán. —Cerró el libro y lo posó, colocando las manos sobre él.

—Sí, la verdad es que nos estamos haciendo buenos amigos.

—Es un amor. Ayer fue muy agradable tenerlo en casa.

—Sí, estuvo bien.

—Ya. —Mi madre abrió el libro de nuevo.

—¿Ya qué, mamá?

—Nada, nada. Que estuvo bien. Solo eso.

—No tires la piedra y escondas la mano. ¿Qué has querido decir?

—Nada. Sé que es el novio de Silvia...

—Pues eso.

—¡Pero se os ve tan bien juntos!

—¡Mamá!

—Has preguntado.

—Somos amigos. Y tú lo has dicho: es el novio de Silvia.

—Vale. —Me miró de reojo por encima del libro y bebió un sorbo de café

—En serio, deja de mirarme así.

—Seguro que te ha pasado que ves a dos personas —posó el libro de nuevo en el mármol y comenzó su explicación—, y observas cómo se hablan, la complicidad que tienen, cómo se admiran; y sientes que parece que es inevitable que estén juntos.

—¡Mamá! —Le pegué un manotazo en el brazo.

—Vale, vale.

Volvió a abrir el libro y a esconderse detrás de él mientras yo salía de la cocina.
—Yo, lo que veo —apostilló.

Éramos amigos. ¿Resultaba tan difícil de entender? Sin embargo, llevaba nerviosa todo el día; en lo único que podía pensar era en que la comida del domingo se había cancelado y no te vería hasta el lunes.

Ya era más de medianoche cuando sonó una notificación.

Facebook

Hoy es el cumpleaños de Tristán. Felicítalo.

No sabía por qué, pero de la nada me entraron nervios y me puse colorada. Lo de ruborizarme me estaba pasando con bastante frecuencia, al parecer. Entré en tu perfil. La foto tenía al menos cuatro años y estaba completamente pixelada. Tú no habías hecho ninguna publicación. Lo que vi fueron felicitaciones que te habían dejado años anteriores, así que comprobé que sí, ese domingo era tu cumpleaños.

Silvia estaba en Florencia y la comida con el grupo se había cancelado. ¿Con quién ibas a pasarlo? ¿Con tu familia? Por lo que contabas, tu madre no estaba para celebraciones. ¿Por qué Silvia no nos había avisado? No me iba a arriesgar a que pasaras tu cumpleaños solo: al menos yo iba a pasarlo contigo.

Pensé en enviarte una felicitación en cuanto me llegó la notificación, pero me dio un poco de vergüenza escribirte justo a las doce de la noche. Hasta era posible que estuvieras durmiendo, así que preferí esperar al día siguiente.

Envié un mensaje a todos explicando que era tu cumpleaños, para que cada cual procurara cancelar lo que tuviera planificado. Les dije que, si no era posible que llegaran a la hora de la comida, intentaran al menos acercarse después.

Sabrina

Nosotras imposible, corazón.

00:18

Había pasado más de media hora. ¿No iba a ir nadie? ¡Qué desastre! Pensé en Melania. Por cómo hablabas de ella, imaginé que te gustaría que estuviera. No tenía su número, así que la localicé por *Instagram*.

Yo

¡Hola! No sé si lo sabes. Mañana es el cumpleaños de Tristán. Me acabo de enterar y quería organizar una comida para darle una sorpresa. Sé que le encantaría que estuvieras, así que, si te parece buena idea, me gustaría que vinierais.

Escribí el mensaje del tirón. Me daba vergüenza enviar uno corto y que, al oír la notificación, se conectara y me contestara al momento.

Estaba nerviosa, inquieta. Esperaba que la gente pudiera venir y que te hiciera ilusión celebrarlo, aunque fuera tan improvisado. Y, sobre todo, estaba nerviosa porque me hacía ilusión verte. Era como si, de pronto, me hubiera entrado la imperiosa necesidad de hablar contigo, de estar contigo.

Mi mente todavía me hacía ver que era tan solo porque me gustaba tener un amigo como tú, un amigo que me entendía tan bien y con el que me divertía tanto, un amigo con el que aprendía mucho y al que le gustaba aprender de mí, un amigo que me hacía sentir especial y al que me encantaba hacer sentir especial.

Mientras esperaba a que alguien más contestara, me senté en el taburete del piano. Estaba apagado, pero los dedos se movieron por las teclas siguiendo la partitura de *Serenade*. Cerré los ojos y, aunque solo sonaba el traqueteo de las teclas, oí la pieza con total nitidez y recordé la admiración con la que me habías mirado cuando la interpreté.

«¡Claro!», me dije. Me levanté del asiento y subí a la azotea donde almacenábamos los trastes y todo lo que no utilizábamos. Busqué mi antiguo teclado y lo bajé a la habitación. ¡¡Te iba a encantar!! Lo limpié con mucho cuidado y lo guardé en su funda. La de tiempo que me había pasado practicando con ese teclado.

Mirabas el piano con admiración y, quizás, nunca habías podido aprender porque no habías tenido la posibilidad de hacerte con un teclado. No sabía si te haría más ilusión a ti recibirlo o a mí regalártelo.

Me desperté muy pronto, aunque me contuve las ganas de felicitarte. No había buenas noticias. Todos decían que se pasarían después de comer. El único mensaje positivo fue el de Melania.

Melania

¡¡¡Sí!!! Cuenta con nosotros. Cancelo lo que haga falta.

Ya no me aguanté más y te escribí.

Yo

¡¡¡Felicidades!!!

10:42

Vete preparándote que a las 12:00 paso a buscarte.

10:42

No me digas por qué, pero supe que te había hecho ilusión, y eso me hizo sentir bien. Saqué el teclado de su funda. Te iba a encantar. Busqué *Experience* en *YouTube*. En realidad, nunca había escuchado con atención a Ludovico Einaudi, pero enseguida entendí por qué te gustaba tanto esa obra. Aquella rueda de cuatro acordes casi hipnótica iba creando un efecto de elevación hasta que, en los momentos en que el *tempo* se iba acelerando, parecía que podías despegar del suelo y levitar.

—¡Estoy enfadada! —te dije cuando montaste en el coche.

—¿Por qué?

—No habías dicho nada. Si no me llega a saltar la notificación de *Facebook*, no me hubiera enterado de que era tu cumple.

—Ah, es verdad. Sigo teniendo *Facebook*.

—Eso sí, no sé quién podrá venir avisando con tan poco tiempo. —«Lástima que venga más gente», pensé yo.

Quedamos en la misma terraza donde te había pedido disculpas por lo ocurrido en la barbacoa. Parecía que había pasado una vida entera desde aquello. Al rato, llegó Melania felicitándote desde lejos. Traía unos vaqueros ajustados, botines negros con tacón pequeño y una cazadora negra con pelo en la capucha. Nada especial, pero todo eso combinado con la raya del ojo negro, los ojos oscuros y la sonrisa juguetona hacían de ella una mujer que atraía a todo el mundo.

—Qué bien hueles —me piropeó Melania cuando me saludó con dos besos—. Me encanta tu perfume.

—Es una esencia de arándanos.

—¡Me chifla! Y el pelo —añadió tocando mi melena—. Tienes un pelo precioso.

—¡Gracias!

Había reservado mesa en *La Posada Vegana*, el restaurante donde nos habías llevado el día de la disculpa. Me pareció buena idea que estuvieras en un sitio donde pudieras mirar la carta y elegir lo que te apeteciera. Sin embargo, al primer plato que trajeron ya nos dimos cuenta de que la cocina había cambiado.

—Después de probar lo tuyo... —comenté— esto me parece insípido.

—¿Le has cocinado? —Melania se hizo la ofendida—. Llevo yo... ¿qué? ¿seis meses? Llevo más de seis meses para que me dé a probar algo de lo que cocina y ni caso.

—No te queda nada a partir de ahora, Tristán —se rio Rodri—. Te lo va a recordar todos los días. Lo sabes, ¿no?

—Tendrás queja tú de mí —le provocó Melania.

—Bueno... Si me pongo a hablar...

—¿Sí? —Melania se acercó a él con sensualidad—. Cuenta, cuenta —continuó con voz dulce mientras comenzaba a besarlo.

—¡Id a un hotel!! —les recriminaste tú.

—Um, buena idea. De momento voy al baño. —Se mordió el labio y pasó las manos por el pecho de Rodri—. No es para que nadie venga conmigo, eh. No penséis mal.

Los tres nos reímos durante un buen rato.

—Tengo que ir... bueno, al baño —anunció Rodri, avergonzado—. En serio. A ver si ahora pensáis que... pero es que tengo... —Se levantó y fue hacia el lavabo. Tú echaste una carcajada.

—¿Tú crees que...? —te pregunté.

—Supongo que no.

—Oye, no me extraña que tengas tanta amistad con Melania. ¡Me encanta! ¡Es tan sincera y directa!

—Es la caña. ¿Sabes esas personas que sacan lo mejor de uno?

—Me hago una idea.

—Oye, pues llevan un rato en el baño —comentaste, mirándome de reojo.

—¡No! Ja, ja, ja. ¿En serio? Igual es solo que les ha sentado mal el seitán; no debía estar en buen estado.

Al poco volvió Melania, que parecía acalorada.

—El jersey —le dijiste. Te miró, interrogante—. Que lo traes al revés.

Melania se miró por delante. A continuación, se giró para mirarlo por detrás. No veía nada extraño, así que se lo quitó.

—¡Estaba bien! —protestó, al tiempo que nos carcajearnos—. ¡Eres un imbécil!

—Y un poco botarate —añadiste, mirándome, mientras seguíamos riendo—. Pero gracias por confesar.

—Que no. Seréis tontos. Pensé que lo había traído mal de casa.

Melania aún estaba de pie cuando llegó Rodri.

—Rodri —le susurré yo para continuar con la broma—. El jersey, que lo llevas al revés — Los tres nos reímos cuando Rodri, nervioso, se lo quitó como pudo.

Después de la comida, fueron llegando todos los de la pandilla.

Silvia

¡Hola!

17:42

Oye, si te acuerdas, felicita a Tristán, que hoy es su cumple

17:42

«A buenas horas», pensé. Me dio hasta cierto resquemor por dentro. Incluso, me planteé no responderle.

Yo

Me ha avisado su *Facebook*.

17:54

Me tenías que haber dicho algo antes.

17:54

Silvia

Lo siento. Tienes razón. Es que, buf, estoy con una resaca que no sé ni por dónde ando.

17:54

Yo

Apenas tuve tiempo, pero escribí a estos para quedar.

17:55

La mayoría han aparecido después de la comida.

17:55

Silvia

¿Han ido todos?

17:56

Yo

Sí, excepto Sabrina y Rebeca.

17:56

Melania y Rodri también han venido.

17:56

Silvia

¿Tristán ha invitado a Melania?

17:56

Yo
No, Tristán no sabía nada.
17:57
Ha sido todo por sorpresa.
17:37
La he invitado yo.
17:57

Silvia
¿Y por qué la has invitado?
17:57

Yo
¿Porque es su amiga, quizás?
17:57

Ahí ya me calenté y me desconecté antes de decir algo de lo que me arrepintiera. Lo que pensaba, sí, pero lo que no tenía que decir. Me molestó que no se hubiera preocupado de avisarnos para poder celebrar el cumpleaños como te merecías. Sus protestas por invitar a una amiga tuya, definitivamente, hicieron que me hirviera la sangre.

Mirabas la hora en el móvil, así que me acerqué y me senté a tu lado.

—No puedes irte —te susurré—. Yo lo siento, pero es tu cumple.

—Me quedaré un rato.

Te sonreí. Hice una señal al camarero para que apagara las luces y trajera la tarta. Agachaste la cabeza, sonriendo, avergonzado, y comenzamos a cantar el cumpleaños feliz. Esperé a tu lado a que todos vinieran a felicitarte.

—¡Feliz cumpleaños!! —Me acerqué más a ti y te di un abrazo.

—Muchas gracias —me susurraste mientras seguíamos abrazados. Cerré los ojos un instante—. Me encanta que me hayas preparado todo esto.

En ese momento te sonó el teléfono. Era Silvia. No lo vi, pero sabía que era ella. No me gustaba pensar mal sobre una amiga, aunque ese día la había cagado. Te separaste un poco para hablar con ella. Posiblemente, la echaras de menos, o quizás también estuvieras molesto con ella por algo, porque no te noté muy contento hablando con ella. Cuando colgaste, te sonó un mensaje. Lo miraste, hiciste un aspaviento y guardaste el móvil.

—¿Todo bien? —te pregunté. Asentiste con una expresión que me hizo suponer lo contrario.

—Te llevo —te propuse cuando te ibas.

—Tranquila, yo lo acerco a su casa —intervino Marcos.

—Tú has bebido —repliqué.

—No, solo he tomado mosto.

—¡Qué prisa tienes! Quédate otro rato.

—No te preocupes, a mí me queda de camino.

—Marcos. —¿Por qué no se callaba?—. Quédate con los demás y yo vuelvo después.

Entendió que ya no debía insistir. Salimos del restaurante hacia el coche. Me miraste esperando una explicación, pero no dije nada. Deseaba que te gustase la sorpresa. Quería hacerte

sentir tan especial como tratabas de hacerme sentir tú con cada detalle que tenías conmigo.

Cuando llegamos a tu portal y nos apeamos del coche, te tomé de la mano y te llevé hasta el maletero.

—No tendrás una motosierra ahí atrás —bromeaste.

—Mira.

—¿Qué es esto? ¿Me has traído un teclado?

—Recordé que tenía uno en el trastero —te expliqué mientras le quitaba la funda—. Tiene el soporte, el pedal de sostenido y unos auriculares para que puedas tocar de noche.

—¡¡Qué pasada!! —Tus ojos tintinearón de ilusión. Acariciabas las teclas con mimo, como si tuvieras miedo de que se rompiera con solo tocarlo.

—Este es de cinco octavas, pero te puede servir para empezar.

—No sé qué significa eso de cinco octavas, así que sí, me servirá.

Te expliqué cómo funcionaba el teclado, aunque hablaba por inercia. Me latía el corazón a mil. Me encantaba verte tan ilusionado. Te noté feliz y tu mirada reflejó que yo había contribuido a que te sintieras así. En tus ojos me vi como la persona más especial del mundo.

—No puedo aceptar esto. —Soltaste el teclado.

—Sí, llévalo. Yo lo tengo en el trastero.

—No, no. Imposible.

—Mira. Considéralo un préstamo. Cuando logres interpretar *Experience* me lo devuelves. Eso sí, tienes que interpretarlo y que yo dé el visto bueno.

—Gracias —accediste—. ¡Ha sido un cumpleaños genial!

—Lo he hecho encantada.

—Sara. —Cómo sonaba mi nombre en tus labios. Me agarraste las manos. Yo estaba helada, pero, si tiritaba, no era de frío—. En serio —susurraste. Continuamos con las manos entrelazadas—. Muchas gracias.

Pasaron unos segundos. Quizás solo fuera uno, pero el mundo se había ralentizado y únicamente existían tus ojos.

—Bueno... me voy... —balbuceé cuando fui consciente de que seguíamos mirándonos agarrados de la mano—. Empieza pronto a practicar; quiero escucharte interpretando a Einaudi lo antes posible.

Aparté la vista, nerviosa, y entré en el coche.

CAPÍTULO 21

Y allí, en medio, estábamos nosotros, entrelazados por un único dedo, pero con la sensación de estar abrazándonos con toda nuestra alma.

La fiesta

El lunes, cuando entré en clase, Samuel no esperó ni a que me sentara. —¿Qué tal el finde? —me preguntó.

—Bien. Tranquilo. —Me senté en mi sitio. Cris y David se giraron para unirse a la conversación.

—Uy, esa sonrisita que traes no dice lo mismo —replicó Samuel.

—¿Vosotros qué tal? —eludí el comentario.

—¡Fuimos al *Liverno*! —respondió Samuel—. ¡Vaya pasote de discoteca!

—Bueno, tú poco la disfrutaste —indicó David.

—A los diez minutos de entrar —me comentó Cris—, se enrolló con un tío y se fueron.

—Me enrollé, no. Conocí al padre de mis hijos. —Se llevó el corazón al pecho—. Hacía meses que no estaba con nadie, pero fue un flechazo absoluto. Eso sí, los veinte euros de la entrada, a la mierda.

Todos nos reímos, aunque, en realidad, yo estaba inquieta. No sabía por qué, pero me daba vergüenza verte después de... bueno, del día anterior. No había pasado nada. Y probablemente yo me preocupaba demasiado.

Me llegó un mensaje tuyo. Me hizo ilusión... hasta que lo leí.

Tristán

Hoy tengo que quedarme un poco más en el curro.

12:14

Iré directo a particular.

12:14

Así que hoy no te molesto.

12:14

Fue como si me echaran un jarro de agua fría. Y un manguerazo. Y tres cubitos de hielo por la espalda. No sé si influía el hecho de que eran unas palabras que no quería oír, pero hasta por mensaje sentí que tu tono era distante.

Tristán

;P

12:14

¿Y aquel *emoji*? Percibí que lo habías puesto para suavizar el mensaje, porque, en el fondo, sabías que estabas arisco y querías disimularlo. ¿Cuándo habías puesto tú un *emoji*?

No solíamos hablar mucho por mensaje, aunque las conversaciones que teníamos siempre eran totalmente espontáneas y llenas de chispa. Sin embargo, no se me ocurría qué responder, así

que me desconecté. Pasaron un par de minutos. Entré al chat de nuevo y te escribí lo primero que me salió.

Yo
Vale.
12:17
Mañana nos vemos.
12:18

¡Joder! ¿Para qué habría respondido? ¿Para qué con algo tan insustancial? No debí tomarme tanta confianza contigo. Eras el novio de Silvia. No tenía que haberte pedido que vinieras a mi casa a cocinar. Y, sobre todo, debería haberte soltado las manos. No debí agarrarte durante tanto tiempo. No debí mirarte como lo había hecho.

Intenté tomar perspectiva. Era un mensaje, un único mensaje. Lo más probable es que hubiera surgido algo en tu curro y listo. Tan sencillo como eso. «No le des más vueltas». No, no. Ese tono seco. Y el *emoji*. Nunca habías utilizado un *emoji*. Rumié estos pensamientos durante el resto de la mañana. Y toda la tarde. No me escribiste hasta el día siguiente.

Tristán
Hoy tampoco voy a poder ir.
10:56
Lo siento.
10:56

Estaba claro. Después de esos días te había asustado y querías mantener la distancia. «¡Qué tonta!», pensé.

El miércoles, tras el descanso, ya no entramos en clase y nos quedamos en la fiesta. Con Samuel, Cristina y David cada vez estaba más a gusto; sobre todo, con Samuel. Hablaba conmigo, aunque era una persona muy social, así que, al momento, se iba a saludar al primer conocido que encontraba.

Me sentía incómoda, fuera de sitio. Me faltaba esa persona de confianza con la que sentirse tranquila. Y, lo peor, no sabía si ibas a venir. Había temido preguntarte. Sobre todo, porque intuía la respuesta.

—Vamos a pedir una cerveza —me sugirió Samuel—. Y alegre esa cara, mujer, que parece que estás en una biblioteca o algo así.

—Vale. —Sonreí tímidamente.

—Uy, practica, hija mía. —Me pellizcó cariñosamente la mejilla—. Seguro que puedes hacerlo mejor.

Samuel se acercó a la barra que habían habilitado para la fiesta debajo de un toldo, donde también colocaron unas mesas largas con bancos. Pidió dos cañas. Me quedé detrás de él. Giré mi cabeza. ¡Y apareciste! Venías hacia mí; al cruzarnos la mirada te detuviste. Estabas de pie, frente a mí, a unos tres metros. Verte fue como el brillo del sol que se cuela entre dos nubes cuando termina de llover.

Te sonreí. De oreja a oreja. Se me notó la ilusión que me hizo que estuvieras allí. No me

importó. Me acerqué a ti y en tu mirada vi que estaba todo bien. La preocupación de dos días completos se esfumó con tu sonrisa en un segundo.

—¡Has venido pronto! —murmuré, acercándome a ti.

—Sí, he podido salir antes.

Hubo un silencio que me confirmó que no había nada que temer estando a tu lado.

—¿Una cerveza? —propuse señalando el mostrador.

Levantaste tu mochila y la hiciste tintinear. Sacaste unas *Ranses* que traías entre el hielo; David y Cris se animaron también. Cuando me diste un botellín, me acerqué a ti.

—Muchas gracias por venir. —Alcé la botella para brindar—. No sabes la ilusión que me ha hecho que llegaras tan pronto.

—Me alegro. —Juntamos delicadamente los botellines.

—¿Te soy sincera? Dudé de si vendrías.

—¿Te soy sincero? Dudé de si venir.

—Vaya par de idiotas —dije, mientras nos reíamos.

—Y mequetrefes, yo creo—añadiste.

—¡A ver, parejas! —gritó Samuel—. Os presento a Róber. ¡Ha venido a verme! —Le dio un beso. ¡Era tu jefe!

—¡¡Hombre, Tristán!! ¿Este era el examen tan importante por el que tenías que salir pronto? —¿Habías mentido en el trabajo por venir a la fiesta conmigo?

—¿Os conocéis? —preguntó Samuel.

—Es mi jefe —respondiste—. Ha sido solo hoy —te disculpaste con Róber.

—¡Uy! ¡Qué fuerte que seas su jefe! —se sorprendió Samuel—. Pero hoy no le riñas. Hoy estamos de fiesta.

—No, no. A mí me ha venido genial. Para salir un poco antes hoy, se tragó los turnos de comidas de lunes y martes, así que mira a ver si me ha compensado.

¿Habías hecho horas de más para que no me sintiera incómoda? ¿Por eso habías faltado a clase? En ese momento no me sentí una estúpida, ¡sabía que era una estúpida! Pensaba que no querías saber nada de mí y, de pronto, me enteraba de que habías hecho esos esfuerzos para que no me sintiera mal. Sé que me emociono con facilidad, pero aquello... buf... me hizo sentir tan especial que lo único que me apetecía era abrazarte. En vez de eso, te sonreí, agradecida, y tú agachaste la cabeza.

—¡Habrás que ir a por algo de comida! —exclamó David.

—Ven conmigo, porfa —me pidió Cris.

—¿Os ayudo? —se ofreció David.

—No, no. Luego, cuando nos den la comida, os avisamos para que nos echéis una mano.

Fuimos hasta la barra Cris y yo, mientras tú y David os quedasteis en la mesa. Samu y Róber estaban a lo suyo, tan pronto acaramelados, tan pronto por otras mesas hablando con gente.

—¡Guau! ¡Vaya parejaza hacéis! —me soltó Cris, tan a bocajarro que me asustó.

—No, no. Somos amigos. Además, es el novio de Silvia.

—¿En serio? Perdón. Es que veo como os tratáis... —Estuvo un par de segundos mirándome y, después, volvió la vista hacia ti sin decir nada—. ¡Guau!

—¿Qué?

—Que sólo tiene ojos para ti, tía, que únicamente está pendiente de que estés bien. Y que ha mentido en el curro para estar aquí. ¿Eso no te dice nada? O le gustas o es un apasionado de las costillas, vamos.

—En realidad... es vegano. —Eché una carcajada.

—Es vegano —repitió con ironía—. Míralo, solo está pendiente de ti.

Me giré hacia la mesa. Estabas hablando con David. Notaste que te miraba y alzaste el botellín para saludarme mientras sonreías. No sé de qué hablabais, pero ¡se te veía tan contento!

—Y ahora mírate. —Hizo un gesto con las cejas para señalar hacia mi boca.

—¿Qué? —En seguida me di cuenta de que se refería a mi expresión. Sonreía como una tonta. Intenté cerrar la boca y ponerme seria. Te juro que lo intenté.

—Esa será la sonrisa que se ponen los amigos, supongo —apuntilló.

Comimos y nos levantamos para ir a la esplanada, donde habían habilitado un pequeño escenario. A las cinco empezaba la banda tributo a los noventa que esperábamos con ganas. A mí me gustaba, pero tú estabas en tu salsa: tocaron a *Nirvana*, *Oasis*, *Pearl Jam*, *Green Day* y algún grupo español como *Celtas Cortos*; vamos, lo más reconocible del rock y del pop-rock de los noventa.

—¿Cerveza? —me preguntaste.

—Bah, por no ir a por ella...

—Tengo aquí la mochila mágica. ¿Quieres una *Ranses* o te voy a por una cerveza tostada de las que ha traído Róber?

—Una *Ranses*. Ya me he acostumbrado al sabor y es la que me gusta.

Los seis cantamos, saltamos, nos reímos. La gente estaba entregada a la música y se respiraba un ambiente genial. Estaba siendo un día espectacular.

Sonaron unas notas interpretadas por el bajo que reconocí al instante: era *With or Without you*, de U2. Me encantaba esa canción. En cuanto entraron las guitarras, la gente supo cuál era y empezó a vitorear.

**See the stone set in your eyes
See the thorn twist in your side
I'll wait for you
*Mira la piedra en tus ojos
Mira la espina retorcida a tu lado
Yo espero por ti.***

Róber pasó el brazo por encima del hombro a Samuel, y este le respondió rodeando su cintura con la mano y apoyando la cabeza sobre su hombro. David y Cris cruzaron la vista y sonrieron. Yo te miré de reojo.

Comencé a cantar, bajito, casi en un susurro. Me puse muy nerviosa. Eran demasiadas personas las que me lo decían. Y aquella canción parecía hablar de mí. No, claro que no había nada entre nosotros.

**Through the storm, we reach the shore
You give it all, but I want more
And I'm waiting for you
*A través de la tormenta nosotros llegamos a la orilla
Tú lo das todo, pero yo quiero más***

Y yo te estoy esperando

Aparté la vista. No, no. Imposible. Respiré profundamente, como si al inspirar y llenar el estómago de aire fueran a desaparecer todas aquellas mariposas que revoloteaban y se daban cabezazos contra mi corazón para advertirme de lo que estaba sucediendo.

Tú comenzaste a cantar, en voz baja también. Estábamos tan cerca que me moví un centímetro (o te moviste tú, no lo sé) y nuestras manos se rozaron por el dorso. Al sentir tu piel, no me quedó ninguna duda. Entonces entró el estribillo final, donde la canción sube de intensidad.

With or without you
With or without you, ah
Contigo o sin ti
Contigo o sin ti

Ninguno de los dos apartó la mano. Era un roce casual. Eso me decía a mí misma. Solo un roce del que ninguno se apartaba. No me atrevía a mirarte. Sonaba la parte final de la canción, donde la intensidad sigue subiendo hasta que explota en mil notas y la voz parece desgarrarse.

I can't liiiiiive
With or withooooooooout you
Yo no puedo vivir
Ni contigo ni sin ti

Moviste tu dedo. ¿O fui yo? Nuestros índices se entrelazaron. Sentí un chispazo que me recorrió hasta el pecho. Y una calidez que inundó mi corazón. Y nervios. Y emoción. ¡Era todo tan confuso! Y a la vez nunca nada había tenido tanto sentido. Me pareció percibir tus latidos. ¿O eran los míos?

Todos sacaron sus móviles para iluminar el cielo con los flashes. Y allí, en medio, estábamos nosotros, entrelazados por un único dedo, pero con la sensación de estar abrazándonos con toda nuestra alma. Apreté un poco tu dedo contra el mío. Me lo apretaste contra ti. No me atrevía a mirarte.

Todo el mundo comenzó a aplaudir. Nosotros nos quedamos quietos. No queríamos soltarnos. Cerré los ojos: deseaba atrapar esa sensación para no olvidarla nunca. Samuel estaba entusiasmado con la canción y nos miró para compartir ese momentazo; nuestros dedos resbalaron hasta separarse.

Y ahí, cuando estábamos aplaudiendo, aún no lo sabía; ahí, cuando no nos atrevíamos a mirarnos por timidez, todavía lo negaba; ahí, cuando sentí el frío de dejar de abrazarte en secreto, deseaba ignorarlo. Pero te giraste, yo alcé la vista y nuestra mirada quedó suspendida en el aire. No existía nada más. Te miré tan profundamente que me vi reflejada en tu pupila. Ahí sí; supe que te amaba cuando lo vi en tus ojos y, en ese momento, entendí que te querría para toda la vida.

CAPÍTULO 22

*No quería besarte, pero rogaba que no te inclinaras más hacia mí, que
no pusieras tus labios en mis labios.*

Poemas

Tras aquel momento mágico en que nos rozamos las manos y nos apretamos los dedos, comenzó la siguiente canción. Hicimos como si nada hubiera pasado.

*Entre dos tieeerras estáásss
Y no dejas aire
Que respiiiiraaar*

Cantamos en voz alta, gritamos con el resto. Éramos felices, nada más importaba. Ya era algo evidente, aunque no me atrevía a ponerle nombre. Ni en mi cabeza si quiera. Si no lo verbalizaba, no existía. No me iba a reconocer nunca lo que había sentido, lo que estaba sintiendo. Era feliz. Eras feliz. Solo importaba eso.

—Tengo que irme.

—Te llevo —afirmé. No protestaste. Siempre decías que no y tenía que convencerte. Ese día no te negaste.

En el coche, buscaste canciones de los noventa para seguir con la música.

*Puede que me deje llevar
Puede que levante la voz*

—¡Extremoduro! ¡Uhhhh! —grité levantando el brazo con el puño cerrado.

Cuando llegó el estribillo, bajaste la ventanilla, sacaste la cabeza y empezaste a vociferar la letra.

*So payaso
Y me tiemblan los pieeees
A su lado
Me dice que estoooooy descolorioooo'*

Yo te seguí, bajando mi ventanilla también.

*Empiezo a besaaaaaar
A ver qué me dice despuéeeees*

—Quería darte algo—comentaste cuando llegamos al portal de tu piso.

—¿Qué es? —pregunté, un poco nerviosa (solo un poco).

—He dudado si dártelo o no... De hecho, aún estoy dudando si subir a buscarlo.

—No, no, no. Nada de dudas —respondí empujándose hacia la puerta—. ¡Fuera! ¡Te espero aquí!

Me estaba impacientando. Tardabas demasiado en bajar. ¿Qué me querías dar? ¿Me enseñarías algo con el teclado? Te vi llegar al coche con lo que parecía una funda con papeles.

—¿Son poemas tuyos? —pregunté, sacando alguna hoja—. ¡Son poemas tuyos! —No sabes la ilusión que me hizo que te atrevieras a enseñarme lo que habías escrito—. Creí que no te acordarías de que te había pedido leerlos.

—No los mires ahora. Me da vergüenza. Y no, no suelo olvidar las cosas importantes.

—¿Qué bien! —¿Me dio un respingo? Me dio un respingo—. ¡Me encanta! Me alegro mucho de que hayas decidido dejarme leerlos.

Recordé que seguía en la guantera la carpeta con la escena sobre patinaje que había escrito el sábado. Por una parte, me hacía ilusión que la leyeras para devolverte la confianza que habías depositado en mí al dejarme leer tus poemas. Por otra... ¡era tan obvio que hablaba sobre nosotros!

—Ya me contarás qué te parecen los poemas.

—Escribes en folios, a mano, pero la *vintage* soy yo.

—La poesía ha de escribirse en papel, en barro, en piedra. Los sentimientos son algo tan etéreo que, para que no huyan, hay que esculpirlos sobre un soporte real en que dejen huella.

—¡Joder! —exclamé enseñándote mi piel de gallina.

—Lo de las palabrotas no es solo para la comida, por lo que veo. La poesía también le afecta. Ah, hablando de comida, recuerda que habías quedado en prepararla tú para mañana

—¡Es verdad! —Me golpeé con la palma de la mano en la frente—. Vale, vale. Dije que te sorprendería y te sorprenderé.

Te marchaste riendo.

—¡Tristán! —te llamé. Te giraste y te acercaste a la ventanilla. Abrí la guantera, saqué la carpeta y te la di.

—¿Y esto?

—Algo que me dará vergüenza a mí que leas. Es una escena de *El llanto del sauce* que he escrito el otro día.

Me miré en el espejo retrovisor. Tenía una sonrisa estúpida en la cara, la misma sonrisa estúpida que se me había dibujado cuando vi que habías llegado a la fiesta. No se me había borrado desde ese momento. Nos habíamos divertido y disfrutado de un día especial. Era todo lo que necesitaba. Me quité el remordimiento de la cabeza y seguí como si no hubiera pasado nada. ¿Nuestras manos entrelazadas? Un roce. Un roce fortuito.

Al llegar a casa, guardé los poemas en el cajón de mi escritorio. Tenía muchas ganas de leerlos, pero debía preparar la comida para el día siguiente. ¡En qué momento me había metido en ese lío yo sola! Consulté unos cuantos blogs de recetas veganas para obtener ideas de qué preparar. Decidí llevar unas hamburguesas de soja texturizada. No parecía complicado.

—¿Qué haces? —preguntó Fran viendo que amasaba y estrujaba la soja ya hidratada.

—Estoy preparando unas hamburguesas de soja.

—¿Te puedo ayudar?

—¡Vale! —Me alegré de compartir otro momento con él. Además, así acabaría antes y

podría ponerme con tus poemas—. Vete echando a la sartén esa cebolla.

—Y un ajo. Ajo siempre.

—Sí, creo que la receta especificaba un diente de ajo. La tengo abierta en mi móvil —dije señalando hacia la isleta con la cabeza y mostrando las manos pegajosas con la soja.

—Hay que echar harina y pan rallado en el bol —explicó, leyendo la receta en mi teléfono.

—Vale.

—Y amasa.

—¿Qué hacéis? —preguntó mi madre.

—Hamburguesas de soja —respondí.

—Ah, yo también quiero aprender. —Se puso el mandil y le quitó mi móvil a Fran para ir leyendo ella la receta—. Esto ya está —afirmó, apartando la sartén con la cebolla del fuego y apagando la vitrocerámica—. Ahora hay que triturar.

—¿A quién? —bromeé agarrando a Fran por el cuello—. Ah, la soja, vale. —Fran entornó los ojos.

—Ahora hay que hacer una bola, así —explicó mientras hacía una pelota con una porción de masa—. Y luego aplastarla un poco para darle forma.

—¡Déjame a mí! —protesté.

—Yo quiero aprender —interrumpió Fran haciendo otra pelota.

—¡Quita!— Le empujé con el culo. Me tiró un trozo de masa.

—No empecemos —riñó mi madre.

No lo vi venir, pero mi madre había cogido un poco de masa en cada mano y nos lo estampó en la cara a los dos. Se venía una guerra de comida. Mi madre nos reñía si lo hacíamos nosotros solos, pero era la primera que empezaba otras veces.

—¡No! ¡Parad! —grité—. Necesito preparar estas hamburguesas. —Me miraron sorprendidos.

—¿Necesitas? —preguntó mi madre.

—Bueno... sí. Le prometí a Tristán que mañana llevaría yo la comida.

—Ya —contestó sarcástica. ¡Cómo odiaba esa sonrisilla irónica suya! Se quitó el mandil, me dio un beso y se fue para dejarme cocinar sola y tranquila.

Cuando terminé de preparar las hamburguesas y recoger todo ya era tarde, pero me esperaban tus poemas en mi habitación. Me preparé un sándwich y subí a mi cuarto. ¡Cómo me iba a gustar aquello! Di un bocado mientras sacaba la funda. No quería arriesgarme a manchar ninguna hoja, así que aparté el plato. Ya tendría tiempo de cenar.

Saqué los poemas de la funda de plástico con delicadeza para que no se doblara ningún folio. Eran como treinta (veintiocho); había un poema en cada hoja y ninguno se extendía más de una página.

Antes de leerlo, me detuve en contemplar algunos folios; incluso pasaba la palma de mi mano por encima para apreciar los surcos que dibujaban las palabras. Eran poemas muy visuales. En algunos, combinabas tipos de letras, con unas tipografías más redondeadas en algunos versos y otras de estilo cursiva. Incluso, había poemas en los que dibujabas formas abstractas, como una frase creando tres cuartos de una circunferencia atravesada por otro verso escrito en vertical.

En cualquiera de los casos, me encantaba tu letra. A veces se hacía difícil de entender, pero era muy creativa. Me gustaba la curvatura asimétrica de tus ces mayúsculas, o cómo esbozabas

las ges minúsculas, distinguibles únicamente por una ligera pancita en su cuerpo. Y me fascinaba, sobre todo, imaginarte mientras trazabas las palabras en aquellos mismos folios.

Después de disfrutar de la letra, el trazo y la forma de algunos poemas, me centré en leer cada verso. Detrás de una aparente complejidad, eras capaz de racionalizar los sentimientos hasta el punto de estructurarlos y mostrarlos limpios, nítidos y duros, muy duros. No voy a reconocerte que lloré con algún verso. No podía imaginar qué tendrías que haber vivido para llegar a sentir según qué cosas.

**Las piedras atadas a mi cuello
asfixia constante
gritan que soy adulto**

**¿Por qué entonces me acompañan estos ojos,
los ojos
del niño
solitario**

que siempre he sido?

Versos demoledores como esos recorrían cada poema. No, ya he dicho que no reconoceré cuánto lloré. Deseaba saberlo todo sobre ti, llegar hasta el fondo para descubrir qué era lo que te atormentaba y que tuvieras la confianza para abrirte conmigo. Aquellos poemas eran lo más cerca que podía estar de ti.

Como a la mitad (al poema dieciséis), hubo uno que me sorprendió. Entre tantos poemas sin rima y con estructuras visuales e innovadoras, me encontré un romance clásico. Entre todos aquellos versos que golpeaban como bolas de demolición en el pecho, apareció aquel poema de amor que parecía reconciliarte con la vida.

**En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.
En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.**

Ojalá alguien viera tanto en mí. Ojalá alguien pensara en mí para escribir un poema así. ¡Qué tonta! Yo te había dado esa escena y sabrías que la había escrito inspirándome en ti. Mientras, yo leía aquel poema escrito para Silvia.

**En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.**

Se lo escribías a ella, obviamente. Era tu novia. ¿Me hubiera gustado que alguien lo hubiera escrito para mí? Eso no justificaba que el corazón se me estuviera encogiendo.

**Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,**

**Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.**

¡Qué suerte tenía Silvia de haberte encontrado! ¡Qué suerte que alguien vea en uno cosas tan especiales como para escribir eso! ¿Por qué se me estaba resquebrajando el pecho?

**En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.**

¿Me había gustado el poema? Me encantaba. Me quedé observándolo un rato. Lo releí. Siete veces. Ojalá no le hubieras escrito ese poema a Silvia. Ojalá... alguien... me lo hubiera escrito a mí. Lo guardé en su funda. Y la funda en el cajón. No quería verlo más.

Siempre preparabas tú la comida para los dos, así que me hizo mucha ilusión cocinar yo por un día. Todo lo que hiciera por ti me parecía poco para lo arropada que me hacías sentir.

Desde el coche hasta nuestra mesa fui corriendo. Estaba muy contenta. Saqué la comida y me senté.

—Eso es para sentarse —me reñiste cuando viste que tenía los pies sobre el banco y me había sentado en el respaldo—, no para poner los pies.

—Ay, lo siento, señor de ochenta años.

Me coloqué correctamente. Bromeabas, pero en el fondo sabía que te sentirías intranquilo mientras estuviera sentada así.

—¿Recuerdas que, antes de comer, suelo ir a clase particular?

—¡Es verdad!

Me llevé las manos a la cara. Estaba tan ilusionada por haberte preparado la comida (y estar contigo) que ni recordé que el motivo de ir hasta allí eran tus clases particulares.

—Supongo que por un día que falte no pasará nada.

—¡Genial! Quiero decir, que no, no pasará nada. Aunque, en realidad, ayer tampoco fuiste.

—Cierto. Debería ir.

—Ay, no —me reñí a mí misma por recordártelo. Me apresuré a sacar las hamburguesas, aunque tu sonrisa traviesa delató que estabas encantado haciéndote el duro para que te convenciera—. Lo siento, la comida ya está fuera, así que no puedes irte.

—De acuerdo —accediste mientras te sentabas—. A ver qué has preparado.

—Ah, no te creas a mi madre y a Fran si te dicen que me han ayudado. Las he hecho yo solita.

—O sea, que sí, que te han ayudado. —Asentí—. Tu madre me encanta. Es como verte en el futuro. Las dos tenéis ese sentido del humor... especial.

—¡Oye! —te reñí—. ¿Qué insinúas? ¿No soy graciosa?

—Sí... A veces.

—Anda, prueba.

La comida no fue como esperaba. En cuanto le diste el primer bocado, la hamburguesa se empezó a desmoronar, cayendo trozos por toda la mesa. La cara que pusiste al probarla tampoco indicaba que estuviera rica.

—Vaya desastre —me lamenté, desilusionada.

—Lo has hecho mal a propósito, ¿no? Para no tener que hacer la comida nunca más.

—Que no, idiota. —Te golpeé con la manga de mi cazadora—. ¡Con el esfuerzo que he puesto!

—¿Y para esto has necesitado ayuda? —te mofaste de mí—. ¿En serio?

—Jo, qué rabia. Se deshace, pero ¿tan mal sabe?

—Prueba. —Le di un mordisco y aparté la hamburguesa con cara de asco—. Mira. ¿Ves cómo se deshace? —Abriste el pan y empezaron a desparramarse pegotes de la hamburguesa.

—¡Qué desastre!

—La próxima vez, procura echar *no-huevo* para que ligue un poco más. Bueno, para que ligue algo.

—Pero mira —te dije mientras arrancaba un poco de hamburguesa repleta de ketchup y te lo lanzaba a la cara—, sirve para tirártelo.

Tú quitaste el pan que cubría la hamburguesa, saltaste por encima de la mesa y me la estampaste en la cara; poca, porque la mayoría ya estaba en el suelo. Abrí la boca con asombro. Otra vez me habías pringado entera. Te intenté tirar mi hamburguesa, pero me sujetaste los brazos. Forcejemos y me caí del banco. Quedé tumbada en el césped. Tú caíste sobre mí. Yo estaba muerta de la risa. Te apoyaste en el banco para levantarte, pero resbalaste y caíste sobre mí de nuevo.

Quedamos tumbados en el suelo, frente a frente, mientras me sujetabas por las muñecas, y dejamos de reírnos. Te miré a los labios, que tenías entreabiertos. Sentía tu respiración acelerada junto a la mía. El estómago se comprimía.

Clavaste tus ojos en los míos y te acercaste. Tu corazón resonaba en mi pecho. Me ibas a besar.

No, no. Te empujé para quitarte de encima.

—¡Verás! —intenté bromear. Hice una pelota con el trozo que me quedaba de hamburguesa y te lo lancé. Te levantaste, aturdido todavía.

—Espera, ven acá, que estás llena de hamburguesa. —Te acercaste a tu mochila y sacaste una toalla pequeña.

—Venga, bah, en serio. —Me asomé a la mochila—. ¿Quién hay ahí dentro?

Me intenté limpiar el pelo y la cara, pero estaba demasiado pringoso todo y no veía por dónde estaba manchada. Me quitaste la toalla y empezaste a limpiarme tú. Comenzaste a frotar por la mejilla derecha, que se puso colorada al instante.

—He leído los poemas.

—¡Qué rápido!

Intenté calmarme. Solo me estabas limpiando. Solo eso. Te miré a los ojos. Con qué mimo me pasabas la toalla. Respiré profundamente y bajé la vista. Cuando la levanté, tus ojos estaban fijos en mis labios. Me ibas a besar. ¿Yo quería? Era indiferente lo que deseara; no podía hacerlo.

—Me han encantado —susurré.

—Gracias.

—Sobre todo, cómo racionalizas el sentimiento.

El corazón parecía salirse del pecho. Me sonreíste mientras me mirabas a los ojos; a continuación, me pasaste los dedos junto a los labios. No quería besarte. «Pero, ¡por favor!, no me beses». Un escalofrío recorrió mi estómago.

—Solo quiero que sepas —continué, casi en un susurro— que estoy aquí para lo que

necesites. No te preguntaré nada, pero desearía que tuvieras la confianza para contarme todo lo que has vivido.

Aproximaste un poco tu cara hacia mí para fijarte más en mis labios mientras me limpiabas.

—No se me ocurre mejor persona con quien tener esa confianza.

Mis ojos tímidos te miraron pidiendo compasión. «No, no te acerques más», quería decirte. No quería besarte, pero rogaba que no te inclinaras más hacia mí, que no pusieras tus labios en mis labios.

«No, no me beses», porque entonces mi mano tendría que sujetar tu cuello para acercar tu rostro y apretar tus labios contra los míos con tanta fuerza que dolería. «No, no me beses», porque, si lo hacías, tendría que agarrarte por ambas mejillas para evitar que te movieras, ponerme encima de ti y que mi lengua jugueteara con tus labios. «No, no me beses», porque entonces te echaría en aquel banco, te quitaría la camiseta y te mordería el cuello con rabia.

Tú entrecerraste los ojos; yo los cerré por completo y me acerqué a ti. «No, no me beses, que tus labios no me rocen, porque entonces tendré que besarte hasta perder el conocimiento».

CAPÍTULO 23

Lo único claro es que tenía que ir a verte, abrazarte, hundirme entre tus brazos.

Viernes

Tumbados en la hierba, frente a frente, con nuestras bocas casi rozándose hasta el punto en que nuestras respiraciones se entremezclaban, nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro.

—Está empezando a llover —dijiste y, de pronto, te apartaste.

¿En serio? ¿Eras el puto hombre del tiempo? Abrí los ojos. Respiré profundamente. No sé si no estabas pensando lo mismo que yo o si pusiste algo de cordura en aquella situación. Me froté los ojos para volver a la realidad. Sí, era lo que quería. Menos mal que no me habías besado, porque tendría que haberte rechazado.

—Vamos —ordenaste cubriéndome de la lluvia con la toalla.

—Ah, sí —traté de reaccionar—. Han pronosticado mucha lluvia hasta el lunes.

Igual que el día anterior, después de ese momento bromeamos y nos divertimos como si nada hubiera pasado. Y no había pasado nada, en realidad, así que te llevé a casa, como siempre.

—Mañana es viernes —comentaste. «Sí, no hay particular y no nos veremos apenas», pensé. «Y, después, el fin de semana»—. ¿Qué te parece si quedamos para preparar el trabajo de *Semiótica*?

—¡Oh, sí! —respondí con demasiado entusiasmo. Era la primera vez que me alegraba escuchar la palabra «Semiótica». Carraspeé, como si la sequedad de boca hubiera sido lo que me había obligado a poner ese tono de énfasis—. Quiero decir que sí, que puedo quedar.

—Vale. ¿Dónde?

—¿Vienes a mi casa? Podemos hacer el trabajo en mi habitación. O, bueno, en el salón, si prefieres.

—Ya llevo yo la comida, ¿de acuerdo? —te burlaste de mí.

—¡Qué tonto eres, de verdad!

—Tú, por mucha gana que tengas de ponerte a cocinar, que las tendrás, refrena tus impulsos y no te muevas del sofá. ¿Podrás contenerte?

—Sí, no te preocupes. —«Estoy dando unas clases de autocontrol a marchas forzadas», pensé.

En toda la noche no me pude quitar de la cabeza todo lo que estábamos viviendo aquellos días. Me sentía tan feliz, tan plena, que no quería plantearme nada más.

Cuando desperté, recordé que pasaríamos la tarde juntos. No, no; no me emocioné ni nada. Qué ganas de escribir sobre semiótica, de contener la respiración, de sentir tu mirada tímida y disimulada. Qué ganas de estar contigo, de rozar tu brazo por accidente, de cruzar sonrisas

nerviosas.

—¡Ayer fue un día genial! —exclamó Samuel, con la voz ronca todavía, mientras tomábamos café al descanso.

—Sí que lo fue. Tanto que la fiesta fue el miércoles y piensas que fue ayer.

—Buf, el jueves no cuenta. El miércoles llegué a casa que no era persona y ayer estuve desmayado en el sofá todo el día.

—Yo lo pasé muy bien, la verdad.

—Hay que repetir. Tenemos que quedar para ir a algún concierto. Ay, que apareciera Róber me enamoró del todo.

—¡Se os ve tan bien!

—Ay, sí. La verdad es que estoy superilusionado. Espero no equivocarme. Otra vez —añadió con cara de resignación.

—Ja, ja, ja. Nunca se sabe, aunque no lo creo.

—Oye, tú escapaste muy pronto. Te perdí de vista y ya no estabas.

—Tristán tenía que irse y le acerqué a casa. Después, ya me daba pereza volver.

—Tú y Tristán... Perdona que te lo pregunte así. —Me puse colorada—. Sé que era el novio de Silvia, pero... algo hay, ¿no?

—No, no. —Carraspeé para aclararme la voz—. No, para nada. No sé por qué piensas eso.

—Bueno, quizá el hecho de veros agarrados de la mano me dio alguna pista.

—Fue un choque. —Creí que me ardía la cara—. Algo fortuito.

—Ay, madre. Otros.

—Otros, ¿qué?

—Nada, nada.

No respondí ni pregunté nada más, porque prefería dar por concluida la conversación.

—Entiendo que no quieras reconocer nada, así que no diré más. Eso sí, sigue negándolo, que estallar, te va a estallar en la cara.

—Es la hora —cambié de tema mirando el móvil.

—*Boom* —bromeó haciendo el gesto con las manos de una explosión expandiéndose.

Al salir de la cafetería y recuperar la cobertura, llegaron unos mensajes de mi padre. Le dije a Samuel que él fuera entrando en clase. Yo me acerqué a la puerta de entrada para que no fallara la cobertura y hablar más tranquila.

Papá

Estoy en el médico con mamá.

11:24

Cuando volvamos a casa, por favor, dejadle un poco de espacio y no le preguntéis demasiado. Ya te contaré, pero está muy nerviosa.

11:24

Papá

Le han dado *tranquimazin* y está en un box de urgencias.

11:24

Yo
Voy para allá.
11:28

Papá

No, ahora está dormida. Quizás luego la suban a planta.

11:28

Los mensajes con mi padre se fueron sucediendo, uno detrás de otro, cada cual más preocupante. Yo, ensimismada, con la mirada fija en la pantalla, no me creía lo que iba leyendo. Cada mensaje era más demoledor que el anterior, hasta que sentí cómo el teléfono resbalaba de mis manos inertes y golpeaba contra el suelo. Tenía que ser mentira. Quería que me tragara la tierra allí mismo para poder llorar sin que nadie me viera; pero no podía hundirme en medio de la facultad.

Por mi cabeza se cruzaban mil pensamientos. No podía ser cierto. Lo único claro es que tenía que ir a verte, abrazarte, hundirme entre tus brazos. Levanté el móvil del suelo. 12:23. Faltaba más de media hora para que terminaras el turno. Me daba tiempo a llegar a *El Rincón de Marc* antes de que salieras.

Mi abrigo estaba en el aula. Afuera estaba frío y llovía. Solo llevaba una blusa fina, pero no iba a volver adentro. No en ese estado. Corrí hasta el coche. Me di cuenta de lo ansiosa que estaba cuando intenté meter la llave en el contacto y no era capaz, porque no podía mantener la mano firme. No, todo aquello tenía que ser un mal sueño.

Empezó a llover con más fuerza. Los limpiaparabrisas iban y venían mientras las luces de coches y semáforos, potenciadas por la refracción al traspasar la lluvia, me deslumbraban. Me estaba mareando. Me arrepentí de haber ido en coche, porque no estaba en condiciones de conducir. Los mensajes de mi padre pasaban por mi cabeza una y otra vez.

Yo

¿A planta?

11:28

¿Qué ha pasado, papá?

11:28

El primer semáforo estaba en verde. O eso creo, porque tenía la mirada fija en el infinito y los ojos empañados en lágrimas; conducía por inercia. El siguiente semáforo debía estar en rojo, porque hicieron sonar el claxon con fuerza. Giré la cabeza y oí un impacto que tambaleó todo el coche.

Papá

Luego hablamos, Sara.

11:28

Yo

No, no.

11:28

No puedes dejarme así.

11:29

Papá

Hay malas noticias.

11:29

Sentí un latigazo en el cuello, pero en ese momento no me dolió. No, tenía que ser mentira.

Yo

¿Malas noticias?
11:29
¿Cómo que malas noticias?
11:29

—¡Hay que mirar por dónde se va! ¿¡Estás loca!?! —Un señor de unos cincuenta años salió gritando como un energúmeno.

Yo seguía llorando. Quería irme. Quería irme y estar contigo. Me bajé del coche. Del vehículo que estaba detrás del mío salió un hombre que intentó tranquilizarme, mientras el otro seguía gritando. Puedo imaginar lo que decían, pero no escuchaba más que un murmullo de fondo. Necesitaba escapar de allí. Los mensajes retumbaban en mi cabeza.

Papá
En la revisión.
11:30

Yo
¿Tenía revisión?
11:30
¿Por qué no me ha dicho nada?
11:30
Siempre va conmigo.
11:30
¿Han encontrado algo raro?
11:30

Papá
Ha reaparecido.
11:31

Empecé a correr. No quería estar allí. Estaba empapada. Necesitaba que me abrazaras. Unos chorros enormes caían desde mi cabeza por todo mi rostro. Pero corrí. Seguí corriendo mientras los mensajes seguían taladrando mi mente.

Yo
¡Joder!
11:31
¿Cómo que ha reaparecido?
11:31
¿Qué quiere decir eso?
11:31
¿El tumor?
11:31
¿Y se interviene y listo, como la vez anterior?
11:31

Papá

Prefiero que lo hablemos luego, hija. Solo quería avisarte para que no le preguntes a mamá. Le ha dado un ataque de ansiedad y no sé el tiempo que estaremos aquí.

11:33

Yo

¡¡Papá!!

11:33

Cuéntame qué pasa.

11:33

Se me está acelerando el corazón a mí.

11:33

¡Dímelo!

11:33

Comencé a tiritar por el frío. O por la angustia. Quería gritar, sacar todo el nudo que me atenazaba por dentro. Crucé los brazos, como si eso fuera a abrigarme o a protegerme de la lluvia. Y lloraba. Cruzaba las calles sin mirar. Los coches me pitaban; alguno me pasaba tan cerca que me salpicaba. No veía. No estaba en condiciones de ver. Pisaba charcos y me salpicaba; tenía el pantalón completamente empapado. Tenía que ser una gran mentira; todo era un mal sueño del que despertaría.

Papa

Es más complicado que la otra vez.

11:35

Yo

¿Más complicado?

11: 35

¿Cómo de complicado!

11: 35

¿Perderá el pecho?

11: 35

Papá

Luego lo hablamos, hija.

11: 35

Yo

¿¡Perderá el pecho!?

11:35

Me pesaban las piernas y el cuello me empezaba a doler, pero ya veía el bar a lo lejos. No me había planteado qué decirte. No me importaba. Solo quería llegar y verte. Abrazarte. Cuando estaba frente a los cuatro escalones que daban acceso a la entrada, vi que salías hablando con Melania.

Papá

Lo más probable es que sí, que lo tengan que extirpar.

11:36

Yo

Vale, perderá el pecho.

11: 36

¿Y luego?

11:28

¿Se extirpa y ya está?

11: 36

Papá

Esperemos que sí.

11: 36

Habrà que hacer algo de quimio después.

11:36

Yo

¿Esperemos?

11:36

¡¡¡Papá, dime la verdad!!!

11:37

Papá

Hay metástasis. Ha afectado a otros órganos.

11:39

Mamá está mal. Ella ya lo intuía, por eso prefirió no decirte nada y que no lo pasaras con ella como la otra vez.

11:39

Quiso que fuera yo.

11:39

No podía creer que aquello fuera real. Sus mensajes, su miedo a hablar, su tono... todo me indicaba la gravedad de la situación. Quería desaparecer del mundo. O hacerlo desaparecer a él. Me podía la rabia, la ira y, sobre todo, la impotencia. Al menos ya estaba frente a ti. No sabía qué iba a decirte, pero ya podía verte.

Papá

El médico dice que se extiende muy rápido. Parece ser que es peor cuando lo pasas tan joven, porque las células cancerígenas son fuertes y resistentes.

11:40

Lo siento, hija. No quería decírtelo así. Lo importante ahora es mamá.

11:40

Por favor, no preguntéis nada cuando llegue. Solo abrazadla.

11:40

Cruzamos la mirada. En tus ojos, percibí el pánico que sentiste al verme así, frente a ti, llorando, bajo la lluvia, sin saber qué ocurría. No me salieron las palabras. Daba igual. Estabas ahí y ya me podía derrumbar. Intenté decir algo, aunque, al intentar vocalizar, lo único que brotó de mi boca fue un llanto que no podía frenar. Me noté débil. Pero estabas allí, frente a mí. Los

espasmos no me dejaban respirar y me ahogaba. Ya estaba a tu lado, y me sentí libre para hundirme. No tenía fuerzas y me dejé caer hasta sentarme en el suelo. Estaba contigo.

Parte III

HASTA QUE TE ODIÉ

CAPÍTULO 24

*En tu rostro se dibujó una sonrisa llena de ternura que me mató.
Quería despertarme contemplándola siempre.*

Refugio

Sé que todo podría haber sido distinto entre nosotros. Sé que, aunque tuviéramos a Silvia en la mente y nos hubiéramos muerto de remordimiento, no hubiéramos tardado en estar juntos. Cualquier mínimo roce, cualquier palabra fuera de sitio, cualquier mirada hubieran bastado para hacer estallar todo en mil pedazos.

Eso lo sé ahora, mirándolo desde el tiempo y la distancia. En aquel momento, no me atrevía a reconocer ningún sentimiento hacia ti. Sin embargo, cuando estaba a punto de darme de bruces con la realidad, llegó aquel viernes que me partió la vida, aquel día que me destrozó el alma y del que no puedo hablar sin lágrimas en los ojos y un nudo en el estómago.

Llegué a *El rincón de Marc*, empapada, tiritando, muerta de frío y de miedo. Me miraste con pavor. No sabías qué pasaba (yo no lo tenía claro, tampoco), aunque te diste cuenta inmediatamente de la gravedad de lo que sucedía. Quería decirte lo que ocurría, pero no pude.

Sin fuerzas, me dejé caer al suelo. Te abalanzaste sobre mí y llegaste justo en el momento en que iba a impactar contra el asfalto. No pudiste evitar que cayera, pero me sujetaste y me sentaste con delicadeza. Me rodeaste con tu anorak y sentí tus brazos alrededor de mis hombros. Era todo lo que necesitaba.

—Mi madre... —fue lo único que pude decir, sin apenas voz.

Melania nos llevó a tu casa en su coche. En los asientos de atrás, lloraba apoyada en tu hombro; tú respetabas mi dolor en silencio, apretándome contra ti con tu brazo derecho, mientras con tu mano izquierda alternabas entre retirarme el pelo de la cara, limpiarme las lágrimas y acariciarme la mejilla con dulzura.

En tu casa, me diste ropa para que pudiera cambiarme. Por más que lo intentara, no te podía explicar qué había pasado, así que, cuando entré al baño a secarme y ponerme la ropa que me habías dejado, te di mi móvil para que leyeras los mensajes de la conversación con mi padre.

Leíste que me explicaba que mamá estaba en el hospital porque le había dado un ataque de ansiedad. Habían ido a revisión. ¡Joder, tenía que haber ido yo! ¡Siempre iba yo! «Esta vez es muy grave», decía mi padre. Se extendía por los dos pechos y empezaba a afectar a los pulmones. No lo dijo, pero yo sabía lo que significaba. Lo intuí en sus mensajes.

Te imaginaba leyendo el móvil y sufriendo por mí. Quizás no tendría que haberte involucrado en aquello. Quizás debí vivirlo sola, que no sufriera nadie más. Cuando volví a la habitación, tenías los ojos rojos y humedecidos todavía. Abriste los brazos y me lancé a ti, estrujándote mientras lloraba. Me abrazaste. Con fuerza. Con ternura. Después de un rato, me separaste un poco, me agarraste por las muñecas y me miraste a los ojos.

—No voy a decirte que estés tranquila y que no pasará nada, porque no lo sé. Nadie puede saberlo. —Asentía, mirándote, empañada en lágrimas—. Va a ser una temporada muy jodida. Y

muchas veces tendrás que hacerte la fuerte delante de tu madre para apoyarla. Lo único que puedo hacer es ofrecerte mi casa para cuando necesites un sitio donde permitirme ser débil y mi hombro para cuando quieras apoyarte en él.

Esa frase se grabó en mi cabeza y resonó una y mil veces a partir de entonces: «aquí estoy cuando necesites un refugio», resumió mi mente. Al plasmarlo ahora sobre el papel, veo a aquel Jon inmaduro diciendo «todo va a ir bien» y no puedo evitar compararlo con tu «será jodido, pero estoy aquí contigo»; el «dime qué quieres que haga», comparado con tus acciones que gritaban «no te preocupes, yo sabré lo que necesitarás en cada momento»; aquel ridículo «solo quiero que estés bien» (cómo iba a estar bien, Jon), con «seré tu refugio cuando necesites estar mal».

Tu respuesta tierna y madura era todo lo que necesitaba... o, al menos, lo máximo que se podía pedir en un momento así.

Después de tomar una infusión que me habías preparado, con las piernas cubiertas con una manta eléctrica con la que me cubriste para que entrara en calor, me tumbé en tu cama. Estaba agotada: el frío, el llanto, la presión en las sienes, la carrera hasta el bar...

Retiraste la manta eléctrica, me tapaste con una normal y te echaste a mi lado. En cuanto te sentí, tuve la necesidad de girarme hacia ti y echarme sobre tu pecho.

—Ojalá se pare el tiempo. —No sé si lo dije o lo pensé—. Solo quiero estar aquí, en mi refugio.

Sabía que los meses siguientes serían una pesadilla con final incierto. No quería vivir todo aquello. No estaba preparada para ver a mi madre sufrir tanto. Allí, entre tus brazos, sobre tu pecho, lloraba, pero me sentía la persona más arropada del mundo. Estarías siempre para apoyarme.

Toda la tensión acumulada durante el día se fue diluyendo. Mi cuerpo estaba entrando en calor y se relajó. Me acariciabas suavemente la mejilla. Notaba cómo me mirabas a cada rato para ver cómo estaba; me tranquilizaba que estuvieras tan pendiente de mí. Después de toda la ansiedad, la angustia, el cansancio, descansé sobre tu pecho mientras me acariciabas, arropada por la manta y por tu mirada constante, lo que me hizo relajarme tanto que mis ojos se fueron cerrando y me dejé llevar hasta dormirme.

Después de unos veinte minutos desperté, desubicada, sin saber dónde estaba y qué hacía allí. Poco a poco, fui recordando todo. Tenía que ir a hablar con Fran. No sabía qué hora era, aunque tocaba levantarse. Antes, respiré profundamente mientras apretaba con fuerza mi cabeza contra tu pecho, como un último abrazo para darme fuerzas.

—Me he dormido. —Giré la cabeza para verte mientras me frotaba los ojos.

—Sí. Necesitabas descansar. —Me miraste con cariño. En tu rostro se dibujó una sonrisa llena de ternura que me mató. Quería despertarme contemplándola siempre.

—Tengo que irme. Quiero hablar con Fran antes de que lleguen mis padres a casa. Y tengo que hablar con mi padre. —Me empecé a poner nerviosa—. No sé si mi madre sigue en el hospital. Y tengo que ir a por el coche.

—Vale, no te aceleres —me dijiste con tono calmado—. Lo primero, escríbele a tu padre para saber si siguen allí.

Cuando me pasaste el móvil, vi que tenía cinco llamadas de mi padre. Entré al chat y me había escrito un montón de mensajes, pero ni los leí.

Yo

¿Qué tal todo?

16:16

¿Seguís en el hospital?

16:16

¿Cómo está mamá?

16:17

Papá

¡Menos mal que respondes, hija! Estaba muy preocupado. Me han llamado porque el coche está en el depósito municipal. Me dijeron que habías tenido un accidente y habías dejado el coche allí. ¿Dónde estás?

16:17

Yo

Estoy bien, papá.

16:17

Siento no haberte respondido.

16:18

Luego voy a por el coche. Cuéntame cómo estáis.

16:18

Papá

Mamá sigue en el *Box*. Se ha despertado, pero la han medicado de nuevo. Ya te iré contando.

16:18

Yo

Vale, papá.

16:18

Voy para casa.

16:19

Hablaré con Fran.

16:19

¡Te quiero!

16:19

Papá

Te quiero mucho, hija.

16:19

—He llamado a un taxi —me informaste.

—Muchas gracias. Por todo. Voy a bajar para esperarlo.

—Eh, no. VAMOS —remarcaste— a bajar y lo VAMOS a esperar.

—No hace falta, de verdad.

—¿No hace falta? —Me miraste de reojo—. ¿O no quieres?

—No hace falta —respondí con timidez al tiempo que bajaba la vista.

—Pues vamos. Ten, ponte esto. —Me diste tu anorak.es

—¿Y tú?

—¿Yo? Si ese te queda mejor a ti que a mí —bromeaste. Estiré los brazos y me sobresalía

la manga unos diez centímetros más allá de mis manos—. Yo pondré otro. —Abriste el armario y sacaste una cazadora que se notaba vieja y desgastada.

Pasamos a recoger el coche por el depósito municipal y fuimos a casa. En la puerta, te miré y resoplé con fuerza para tomar impulso e intentar no desmoronarme al contárselo a mi hermano.

—¡Ey! —saludó Fran desde la isleta de la cocina cuando entramos en casa. Estaba comiendo un sándwich—. Ya pensaba que me había despertado en un futuro postapocalíptico donde todos habían muerto y empezaban a aparecer zombis.

—Fran, vamos al salón, porfa —le sugerí, con voz suave. Soltó el sándwich y me miró con preocupación—. Tengo que contarte algo.

Le dije que mamá había ido a revisión y que parecía que el tumor había reaparecido. No reaccionaba. Te miré. Estabas detrás del sofá, lo suficientemente lejos como para no oírnos y darnos cierta privacidad, pero lo suficientemente cerca y a la vista para sentirme arropada en todo momento.

—Fran, escúchame. Esta vez es muy grave.

Por un momento, no sabía si no me entendía. Su rostro impasible me estaba asustando.

—La vez anterior, con una intervención menor y tratamiento fue bien. Esta vez no será tan fácil. ¿Me estás entendiendo, Fran? Esta vez... hay más riesgos.

Fran apretaba una y otra vez la mandíbula y su rostro iba enrojeciendo. Se levantó en un gesto violento y se fue.

—¡Fran! —grité cuando ya estaba frente a las escaleras—. Vamos a hablar.

Fui detrás de él, pero no se giró y subió. Tú me sujetaste antes de llegar a la escalera.

—Dale su tiempo.

—¡Joder, qué mierda!

Me froté los ojos y me llevé la mano a la cabeza. Miraste el móvil. Eran más de las seis y sabía lo que eso significaba.

—Es tarde, te llevo si quieres —te propuse.

—Ven, vamos a sentarnos.

Me subí al sofá y me senté sobre mis piernas cruzadas. Tú te pusiste en la butaca de la izquierda.

—Muchas gracias —te agradecí en un susurro, mirándote con ternura.

Era la mirada de confianza ciega en ti, de complicidad extrema, pero, a la vez, era la mirada que nos confirmaba que lo nuestro era imposible. Tú tenías a Silvia y, yo, una situación complicada que no dejaba hueco para lo que tendríamos que haber vivido. Esa mirada fue como un pacto de no agresión. Cualquier muestra de cariño a partir de entonces sería interpretada como lo que me decía que éramos: dos amigos que se apoyan. La diferencia es que, a partir de ese momento, tenía que ser cierto.

Se abrió la puerta. Mi madre entraba apoyada con su brazo derecho en el hombro de mi padre y la mirada perdida. Fui hacia ella. Mi padre me hizo un gesto con la mano para indicarme que me tranquilizara. Le pasé el brazo izquierdo por mi hombro y subí con ellos. Al poco, bajó mi padre. Se sentó en el sofá. Yo me acomodé a su lado, agarrándole la mano.

—Está dormida —informó.

—Cuéntame en detalle.

—Está muy extendido. Ha afectado al pulmón.

—¿Y ahora? —Traté de contenerme al escuchar eso.

—Hay que operar. El martes la ingresan de urgencia y entra en quirófano el miércoles. Lo más seguro es que haya que extirpar el seno derecho. Y probablemente el izquierdo también. Quizás un trozo de pulmón.

—No entiendo. En la última revisión no se vio nada.

—En una persona joven las células son fuertes y resistentes y se reproducen con rapidez. Las células cancerígenas también. Algo así me explicó el doctor. Vamos, que si te da de joven es más abrasivo y se extiende más rápido.

—Vale. —Resoplé—. ¿Y después?

—Después, quimio seguramente...

—¿Y después? —Mi padre guardó silencio—. Todo saldrá bien, ¿no?

Respiró profundamente y apartó la vista.

—Papá —dije, ya sin poder contener las lágrimas.

—No sé —musitó sin mirarme.

—Papá, en serio.

—No sé —repitió, con menos voz incluso.

—¡¡Sé claro, por favor!! —grité, desesperada.

—¡No puedo ser claro, Sara! —Se levantó y se llevó la mano a la cara, frotándose los ojos—. Me he pasado todo el día allí, recibiendo más información de la que soy capaz de procesar, intentando comprender lo que pasa, asimilando que, por gilipollas, quizás he desaprovechado el último año que podía pasar con tu madre. No puedo ser claro. No puedo asumir algo así.

Se puso a llorar y me abracé a él.

—No lo digas, papá. Lucharemos.

Estuvimos un rato abrazados, de pie.

—¿Y Fran? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Se ha ido a su habitación y no ha salido de ahí.

—Voy a hablar con él.

—Suerte.

Cuando estaba junto a la escalera, se volvió hacia mí.

—Hija —me llamó—, esta vez no os voy a fallar.

Mi padre subió. Miré a mi alrededor. Me sentí vacía sin ti. Me acerqué a por el teléfono, que seguía guardado en el anorak que me habías prestado. Metí la mano en el bolsillo y me acerqué para inspirar profundamente. Todavía olía a ti. En cuanto desbloqueé la pantalla comprobé que tenía mensajes tuyos y sonreí.

Tristán

Me he ido para que tengáis vuestro espacio.

19:23

Cualquier cosa que necesites, aquí estaré.

19:23

Lo que sea y en cualquier momento.

19:24

Siempre.

19:24

Al leer ese «siempre», un escalofrío recorrió mi espalda. «Esto no entra en nuestro pacto de no agresión, Tristán», te reocriminé mentalmente. Me levanté, me puse tu anorak, todavía

húmedo, y me acurruqué en el sofá para llorar en silencio.

CAPÍTULO 25

Con las manos entrelazadas, apoyé mi cabeza en tu pecho. Mi lugar favorito.

Operación

Cuando consideré que me había desahogado lo suficiente, subí a la habitación y le hice una seña a mi padre para que me dejara echarme con mamá. Se levantó, me dio un beso y salió de la habitación. Me metí en la cama y, abrazando a mi madre, me quedé dormida.

En mitad de la noche, percibí que se había despertado. La miré y me apretó fuerte contra ella. En la oscuridad, oí cómo lloraba. Intenté contenerme, pero alguna lágrima se me escapó. Al cabo de unos minutos, me separó la cara y me secó las lágrimas.

—La noticia me ha venido grande —me susurró—. Sabía que algo pasaba, pero no imaginé esto. A partir de mañana, empezaré a poner todo de mí para intentar que... bueno, que todo salga bien.

—Nosotros estaremos a tu lado —respondí limpiándole las lágrimas yo a ella.

Nos abrazamos y me dormí acurrucada entre sus brazos. A cada rato yo despertaba y notaba cómo mi madre seguía despierta. A veces la sentía llorar; otras, solo notaba su respiración acelerada. A las nueve de la mañana, cuando me levanté, ella dormía profundamente.

Cuando me levanté de la cama y consulté el móvil, vi que Silvia me había escrito varios mensajes la noche anterior.

Silvia

Tristán me ha contado las malas noticias.

22:42

Cuando estés disponible, avísame y te llamo para hablar.

22:42

Me da rabia no estar ahí para darte un abrazo, pero sabes que me tienes para lo que sea.

22:42

No tenía ganas de hablar. Ni con ella, ni con nadie.

Me avisaste de que te pasarías después del trabajo y, a la una y media, apareciste con tu mochila.

—¿Qué traes ahí hoy?

—No os apetecerá mucho, pero al menos tendréis comida si os entra hambre —respondiste sacando unos táperes de tu mochila mágica—. ¿Has comido algo?

—No, la verdad es que, desde ayer al desayuno, nada —contesté mientras me sentabas en la isleta—. No tengo hambre.

Sin preguntar, sacaste una sartén y echaste en ella lo que traías en uno de los recipientes de

cristal. Olía muy bien. Me serviste un plato de garbanzos tostados con espinacas y patata cocida, al que agregaste un chorro de aceite y pimentón picante.

—¡Qué bien huele!

—En el otro táper hay lentejas estofadas. Creo que son suficientes para los cuatro. Ten — me dijiste mientras echabas otra ración de garbanzos—. Llévaselo a tu padre.

—¡Papá! —grité.

—¡Qué haces, loca!

—¡Huele bien! —exclamó mi padre al entrar en la cocina.

—Tristán nos ha traído esto. Prueba.

—Gracias.

Comimos los tres en la isleta. Fran seguía en su cuarto. El tiempo pasaba muy despacio. Aquel momento, sin embargo, mientras comíamos, con el silencio roto únicamente por alguna frase hecha entre tú y mi padre, fue un momento agradable.

El domingo, mi madre se levantó con algo más de humor. Fran, no. Lo único que sabíamos de él era que llevaba toda la mañana escuchando música en su habitación. A la hora de la comida, abrí el otro táper que habías traído. Miré con desgana las lentejas. «Y sin chorizo, qué tristes». No obstante, nadie tenía humor para preparar otra comida, así que las volqué en una olla y las puse a fuego medio.

Mi madre subió a ver a Fran, pero ni ella consiguió que saliese de su cuarto.

—Apenas me ha dirigido dos palabras —dijo mi madre cuando bajó—. Es que ni un beso.

—¡Vaya plan! —lamentó mi padre.

—Um, están muy ricas —comentó mi madre al probar las lentejas—. ¿Las has hecho tú? — me preguntó.

—Ja —soltó mi padre. Le miré de reojo—. Perdón.

—Las ha traído Tristán —respondí.

—Entiendo. —La miré de reojo a ella también por el retintín que utilizó—. Tienen un toque picantito que le da mucho sabor.

—Y hay otra cosa que no distingo —añadió mi padre— pero, también, le dan un toque especial.

—Lleva cúrcuma, me ha dicho. Será eso. No sé cómo sabe la cúrcuma, así que...

—Me preocupa Fran. No es sano que esté ahí solo tanto tiempo —comentó mi madre—. ¿Ha comido algo?

—Ni idea, mamá. No ha bajado a la comida ni a la cena, pero tampoco puedo asegurar si ha comido algo que no haya visto.

—Tres días ahí es mucho.

Fran estaba en un bucle del que no iba a salir con nadie de la familia. Quizás con alguien cercano, pero que no fuera de casa, consiguiera abrirse. Tú tenías confianza con él y te respetaba, así que te escribí.

Yo

Fran sigue sin salir de su habitación.

14:27

No quiere hablar con nadie.

14:28
¿Te importaría venir tú y hablar con él?
14:28

Tristán

Vale.

14:28

El tiempo que tardo en ir hasta allí.

14:28

Yo

No hay prisa.

14:28

¡Gracias!

14:28

Cuando llegaste, habíamos terminado de comer, pero seguíamos en la isleta sentados, tomando café. Mi madre se levantó para saludarte y os fundisteis en un abrazo. Me emocionó sobremanera ver el cariño que os habíais tomado en aquellos días. Mi madre hizo esfuerzos por no llorar. Yo, también.

Subiste a hablar con Fran, pero no te debió dar tiempo ni a saludar, porque, al instante, estabas bajando con él del brazo. Yo no entendía nada. Menos incluso cuando llegaste abajo.

—Déjame las llaves de tu coche —me pediste sin dejar de sujetar a mi hermano por el brazo.

—¿Qué?

Me miraste y giraste la cabeza. Entendí que no tenía que hacer preguntas, así que te di las llaves que estaban en el cuenco del recibidor.

—Vale, vale.

Pasaba la tarde y no sabía nada de vosotros. Ni un mensaje. A las siete comencé a preocuparme. Tú, normalmente, ya estabas en casa a esa hora.

Yo

¿Todo bien?

19:16

¿Dónde estáis?

19:16

Tristán

Sí, sí, todo bien.

19:19

Vamos enseguida.

19:19

—¿Dónde habéis estado? —os reñí al abrir la puerta—. Estaba preocupada.

—Hemos ido al monte Serbal. —En cuanto hablasteis, me llegó un olor insoportable a cerveza. Los ojos, rojos por completo, os brillaban demasiado. ¡Os habíais emborrachado!

—¿En serio? ¿Habéis bajado el puerto así?

—No, no —respondiste intentando mantenerte recto—. Mañana tienes que ir a buscar el coche a *El Rincón de Marc*. O bueno, hoy, como quieras.

—¿Has emborrachado a mi hermano?

—Alguna vez tenía que ser su primera borrachera. Mejor conmigo que solo, ¿no?

Te patinaba la lengua e intentabas aguantarte la risa; no sabía si enfurecerme o reírme yo también.

—¿Su primera borrachera? Si casi no he tenido yo la mía.

—Otro día.

—Otro día, ¿qué?

—Otro día solucionamos eso.

Me llevé la mano a la cara para que no percibieras que me estaba riendo. Me hacía gracia verte así. Intentaste posar las llaves del coche en el cuenco, pero apuntaste mal y cayeron al suelo.

—Uy, lo siento.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —te recriminé después de reírme disimuladamente.

—Hasta mañana —te despediste.

Me diste un beso en la mejilla sin venir a cuento. No sé si te dio más vergüenza a ti o a mí. Yo me puse colorada como un tomate, desde luego.

Fran no confesó nada de lo que habíais hecho. Tú tampoco me lo contaste. «Cosas nuestras», contestaste cuando te pregunté al día siguiente. Lo cierto es que, después de ese día, Fran volvió a ser el chico comprometido, cariñoso y familiar de la vez anterior.

La semana fue transcurriendo hasta que llegó el día de la operación. El jueves estábamos en la sala de espera, como cerca de un año antes. Mi padre estaba en medio, yo a su derecha y Fran a la izquierda, como hacía menos de un año. Estábamos nerviosos, agarrados de las manos, con la incertidumbre de cómo saldría la intervención; como el año anterior.

Lo único nuevo era el pánico que nos devoraba por dentro. En la ocasión anterior, los médicos nos habían repetido hasta la saciedad que, dentro de la gravedad, era un tumor tratable. En esta ocasión no lo habíamos escuchado ni una sola vez. «Habrà que valorar tras la operación», repetían, como un puñal que se clavaba una y otra vez en el costado desgarrando la piel. «Observaremos la evolución cuando se inicie la quimioterapia»; puñalada tras puñalada, el miedo se hacía cada vez más fuerte. «Es pronto para saberlo», «no podemos aventurarnos a asegurar nada».

La sala de espera parecía haberse quedado sin aire y me ahogaba. Necesitaba respirar. Salí al pasillo y allí estabas. Aparentaste caminar, pero, en realidad, te había visto de pie, quieto, como si llevaras esperando toda la mañana sin hacer nada.

—Solo venía a saber si había novedades —dijiste con voz suave—. Y a ver cómo estabas.

—Sigue en quirófano. ¿No trabajas?

—No, hoy no.

—¿Es festivo y yo no sabía nada?

—En algún sitio del mundo lo es.

—¿Clase? Tampoco.

—Día libre: es el día mundial de los manatíes.

—Ya. El mundialmente celebrado día de los manatíes. ¡Cómo se me habrá olvidado! Te invito a un café, anda. Y, recuerda, soy una experta en la semiótica de la mentira.

Al mencionarlo, se me vino a la mente el trabajo de semiótica.

—¡Ay, no hemos hecho la presentación! Lo siento, ni me he acordado.

—No te preocupes por eso. La profesora me ha permitido hacerla a mí solo.

Tras un rato en la cafetería, quería volver con Fran y mi padre para estar cerca de ellos.

—Voy para la sala de espera. ¿Vienes?

—No, pero estaré por aquí cerca. He traído... —Señalaste la mochila.

—Imagino: la tienda de campaña, comida, portátil, antena wifi... —Sonreíste—. Ven allí con nosotros.

—Tranquila, si necesitas cualquier cosa, me mandas un mensaje.

—Porfa.

Mi voz sin fuerza, junto al nudo en mi garganta que me impedía decir nada más, te convencieron. Fuimos a la sala de espera y le diste un abrazo a Fran. Después, mi padre se levantó para saludarte. Estrechasteis la mano, pero de inmediato lo abrazaste; noté cómo mi padre se emocionaba.

Tras la operación, cuando nos llamaron para informarnos, tú quedaste en la sala de espera con Fran mientras mi padre y yo entramos a hablar con el cirujano.

—Hemos tenido que extirpar los dos senos y un lóbulo del pulmón derecho que estaba afectado —nos informó.

Se confirmaba el peor presagio. Solo faltaba esperar. Esta vez, mamá se tuvo que quedar en el hospital el fin de semana. El lunes volvió a casa y el miércoles de la semana siguiente empezaba la quimioterapia. Nos explicaron que el intervalo entre la cirugía y el inicio del tratamiento solía estar entre las cuatro y las seis semanas. Sin embargo, no había tiempo que perder y el beneficio de comenzar el tratamiento temprano podría superar el riesgo de complicaciones, como infecciones y problemas de cicatrización.

—Me voy —anunciaste cuando volvimos a la sala de espera.

Entendí que querías que estuviéramos a solas los tres para hablar y entendí que tenías razón, así que te acompañé afuera. De camino a la salida, me empezaron a brotar las lágrimas. Estaba agotada y me dolía la cabeza, así que me senté en la sala junto a la entrada. Necesitaba descansar, pero, sobre todo, tenerte cerca un rato, a solas, para poder estar triste sin remordimiento.

—Le han quitado los dos pechos, Tristán.

—¡Joder!

—No sé si puedo aguantar esto —continué sin voz apenas—. De verdad. Lo intento, pero me supera.

—Esto supera a cualquiera, Sara —respondiste—. Nadie está preparado para vivir esta mierda.

Me agarraste la mano y no pude contenerme. Envuelta en lágrimas, me abracé a ti. Al cabo de un rato me calmé: ya no tenía fuerzas para seguir llorando. Con las manos entrelazadas, apoyé mi cabeza en tu pecho. Mi lugar favorito.

Fueron semanas muy duras. Mamá todavía estaba dolorida y cansada por la operación cuando tuvo que comenzar con el tratamiento. Papá y yo la acompañamos a la primera sesión de quimioterapia. La enfermera nos explicó todo el proceso mientras preparaba la infusión de *paclitaxel* y *gemcitabina*. Cuando terminó todo, aún tuvimos que esperar como veinte minutos,

porque mi madre se sintió mareada.

—Es normal —nos explicó la enfermera mientras quitaba la vía de la medicación—. Hay que esperar un rato para que se normalice antes de irse.

En total, estuvimos en el centro de salud más de dos horas. De camino a casa, en mitad de la autovía, mi madre comenzó a marearse.

—Vete suave, por favor —suplicó a mi padre mientras bajaba la ventanilla para tomar aire—. ¡No! Para, para —gritó entre arcadas.

Mi padre miró a su alrededor. Era peligroso detenerse allí, en mitad de la autovía. Mi madre se llevó la mano a la boca intentando contenerse. Mi padre aceleró para meterse en una salida que había a quinientos metros y frenó en medio de la rampa de deceleración. Mamá abrió la puerta. No pudo aguantar lo suficiente para apartarse y vomitó; una parte se esparció por la calzada y otra quedó impregnada en el interior de la puerta.

Salí, la ayudé para que se acercara al quitamiedos y le sujeté el pelo mientras vomitaba. Intentó tomar aire unos minutos, pero el cansancio la obligó a regresar al coche. Le pedí que se sentara atrás conmigo.

—Buf, ese olor me va a hacer vomitar otra vez —dijo con los ojos cerrados.

—Sí, tranquila —respondió mi padre sacando un limpiasalpicaderos del maletero—, estoy en ello.

Durante el resto del trayecto mi madre se mantuvo con los ojos cerrados. Se apoyaba en mi hombro unos segundos, pero tenía que incorporarse por los mareos y las náuseas.

Esos días fueron muy duros. Mamá estaba siempre cansada y mareada.

No sé qué hubiera sido de mí sin mi refugio. Esos días lo fuiste todo para mí. Bueno, para mí y para el resto de la familia. Verte por casa era algo habitual. No sabía que estabas y, de repente, te encontraba hablando con mi padre. No sabía que habías venido y, de pronto, me tropezaba contigo saliendo de la habitación de Fran.

Había veces que nos sentábamos en el salón. Yo solía ponerme en el sofá, sentada sobre mis piernas, y tú te sentabas en la butaca, a la izquierda. Te convencí para que viéramos *Friends* y, a veces, poníamos algún capítulo. Otras, nos quedábamos en silencio. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, te hablaba; necesitaba contarte todo sobre mí. Te conté el proyecto que había comenzado, *El llanto del sauce*, un thriller donde la protagonista intenta encontrar al hombre del que se ha enamorado, con remotas alusiones al mito de Perséfone.

Me acuerdo de un día en que te conté la anécdota en la que Fran y yo, estando de vacaciones, nos peleábamos por subir en los hombros de papá. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas que te dije que mamá nos vendía turnos para subirnos a los hombros de papá a cambio de besos? Se me empañaron los ojos mientras te narraba cómo caminamos por la fortaleza de Peñíscola.

Mi padre estaba agotado de cargar con nosotros por las cuevas, así que, para dejar de subirnos, nos chantajeó con un helado. ¿Recuerdas que te dije que es el recuerdo más feliz que tengo de mi infancia? Porque yo sí, me acuerdo a menudo.

Aún veo, como si la tuviera delante, la sonrisa de mamá acercando sus mejillas a nosotros para que le diéramos besos a cambio de un «vale por un viaje en hombros»; veo su brillo en esos ojos colmados de felicidad por vernos felices a nosotros; y veo tus ojos tiernos mirándome con devoción mientras te lo contaba.

¡Joder! ¿Por qué no me di cuenta de que aquella era la mirada de quien te ama con toda el

alma, de alguien que daría todo por ti? ¿Por qué no fui hasta ti? ¿Por qué coño no te abracé hasta que me sangraran las manos?

CAPÍTULO 26

Me sorprendió que no pensaras que lo mejor de ti podían ser tus labios rosados, o los hoyuelitos de tus mejillas cuando reías, o tus pómulos marcados, o ese pelo oscuro alborotado, o quizás esos ojos marrones que brillaban cuando se emocionaban.

Familia

UN sábado, te acercaste a casa después del trabajo y subimos a mi cuarto, porque te quería enseñar los avances sobre mi novela.

—Ayer me enviaron la primera prueba de portada y el texto con la revisión ortotipográfica.

—¡Qué bien! Bueno, la portada es... muy básica, ¿no? Una foto de un almendro, sin más.

—Sí, eso me parece, pero, bueno, es la primera prueba. Ya les he dicho que mi idea es que una figura de mujer salga de detrás del almendro, porque de ese rencor saldrá la protagonista que se infiltrará en la mafia y no parará hasta encontrar a los culpables.

—¿Y eso de la revisión ortotipográfica?

—Es la corrección ortográfica, pero también de erratas, errores gramaticales, uso de comillas... Han corregido poca cosa. Dicen que está muy bien escrito.

—¡Ah, genial!

—Sí, alguna buena noticia. Por cierto, Fran quiere presentarte a Ángela. Me ha preguntado si vamos a comer mañana los cuatro a algún sitio. Él no se atreve a decírtelo, ya ves.

—Me encantaría. Había quedado con Melania y Rodri, pero puedo cancelarlo.

—No, genial. Avísalos de que nos apuntamos y, si no tienen problema, vamos todos. Necesito desconectar un rato.

Quedamos en la terraza de siempre: *La terraza de Moix*, no se me olvidará nunca. A Ángela le caíste genial desde el principio. Había cambiado el rosa del pelo por el azul, y llevaba los labios a juego. Había abandonado las faldas negras de vuelo con calentadores que solía llevar meses antes.

Ese día llevaba pantalones tejanos azules anchos, que dejaban a la vista el tobillo, combinado con una camiseta de tirantes de rayas horizontales anchas, rosas y blancas, sobre la que llevaba una cazadora que simulaba ser cuero negro. Era bajita y delgada y, con su graciosa cara llena de pecas, le sentaba bien todo, pero me gustaba más el estilo que había adoptado que el anterior.

—¡Ey, tú debes ser Tristán! —Se abalanzó sobre ti y te abrazó—. Soy Ángela.

—Ya, ya. Encantado.

—¡Qué bien conocerte! En esa casa no se habla más que de ti, vamos. Lo que no me habíais dicho —se dirigió a Fran y a mí— es que era un buenorro. ¿En serio queréis quedar fuera? —protestó, cambiando de tema por completo.

—No seas friolera —le recriminó Fran.

—Bueno, tres quieren terraza —dije señalando a Melania, a Fran y a mí—, y tres no. Si os parece, tomamos algo fuera y, después, comemos dentro. Por cierto —te dije—, esto es para ti.

—¿Y esto?

—Iba a devolverte tu anorak, pero mi madre vio cómo había quedado después de... bueno, eso. Me ordenó tirarlo y comprarte uno nuevo.

—No tenías por qué. Seguro que no estaba tan mal.

—Cuando veas a mi madre, ya la riñes tú. A mí no me hace caso.

Nos sentamos y tomamos algunas cervezas. A la hora de la comida, propuse quedarnos allí, porque tenían algunas opciones para veganos.

—Tienen hamburguesa de soja —indiqué señalando un cartel pegado en la cristalera.

—¿Será hamburguesa de soja de verdad? ¿O serán pegotes de soja desmenuzados?

—Juégatela —te amenacé—, que acabas con la cara pringada, ya lo sabes.

—¿No estaba buena la que preparamos nosotros? —preguntó Fran—. Interés le pusimos.

—Pues con el interés... ¡pasé un hambre!

—Ay, Tristán —te llamó Ángela—, yo quiero probar todo eso que me cuenta Fran. Quiero no: ¡necesito!

—¡Eso, una comida! ¡Qué bien me cae esta chica! —apuntó Melania.

—Podemos preparar algo en mi casa —propuso Fran—. Bueno, más adelante —aclaró, cabizbajo.

—¿Pedimos algo de comer, entonces? —pregunté, para cambiar el tono.

—Eh, ¿no íbamos a comer dentro? —protestó Rodri.

—Ay, no —respondió Ángela—. ¡Ahora se está tan bien aquí!

—¡Toma! —Melania extendió la mano hacia Ángela y chocaron las palmas.

—Vale, pero, mientras viene la comida —replicó Rodri—, propongo un juego.

—A ver qué tramas —contestó Fran con media sonrisa.

—Cada uno tiene que decir lo que más le gusta de sí mismo.

—Venga, bah, puede ser divertido —comentó Ángela—. Eso sí, hay que decir también lo que menos nos gusta.

—Empiezo yo. Me gusta mucho mi boca. —Melania puso morritos exhibiendo sus labios carnosos pintados en granate—. Lo que menos me gusta son mis pies.

—Hay que verlos —replicó Fran.

—No, no. ¿Cómo voy a enseñar mis pies aquí? Son horribles.

—Lo siento, hay que comprobar que es cierto.

—Eh, eh, si hay que enseñarlo, yo voy a cambiar lo que tenía pensado decir sobre mí —intervino Rodri.

—¿Qué tenías pensado decir que te gustaba de ti? —Melania miró para él con cara de asombro—. Sí, es hermosa, pero tanto como lo mejor...

Todos estallamos en una carcajada. Yo casi escupo la cerveza que estaba bebiendo.

—Iba a decir esto. —Se levantó, se giró y puso el culo en pompa.

—Ah, sí, sí, un señor culo —ratificó Melania. Tú te levantaste y le diste un manotazo en una nalga.

—Y duro como una piedra —añadiste, sorprendido.

—Que sí, que sí. Un culazo, te lo digo yo —confirmó Melania, dando con el puño en la mesa para añadir énfasis.

Después llegó tu turno.

—Pues yo creo que mis manos. —Las extendiste y te las miraste.

—Tus manos —dije, mirándote con incredulidad.

¿En serio decías que lo que más te gustaba eran tus manos? Me sorprendió que no pensaras que lo mejor de ti podían ser tus labios rosados, o los hoyuelitos de tus mejillas cuando reías, o

tus pómulos marcados, o ese pelo oscuro alborotado, o quizás esos ojos marrones que brillaban cuando se emocionaban.

—Nunca me había fijado en ellas, pero, ahora, practicando con el teclado, las veo y me gustan.

—No le hagáis caso —contradijo Melania—. Lo mejor son sus abdominales.

—¿Qué dices? —Ángela se sorprendió y se puso en pie para mirarte, como si quisiera traspasar tu ropa con la mirada para comprobarlo.

—Lo que yo te diga, que le veo todos los días sin camiseta. Vamos, de hecho, si llego al trabajo y veo que aún no está, hago tiempo y espero un poco para entrar cuando él y ver cómo se cambia. Se está poniendo tremendo.

—No te pega mucho —comentó Ángela—. A ver, estás bueno, pero nunca diría que tienes tableta.

—Es lo bueno de esa urbanización —respondiste—. Algún día, cuando mi madre se duerme, bajo un rato al gimnasio.

—¿Algún día? —Te miré de soslayo—. Con lo metódico que eres, estoy convencida de que lo tienes bien organizado y vas días concretos a horas concretas, en plan lunes, martes y jueves.

—Y sábados —puntualizaste.

Todos nos reímos. A continuación, llegó mi turno.

—Pues me gusta mi perseverancia... —comencé a decir.

—Buuu. —Melania empezó a abuchearme y todos la seguisteis.

—Vale, vale. Mi pelo. —Me intenté quitar la coleta, pero el coletero se me había enredado —. Ay, ayúdame —te dije, tirando de mi melena.

—Un día vas a tener un disgusto con una goma de estas. Las carga el diablo.

—Pues sí —continué tras mover la cabeza para que se asentara la melena—. Siempre me ha gustado mi pelo, tanto así suelto como con coleta.

—A mí también me encanta tu melena —dijo Melania—. ¿Usas alguna mascarilla o algún champú en concreto?

—No lo cuido con nada en especial, la verdad. Será por todo el plátano que nos obligaba a comer mi madre.

—Ya —dijo Fran—. ¿Te acuerdas? Después de clase —contó dirigiéndose a todos—, siempre nos llevaba al parque que había junto al cole y nos preparaba para merendar un bocadillo y un plátano.

—El bocadillo podía variar —expliqué yo—, pero, oye, el plátano siempre había que comerlo. Y, según ella, era bueno para todo: para la memoria, para el sistema nervioso, para prevenir enfermedades cardiovasculares...

—¿Y por qué se supone que va bien para el pelo? —preguntó Rodri.

—Decía que tenía vitamina E, que los antioxidantes ayudaban a reparar el cabello dañado... Era lo más, vamos.

—Mi padre estaba obsesionado con la leche —comentó Melania. Miré hacia ti. Sonreías, pero te noté cabizbajo—. En la merienda siempre me daba leche.

—Ay, pues a mí no. Mi madre me llevaba unos bocatas de chorizo así de grandes —exclamó Ángela extendiendo los brazos—. Es permisiva para la comida, sí. Ahora, tengo que estar a las ocho en casa todos los días. Aunque sea sábado.

—Bueno —intervino Melania—. A mí, hasta los dieciocho, no me permitieron llegar más tarde de las diez.

—¿Qué te pasa, Tristán? —te preguntó Rodri.

—Nada —respondiste, intentando sonreír.

—No sé, te noto... melancólico desde que han empezado a contar sus batallitas de niños.

—No, en serio. No es nada.

—Ey, Tristán, estamos entre amigos —dijo Ángela—. Aquí se puede contar todo. Vamos, yo os considero amigos.

—¿En serio? —Fran la miró, perplejo—. Años con los compañeros de clase y dices que no son ni conocidos. Ahora, ¿dos minutos aquí y ya son tus amigos?

—Qué quieres. La gente auténtica se cala a la primera. Y sé que tú eres auténtico, Tristán. ¿Por qué te has puesto triste? Todos lo hemos notado y me gustaría que tuvieras la confianza para contarlo.

—Es una tontería, de verdad. Es que mi infancia ha sido tan diferente a la vuestra que, a veces, cuando oigo hablar a los demás, creo que hemos vivido en realidades distintas. Y no es algo contra vosotros. Al contrario, lo que habéis vivido vosotros es lo que debería ser normal.

Todos quedamos en silencio, escuchándote. Deseaba agarrarte la mano, como tú hacías cuando yo me sentía mal, pero no podía. No allí.

—Desde los siete años —continuaste—, quizás ocho, podía quedar en el parque cuanto quisiera, porque nadie iba a buscarme al colegio. Yo miraba con envidia a los niños a los que obligaban a merendar. Ojalá alguien me hubiera llevado un plátano algún día.

Melania y yo nos cruzamos la mirada y a las dos se nos empañaron los ojos. No podía imaginar qué era por lo que habías pasado, pero te admiraba. Salir indemne de una situación así es complicado. Y no solo lo habías hecho, sino que luchar contra una realidad tan cruda te había convertido en la excelente persona que eras.

—Y, cuando alguien protesta porque hasta los dieciocho años no le dejaban llegar después de las diez de la noche —señalaste a Melania—, o que tiene que llegar a las ocho —dijiste mirando a Ángela, a quien le estaba recorriendo una lágrima por la mejilla—, a mí lo que me da es envidia. Repito: no es ningún reproche hacia vosotros, ni mucho menos, pero yo nunca he tenido hora de llegada a casa, porque nunca nadie se ha preocupado de a qué hora llegaba.

No pude evitarlo. Extendí mi mano y te agarré la tuya con fuerza. Tú agarraste la mía.

—Habláis de cosas normales: de unos padres que os iban a buscar al cole y os llevaban al parque; de unos padres que os ponen una hora y esperan por vosotros para cenar; de unos padres que os ayudarán, cada uno en lo que pueda, cuando os queráis independizar. Sin embargo, en esas conversaciones no puedo participar, porque nuestras realidades han sido demasiado distintas.

Ángela se levantó y se colocó detrás de tu silla. Te abrazó poniendo las manos en tu pecho y te dio un beso en la mejilla que resonó con fuerza.

—Hoy nada de llegar después de las 8 —te dijo Melania secándose los ojos con la manga de su cazadora.

—Y me mandas un mensaje para saber que has llegado bien —añadió Rodri, también emocionado.

—Nosotros seremos tu familia —dijo Fran, muy serio, colocando su brazo por encima de tu hombro.

—Pues sí, con vosotros me siento tranquilo y en confianza para hablar de lo que sea. Ahora mismo, sois lo más parecido a una familia.

—¡Qué cuqui! Te como —exclamó Ángela. Lo cumplió casi literalmente, porque te dio un mordisco en la mejilla—. ¡¡Me toca, me toca!! Me encantan mis pecas.

—Te encantan porque no paro de decirte lo bonitas que son —interrumpió Fran—. Las

detestabas.

—Pues he cambiado de idea —respondió en tono de burla, tras lo que le sacó la lengua. Fran entornó los ojos—. Y lo que menos, estás orejotas. —Se estiró la oreja derecha—. Mirad, tengo un lóbulo tan grande que parece una loncha de queso.

Había tanta complicidad en el ambiente que me divertí un montón. Incluso el momento en que te pusiste melancólico fue muy especial, porque nunca hablabas de ti, y me gustó que te abrieras delante de todos. Unidos por el contacto de nuestras manos entrelazadas, mientras compartías esos recuerdos de tu niñez, experimenté una profunda conexión contigo que no quería que terminara nunca.

Aquel domingo fue un breve paréntesis (demasiado breve) en esa mala época. Mamá no se terminaba de habituar a la quimio, si es que eso es posible. Cada vez se encontraba más cansada. A las dos semanas de tratamiento, más o menos, me dirigía al baño cuando la vi en el tocador de su habitación. Estaba cepillándose la melena, pero se quedó con una gran mata de pelo en la mano. Una lágrima como un puño empezó a rodar por su mejilla. Entré y la abracé.

—Ya no se puede retrasar más, mamá.

—Sé que es una tontería en comparación a lo que me está pasando, pero sin pechos... ahora sin pelo... me voy a ver como un espantajo.

—¿Un espantajo? ¿Eso existe?

—Qué sé yo, hija —respondió con media sonrisa. Apretó los labios y contuvo las lágrimas—. Tú eres la escritora.

—Voy a por la maquinilla de papá. ¿O quieres esperar y que compremos una peluca?

—No, no, peluca no. Prefiero poner un pañuelo. Ya he comprado algunos. —Señaló un cajón de la cómoda.

Fui al baño y busqué la maquinilla de mi padre. Leí las instrucciones que aún estaban en la caja y comprobé que servía para el cabello. Busqué las tijeras y regresé a la habitación.

Me puse detrás de mi madre, que estaba sentada en la silla blanca del tocador frente a un espejo, también blanco, un tanto rococó, en el que la veía reflejada. Le recogí el pelo y, mientras comenzaba a llorar, le fui recortando la coleta con la tijera. Se me partía el corazón verla sufrir.

Encendí la maquinilla. El sonido incesante de las cuchillas me puso los pelos de punta. Cerré los ojos para contener una lágrima que se me escapaba, levanté la maquinilla y, sin pensarlo dos veces, la llevé desde mi frente hasta atrás recorriendo el centro de mi cabeza para que no hubiera opción a rectificar.

—¡¡Noooo!! —gritó mi madre llevándose las manos a la boca.

Se levantó y me quitó la maquinilla de las manos. No pude contener el llanto. Mi madre lloró también, emocionada.

—Llevaremos siempre el mismo pañuelo —le dije.

—Imposible —respondió secándose las lágrimas—, porque yo soy de rosa y tú eres más de morado.

—Eres muy tonta. —Me reí entre las lágrimas.

Con las tijeras, me corté parte de la melena y, después, terminé de raparme el pelo. Mi madre me miraba con incredulidad. A continuación se lo corté a ella. Puso su mano izquierda en su hombro derecho y yo se la agarraba, soltándola solo cuando era imprescindible para colocar el

pelo y seguir rasurando.

Mi madre sonreía. Ya no lloraba. Me miraba con alegría y admiración. Esa sonrisa enorme que se dibujó en su cara, y que no se le borró en todo el tiempo que tardé en cortarle el pelo, compensó por completo haberme rapado.

CAPÍTULO 27

Cómo no voy a amarte si eres lo que ni sabía que se podía soñar.

Adiós

Mi melena siempre había sido lo que más me había gustado de mi físico, pero, si mi madre se iba a sentir un poco mejor, no había nada que pensar. Era pelo. Y crecería. Eso sí, era inevitable que después, a solas, me sintiera triste. Me merecía estar mal un rato. Me lo había ganado.

Me temblaba la mano al escribirte. Me habías ofrecido tu casa y tu hombro, aunque desde aquel viernes no había vuelto. Quizás me estuviera tomando demasiada confianza, pero no se me ocurría otro sitio a donde ir ni otro hombro sobre el que llorar.

Yo

¿Está abierto el refugio?

18:32

Escribí con miedo.

Tristán

Veinticuatro horas.

18:32

Me dio un respingo. ¡Joder! ¿Habría un puto día en que no supieras qué decir para que me sintiera arropada y segura? Me até el pañuelo morado en la cabeza y fui hasta tu casa. Cuando llegué, volviste a demostrar que sabías mejor que yo lo que necesitaba.

Me quité el pañuelo en cuanto me abriste la puerta, dispuesta a echarme en tus brazos y acurrucarme en tu pecho. Tenía ganas de dejarme llevar por el llanto hasta dormirme, como aquel viernes.

—Ese nuevo corte de pelo te rejuvenece —me soltaste—. Estás tan joven que apenas te reconozco.

—¿En serio? ¿Es eso lo que me tienes que decir? —Intenté disimular la sonrisa que me habías sacado.

—Me gusta. —Pasaste tu mano por mi calva—. Con la ventaja de que ya no perderás más gomas entre tu pelo. La coleta te quedará regular, eso sí, pero el coletero no se te enredará.

—Bueno, y ¿ahora qué hacemos? Venía con la intención de llorar durante una hora al menos. Nos hemos quedado sin plan.

—Vaya. Sonaba divertido.

Fuimos al salón a ver *Friends* donde lo habíamos dejado.

—Ey —me llamaste cuando estaba junto a la mesa de centro tan horrible que había delante del sofá. ¿Por qué tenías aquella mesa tan fea que desentonaba con todo? Me giré hacia ti y me quitaste el pañuelo—. No escondas tu gesto detrás de un pañuelo; al menos, no conmigo.

Me emocionó comprobar que valorabas lo que suponía para mí aquello y me hiciste sentir orgullosa de lo que había hecho. Y no solo por las palabras, sino por cómo te brillaban los ojos mientras lo decías.

—Eres muy grande —dijiste clavando tu mirada en mí. Tomé aire y suspiré profundamente a la vez que me besabas en la frente y me abrazabas.

Vimos la serie. Se notaba que no te gustaba demasiado, pero esperaba que, durante la temporada dos, conocieras más a los personajes y te metieras en su mundo. Llegó el capítulo en que Rachel y Ross discuten y él llama a la radio para dedicarle *With or without you*. No importaba que no lo supieras: era nuestra canción.

Me descubrí a mí misma mirándote como una boba. No hacía otra cosa. La canción sonaba de fondo. La escena la conocía de memoria: las imágenes de Rachel, melancólica, escuchando la canción junto al ventanal donde caen las gotas de lluvia, se intercalaban con las de Ross, triste en su apartamento. Yo te miraba a ti. Solo existías tú. Y aquella canción era tu banda sonora.

Lo supe. Lo sabía desde unas semanas antes, pero ese día le puse nombre. «Te quiero», susurré para mis adentros. «Sé que te quiero, Tristán». «Sé que te amo. ¡Cómo no hacerlo, joder! Mírate: eres brillante, empático, cariñoso. Eres guapo, alegre, decidido. Cómo no voy a amarte si eres todo lo que siempre había soñado. No. Más. Cómo no voy a amarte si eres lo que ni sabía que se podía soñar».

Sin embargo, no estaba para lo nuestro. No podía hacerle eso a Silvia, pero, sobre todo, no era momento para el amor. Ni soñaba con que estuviéramos juntos. Tenerte allí cerca, tan cerca de mí, me bastaba.

Créeme, Tristán, aquellos momentos contigo eran mágicos. No se me escaparon como si nada; no los recuerdo con la decepción de no haberlos saboreado. Créeme cuando te digo que degusté cada segundo que pasé contigo.

Por fin recibí los setenta ejemplares de mi libro. Es cierto que en cada contacto con la editorial había algún roce y la publicación había empezado a darme mala espina. Reconozco que, en medio de aquella situación, no estuve tan pendiente del tema como debería. Eso sí, los recibí con ilusión.

Pensé abrirlos, pero quise compartir ese momento.

Yo

¿Vienes hasta mi casa cuando salgas de trabajar?

11:32

¡¡Tengo una sorpresa!!

11:32

Aún faltaba más de hora y media para que salieras. Dos para que pudieras llegar. Subí las cajas de libros a mi habitación y no me aguanté. Esperaba una emoción indescriptible al ver mi novela con mi nombre en la portada y, en cambio, me vine abajo. La portada no era como en las pruebas. Era un puto árbol sobre un fondo borroso, prácticamente la misma portada básica que me habían enviado como primera prueba.

¿Dónde estaba la mujer apareciendo tras el árbol, la protagonista que logra sobreponerse a su desgracia y se aventura a salir a la calle hasta descubrir toda la verdad? No se distinguía nada.

Abrí el libro y comencé a pasar páginas. El papel era endeble. De hecho, si pasaba las hojas

sin mucho cuidado se llegaban a desprender. Llamé a la editorial, pero parecía que se estaban burlando de mí. Me daban largas y todo eran excusas. La portada, según ellos, era la misma que en la prueba de impresión que me habían enviado.

—¡No se parece en nada! —les grité, furiosa.

El papel, me decían, era el que había contratado. Tendría que haber pagado más y habría tenido un papel de mayor calidad. No me lo podía creer. Aquel día, que había esperado con tanta ilusión desde hacía meses, se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Llamé a Sabrina para que hablara con su novia. Ni seguían juntas, ni Rebeca era empleada en la editorial. De todas formas, pertenecía al departamento de *Contabilidad* y no tenía nada que ver con las publicaciones.

En otras circunstancias, aquello no hubiera ido a más. Intentaría resolver el problema sin darle demasiadas vueltas. Sin embargo, veía cómo mi madre se apagaba día a día y no podía soportarlo.

En aquel entonces, empezaron a ser frecuentes las visitas al hospital. A veces, estábamos unas horas en urgencias y volvíamos a casa. Otras, mamá tenía que pasar la noche ingresada. Se encontraba siempre tan cansada que apenas se levantaba de la cama.

Una noche de jueves volvíamos del hospital. En el coche reinaba el silencio. Veníamos los cuatro, serios. Fran estaba sentado atrás, a mi izquierda, con los ojos empapados, pero sin que le llegara a caer ninguna lágrima. Mi padre llevaba horas sin decir una palabra. Yo miraba hacia delante y empecé a fijar la vista en el retrovisor lateral del copiloto. El rostro de mi madre se reflejaba intermitentemente pasando cada segundo de la oscuridad a la luz naranja de las farolas.

Era una flor marchita, Tristán. Se le marcaban todos los huesos de la cara y tenía manchas y ronchas por la piel, pero lo que me dejó sin respiración fueron sus ojos. Se apagaban, como una puta flor que no se riega. Eran unos ojos sin vida.

Una lágrima, solo una, me rodó por toda la mejilla izquierda hasta que la atrapé con mi índice, aquel índice con el que nos habíamos abrazado.

Deseé más que nunca acurrucarme en tu pecho. Pero no tenía derecho. Eras el novio de Silvia. No tenía derecho a usurparte, a invadir tu casa, a echarme sobre tu pecho como si fueras mío también. Me habías dado tu amistad; mucho más de lo que cualquier amigo hubiera dado. Yo te amaba. No podía hacerte eso. No podía hacérselo a ninguno.

Los cuatro entramos en casa, en silencio. Estábamos rotos por dentro y nadie quería hablar. Cada uno se fue a su cuarto. Me tumbé en mi cama, saqué el móvil y entré en el chat contigo. Deseaba mandarte un mensaje, decirte que vinieras, que necesitaba mi refugio; sin embargo, me parecía que me aprovechaba de tu confianza. Yo te amaba, Tristán, y eso lo cambió todo para mí.

Saqué tu anorak del armario y me abracé a él. ¿Te dije que lo había tirado? Nunca reconoceré a nadie que, aún hoy, a veces, me lo pongo para estar por casa. No confesaré que, incluso, me siento a ver *Friends* y se me escapa alguna lagrimita. ¡Te echo tanto de menos!

Releí los mensajes que nos habíamos mandado. No eran muchos, porque no solíamos hablarnos por el móvil, pero cada uno me recordaba un día único.

Subí por la conversación hasta ver el que te había enviado por tu cumpleaños.

Yo

¡¡¡Felicidades!!!

10:42

Vete preparándote que a las 12:00 paso a buscarte.

10:42

Recordé tu cara de ilusión cuando fui a recogerte. Sonreí recordando los nervios que pasaste cuando te enseñé el teclado. Me emocioné rememorando el brillo de tus ojos cuando nos sujetamos las manos más de lo que se suponía que era normal.

Tristán

Hoy tengo que quedarme un poco más en el curro.
12:14

Esos habían sido dos malos días, pero me trajeron a la mente nuestro gran día, el día de la fiesta en la facultad. Recordé cuando, al girarme, descubrí que habías ido para estar conmigo y tuve la sensación de ver el sol entre las nubes. Claro que te amaba. Cómo había sido tan tonta de negármelo. Todos me lo decían, y yo misma lo sabía.

Yo

Fran sigue sin salir de su habitación.

14:27

¿Te importaría venir tú y hablar con él?

14:28

Eché una carcajada. Habíais vuelto borrachos como cubas. Se me escapó la risa recordando cuando intentaste posar las llaves en el cuenco y las tiraste al suelo. Y el beso, aquel ridículo beso en la mejilla que me diste como si fuera tu hermana o algo así.

Yo

¿Está abierto el refugio?

18:32

Tristán

Veinticuatro horas.
18:32

Y ese; ese era de los últimos mensajes que nos habíamos enviado. Lo miré fijamente, como si al traspasarlo con la vista pudiera decirte que te necesitaba y, así, de repente, aparecieras en mi puerta.

Abracé tu anorak más fuerte mientras rogaba que vinieras y que me llevaras contigo. A donde fuera. A lo que fuera. Solo quería estar a tu lado, sacar esa angustia contigo, que me dejaras llorar en tu hombro o me hicieras reír. Tú sabrías qué hacer.

Cuando me levanté por la mañana mis padres no estaban. Tenía un mensaje de mi padre: habían vuelto al hospital. Otra vez. Sentí unas punzadas de angustia en el pecho. No aguanté más y te escribí.

Yo

¿Puedes venir?
09:22

Transcurrían los minutos y no contestabas. Es posible que ni vieras el mensaje, porque estabas trabajando. Y si lo llegaras a ver me llamarías loca por pretender que vinieras a mi casa a esas horas. Sonó el móvil y me lancé a él con la esperanza de encontrar tu respuesta.

Papá

Venid en cuanto podáis.

09:44

Van a sedar a mamá.

09:44

Me cayó el móvil, igual que la vez que mi padre me contó que el puto cáncer había reaparecido. Me llevé las manos a la cara e intenté gritar, pero no me salía la voz. Me costaba respirar. Estaba acelerada. Fui al fregadero y bebí un poco de agua tratando de calmarme, pero tuve que escupirla porque no podía tragarlo. Estaba temblando. Un nudo en el estómago me ahogaba.

Es cierto que llevaba tiempo previendo que ocurriría, pero eso no lo hacía menos doloroso. Intenté vomitar para ver si podía sacar el dolor de dentro, como si aquella angustia fuera a desaparecer por toser fuerte o algo así. Sin embargo, ese dolor estaba agarrado a mi pecho y no podía quitármelo de encima.

Fran bajó las escaleras, me vio en la cocina y corrió hasta mí.

—¿Qué te pasa?

Le señalé el móvil, que seguía en el suelo. Fran palideció.

—Tenemos que irnos —logré decir.

Intenté sacar las llaves del cuenco, pero temblaba. No sabía si iba a poder conducir. Abrí la puerta y allí estabas. Me volviste a ver hundida, destrozada, con las lágrimas brotando de mis ojos.

—¡Tristán! —gemí. Me tiré a tu cuello y te abracé.

No sabes lo que te necesitaba. Más de lo que he necesitado a nadie en mi vida. Más de lo que necesitaré nada nunca.

Fran estaba detrás de nosotros, llorando también, sin decir nada. Extendiste tu brazo para incorporar a Fran al abrazo y envolverlo a él también.

Te di las llaves del coche de mamá, pero tú señalaste hacia la acera. Ni me acordaba. Me habías comentado que le habías comprado el coche a Róber. Fue un mal día para estrenarlo.

Entramos al hospital y corrimos hasta el ascensor. Mi padre esperaba en la puerta de la habitación. Tenía los ojos rojos de haber llorado, pero le noté bastante sereno y tranquilo. Al vernos, nos abrazó y, después, fuimos a sentarnos en la sala de espera.

—Se nos va —nos contó manteniendo la calma—. Es probable que ya no despierte. —A Fran se le escapó un llanto tan fuerte que resonó en toda la sala. Le apreté la mano con fuerza—. Vamos a entrar a despedirnos. Sé que lloraréis. Y mamá llorará. Intentad que se vaya con un buen recuerdo. Solo decidle lo que la queréis y lo orgullosos que estáis de ella.

—¿Y ella sabe...? —pregunté. Se encogió de hombros y asintió para decir que se lo suponía.

No dijimos nada y fuimos para la habitación.

—¿Quién quiere entrar primero?

—Yo —contesté tras mirar a Fran. Estaba destrozado y hubiera sido incapaz de articular palabra.

Mi madre estaba en la cama, monitorizada y con vías para la medicación. Me miró y sonrió. Me senté a su lado y entrelazamos nuestras manos. Yo no sabía qué decir.

—Sara —habló con dulzura—, ¡estoy tan orgullosa de ti!

No aguanté el llanto y me recosté apoyándome en ella. Me acarició mientras yo seguía llorando.

—Siempre me he sentido como ahora, mamá. Siempre me has hecho sentir segura y feliz. Eres la persona con quien más he reído, con la que más he jugado, con quien más secretos he compartido.

—Bueno, quizás ahora tengas a otra persona con la que te rías más y compartas más cosas que conmigo.

—No empieces, mamá.

—Cuéntamelo, hija. Puede que sea el último secreto que vayamos a compartir.

—Eso no se vale —intenté bromear—. ¡Cómo voy a negártelo!

—Ah, mala suerte.

—Lo amo, mamá. Sí, esta hija de la que estás orgullosa está enamorada hasta la médula del novio de su mejor amiga.

—No lo digas así, como si lo hubieras provocado o estuvieras haciendo algo malo. Esas cosas surgen. Te lo dije aquel día. Y te lo digo hoy. Estáis hechos el uno para el otro.

—No me digas eso, mamá, porque no podré estar con él. Ni tengo humor para estar con nadie ni voy a hundir a Silvia de esa manera.

—Hija, no creo en cosas así, pero, al veros juntos, cuesta no creer en eso del alma gemela.

Me abracé a ella durante un par de minutos, hasta que la puerta se abrió. Era mi padre, que me hizo un gesto para que saliera. A continuación, entró Fran para despedirse de ella.

—Te quiero, mamá —le susurré, dándole un beso—. Eres la mejor madre que se puede tener.

Cuando salí, tuve que sentarme en el suelo, desconsolada. Me quité el pañuelo de la cabeza y me tapé la cara con él. No era mi cabeza lo que quería esconder, era mi dolor. Y tú estabas allí, a mi lado, mi puta alma gemela a la que nunca podría tener.

Salió Fran y le pregunté a mi padre si quería entrar él.

—Yo ya me he despedido. Ahora vamos a entrar todos. Estoy muy orgulloso de vosotros.

Nos dio un beso y abrimos la puerta para estar con mamá. Mi padre se sentó en una silla, a la izquierda de la cama de mamá. Fran y yo nos subimos a la cama. Mi padre le acariciaba el brazo. Fran y yo entrelazamos nuestras manos con la mano de mi madre.

—Intentad ser felices —dijo mamá con un hilillo de voz— y rodearos de gente que os quiera. Es lo único que importa.

No podía creer que fuera cierto. Es muy difícil describir la sensación de estar de la mano con la persona más importante de tu vida y sentir que esa será la última vez que podrás tocarla, verla, hablar con ella.

—Seguiremos comiendo plátanos, mamá —me despedí, besándole la frente.

Le dimos un beso y le dijimos te quiero. Después, guardamos silencio. Noté cómo se iba, poco a poco, hasta que cerró los ojos para no abrirlos nunca más.

CAPÍTULO 28

*Si supieras qué calidez siente mi pecho cada vez que digo tu nombre,
me pedirías que no dejara de pronunciarlo nunca.*

Celos

Al regresar a casa el día que murió mi madre fue cuando entendí realmente qué significaba echar de menos a alguien. ¡Estaba todo tan vacío sin ella! Incluso, a día de hoy, muchas noches me despierto a las tres o las cuatro de la madrugada, me siento en la cama y lloro en silencio pensando en ella.

Por si no fuera poco el dolor, en el tanatorio ya no accedía a mi refugio con la confianza de siempre: tú y yo no podíamos mostrarnos delante de los demás con naturalidad. Es cierto que sentía tu presencia constante. Cada vez que necesitaba un poco de aliento, miraba a mi alrededor y terminaba por encontrarte, siempre alejado, pero siempre lo suficientemente cerca para localizarte cuando lo necesitaba; constantemente pendiente de mí.

En la sala del tanatorio me agobiaba. Venían familiares que no recordaba, amigos de mi padre a los que apenas conocía, compañeros de mi madre a los que nunca había visto y, uno detrás de otro, me daban el pésame. Muchos querían abrazarme, incluso.

Te busqué con la mirada para pedir que me sacaras de allí un rato. En cuanto enfocaste la vista hacia mí, me entendiste. Siempre lo hacías.

Venías hacia mí, pero, de pronto, vi a Silvia detrás de ti y os fundisteis en un abrazo y os disteis un beso. No sabía que mi corazón podía crujir hasta aquel momento. Silvia me había dicho que ella y Azu habían tomado el primer vuelo para venir a verme, pero veros abrazados me rompió el alma.

Tenía que fingir. Eras un amigo que me había apoyado. Sin embargo, nadie podía ni imaginar lo que había significado para mí vivir todo aquello contigo a mi lado.

Silvia estuvo conmigo, pendiente de mí a todas horas. Cada vez tenía más claro que no podía hacerle daño. Cuando por fin se acabó la tortura de estar en el tanatorio ese día, Silvia quiso acompañarme y pasar un rato conmigo en casa. Se interesó por mí y por cómo me sentía, aunque también tuvo un minuto en que me preguntó por ti.

—Sé que no es momento para hablar de estas cosas, pero estoy preocupada —me confesó—. ¿Sabes si Tristán tiene algo con Melania?

—No, no tienen nada. —Me sentí muy mal. No era capaz de sentir más dolor, pero no puedo negar que también me invadía la culpabilidad—. Además, Melania está con Rodri, ya lo sabes.

—No sé, pues creo que tiene algo con alguien. Se comporta de manera extraña.

—Son días duros para todos —intenté disculparte. O disculparme, no sé.

—Viene de tiempo atrás. Por teléfono, cada vez estaba más frío y distante.

Silvia tenía miedo de que la dejaras. Seguía loca por ti y el reencuentro no estaba siendo como ella había imaginado. Me sentí fatal. ¿Cómo iba a meterme yo en medio de vuestra relación? ¿Cómo iba a partirle el corazón? No podía hacerle eso a la que había considerado mi hermana. Ni me había atrevido a preguntarme si tú sentirías algo por mí. En cualquier caso, no

podría estar contigo, así que para qué.

Mis tíos iban a llegar de Florida el domingo. Mi padre nos propuso a Fran y a mí ir los tres a Florida con ellos cuando regresaran. A mí me quedaba algún examen por hacer, pero me importaba poco, y, de todas formas, no estaba en condiciones de aprobar. Me pareció buena idea, así que lo planificamos: nos iríamos el lunes de noche y no regresaríamos hasta septiembre para empezar las clases de nuevo. La casa se me caía encima sin mi madre. Y necesitaba tomar distancia de ti.

El domingo se celebró un pequeño responso en la capilla del tanatorio, pero prefiero no recordarlo. Estaba en la primera fila con mi familia; detrás, Silvia, tú y el resto de amigos. Tendrías que estar delante, conmigo, de la mano. Descubrieron unas cortinas a la izquierda del altar. El ataúd se encontraba tras un cristal. Aún no era consciente de que allí dentro estaba el cuerpo sin vida de mamá. Silvia me posó la mano encima del hombro derecho. Tú, sin disimular, me agarraste la mano izquierda y me la apretaste con tus dos manos.

Fue un día horrible. Me ofrecí para reconocer el cuerpo antes del crematorio. Necesitaba verla una última vez. Intenté convencer a Fran de que no bajara, pero comprendí que él también lo necesitaba, así que bajamos los dos junto con mi padre. Abrieron el ataúd; lloré sobre el pecho de mamá, un pecho inerte y frío. Le di un beso. Cerraron el ataúd y, desde arriba, abrazados los tres, observamos cómo la cinta mecánica iba introduciendo el ataúd de mamá en el horno.

Quería despedirme de ti y de Silvia. Era una situación extraña, pero no podía quedarme sola. Agradecía el apoyo de Silvia, pero con quien quería estar era contigo. El lunes quedamos en *El Rincón de Marc*, sobre las cuatro, porque tú tenías cita con el dentista a las seis (sinceramente, no entendía por qué no lo habías cancelado).

Yo estaba abatida. Me dolía también no ser yo misma contigo. Nunca había tenido que fingir nada a tu lado y, sin embargo, durante esos días no había hecho otra cosa. Eso sí, después de un silencio, tuve que escupir un poco de sinceridad, porque me estaba ahogando.

—Tristán —si supieras qué calidez siente mi pecho cada vez que digo tu nombre, me pedirías que no dejara de pronunciarlo nunca—, muchas gracias por tu apoyo en todo este tiempo. —Coloqué mi mano sobre la tuya—. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí... por nosotros, por toda la familia.

—Solo he hecho lo que sentía.

—Mi madre te adoraba. Hablaba de ti con mucha ternura.

—Era una mujer espectacular. ¡Me recordaba tanto a ti!

—Siempre has estado ahí para nosotros. Y eso no lo voy a olvidar nunca. Pase lo que pase.

Parecía que no hubiera nadie más allí. Todo había desaparecido excepto nosotros. No existía la gente, ni el bar, ni la música; solos tú y yo, de la mano, mirándonos a los ojos. Solos, como en el concierto; solos, aunque nos rodeara un universo entero. Sin embargo, de pronto, sentí la mano de Silvia encima de las nuestras.

—Me voy. —Te levantaste como un resorte en cuanto su mano tocó la tuya.

No querías que Silvia te acompañara al dentista, pero ella insistió, y, a su vez, ella me

convenció a mí. Después, me llevasteis a casa. En el coche, mientras conducías, no me atrevía a alzar la vista y cruzarme con la tuya. No me creía que fuera a pasarme más de dos meses sin verte, casi tres. ¡Dos meses lejos de ti eran demasiados!

Silvia se ofreció a acompañarme en casa hasta que nos fuéramos al aeropuerto. Tú tenías que irte.

—Adiós, Tristán —me despedí, casi sin voz.

Silvia estaba delante de nosotros y no podía despedirme como quisiera. Deseaba tomar distancia para intentar olvidarte, pero me dolía separarme de ti. Me giré para entrar en casa. ¡Joder! ¡Dos meses! ¡Dos putos meses sin verte! No pude aguantarme; me volví hacia ti y me lancé a tus brazos. Sentí tu mejilla; tu mejilla y la lágrima que resbalaba sobre ella.

—No sé qué hubiera hecho sin ti —te susurré.

Entre tus brazos me vinieron todos los momentos que habíamos vivido. Por un momento, soñé que me besabas, que lo hacías reventar todo por los aires, sin que nada más importara.

Sabía que no, que aquel sería nuestro último abrazo y quería despedirme de verdad. Bajé mi mano derecha y la acerqué a tu mano izquierda. Se volvieron a rozar, como aquel día en la fiesta. Esta vez no fue involuntario: esta vez te busqué.

Cuando sentí el contacto con tu piel, volvieron todas las mariposas del estómago que estaban adormecidas por el dolor. Estiré el índice buscando el tuyo; estiraste tu índice buscando el mío. Levantaste la vista. Te miré. «Este será nuestro último abrazo», te dije mentalmente esperando que lo entendieras. Te apreté el dedo con fuerza y respondiste estrechándolo contra el tuyo. «No te olvidaré jamás».

Los meses en Florida me sirvieron para acostumbrarme de nuevo a la vida. No olvidaba a mamá ni un minuto, pero, pasado un tiempo, tomé la decisión de concederme esos meses como un paréntesis. Cuando regresara, retomaría mi vida donde la había aparcado.

Para ello, como solías hacer tú, me basé en dos puntos. El primero fue decidir que la desilusión por la publicación del libro no iba a desalentarme; ni para publicar, ni para seguir escribiendo.

Tenía más novelas, así que pensé en revisar una de ellas, *La sombra del alfarero*, también de misterio, y la ofrecería gratis en pdf a cambio de que el usuario aceptara el consentimiento para enviarle promociones por e-mail. Así, el lector ya sabría si le gustaba cómo escribía y, cada cierto tiempo, podría ir enviando noticias y consejos hasta que se publicara de nuevo la que me interesaba vender, *El rencor del almendro*, que esta vez publicaría por mi cuenta.

Y dos... las relaciones. No dejaba de recordar a mi madre, es cierto, pero tampoco dejaba de pensar en ti.

Silvia me escribió a las dos semanas.

Silvia

Tristán y yo hemos roto.

14:26

No explicó más. Nunca me atreví a preguntar ni ella quiso contármelo. Lo que sí me relataba a menudo era lo mucho que te echaba de menos, lo que te quería y lo mal que se sentía. Yo no contribuiría a su dolor, así que decidí que no podría estar contigo nunca. Eso, obviamente,

lo decidí cuando estaba a miles de kilómetros. Si hubiera seguido viéndote a diario no creo que ni me lo hubiera podido plantear.

La manera más fácil de olvidarte, pensé (ya, ya sé que soy una ilusa), sería enamorándome de otra persona. Cuando regresara, esperaba encontrar pronto a alguien con quien ilusionarme y borrar la huella que habías dejado.

Nerviosa, con cierto ánimo para seguir con mi vida y deseando ilusionarme con alguien con la intención de olvidarte, llegó el momento de regresar. Me parecía que habían pasado siglos desde que me había ido. Llegué a casa la noche del día en que empezaban las clases, así que no asistí a la presentación.

Yo

Acabamos de llegar, así que mañana no iré a clase.
22:37

Silvia

Vale, no te preocupes. El primer día no creo que te pierdas gran cosa.
22:37

¿Quieres que pasemos a buscarte el miércoles para venir a clase?
22:37

Yo

¿«Pasemos»? ¿Quién?
22:38

Silvia

Tristán y yo, ¿quién va a ser?
22:37

Yo

Ah. ¿Estáis juntos de nuevo?
22:38

Si había decidido olvidarte, ¿por qué sentí una puñalada?

Silvia

No, no. Pero somos adultos y podemos ser amigos.
22:38

No me gustaba haber sentido celos al pensar en verte con Silvia, porque eso significaba que estaba lejos de olvidarte. No me gustaba que Silvia pensara que podríais ser amigos: ese nunca funciona, y el que más siente es el que más sufre. Y no me gustaba tener que enfrentarme a tu presencia nada más llegar.

Yo

No, tranquila. Ya voy por mi cuenta.
22:38

El primer día de clase lo pasé en casa, descansando del viaje. Al segundo día me encontraba frente a la puerta del aula y tomé aire. Lejos quedaba aquella cría que, un año antes, había atravesado el umbral con ilusión por iniciar aquella nueva etapa.

Tú y Silvia estabais sentados atrás, como siempre. ¡Cómo me impactó verte de nuevo! Creía que me había preparado lo suficiente para aquel momento, pero me puse muy nerviosa. Os saludé y me senté con vosotros.

—¿Te has alisado el pelo? —le pregunté a Silvia.

—Sí, me apetecía —contestó con indiferencia. La situación no era muy cómoda. Y sabía que solo se alisaba el pelo para ocasiones especiales o cuando no se encontraba demasiado segura de sí misma.

Al instante, vi a un tío alto, moreno, muy guapo y decidí aprovechar la ocasión.

—¡Joder, qué bueno está! —exclamé en cuanto entró Piero.

Lo sé, no me lo digas; sé que fui una estúpida (y botarate, y bastante idiota). De hecho, estoy recordando el momento y me tapo la cara por vergüenza. Nunca debí haberme comportado como me comporté aquellos días.

Pensé que, al decirlo en alto, me oirías y así, si sentías algo por mí, te dejaría claro que yo no. Al menos eso tenía que aparentar. No estaba preparada para enamorarme de otra persona, pero debía permitirme sentir cierta chispilla por alguien para comenzar a olvidarte. Y Piero podría ser esa chispa.

—Ya vino ayer —explicó Silvia—. ¡Está tremendo! Creo que es italiano.

—Mmm, interesante.

—Buf, vaya prepotente —mascullaste.

—Dices eso porque te molesta lo bueno que está —te repliqué.

—Anda, Sara, qué sé yo de eso.

—Los tíos siempre decís lo mismo. Y, sin embargo, ¿sabes qué? Claro que lo sabéis. —Me miraste con esa suficiencia tan insultante que te sale a veces—. Los jueves solíamos ir Jon y yo a cenar algo a *El Rincón de Marc* antes de ir al cine. Uno de esos jueves entró Antoine...

—¿Antoine? —preguntaste con cara de asco—. ¿Antoine sale los jueves? —No era propio de ti criticar a nadie—. Es más, ¿Antoine sale?

—Bueno, la cosa es que me levanté a hablar con él. Jon se quedó mirando el partido en el móvil tan tranquilo.

—Ya, ¿y? —replicaste, lacónico.

—¡Déjame acabar, agonías! —contesté un poco molesta ya—. Pues pedimos otra cerveza y unos nachos.

—Muy relevante para la historia, sí.

—Vaya borde que estás hoy, ¿no? No te cuento más.

—¡Perdón! Sigue, por favor. Me muero por saber si echasteis queso o guacamole.

—¡Imbécil! —Me levanté y me senté tres mesas más adelante.

Piero miró hacia el asiento que yo tenía al lado y se acercó. Me puse nerviosa. Sus ojos negros me traspasaron. No me atreví a girarme, pero podía sentir tu resquemor detrás de mí.

—*¿Io posso...?* —Señaló hacia el asiento libre. El acento italiano me encantaba.

—Sí, siéntate —le ayudé a finalizar la frase.

Piero podría ser la equivocación que necesitaba para olvidarte. Era alto y de tez morena, con los pómulos muy marcados y labios carnosos. Miré a Silvia, quien asintió repetidamente. Tú levantaste la vista y la miraste de reojo, muy serio.

Pensé que podía seguir con mi vida sin ti. Te juro que lo pensé. Fue la primera vez que creí que podría olvidarte. Y la primera vez que me equivoqué al pensarlo.

CAPÍTULO 29

—*Si quieres te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito.*

Piero

En cuanto comenzó la clase, Piero no hacía otra cosa que regalarme los oídos. Era el cliché de italiano elegante y seductor en persona, que, aunque sabes que te está embaucando, te adormece con sus palabras hasta que te dejas caer con dulzura en su mentira.

—*Non conosco* a nadie *qui*. *Possiamo* quedar *per una birra*.

—Uy, ¿no vas un poco rápido?

—¿Tienes novio?

—Mira qué bien sabes español para preguntar lo que te interesa. No, no tengo.

—¿Cómo así? Una *bella donna come* tú.

Aquella misma tarde quedamos para tomar una cerveza. Él iba a saco desde el principio, así que intenté frenarlo un poco. Quería comenzar una relación, pero no a ese ritmo.

—Ya te aviso de que necesito ir despacio.

—Como tú quieras. Hay cosas *nella vita* por las que merece la pena esperar —dijo mientras me acariciaba la mano y me miraba a los ojos.

El viernes salimos juntos. Fuimos a una discoteca. Supongo que quería demostrarme lo bien que bailaba. Él no sabía que yo tengo dos pies izquierdos.

—Pienso que me estoy *innamorando* de ti —me susurró. Le miré de reojo sin creerme nada —. Porque eres... ¿*Come si dice*?

—Divina, soy divina —bromeé.

—Sí, *ecco*. Un *angelo*. Eres un *angelo*.

—A ver, Piero, no te confundas. Si llegamos a algo tú y yo, sé que tendrá fecha de caducidad. No hace falta que me vendas amor eterno ni nada por el estilo.

—*Dai!* No digas eso —susurró, arrugando la frente y llevándose las manos al pecho.

—Quizás lleguemos a estar juntos, pero no me vendas historias de enamoramientos a los dos días de conocernos.

Me apoyé en una columna y él puso una mano sobre mi hombro.

—Es lo que siento. Y *non so* si lo nuestro acabará, *ma* te llevaré en *il mio cuore*.

—Déjate de *il mio cuore*. Sabes que se dice «en mi corazón», pero, como me gusta escucharte en italiano, intentas camelarme con tu acento.

—Tú lo vas a ver. Las palabras *sono andate* con *il vento*. Yo te lo mostraré.

Me acarició la mejilla con delicadeza. Sabía que me estaba embaucando, que seguramente era un vividor que se acostaría con media facultad antes de volver a Milán, aunque no me importaba. Quería caer. No sabía lo que me iba a costar levantarme, pero estaba dispuesta a arriesgarme. Acercó su boca a mis labios. En cuanto se rozaron con los míos, sentí el impulso de apartarme.

—Hay que ir más despacio. —Él quedó atónito.

—¿Te han hecho daño, *mia bella*?

—Algo así.

Entendí que ese día no iba a pasar nada entre nosotros, así que tratamos de divertirnos. Yo comencé a bailar, a «mi estilo», es decir, a dar saltos y hacer el tonto. Enseguida me atrapó para apretarme contra él. Quería seducirme, sí, pero en sus ojos leí que se sentía avergonzado por verme hacer el idiota.

Se acercaba a mí, con la intención de provocarme, aunque yo no sabía muy bien cómo sentirme. Quizás necesitaba más tiempo. Piero me gustaba, pero no estaba preparada.

El miércoles siguiente quedamos de nuevo. Estábamos tomando una cerveza y me besó la mano. Después, me dio unos besos en el cuello y quiso llegar a mi boca. Le aparté otra vez.

—Yo sé que è *difficile* recuperarse cuando te hacen daño, *ma devi alzarti* y gozar de la *vita* —dijo, gesticulando exageradamente.

—Lo sé, pero prefiero ir despacio.

—*Possiamo andare* a mi cuarto, estar *tranquilli*...

—¿En tu cuarto? ¿En la residencia de estudiantes?

—*Va tutto bene*. Tendré *pazienza*.

Eso dijo, aunque Piero estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y a que no le hicieran esperar por ello. Por otra parte, yo tampoco quería posponerlo demasiado. Cuanto más lo alargara, más me iba a costar.

Decidí que el viernes sería el día. Melania celebraba su cumpleaños en *El Rincón de Marc*. Haría una visita rápida y, después, reservaría una habitación en un hotel para pasar la noche con Piero.

Llegué sobre las seis. Casi todas las mesas estaban ocupadas por los invitados a la fiesta de Melania. En el centro del comedor colgaban guirnaldas de *Feliz cumpleaños*, una piñata y dos globos que formaban un veinte enorme. Preferiría haber ido sola; sin embargo, Piero quiso quedar pronto, y yo no tenía por qué esconderme.

Estabas en la primera mesa junto a Melania. Me extrañó no ver a Rodri con vosotros. Saludamos y fuimos a una de las mesas del fondo. Vestías a tu rollo, con un tejano desgastado y roto, algo flojo de cintura, y una camiseta roja. El pelo, que se notaba aún húmedo de haberte duchado, caía con gracia hacia un lado y otro, como distraído, tomando forma sin que hubieras hecho nada por peinarlo. Solo tú podías ir así y estar guapo. ¡Y, joder, estabas increíble!

—Ten cuidado con ese —me avisó Piero, señalándote, cuando nos sentamos.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—*Ma* —exclamó agitando las manos—, no seas inocente. Está loquito por ti. Se inventa cosas *di me* solo porque estoy contigo. Está... ¿*invidiando* de mí?

—Celoso, se dice.

—*Ecco*. Celoso.

¿Tú, inventando cosas de nadie? No lo creía, pero el resquemor, a veces, saca lo peor de nosotros. Piero me agarró la mano y quiso besarme en el cuello. Noté que mirabas hacia mí. O solo lo imaginé. Solté a Piero y lo aparté.

Al momento, volvió Melania junto a ti con unos chupitos. Brindasteis y ella se puso delante de ti. Me pareció que iba a besarte. ¡Iba a besarte! Se me aceleró el corazón. No podía mirar. Qué me importaba. Yo iba a estar con Piero.

Qué alivio cuando vi que Melania se apartó.

—Tengo una sorpresa —le susurré a Piero acercándome a su oído.

—Uh, suena interesante. Cuenta. —Puso una mirada entrecerrada muy seductora.

—He reservado una habitación de hotel.

—*¡Cosa stiamo facendo qui! Andiamo* —dijo tirando de mi brazo.

—Tranquilo. Tomaremos un par de cervezas y después tendremos toda la noche para nosotros.

—Me tienes loco —clamó juntando los dedos y agitando la mano en el típico gesto italiano.

De pronto, te levantaste y caminaste hacia nosotros. Pensé que ibas al aseo, pero no: te colocaste delante de nuestra mesa. Se me aceleró el pulso. Piero se puso en pie, amenazante. Ni lo miraste.

—¿Podemos hablar un segundo? —me preguntaste.

—¿Qué quieres tú, *figlio di troia*? —Continuaste ignorándolo y me seguías mirando. Eras tú, te tenía delante de nuevo. Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Vuelvo ahora —le dije a Piero tocándole el brazo.

Saliste delante de mí, caminando rápido, sin darme opción a ponerme a tu lado. Bajamos los escalones y nos apartamos un poco de la entrada.

—¿Qué haces con ese? —me preguntaste, muy serio.

—¿Cómo?

—Con ese idiota.

—¿Perdona? —No me creía que me estuvieras recriminando eso. Menos aún, el tono que estabas empleando—. ¿Te tengo que dar explicaciones a ti de con quién estoy?

—Se enrolla con quien se ponga a tiro. Y no me lo han contado. Lo he visto yo. Ayer entró aquí a las seis de la mañana de la mano con una chica. No creo que vinieran de hacer *running*.

—¿Y a ti qué te importa? ¿A qué viene este interés?

—Porque... eres mi amiga.

—¿Soy tu amiga? ¿Es eso, Tristán? ¿O son los celos los que hablan por ti?

Te quedaste en silencio.

—Di, ¿es cierto lo que cuentas? ¿O hablan los celos?

No respondías.

—Contesta, Tristán —te ordené, con cierta chulería.

—¿Qué quieres que te diga, Sara? Para que me creas, ¿quieres que te diga que no siento nada por ti? Vale, entonces no diré que cada vez que preparo un sándwich me acuerdo de ti; ni que cada vez que cocino nos veo a nosotros recogiendo media tortilla de la encimera. Si quieres te cuento que nunca quise besarte, o que el roce que terminó con nuestros índices agarrados fue casual y fortuito. Si quieres te digo que no esperé por ti durante todo el verano deseando que llegaras para confesarte lo que sentía. Si quieres te digo todo eso.

—¿Y por eso tienes que meter mierda contra Piero?

—No, joder, Sara. Te digo que es un canalla porque es cierto. Y te pido perdón por lo que siento, si es lo que desees, pero ¡te quiero, joder! ¿Qué le voy a hacer? ¡Te quiero más que a nada!

¿Me acababas de decir que me querías?

—Y todo el mundo nos dice que estamos hechos el uno para el otro —continuaste—. Melania, David y Cris, Samuel, hasta tu...

Entonces te callaste, pero ya era tarde; no podía creer que fueras a nombrar a mi madre.

—¿Hasta quién, Tristán?

—Nada.

—Dilo. ¿Hasta quién? —Me encaré a ti, llena de rabia—. ¡Dilo! —te empujé mientras gritaba—. ¡¡Dilo!! —repetí—. ¿En serio vas a mencionar a mi madre en esta conversación?

—No es lo que...

—¡Vete a la mierda!

Entré en el bar, furiosa. ¿Habías nombrado a mi madre? Posiblemente sin mala intención, recapacité, ya con alguna lágrima en los ojos. ¿Te había dicho algo mi madre, igual que me lo había dicho a mí? Me puse muy nerviosa. Miré a Piero desde la entrada. Tenía que hablar con él para pedirle explicaciones.

¿O te cegaban los celos? Esos celos... Lo habías reconocido; habías dicho que me querías. Sí, a voces. Sí, en medio de una discusión. ¿Habías dicho que me querías! Piero dejó de importarme. Me resultaba indiferente que hubiera estado con alguien o no. ¡¡Habías dicho que me querías!! Me daba igual si Piero se había acostado con una o con cien. Quería verte, estar contigo, abrazarte.

¡¡¡Habías dicho que me querías!!!

Salí del bar. Estabas sentado en las escaleras. Te levantaste. Bajé y me puse frente a ti.

—¿Me quieres? —pregunté con timidez, sin apenas atreverme a mirarte. Asentiste.

Te agarré el índice, nuestros índices. Nos miramos, en silencio. Acerqué mi boca a tus labios y cerré los ojos. Sentí tus labios rozando los míos. Temblaba. Mi corazón se aceleró. ¡Cuántas veces lo había deseado!

—Espera —dijiste, apartándote—. Ahora mi pregunta es: ¿quieres besarme de verdad o solo estás despechada con Piero?

—¿Quién es Piero? —bromeé. Intenté acercarme de nuevo, pero giraste ligeramente la cara.

—Vale, vale. Si de verdad es lo que quieres, no te importará esperar.

—¿A qué quieres esperar? —¿A qué venía eso? ¿Querías castigarme o algo así?

—A estar seguros. Cuando la situación se tranquilice, ya hablaremos.

—Llevas esperándome más de dos meses, así que podré esperarte... ¿un par de horas? —Me miraste negando con la cabeza—. ¿Un día? Bueno, lo que sea, pero me voy a cobrar una deuda.

—¿Una deuda?

—Dijiste que me acompañarías en mi primera borrachera.

—¿Cómo? —preguntaste, sorprendido.

—Vámonos de fiesta. Juntos. Tú y yo.

—¿Quieres emborracharme para aprovecharte de mí?

—Decídetelo rápido. Piero estará extrañado y no tardará en salir a buscarme.

La puerta del bar se abrió. Los dos nos giramos.

—¡Vamos! —gritaste.

Me agarraste la mano y tiraste de mí, sonriendo. No era Piero quien salía del bar, pero corrimos hasta tu coche como si nos persiguiera la policía montada. No dijimos nada. Entre nosotros casi nunca fueron necesarias las palabras. Sabíamos que aquella carrera marcaba el inicio de nuestra relación. Lo nuestro todavía no había comenzado y, sin embargo, ya sabíamos que sería para siempre.

CAPÍTULO 30

Me sujetaste la cara: no querías que dejara de besarte. Te sujeté las mejillas: deseaba besarte para siempre.

«Amigos»

Solamente tú podías ser capaz de decirme que me querías y, al minuto, apartarte cuando intentaba besarte. Si insistía, sabía a lo que me arriesgaba, aunque, en el fondo, tu sonrisa te delataba; estabas encantado jugando a resistirte y solo era cuestión de tiempo.

—¿En serio me has hecho la cobra? —te pregunté en el coche.

—¿Has intentado besarme después de estar con Piero? —respondiste.

—*Touché*.

Te pedí que te detuvieras en el primer pub que encontramos. Era un antro en un polígono industrial cuya estructura de hormigón era casi tan horrible como el interior, pero deseaba empezar a beber lo antes posible. Supuse que habría bastante gente porque el aparcamiento era amplio y estaba repleto de coches, camiones y motos. Había hasta un hombre de seguridad en la puerta.

Empezamos por tequila y cerveza. Todavía no me creía que estuviéramos juntos, solos, con las caretas quitadas y los sentimientos al descubierto. No me creía que me hubieras dicho «te quiero», aunque fuera enfadado; ni que yo te hubiera besado, aunque me hubieras hecho la cobra. Podíamos volver a ser nosotros mismos, y esta vez al completo, sin medias verdades ni sentimientos ocultos.

—No pienses que porque me emborraches voy a caer en la tentación.

—¿Ah, no? —Me acerqué a ti, insinuante.

Te miraba a los ojos mientras bromeábamos y bebíamos. Por fuera sonreía y me divertía; por dentro, era feliz y necesitaba que supieras la falta que me hacías. Sabía que terminaríamos por besarnos, pero no saber cuándo me estaba matando.

—Bueno, no puedo asegurar que no caeré —confesaste—, aunque pondré todo de mi parte para que no sea así.

—¡Te he echado tanto de menos! —Reventaba si no te lo decía

—Por ahí, no, ¿eh? A las provocaciones puedo intentar resistirme. A esos ojos tiernos no creo que pueda.

—Como me dijo alguien: si quieres no digo nada.

—Sí, mejor no lo digas.

—Vale, entonces no diré que abrazarte este índice —te lo agarré alzando nuestras manos— me hizo imaginar lo feliz que podía ser a tu lado. Si no quieres, entonces no diré que intenté olvidarte cada uno de los días en los que estuve separada de ti. Y sí, a mí también me lo decía todo el mundo. Incluso mi madre. —Su recuerdo aún estaba muy vivo, y me removía pensar que te había hablado de mí; que habíais hablado de mí—. ¿Qué te dijo a ti sobre nosotros? —te pregunté.

—Me dijo que no conocía a nadie tan destinado a estar juntos como a nosotros. Y que te esperara.

—¿Que me esperaras?

—Sí. No estabas en el momento adecuado para algo así.

—Necesitaba olvidarte, Tristán. Aunque eso significara estar con un imbécil. Pero la imbécil fui yo.

—Y algo idiota también.

—Y un poco botarate. —Nos reímos y nos apretamos las manos—. No pude ni besarlo. Y tú, que a ti sí quiero besarte —cambié el tono por uno más divertido—, me haces la cobra.

—La sensibilidad está a flor de piel, con Piero, el recuerdo de tu madre, mi enfado, mi... nefasta confesión. Necesito saber que, lo que vayas a hacer, lo harás porque lo sientes de verdad, no por la confusión de un momento emotivo.

—¿Y dos? Siempre das dos motivos.

—Esta vez no hay más explicación. Incluso el uno me parece cada vez más estúpido.

—Vale, acepto esperar. Entonces, ¿ahora qué se supone que somos? —Alcé nuestras manos, todavía unidas.

—¿Buenos amigos?

—Ya. ¿Sabes qué, «amigo»? —Me acerqué a tu oído—. Te quiero más de lo que he querido a nadie; más de lo que jamás podré querer a nadie.

Vi cómo se te erizaba el vello y noté que me ibas a besar...

—Voy al baño —dije apartándome de ti. Me giré y te saqué la lengua. Yo también sabía jugar a eso.

Al volver, estaba sonando una canción *indie* de inspiración folk estadounidense. No la había escuchado en mi vida, pero, con su aire alegre y optimista, me invitó a bailar; ya sabes, a «mi estilo». Te agarré del brazo y te arrastré hasta la pista de baile. Me puse delante de ti y comencé a subir un brazo y bajar el otro alternativamente mientras daba pequeños saltitos y movía la cabeza de un lado a otro. Cambiaste a un semblante serio, casi intimidante.

En mi mente resonó el recuerdo de Jon y cómo no decía nada, pero miraba a un sitio y a otro cuando me ponía a hacer el payaso, temiendo que alguien se riera de lo que hacía. O de Piero, quien se avergonzaba de mi espontaneidad (prefiero llamarlo así) mientras bailaba. Quizás debería dejar de hacer el ridículo. Además, tú bailabas muy bien. ¿Para qué me ponía a hacer el tonto?

Poco a poco, dejé de moverme, pero, cuando estaba ya casi quieta, me sonreíste mientras te ponías a dar saltos, más exagerados que los míos, agarrándome por las manos para moverme los brazos de manera completamente excesiva. Saltamos, moviendo los brazos arriba y abajo, y la cabeza a un lado y otro. A la tercera vez que sonó el estribillo, ya nos lo sabíamos y lo cantamos (voceamos) a coro.

Oh, home, let me come home
Home is wherever I'm with you
Oh, hogar, déjame volver a mi hogar
Mi hogar es donde sea que esté contigo

Como supe después, se trataba de *Home*, de *Edward Sharpe and The Magnetic Zeros*. Saltábamos, tropezando el uno con el otro. Nos reíamos y nos mirábamos con una complicidad absoluta. Cuando estaba terminando la canción, me detuve y te observé mientras tú seguías «bailando». ¡Qué fácil resultaba ser yo misma contigo! ¡Cómo me ha gustado siempre la persona que soy cuando estoy a tu lado!

Deseaba acercarme a ti, arrimar tu espalda contra la pared para que no tuvieras escapatoria y besarte con rabia. Me mordí el labio intentando contenerme. Me ibas a hacer la cobra de nuevo, lo tenía claro. Y, la verdad, ya me costaba mantenerme en pie después de unas cuantas (siete) cervezas y bastantes (ocho) golpes de tequila.

Salí del pub apoyada en tu hombro. Enfrente, había un edificio con un cartel luminoso verde, muy cutre, que ponía MOTEL, un edificio que se parecía al de las películas estadounidenses; se distribuía en planta baja y una primera planta con un corredor en el que se veían las puertas de las habitaciones, delimitado por una valla metálica.

—¡Un motel! ¡Mola mucho! No quiero ir a casa en estas condiciones. ¿Qué te parece si estos dos «amigos» duermen ahí?

—Ja, ja, ¿estás loca? Tiene pinta de ser el hogar perfecto para las cucarachas.

—Prometo no intentar nada en toda la noche —rogué poniendo un puchero—. Además, tú tampoco estás para conducir.

—¿Esto va a ser siempre así? ¿Me vas a pedir algo y luego me vas a convencer con esa mezcla de buenos argumentos y ternura?

Asentí, sonriendo por aquella pequeña victoria. Entramos en la habitación, me tiré en la cama y... me quedé dormida. Había bebido demasiado. Solo recuerdo que me tapaste y, al echarme a mi lado, me acurruqué sobre tu pecho. Lo siguiente que vi fue el sol entrando por la ventana.

Debía ser muy temprano porque el sol brillaba aún muy bajo, pero no me molesté en mirar la hora. Estaba sobre tu pecho. Y te observé. No se me ocurría mejor pasatiempo que observarte.

Te pasé la mano por la frente y, tras quitarte los pelos hacia atrás para que no te molestaran, te di un beso. Abriste un momento los ojos. Sonreíste. Esa sonrisa que tenías cuando me desperté entre tus brazos aquel maldito viernes. Esa sonrisa que había deseado contemplar cada mañana al despertar.

Te dormiste de nuevo, pero al rato yo no podía aguantar más tenerte al lado y no besarte. Me puse a horcajadas sobre ti y me acerqué a tu oído.

—Despierta —te susurré mientras te daba besitos tiernos por el cuello.

Ibas a decir algo, pero puse mi dedo en tu boca para que guardaras silencio.

—Chsss. No digas nada. Es lo que quiero. Estoy segura. —Noté cómo te habías excitado—. Y tú también quieres.

Me empecé a contornear encima de ti con suavidad, frotándome contra tu cuerpo. «¡Te amo!», quise gritar, pero, en vez de eso, me mordí el labio con fuerza y me moví juntándome lo máximo posible a ti.

Nuestros cuerpos estaban tan cerca de unirse y nuestras bocas tan cerca de besarse que parecía que iba a estallar y mi corazón a salirse del pecho. Te empecé a besar alrededor de tu boca. Me acerqué a tu oído.

—Te quiero —susurré.

En ese instante me agarraste por el cuello, me miraste fijamente con deseo y me acercaste hasta estrellar mis labios contra los tuyos. Fue un beso cargado de rabia, por tantos que no nos habíamos dado; un beso con ira, por tantos que nos habíamos guardado; un beso con pasión, por tantas veces en las que nos habíamos besado con la imaginación.

Parecía que nuestras bocas no se iban a poder separar nunca. Nuestras lenguas se movían,

frenéticas. Empujaste ligeramente mi cuerpo contra el tuyo hasta que te sentí dentro de mí. Se me escapó un gemido suave, lo que provocó que separara un poco mis labios de los tuyos. Me agarraste la cabeza por detrás de la nuca y me acercaste con ímpetu de nuevo hasta ti. Me sujetaste la cara: no querías que dejara de besarte. Te sujeté las mejillas: deseaba besarte para siempre.

Quería que aquello no terminara nunca. Ahogaba mis gemidos contra tu boca, porque no podía separarme de ellos. Nos movíamos cada vez más rápido, más fuerte, hasta que no aguanté más.

—Te quiero, Tristán —dije mientras mi cuerpo se relajaba.

Pensaba que habíamos terminado, aunque, en cuanto te susurré ese «te quiero», volviste a apretar tu boca contra la mía. Sí, creía que no podía más, pero deseaba sentirte. Me levantaste en tu cuello mientras te ponías en pie. Nuestras bocas no se separaban más de un segundo. Te rodeé el cuello con mis brazos y la cintura con mis piernas, a la vez que me llevabas hacia atrás hasta apoyarme contra la pared.

Te acariciaba el pelo y te sujetaba la cabeza para que no te despegases ni un milímetro de mi boca. Cerré los ojos mientras te movías dentro de mí. Busqué tu dedo con mi dedo y te lo apreté con toda la fuerza de la que fui capaz, mientras me retorcí de placer.

Cuando terminamos, volvimos a la cama y quedamos en silencio unos minutos, abrazados.

—Entonces, ¿hay que seguir diciendo que somos amigos? —te pregunté.

Te reíste y, a continuación, me sujetaste suavemente la cara para mirarme a los ojos.

—Sara —susurraste. Me excitaste de nuevo solo con escucharte decir mi nombre con esa pasión—. Te quiero.

Te comencé a besar, esta vez de manera suave y pausada, disfrutando del roce de tus labios, de cada delicado movimiento de tu lengua. Ya habíamos desatado la furia contenida de meses mirándonos sin poder tocarnos. En ese momento, queríamos disfrutarnos, acariciarnos con dulzura y saborear cada caricia; besarnos con mimo y gozar con cada beso.

Me puse encima de ti y te llevé las manos a mis pechos, que acariciaste lentamente. Alzaste la cabeza hasta besarlos. Me levantaste y, cuando me quise dar cuenta, yo estaba tumbada en la cama y tú encima de mí.

—Ahí quieta —me susurraste.

¡No sabes cómo me excitó oírte decir eso! Ni imaginaba lo que harías, pero, hasta ese momento, habías demostrado conocerme tan bien en todos los aspectos que me entraron muchos nervios.

Bajaste la cabeza y besaste mi cuello, con suavidad y delicadeza. Cerré los ojos. Intenté acariciarte el pelo, pero me sujetaste la mano y la llevaste al cabecero.

—No me obligues a atarte —me dijiste al oído.

—Mmm.

Llevaste tu mano a mi boca para que tampoco hablara. Tus labios fueron bajando hasta mis pechos, y seguiste bajando. ¡¡Cómo iba a mantenerme callada!! Pasaste la lengua cerca del ombligo. Y seguiste bajando. «¡Baja más, por favor!», gritaba dentro de mí.

Me abriste las piernas y me empezaste a besar por el interior del muslo izquierdo. «¡¡No, por ahí no!! Que me muero». Me acariciaste la otra pierna, con sutileza, moviendo tus dedos, que fueron subiendo lentamente hasta moverse alrededor de la entrepierna, rozándola en algún momento, como por accidente, aunque era completamente intencionado.

—Mm —gemí cuando posaste tus labios en mi clítoris. Me llevé la mano a la boca y me la mordí para no gritar.

Tus dedos empezaron a jugar sin llegar a introducirse. Me retorcí y arqueé la espalda de placer. No iba a aguantar más. Iba a explotar. Y tenía que gritar. Me agitaba cada vez más rápido. Estaba a punto de estallar en un orgasmo intenso y prolongado... Sin embargo, te apartaste y subiste hasta mi oído. «¿Qué? ¿Por qué?»

—Todavía no —ordenaste con suavidad.

—¡¡Me matas!! —susurré en un gemido.

¡Tantas veces había deseado tenerte frente a mí así, sin ocultarnos nada, mostrándonos!

Intenté atraerte a mis labios, pero me quitaste la mano y me apartaste de ti.

—Buf, Tristán...

Entonces te sentí. Ahogué un grito. Te movías dentro de mí sin darme un respiro, al tiempo que apretaba el cabecero con mis manos.

—Todavía no, he dicho —ordenaste, con voz sensual, mientras te detenías durante un instante.

Me mordí el labio y cerré los ojos, suplicando que siguieras hasta el final. Y volviste a moverte, más rápido, más fuerte. Estaba a punto de explotar.

—No pares, por favor —gemí al tiempo que intentabas taparme la boca con tu mano—. ¡No quiero que pares! —grité con ansia.

Seguías moviéndote mientras me tapabas la boca de nuevo. Hiciste un ademán de detenerte; entonces, liberé mis manos y te apreté con fuerza contra mí para que continuaras. Mi cuerpo se empezó a contraer por completo y grité, aunque tu mano impedía que se oyeran mis gemidos. Te aparté la mano de mi boca. Quería chillar y sacar afuera todo el placer acumulado. Y todo estalló en una gran explosión.

CAPÍTULO 31

¿Cuántas veces se podía salir el corazón del pecho en un solo día?

El día más feliz de mi vida

No sé las veces que hicimos el amor, porque si la expresión «hacer el amor» tuvo alguna vez un sentido fue en aquel motel. Descansamos, exhaustos, y, después, decidimos ir a reponer fuerzas hasta *La Terraza de Moix*. Aún no me creía que estuviéramos juntos. Te sonreía como una tonta. Cuando notabas mi mirada, me sonreías tú también, con una de esas sonrisas que es imposible fingir.

—Bueeeno... —dije dando un bocado a la hamburguesa—. No llegan a tus platos de «¡Joder, cómo está esto!», pero quizás llega para un «jelines, no está mal».

—Ja, ja, ja. Has de mirarte eso. Lo de decir palabrotas al comer tiene que ser algún tipo de trastorno.

—Ahora en serio, cuando montes tu restaurante, ¿cómo lo vas a llamar?

—Es muy obvio. De hecho, no sé por qué no se llaman así todos los restaurantes veganos.

—¿Cómo?

—*Green Day*.

—¡¡Qué bueno!! ¿No se le ha ocurrido a nadie?

—Supongo que alguno habrá con ese nombre, pero yo no lo conozco.

—Sobre todo, es ideal para ti, que te encanta la música de los noventa.

—A ti también —dijiste—. En la fiesta las conocías todas. Bueno, a ti te gusta la música, las series, los dibujos animados... Yo tengo la fama, pero eres más noventera que yo.

—Vale, pues hecho. *Green day*. ¡Me apunto!

—¿Vas a montar el restaurante conmigo? —preguntaste con voz dulce acercándote a mí y dándome besitos en la mejilla.

—¿Quieres que montemos el restaurante juntos? —pregunté yo con la misma voz melosa.

—Ajá —respondiste sin parar de darme besos.

—Y pondremos siempre música de *Green Day*, *OffSpring*, *Nirvana*... y alguna vez nuestra canción.

Me arrimé a ti y puse mi cabeza en tu hombro.

—Hemos perdido todo este tiempo —lamenté, mimosa.

—No lo hemos perdido. —Me miraste a los ojos—. Después de todo lo que hemos pasado, sé que eres la persona con la que quiero estar, y tengo clarísimo que nada nos podrá separar.

—¡Qué tonto eres! —¿Se me escapó una lágrima de emoción? Se me escapó.

—Quizás no tendría que decirlo aún...

—Ya lo sé. Llevamos unas horas juntos y, para mí, es como si lleváramos toda la vida. Yo también estoy convencida de que será para siempre. No estoy capacitada para querer más de lo que te quiero ahora mismo. Te miro y creo que se me va a escapar el corazón.

—Se me hace un nudo en el estómago cuando te toco. —Me sujetaste para mirarme a los ojos.

—La respiración se me acelera cuando me acerco a ti —continué.

—Me entran escalofríos cuando pienso que te voy a besar.

Acercamos nuestros labios con delicadeza. No sé cuántos besos nos habíamos dado ese día, pero me seguía subiendo electricidad por la espalda cada vez que nuestras bocas se rozaban.

—Recuerdo el primer sándwich que me llevaste. ¡Joder, qué bueno! No te dije nada, pero ¡me gustó tanto que tuvieras el detalle de pensar en mí! Y, además, nunca nadie había cocinado para mí. Fue un día genial.

—Vamos —dijiste mientras te levantabas.

—¿A dónde?

—Al parque.

—Sabes que tendremos muchos días para hacer cosas juntos, ¿no? No hace falta hacerlo todo hoy.

—Porfa —rogaste con un puchero—. Además, quien lleva el coche soy yo, así que te llevaré donde quiera.

—Oye, si vas a empezar tú también con los pucheros y los buenos argumentos, vamos a tener un problema.

—Aprendo rápido.

Me levanté y te di un beso. Metí la mano en el bolsillo de tu pantalón y, mientras te daba besitos para distraerte, te quité la llave del coche.

—¡Ahora iremos donde yo quiera! —grité mientras escapaba corriendo.

Fuiste detrás de mí. Me alcanzaste cuando llegamos al coche. Me giré. Me miraste. Entrecerré los ojos y acerqué mis labios a los tuyos. Me acariciaste el brazo, hasta que llegaste a mi mano.

—¡Oye! —Me habías quitado la llave y habías escapado—. Con los besos no se juega.

—Ah, ¿no? Díselo a tu yo de hace dos minutos, que no se debió de enterar.

—Nada, él sigue con su lógica aplastante.

En el parque *San Javier* nos sentamos en nuestra mesa. Normalmente, nos sentábamos frente a frente, pero eso ya no tenía sentido. Tú te sentaste y yo me tumbé en el banco, apoyando la cabeza en tu pierna.

Abriste tu mochila y sacaste dos cervezas.

—¡Cómo no!

—Por nosotros —brindaste acercando tu botellín al mío.

—¡Cuántas cosas me he callado en estos bancos!

—¡Y cuántos besos habré dejado de darte!

—Recuerdo el día de la hamburguesa... —rememoré—. Buf, estuve a punto de olvidarme de todo y lanzarme.

—Creo que fue el momento en que estuve más cerca de besarte —confesaste.

—Cuando pensé que me ibas a besar, te levantaste y dijiste que iba a llover. Me apeteció azotarte con un paraguas.

—Era una situación complicada.

—No, no tiene por qué serlo —Me incorporé, me senté y bebí un buen trago de cerveza—. Mira, te propongo que, cada vez que uno no sea del todo sincero con el otro, o no se atreva a decir algo, el que no sea claro tiene que pagarle una *Ranses* al otro.

—Hecho.

Cuando empezaba a anochecer, buscamos un sitio donde cenar. Me habían hablado de un local donde servían tapeo, con la peculiaridad de que tenían espectáculo de micrófono abierto. Cualquiera podía subir al escenario para cantar, bailar, contar chistes, hacer magia... lo que fuera. Parecía divertido.

Era un sitio pequeño, con la barra a la derecha y mesas a la izquierda. Habría unas quince mesas para, como mucho, tres comensales, aunque en la mayoría había dos personas. Teniendo en cuenta que dos mesas estaban libres, habría unas treinta personas en el comedor, más otras quince en la barra. En total, unas cuarenta y cinco.

La única iluminación del comedor era la cálida luz que desprendían las pequeñas lámparas de las mesas redondas. Nos sentamos cerca del escenario, en la segunda fila. Antes de que empezara el espectáculo, llamaste por teléfono.

—¿Tía? Hola, ¿qué tal? Sí, tengo que trabajar esta noche también. Lo siento. —Me miraste enseñándome los dientes para hacerme cómplice de la mentira—. Gracias. ¡Eres un amor!

Colgaste y guardaste el móvil en tu pantalón. Después, te quedaste mirándome.

—¿Te das cuenta de que, cada vez que estamos juntos, no tardamos más de dos minutos en agarrarnos los índices? —me preguntaste.

—¡Es cierto! —contesté—. Sonará cursi, pero supongo que es porque, desde que nos cruzamos los dedos por primera vez, siento que he echado el ancla en ti. Mi dedo es el ancla que hace que no me mueva de tu lado.

—¡Qué metáfora más bonita! Un poco ñoña, pero bonita.

—Pues mira, te la regalo. La puedes usar para escribir el primer poema pensando en mí.

—¿El primero?

—¿Ya me has escrito algún poema? —Asentiste—. ¡Léeme alguno!

—Aquí no tengo.

—¿En serio? ¿En el móvil?

—Ya sabes que escribo en papel.

—«Los sentimientos hay que esculpirlos sobre un soporte real en que dejen huella», creo que dijo alguien. ¿Y no recuerdas alguno?

—Chtss, que empiezo.

Un hombre, primero, y una chica, después, habían salido a cantar. Ya habíamos comenzado a cenar cuando salió un chico alto y fuerte que iba a hacer un monólogo de interacción con el público.

—Oh, qué bonito es el amor —se dirigió a nosotros después de que tú y yo nos diéramos un beso.

Empezó a hacer bromas sobre nosotros; le dimos juego para que continuara con las bromas y pudiera hacer su show. Fue bastante divertido, pero me sorprendió tanto lo que sucedió a continuación que no puedo recordar nada más.

—No hay más gente en la lista —anunció un empleado del local—. Necesitamos voluntarios. Da igual lo que sepáis hacer: cantar, bailar, malabares con una cuchara...

Nadie se movía. Todos habíamos ido a mirar más que a participar. De pronto, te pusiste en pie mientras te limpiabas las manos con una servilleta. Estabas temblando. Eras tan tranquilo normalmente que no creía que te pudieras poner tan nervioso. Levantaste la mano.

—¡Hombre, el enamorado!

Te acercaste al empleado, quien preparó el teclado que estaba apartado en una esquina.

—Sara —anunciaste agarrando el micrófono—, me has abierto la vida a tantas cosas en tan

poco tiempo... Nunca olvidaré el mejor cumpleaños que he tenido, el que tú me diste. Supiste la ilusión que me haría tocar el piano y me regalaste tu teclado. Aún soy un novato —te dirigiste a todos—, así que os pido comprensión. O compasión, más bien. Me estoy muriendo de vergüenza, pero me expongo ante todos para agradecerte que me hayas hecho cumplir este sueño.

Saqué el móvil con la intención de grabarte. Quería guardar tu primera interpretación. Te sentaste y te limpiaste el sudor de las manos de nuevo. En cuanto tocaste las primeras notas ya confirmé que interpretarías *Experience*, la pieza que siempre quisiste tocar.

—Perdón —te excusaste al equivocarte en el segundo compás—. Empiezo de nuevo.

Se te notaba torpe, pero lograste arrancar. ¡Qué ilusión me hacía verte al teclado! En tan poco tiempo te atrevías a intentarlo. Apoyé el móvil en la lámpara para que siguiera grabando. Yo quería concentrarme en mirarte.

Tras las primeras frases te fuiste soltando. La música empezó a envolver el local, que tomó un ambiente de ensoñación en el que parecía que las emociones volaban por el aire. Todo el mundo escuchaba con atención. Yo apoyé la cabeza sobre mi mano, admirándote.

Te equivocaste en alguna nota, pero la esencia estaba ahí; el *tempo* no era el correcto, pero emocionaste a todos; la intensidad no era la adecuada, pero la música nunca había sonado tan bien.

Te ibas a volver a la mesa. Sin embargo, te giraste y le hablaste al micrófono de nuevo.

—Sara, te debo una *Ranses*. ¿¡Alguien puede llevarle una *Ranses*!? —preguntaste mirando a la barra. Un camarero sacó una de una nevera y la levantó para que la vieras—. No he sido del todo sincero contigo. El primer poema te lo escribí tras quedar fascinado viéndote interpretar *Serenade*. Y quizás hasta ya lo hayas leído sin saber que era para ti. Aún ni me planteaba que podía llegar a quererte, pero mi corazón ya lo sabía. Rompí el papel donde lo había escrito, porque me sentía culpable de haberlo hecho, aunque quedó grabado a fuego en mi mente.

Ahí sí, ahí supe que iba a llorar. Tocaste los primeros acordes de *Serenade* y, cuando entró la línea melódica, comenzaste a recitar los versos con voz grave y profunda, con lentitud, con dulzura, engarzando los versos en los compases.

En tus manos vi la luz,
Las tinieblas en tus ojos.
En tus manos vi el pesar
De mil corazones rotos.

¡Era el poema! ¡El poema que guardé en su funda y escondí en el cajón para siempre! ¡El poema que detestaba porque no estaba escrito para mí! Dejaste terminar el fraseo de la música para retomar el poema coincidiendo con la siguiente frase de la pieza. Era emocionante que hubieras escrito eso pensando en mí. ¡Mi poema! La forma en que recitabas, suave y pausada, me inundaba el corazón. Y me maravilló cómo habías conseguido que fuera tan en consonancia con la música.

En tus manos vi la luz,
En tu boca acordes sordos,
En tus manos vi la dicha
De mil corazones locos.

¡Guau! No dejaba de mirarte, con los ojos chispeantes. ¿Cuántas veces se podía salir el

corazón del pecho en un solo día?

Apoyé los codos en la mesa y junté las manos para descansar mi barbilla en ellas. Te contemplaba con los ojos inundados. ¡Desde que me había despertado había sido todo tan perfecto!

Y si al verme frente a frente
Viste mi alma en el lodo,
Y si al cruzarnos la mirada
Tiemblas, aunque sea un poco,
Es posible que te diga
Lo que ya sabemos todos.
El mañana será nuestro
O prefiero morir solo.

Se me erizó la piel. «No tiemblo al mirarte, Tristán. Me estremezco». Deseaba llegar a casa y buscar el poema en el fondo de mi cajón para leerlo quinientas mil millones de veces (una arriba, una abajo).

En tus manos vi la luz,
En tu boca besos sordos,
En tus manos vi el amor,
Las estrellas en tus ojos.

Terminaste y todo quedó en silencio unos segundos. La gente estaba emocionada. Me levanté y viniste hasta mí. Los espectadores estaban expectantes. Te abracé. Toda la sala rompió a aplaudir. Algunos incluso silbaban.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!!

Entre lágrimas de emoción, me reí mientras la gente gritaba. ¿Era aquello una puta película de Hollywood?

—¿Te ha gustado? —preguntaste.

¿Mis lágrimas no te daban ninguna pista? Me acerqué a ti, te agarré por la nuca y te besé, con la misma pasión de nuestro primer beso y con la ilusión de saber que nos tendríamos para siempre.

CAPÍTULO 32

—No me mires así —te dije.

—Así, ¿cómo?

—Así, haciéndome sentir la persona más especial del mundo.

Constelación del pingüino

No me lo podía creer; el día anterior, apenas nos hablábamos, nos veíamos casi como dos desconocidos y apartábamos la vista el uno del otro. Sin embargo, tenías razón, habíamos vivido tantas cosas juntos que, en un solo día de relación, no concebía la vida de otra manera que no fuera contigo.

Desde entonces han pasado muchas cosas, y tengo que decir que la vida me ha tratado bien. De hecho, si alguien escribiera mi biografía, expondría al mundo la vida de una escritora y periodista de éxito que ha triunfado. ¿Por qué, entonces, no recuerdo haber sido plenamente feliz ningún día desde entonces? ¿Por qué llevo esta angustia en mis entrañas constantemente? ¿Por qué no puedo dejar de recordar aquel día una y otra vez?

Salimos del local donde habías tocado *Experience* y me habías leído el primer poema que me habías escrito. Tanta felicidad no me cabía en el pecho.

—¿Dónde quieres ir ahora? —preguntaste al salir del bar.

—Oye, ayer me lo pasé bien en el antro ese. Podíamos volver.

—¿En serio?

—¡¡Porfa!!

—No empieces con tu mezcla letal de ternura y argumentos, que te veo venir.

—Hoy no tengo ningún argumento para ir a ese sitio... pero —te besé el cuello— a lo mejor te apetece ir —te di unos mordisquitos alrededor de la oreja—, tomar una cerveza —te acaricié la pierna— y volver al motel. Lo siento —dije enseñándote las llaves del coche, que había sacado de tu bolsillo—. Ahora me toca elegir a mí.

Fuimos hasta el pub y estuvimos un rato sentados junto a la barra.

—No me mires así —te dije.

—Así, ¿cómo?

—Así, haciéndome sentir la persona más especial del mundo.

—¿No lo eres? —respondiste con voz sugerente—. Tendré que seguir investigando, entonces. —Te levantaste y miraste a un lado y a otro.

—Ni se te ocurra buscar más. —Te sujeté, te senté en el taburete y te besé.

—No empieces, que si no tendremos que ir al motel ya.

—No suena mal.

—Pensar que, cuando te conocí, me pareciste insufrible —lograste decir entre beso y beso.

—¡Estabas muy borde! —respondí—. Mira que yo iba dispuesta a que me cayeras bien. Te tenía hasta cariño por lo bien que hablaba Silvia de ti.

—Yo, al contrario. Ya me caías mal antes de conocerte.

—Pues, ya ves, te equivocabas.

—¿Quién dice que me equivocaba? —Te acercaste para besarme—. ¿Por qué supones que

ahora me caes bien?

—¿Ah, sí? —contesté con voz melosa—. ¿Sigues sin aguantarme?

—Nada, nada. —Pasaste la lengua por mi cuello.

—¡Que no me tientes! ¡Venga, al motel!

—De eso nada —exclamaste. Señalaste hacia una mesa de billar que había al fondo, como apartada—; el que gane, elige dónde vamos después.

—Como quieras. —Me levanté y fui detrás de ti—. ¿Tienes pensado elegir algún sitio que no sea al motel? —te pregunté cuando llegué hasta ti, acariciándote el torso por debajo de la camiseta.

Fuimos a la zona del fondo del pub, iluminada únicamente por la tenue luz que emanaba de la lámpara que alumbraba el tapete.

—¿Tú sabes jugar a esto? —me preguntaste, intentando burlarte.

—Algo. —Golpeé la bola blanca con fuerza para abrir el juego, que impactó con violencia contra el resto. Dos de ellas entraron, cada una, en una tronera de cada esquina—. Voy a lisas —dije con soberbia. Me encantó ver tu cara.

—Vale, ya veo que algo sabes jugar.

Me acerqué a ti y te di un beso, abriendo la boca para rozar tu lengua un segundo. Seguí tirando. Tú empezaste a acariciarme con sensualidad; primero, la zona de la barriga; después, subiste a mis pechos.

—Sé lo que estás intentando. Y no voy a caer.

Seguí tirando, sin perder el turno. Me acariciaste por debajo de la blusa. Procuraba hacerme la fuerte, pero me estabas excitando mucho. Solo me quedaba por meter la bola negra. Te pusiste detrás, frotándote contra mí descaradamente. Traté de apuntar. Pasaste tu mano por delante y comenzaste a acariciarme por la entrepierna. Tiré con todas mis fuerzas y la bola negra entró en la tronera que correspondía sonando con contundencia.

Me giré y comencé a besarte con deseo. Te fui llevando hacia atrás para llegar a la pared, pero, en esos pocos pasos, tropezamos con otra pareja. Con tu espalda chocaste con la chica, a la que se le derramó algo de su copa.

—¿Qué pasa? ¿Estás loco? —te chilló. El novio se puso en pie. Se notaba que eran personas que buscaban el enfrentamiento a la mínima.

—Perdón. No os había visto —te disculpaste.

—«Perdón», dice el tío —replicó mirando a su novio—. Mira cómo me ha dejado el pantalón.

—Lo siento. Te pago otra copa.

—Pues claro que la vas a pagar. Mira, me has dejado sin nada.

Te lanzó lo que quedaba en el vaso a la cara. Tú estabas tratando de ser educado y ella te respondía con esa salida de tono, tirándote la copa. No me pude contener y me abalancé sobre ella. Creo que no me había peleado en mi vida, pero le lancé un puñetazo que le dio en la mejilla.

El novio se abalanzó sobre ti y te dio varios puñetazos en la cara. Yo seguía sujetando a la chica. Su novio me agarró por detrás, me levantó y me tiró al suelo. Entonces, con cara de enajenado total, alzaste un taburete con el que le golpeaste en la espalda. Él ni pestañeó. Cuando se giró hacia ti, me viste allí en el suelo y comenzaste a lanzarle puñetazos. Él no parecía inmutarse, pero golpeabas una y otra vez.

El chico ya estaba sangrando por la nariz y totalmente derrotado. Me levanté y te sujeté por detrás. Cuando llegó el hombre de seguridad del local ya habías dejado de pegarle.

—¿Qué ha pasado, Satur? —le preguntó.

—Ese animal. Mira cómo me ha dejado —contestó tratando de limpiarse la sangre de la cara.

El guardia de seguridad nos agarró por la parte de atrás de la camiseta y nos empujó hasta la salida.

—¡Han sido ellos quienes han empezado! —protesté.

Nos empujó fuera del local y cerró la puerta.

—¡Idiotas! —grité.

—¡Mequetrefes!

Nos carcajearon, pero el de seguridad abrió la puerta de nuevo. No esperamos a ver qué hacía y escapamos corriendo.

Entre las risas, la oscuridad y la leve lluvia que había comenzado a caer, no encontrábamos el coche. Lo localizamos escondido entre un camión, que había aparcado a la derecha, y un furgón, que estaba a la izquierda.

—Estás loquísima. —Me arrimaste contra el coche y me besaste.

—¿Sabes qué, Tristán? Es el mejor día de mi vida.

—Pues todavía puede mejorar —respondiste acercándote a mí para besarme.

A la vez que movía mi lengua con ansia dentro de tu boca, metí la mano en tu pantalón. Te desabroché. Estabas muy excitado. Lancé tu camiseta al suelo y recorrí tus pectorales con mis manos, bajando hasta tus abdominales. Me quitaste la camiseta y me abrazaste contra ti. Nuestras pieles se rozaron.

Me subiste al capó del coche y me quitaste el pantalón. Te vi con la intención de jugar conmigo, pero el deseo ya se había apoderado de mi cuerpo y te necesitaba ya. Te agarré la cabeza y te la empujé hacia abajo. Después, te pusiste en pie. Te rodeé con mis piernas y te empujé hacia mí hasta que te sentí dentro. Emitiste un gemidito, casi un suspiro, que me volvió loca. Te apreté para que te movieras más rápido.

De pronto, sentimos un bocinazo tremendo que casi nos saca el corazón del pecho. Un hombre estaba en la ventanilla del camión de al lado, gesticulando, muy enfadado. Creo que lo despertamos. Yo me moría de vergüenza. ¿Cuánto tiempo llevaría mirándonos? Recogimos la ropa del suelo y entramos al coche.

—Arranca, arranca, ya nos vestiremos —rogué.

Paramos en un área de descanso que había a un par de kilómetros para vestirnos, muertos de la risa.

—Espera —susurré poniéndome encima de ti—. Vamos a terminar lo que habíamos empezado.

Después de hacer el amor, nos vestimos y quedamos hablando en el coche.

—Como has querido marchar tan pronto del pub —bromeaste—, ahora es temprano. ¿Qué quieres hacer?

—No sé. Quiero conocerte más. Llévame a algún sitio que sea especial para ti.

Me diste un beso y arrancaste, sin decir nada. Pusiste música. Empezó a sonar *Experience*. Subí el volumen mientras te sonreía.

—Por tu culpa no hago más que escuchar a Einaudi todo el rato —te dije.

Tomaste la carretera hacia el monte Serbal. Paraste en una especie de mirador y nos sentamos en una roca que había junto a un árbol que miraba hacia el precipicio. Ya no llovía y se

veían las estrellas. Alguna nube las tapaba unos segundos, pero el viento las obligaba a cruzar con rapidez, volviendo a mostrar la luna, casi llena.

—Es un sitio precioso —comenté—. ¿Por qué es especial para ti?

—¿Sabes cuando estás cansado de la vida?

—No digas eso.

—En esos días vengo aquí y me desahogo. A veces grito hasta quedar sin fuerza y así no tengo hueco ni para la rabia. Otras, simplemente me siento a observar la inmensidad del cielo.

—¿Qué es eso que te ha hecho cansarte de la vida?

—No es día para cosas tristes.

—Siento que, con lo de mi madre, hemos estado tan centrados en mí que me queda mucho por conocer sobre ti, y ¡lo quiero saber todo!

—Y te contaré todo, pero no hoy. Solo quiero disfrutar de estar contigo. Por cierto, aquí traje a Fran aquel domingo.

—¿Ah, sí? Regresasteis a casa guapos, anda. ¿Y qué le dijiste?

—Que disfrutara de tu madre. Que sufriera con ella. Que lloraran juntos si hacía falta, y que exprimiera cada momento con ella. Pero hoy no es día de cosas tristes.

—Me entristezco, pero ahora lo vivo de manera diferente. Siento el dolor de no poder estar con ella, obvio, pero siempre se me pone una sonrisa cuando la recuerdo.

—Por cierto, ¿tu padre no se ha preocupado por ti ayer y hoy?

—Mi padre confía en mí. Eso, y que le he dicho que estaba con Silvia. Si le digo así por teléfono que estoy pasando el *finde* contigo le da algo. Mañana se lo contaré. En el fondo, sé que se va a alegrar, porque ha visto cómo eres.

—Le he notado muy cambiado, la verdad.

—Se ha portado. Durante la enfermedad ha llevado todo el peso de la familia. El día que murió mamá le noté hasta sereno. Él ya había hecho esfuerzos por asumirlo para poder estar centrado en nosotros.

En ese momento te levantaste señalando al cielo.

—Mira, aquella constelación es Casiopea.

—¿Qué dices? —Me levanté y me puse a tu lado.

—¿No es lo que suele pasar en las pelis? En un momento emotivo, el chico mira hacia el firmamento y dice: «Fíjate allí, es Casiopea», y cuenta un hermoso mito griego sobre el amor.

—Ya... El problema es que no te lo puedes inventar porque me gusta mucho la mitología griega. Y soy experta en astronomía. Casiopea es aquella.

—¿Cuál?

—Aquella que tiene como forma de W. Pero cuenta, cuenta la historia.

—No, no. ¡No me atrevo a engañarte!

—No, venga, no quiero chafar tu plan. Invéntate una historia, lo más disparatada posible, y yo hago esfuerzos por creérmela.

—Vale —pensaste un momento mirando las estrellas—. Mira, aquella es la constelación del pingüino. —Solté una carcajada—. ¿Ves que tiene forma de pingüino emperador?

—Eh... Sí, sí. —Entorné los ojos hacia arriba con ironía—. Al principio pensé que era una masa informe de estrellas que están a millones de años luz, pero no, fijándome bien, veo que es igualito a un pingüino.

—Hay que fijarse mejor para la próxima. Pues bien —proseguiste señalando hacia el cielo—, Tristófonos, el dios de los tristes, estaba enamorado de la ninfa Sarífone.

—Ja, ja, ja. Tristófonos y Sarífone. Me muero. Y si Tristófonos es el dios de los tristes, ¿la

ninfa Sarífone?

—Umm —pensaste arrugando la frente—, ¿la ninfa de los *saraos*?

—Vale, vale —respondí mientras me reía.

—Toximisa, diosa de los gases tóxicos del inframundo, estaba enamorada de Tristófonos. Cuando Tristófonos le regala un anillo a Sarífone como prueba de su amor y se declara a ella, Toximisa, corroída por la envidia —entrecerraste los ojos—, convierte a Sarífone en pingüina.

—¡Oye, vaya caradura! ¿Y por qué no a Tristófonos? Es él quien le hace daño.

—Porque Tristófonos es un dios poderoso y a él no puede enfrentarse.

—Ya, ya.

—Yo no pongo las reglas. —Te encogiste de hombros—. El caso es que Tristófonos ama tanto a Sarífone, pero tanto, tanto, que va a hablar con Benévolo, el dios de las buenas causas.

—Ja, ja, ja. No puedo. —Te miraba muerta de risa. De la nada te estabas sacando una historia mitológica totalmente disparatada y a la vez con sentido.

—«Amo a Sarífone», le dijo, «pero Toximisa la ha convertido en pingüina. Y, no sé por qué, las relaciones hombre/pingüina están mal vistas» —declamaste exageradamente como en una tragedia griega—. Era otra época, claro —puntualizaste.

—Pues, oye, cada vez que miro al cielo, cada vez se parece más a un pingüino.

—Claro —respondiste, y continuaste con el relato—. «Te comprendo», le dijo Benévolo. «Yo no puedo deshacer el hechizo de Toximisa, que soy Benévolo, pero no tonto. Por ayudarte a ti, no me voy a arriesgar a que Toximisa me condene a respirar sus gases fétidos durante toda la eternidad». Tristófonos arrugó el entrecejo mirándole con desilusión, a lo que Benévolo dijo: «yo, si quieres, te convierto en pingüino a ti también». Y así fue cómo, por amor, Tristófonos, dios de los tristes, se convirtió en pingüino emperador.

—¡¡Muy bien!! —aplaudí—. Una historia muy romántica.

—No, no. Ahí no acaba.

—¡Anda! La historia ya me parecía que quedaba redonda así.

—«Toximisa no puede sospechar, por lo que te convertiré en pingüino durante los tres meses que pasan en las colonias. Así podrás estar con tu amada. El resto del año, mientras los pingüinos regresan a alta mar, tú volverás a la tierra con tu forma de dios». Tristófonos acepta y se dirige al Polo Norte... ¿o están en el Polo Sur? Siempre me entra la duda.

—En el hemisferio sur —respondí.

—Tristófonos va a la Antártida —continuaste— y recorre todas las playas en busca de Sarífone, llevando consigo la piedra más grande y hermosa que encuentra para ofrecérsela y construir juntos el nido donde incubar el huevo que tendrán. No obstante, todos los pingüinos le parecen iguales y no sabe cómo distinguirla. Él va graznando de playa en playa, caminando con sus ridículas patitas —juntaste las piernas y pegaste los brazos a tu cuerpo, con las palmas abiertas, caminando como un pingüino—. De hecho, como no está acostumbrado, se cae cada poco.

—¿Cómo dices que camina? —Te moviste de un lado a otro imitando a un pingüino—. Ja, ja, ja. Perdón, continúa.

—De entre todos los pingüinos, ve a una pingüina que prueba un sándwich de plancton (porque son pingüinos veganos) y emite un graznido enorme y malsonante. Casi le pareció escuchar un «¡Joder, qué rico!». Tristófonos reconocería ese graznido en cualquier parte: era Sarífone.

—Ja, ja, ja, me meo.

—Sarífone, sin soltar el sándwich, mira a Tristófonos y lo reconoce. Está a punto de

caérsele el bocado, pero lo sujeta con fuerza mientras camina hacia su amado. Tristófonos le ofrece la piedra para su nido y ella acepta.

—¡Precioso! Lo de no soltar el bocado... me ha llegado al alma.

—Cada año, después de construir el nido, aparearse e incubar el huevo juntos, Sarífone regresa a alta mar, mientras Tristófonos vuelve a tierra. Y, así, año tras año, viven su amor como si fuera eterno.

—¡Qué bonito! Aparearse una vez al año no suena bien, pero el resto, precioso.

—No se dan cuenta de que Sarífone ya no es una ninfa inmortal, sino una pingüina, así que, pasados unos años, Sarífone se va apagando, abrazada a Tristófonos, hasta que muere junto a su amado.

—Tonto —te reñí, con cariño, dándote un manotazo en el brazo—. ¡Ya no me gusta esta historia!

—Tristófonos dibuja a su amada y le pide a Estréllides que convierta su dibujo en una constelación para poder ver a Sarífone todas las noches. Y ahí está, la constelación del pingüino. De la pingüina, en realidad. Tristófonos, desde cualquier sitio de la tierra en el que esté, sale todas las noches a ver a su amada en el cielo.

—Eres muy tonto —protesté con los ojos vidriosos. Era una tontería de cuento sobre pingüinos simulando una historia mitológica, pero me había emocionado.

Fuiste al coche y volviste con dos mantas. Una la colocaste sobre nuestras piernas y, otra, envolviéndonos los hombros. Quizás tú ni recuerdes esa historia. Empezó como una broma de la que fuiste tirando del hilo, pero para mí resumía tu esencia.

Miraba las estrellas. No quería que se me escapara dónde decías que estaba el pingüino. Era difícil imaginarlo, pero intenté recordar cómo se podía dibujar la silueta de Sarífone para, en las noches en las que no estuviéramos juntos, contemplar el cielo y acordarme del momento mágico en que me contaste la historia de Tristófonos, el dios de los tristes, y Sarífone, la ninfa de los *saraos*.

CAPÍTULO 33

La vida es eso que transcurre entre momentos importantes.

Peñíscola

Estuvimos más de una hora sentados junto al serbal, abrazados, sin decir nada, mirándonos, sonriendo, sin más distracción que sentir que estábamos juntos.

—Ahora sí es tarde —dijiste—. ¿Qué quieres hacer?

—¡Son las cuatro! —exclamé mirando la hora en el móvil.

—Al motel ya casi ni merece la pena ir. ¿Te apetece ir a la playa?

—¿A la playa? Estamos a más de tres horas.

—Perfecto. Llegaremos cuando esté amaneciendo.

—Me encanta. Si estás cansado, podemos ir otro día.

—Sabes que no suelo tener mucho tiempo para mí. Quiero aprovechar cada segundo contigo. ¡Me siento tan vivo a tu lado!

Comenzaste conduciendo tú, aunque habíamos acordado que, cada hora, nos cambiaríamos para que el otro pudiera descansar. Al principio, quería estar despierta para seguir hablando contigo, pero, poco a poco, los ojos se me fueron cerrando. Sentí cómo habías frenado y entreabrí los ojos. Volvías del maletero con una de las mantas y me tapaste con ella. Te sonreí y te di un beso para volver a acomodarme. ¡Qué bien sentirte tan pendiente de mí!

Lo siguiente que recuerdo fue un beso tuyo en la frente. Abrí los ojos. Habías aparcado en un mirador junto a un acantilado.

—Me pareció un buen sitio para que veamos amanecer.

Salí, cubierta con la manta. El sol estaba apareciendo a lo lejos.

—Es precioso —dije, apoyada en tu hombro—. ¿Podemos quedarnos aquí toda la vida?

—¿Sí? ¿No tienes hambre?

—¡Cierto! —exclamé posándome del capó—. Y el desayuno es la comida más importante del día, así que vamos.

—Ja, ja, ja. Te has quedado en los noventa hasta para la nutrición. Ahora bajamos a la playa y desayunamos en algún bar por allí. De momento...

Tenías el maletero abierto y habías preparado unas rebanadas de pan tostado con aguacate, tomate y pistacho espolvoreado.

—¡Um! —dije al primer bocado—. ¿Ya te había dicho que te quiero? ¡Joder! —exclamé con el segundo—. ¡Te amo!

—Por la comida solo. ¡Qué bonito!

—Y por el sexo. No te olvides del sexo.

A los pocos kilómetros de emprender la marcha, vi la silueta del peñón de Peñíscola a lo lejos. ¡Te habías acordado de que era uno de mis sitios preferidos!

—¿En serio? —te pregunté, con cara de asombro.

—Para que me quieras por algo más que por la cocina y el sexo.

—Te como. —Te di un beso fuerte y sonoro en la mejilla.

Fuimos a desayunar a una confitería donde había bollería apta para veganos. Me tomé un café con leche de almendra con un croissant enorme. ¡Qué placer! Tú probaste una tarta de avellana. Digo probaste porque comí yo casi toda la ración.

—Eres como Joey con la comida —te burlaste de mí.

—¡Ah! Ya te está gustando *Friends*.

—No, la verdad es que no.

—A ver, entonces —se me ocurrió—, si mañana te plantearan hacer una serie, ¿de qué trataría?

—Una pregunta fácil para las ocho de la mañana. Y sin dormir.

—Ja, ja, ja. Son casi las nueve, no seas exagerado. Yo seguiría con novela negra, con misterio y suspense. Sería gente corriente que, poco a poco, se ve envuelta en tramas oscuras.

—Continuarías con el tema «árboles», ¿no? Como «el cielo del pomelo» o «El pino asesino».

—Ja, ja, ja. Algo así, sí. Y ¿tú? Ya te he dado tiempo para pensar.

—No sé... quizás un grupo que va en autobús y, de pronto, entra en un agujero de gusano o algo así y aparece en un universo paralelo.

—¿Tú de ciencia ficción? Nunca lo diría.

—No, excepto eso, que sería el inicio, no sería ciencia ficción. Es solo la excusa para el argumento. Los pasajeros, muy variados, entrarían a un mundo paralelo, casi idéntico al mundo en el que vivían, pero con sutiles cambios en sus vidas. Sin embargo, esos pequeños cambios alterarían sus existencias por completo y, por ejemplo, el que tenía una vida sencilla, en este mundo termina en la cárcel; quien se veía a sí mismo como buena persona se encuentra que en esta nueva realidad es un asesino...

—Uy, qué bueno. Yo quiero ver esa serie.

—Por ejemplo, un hombre que en su vida es relativamente feliz, con un buen trabajo, llega a la que era su casa, pero se encuentra con que su mujer vive con otro. A él ni lo conoce. No tiene trabajo, ni hogar, ni dinero. Investiga qué ha pasado; la única diferencia que encuentra es que su amigo de la adolescencia se muda a otra ciudad. Busca nuevos amigos y, por encajar en un grupo, empieza a tontear con el alcohol y las drogas. Para el resto es un pasatiempo de la adolescencia, pero él termina enganchado y arruinando su vida.

—Ay, quiero verla ya. Voy comprando palomitas.

—Las historias se irían entrelazando. Por ejemplo, una mujer, en la vida real, pasa todos los días al lado de un mendigo al que nunca presta atención. En el mundo paralelo, ese mendigo es su jefe y le amarga la vida. A su vez, se ve cómo ese hombre, cuando era mendigo, trataba bien a todos; en su nueva vida es un triunfador, pero está amargado y solo, ya que trata mal a todo el mundo. Cosas de ese estilo.

—Tú esto ya lo traías pensado de casa.

—Ja, ja, ja. No, en serio que no. Me gustan las historias sobre cómo cualquier detalle de nuestras vidas afecta en la construcción de lo que somos. Muchas veces, pensamos que todo se lo debemos a nuestra capacidad, esfuerzo o conocimiento; claro que influye, pero no podemos perder de vista cómo nuestro entorno condiciona lo que somos.

Después de desayunar, subimos a la fortaleza. Cada sitio me recordaba una anécdota con Fran; cada rincón, una caricia de mi madre; cada cuesta, mis gritos alegres al subirme a los

hombros de mi padre.

—¡Mira! Allí es donde solíamos cenar pizza.

—Si quieres, si hay algo vegano, luego venimos a comer.

Subimos hasta llegar a la fortaleza. Entramos y seguimos avanzando hasta llegar arriba y apoyarnos en la barandilla, mirando el mar. Te agarré la cintura por detrás.

—¿Qué piensas? —te pregunté.

—Que esto es una maravilla. Si alguna vez me pierdo, búscame en un sitio con playa. Pero un sitio donde haga calor ¿eh?, a ver si me vas a mandar a los fiordos noruegos o algo así.

—Ja, ja. Ya sé que el frío no es lo tuyo.

—¿Y tú? —preguntaste—. ¿Qué pensabas?

—¿La verdad?

—Claro.

—Pues que no pasara nada —respondí.

—¿Cómo que no pasara nada?

—La vida es eso que transcurre entre momentos importantes; y yo no quiero que pase nada importante en mucho tiempo. Quiero vivir, solo eso; quedarme así, abrazada a ti. No quiero más hitos en mi vida.

—Qué bonito

—Siempre parece que tienen que sucederse momentos épicos que nos marquen para que nuestra vida sea plena. Yo, ya no. Quiero aprender a vivir más lento; a tener vivencias insignificantes, como agarrarte por la cintura y ver el mar; pequeñas cosas que me hagan sentir viva.

—¿Cómo no te voy a querer!

Decidimos bajar a la pizzería. Era temprano, pero había que comer, porque nos esperaba un viaje largo.

—Después, hay que irse —señalaste.

—Jo.

—¿Qué te parece si, en las primeras vacaciones que hagamos juntos, venimos aquí? —propusiste.

—¿En serio? —Rodeé tu cuello con mis brazos y te besé. Nuestros primeros planes de futuro juntos. ¡Me encantaba!

—En serio.

—Te quiero —dije, y te di un beso—; te quiero, te quiero. —Te besé alrededor de tu boca—. Ah, y no sé si te lo había dicho: te quiero. —Te besé con fuerza en los labios.

Cómo me gustaría volver a ese día, a disfrutarte sin momentos importantes, a abrazarme a ti viendo el mar, a quererte sin nada más a nuestro alrededor que alterara la alegría de tenernos.

Justo enfrente de la puerta de la pizzería vi un local de tatuajes y me pudo la curiosidad.

—Vamos a mirar —dije, cruzando la acera—. ¿Tienes algún tatuaje?

—No, la verdad es que nunca me he planteado hacerme ninguno.

—Sería mucha locura si... —Señalé hacia dentro con la mirada.

—Sí, mucha.

—Quizás... ¿una locura que quieres hacer?

—No, no —respondiste tras unos segundos de indecisión.
—¿Ves? Quieres, pero no te atreves a decir que sí. Vamos a entrar.
—Solo a mirar, ¿eh?
—Sí, solo un vistazo. Hola —saludé a la chica que estaba tatuando el brazo de un hombre.
—Hola —respondió sin perder la concentración.
—¿Cuánto se tarda en hacer un tatuaje? —pregunté mientras cotilleaba por las vitrinas—.

Uno pequeñito.

—Eso varía mucho en función del dibujo que se quiera, del estilo... —contestó sin apartar la vista del brazo que tatuaba.

—Ya.

Estaba mirando lo que había en un mostrador de cristal cuando llegaste por detrás y me tapaste los ojos.

—Tenemos que tatuarnos —me susurraste.

—¿¡En serio!? —Un escalofrío me recorrió por dentro—. ¿Qué has visto?

Me llevaste hasta cerca de la entrada y retiraste tus manos de mis ojos. Los abrí por completo, ilusionada. ¡Era un ancla!

—Nos lo tatuamos los dos —dijiste—. Tú te lo tatúas en el índice de tu mano derecha.

—¡Y tú en la izquierda!

—¿Te gusta?

—¡¡Me encanta!! Es tan perfecto y obvio que no sé cómo no se me había ocurrido.

—No nos dará tiempo a comer, eso sí —comentaste.

—¡Me da lo mismo!

—¿Estás renunciando a la comida? No te lo puedo negar entonces. Eso sí, hay que preguntar si tienen tinta apta para veganos.

—Sí, mira —te señalé un estante donde había varios botes y un cartel donde se leía: «tinta vegana»—. Me llamó la atención porque no sabía que podía no ser vegana.

Mientras la chica te tatuaba, llamé a la pizzería para consultar los ingredientes de la masa y cerciorarme de que eran aptas para veganos. Encargué una vegetal y otra de setas. «¡Sin queso! ¡Tenía que pedir las sin queso!». Volví a llamar. Todavía me costaba procesar lo que podía ser apto y lo que no.

Después me tatué yo. Pensé que se tardaría al ser una zona en la que parecía difícil trabajar, como era el interior del índice que rozaba con el dedo medio. Sin embargo, en menos de una hora estaba listo.

Nos sentamos en el parque que hay junto a las letras de «PEÑÍSCOLA», frente a la playa, a comer las pizzas. Me enamoraba estar allí; siempre me había enamorado. A partir de ese momento, tenía un motivo más para amarlo.

A pesar de tus protestas, hicimos unas cuantas fotos. Y te encantaba, aunque pusieras cara de amargado. Incluso le pediste a una chica que nos hiciera una foto para que se vieran los tatuajes. Nos quitamos un poco el film que los cubría y nos agarramos por el índice sin tocarnos la tinta. La chica, detrás de nosotros para sacarnos de espaldas, nos los colocó hasta que se vieron bien. De fondo, difuminado, aparecían parte de las letras y el peñón con la fortaleza. Quedó una foto preciosa. No me estás viendo, así que no tengo por qué confesar que la tengo en un marco sobre la mesa en la que suelo escribir.

CAPÍTULO 34

Tus palabras decían una cosa. Tus ojos, otra. Y prefería creerlos a ellos.

Te odio

Al llegar al coche, te pedí las llaves para conducir yo y que pudieras dormir o, al menos, descansar un rato.
—Da lo mismo —dijiste—; nunca me duermo en el coche.

Creo que no nos había dado tiempo a llegar a la autovía cuando ya estabas roncando. No despertaste hasta que aparqué enfrente de mi casa. Salimos y nos apoyamos en el capó.

—Es pronto —dijiste mirando la hora—. Son las cinco. Puedo quedarme una hora más... Y llevo todo el día pensando en que no hemos hecho el amor.

—¿Ah, sí? —Me acerqué a ti y te apoyé contra el coche.

Te convencí para subir a mi habitación. Hicimos el amor y, cuando ya estabas mirando la hora para irte, oí cómo se cerraba la puerta de casa y mi padre saludaba en voz alta.

—¿Hola?

Saltamos de la cama, nerviosos, y buscamos la ropa desperdigada por el suelo.

—Bueno, calma —reflexioné—. Otras veces estás en mi habitación haciendo un trabajo, estudiando, lo que sea.

—Ya, con la cama deshecha.

—Mira. —Eché la manta encima para intentar tapar el desastre que habíamos montado.

—Desnudos. Con este olor a sudor.

—Se lo decimos.

—No, no, cuéntaselo poco a poco. No conmigo en la cama, por favor.

—Ya, tiene sentido.

Te pusiste los pantalones y, mientras intentabas colocarte la camiseta, abriste la ventana.

—¿En serio? ¿Vas a saltar?

—Tú dirás qué hacemos.

—Voy a bajar y le llevo a la cocina para hablar con él; tú, bajas en silencio y, cuando no miremos, te vas.

Asentiste. Cuando terminé de vestirme, salí de la habitación.

—¡Sara! —me llamaste en un susurro. Me giré—. ¡Te quiero!

—Te adoro —contesté, acercándome a ti.

—Han sido los mejores días de mi vida. —Nos besamos un instante—. Anda, vete —dijiste, mientras te mordías el labio con deseo.

Bajé y saludé a mi padre, que estaba en la cocina.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Ibais vosotras dos nada más?

—Sí, solo íbamos dos.

—¿Qué hicisteis? ¿Fuisteis a algún sitio?

—De todo, hicimos. —Me reí disimuladamente. Te vi en la escalera—. ¿Me haces un café, papá? —le pedí para que se acercara a la encimera y no pudiera ver el pasillo hacia la puerta.

Cuando volví a mirar no estabas, pero era imposible que ya hubieras salido de casa. Me levanté del taburete y me acerqué un poco.

Asomaste la cabeza por encima del sofá.

—Buf —resoplé para mis adentros.

Me diste un susto de muerte. ¿Por qué te habías tumbado ahí? Te hice señas con la mano para que te fueras, porque mi padre no podía verte desde donde estaba. Cuando ibas a abrir la puerta, tosí para tapar cualquier ruido que pudieras hacer.

—Te quiero —vocalicé sin emitir sonido. Te lancé un beso.

Tú, ya con la puerta abierta, tensaste un arco imaginario y me disparaste una flecha. Después, simulaste que te impactaba a ti una flecha en el corazón. Te estabas dejando caer al suelo, a la vez que ponías muecas exageradas de dolor.

Mi padre iba hacia la isleta con el café y, sin parar de reírme, te hice un gesto con las manos para que salieras rápido de allí.

—¡Si supieras dónde hemos terminado! —le conté a mi padre cuando cerraste la puerta.

—¿Dónde?

—¡En Peñíscola!

—¡Estáis locas!

—Sabía que me haría ilusión y me llevó.

—Amistades así hay que conservarlas.

—¡Siempre! —respondí, bebiendo un sorbo de café. Ese día no quería decirle que estaba contigo, pero deseaba contárselo—. Mañana te doy detalles. Hoy estoy cansada.

Mi padre me dio un beso y subí a mi cuarto. En cuanto cerré la puerta de la habitación, abrí el cajón de mi escritorio y revolví hasta encontrar el poema. ¡Mi poema! Lo leí. Suspiré. Cerré los ojos. Lo leí de nuevo.

Conecté el teléfono al ordenador para traspasar las fotos y los vídeos. Mientras se copiaban, busqué el vídeo de cuando me recitaste el poema al piano. Al releerlo, me parecía tan obvio que representaba el momento en que había interpretado *Serenade* que no me creía que hubiera sido tan estúpida de imaginar que lo habías escrito pensando en Silvia.

Me eché en la cama, boca arriba. Miraba tan ensimismada que el móvil se me resbaló y me cayó en la nariz.

—Ay —me quejé.

Le di a reproducir el vídeo desde el principio. Y otra vez. En bucle. ¡Qué suerte tenerte en mi vida!

Tristán

¿Podemos vernos ahora en el parque *San Javier*?

19:22

Yo

¡Qué tonto!

19:22

¿Ya me echas de menos?

19:23

Tristán

Rápido, por favor.

Ese «rápido» me dejó intranquila. ¿Había pasado algo? Bajé, busqué las llaves del coche y salí.

—¡Vengo ahora, papá! —grité desde la puerta.

—¿A dónde vas a estas horas?

No respondí y me fui. Conduje hasta el parque. Estabas en nuestra mesa, con los pies en el banco y sentado sobre el respaldo.

—Eso es para sentarse —bromeé señalando al banco, parodiando la vez que me habías reñido tú por lo mismo—, no para poner los pies.

—Tenemos que hablar. —Me entró un temblor frío.

—¿Qué pasa? —Intenté acariciarte el brazo, pero te apartaste—. Me estás asustando.

—Lo que ha ocurrido este fin de semana ha sido un error. Lo siento, debí frenarlo. No se puede repetir jamás.

—¿De qué coño estás hablando, Tristán? ¿Es una broma? —Tu tono distante me estaba matando—. Es una broma. Ja, me parto. Pues está dejando de tener gracia.

Agachabas la cabeza, pero no decías nada. ¡Me estaba entrando una angustia por dentro!

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Hoy me estabas jurando amor eterno y ahora me estás dejando? ¿Es eso?

Asentiste. Trataste de mantenerte firme, pero se te empañaron los ojos por completo. Yo no entendía nada.

—Lo del fin de semana ha sido un error.

Tus palabras decían una cosa. Tus ojos, otra. Y prefería creerlos a ellos.

—¿Qué dices, Tristán? —comencé a llorar, no sé si de rabia o de impotencia. No era ninguna broma. No tenía ni idea de qué coño era, pero, desde luego, no era una jodida broma—. No sé a qué viene esto, ¿me lo puedes explicar?

No decías nada. Estabas quieto, mirando al suelo.

—¡Dímelo! —te dije sujetándote la cara; igual que te la había sujetado para besarte; igual que te la había sujetado para mirarte y decirte que te amaba—. ¡Mírame a los ojos y dime que no me quieres!

Te levanté la vista. Llorabas. No querías que se notara, pero llorabas. Sí, me querías. Claro que me querías.

—¡Dímelo! ¡Atrévete a decírmelo!

Te solté. Seguías inmóvil, en silencio. Me giré, sin saber qué hacer.

—Si no me quieres, sé valiente. Asume tus errores y dímelo. ¡Joder! —chillé—. ¿Por qué no dices nada? Dime que no me quieres.

—No te quiero.

Aquí se paró el tiempo.

¿Recuerdas que, cuando te vi besar a Silvia en el tanatorio, oí cómo había crujido mi corazón? Pues, en ese momento, mi corazón se congeló y se resquebrajó hasta deshacerse.

Estabas allí, sin moverte. No te ibas. No hacías nada. Tenías los ojos llenos de lágrimas; eso tenía que significar algo. Aunque ¿cómo iba a creer que me querías si me acababas de dejar?

Sí, me querías. Por más que quisiera pensar lo contrario para encontrarle un sentido a lo que

estaba pasando, sabía que me amabas. En tu rostro vi que lo único que te dolía era separarte de mí.

—Hace... ¿cuánto? ¿Una hora? Me decías lo especial que era y lo maravillosos que habían sido estos días. ¿Me estabas mintiendo? ¿Eres un puto mentiroso, Tristán? ¡Contesta! —grité—. ¿Por qué no dices nada?

¡No reaccionabas! Te dije de todo y te llamé de todo. Y nada. Tuve que escapar. Me derrumbaba. Y no estabas para salvarme. No esta vez. Quería salvarte yo, agarrarte de la mano y huir del mundo. Sin embargo, en tu dolor percibí que nunca más me tomarías de la mano. Y no entendía nada. Me sentí impotente. Me sentí impotente y corrí.

En cuanto giré la esquina tuve que detenerme. No tenía fuerzas. El llanto me ahogaba. Me apoyé en la pared y traté de tomar aire, pero el sollozo me obligaba a respirar a espasmos. Empezó a llover, o eso creo; quizás solo eran mis lágrimas las que me hacen tener el recuerdo de estar empapada.

Oí chirriar las ruedas de tu coche. Te habías ido. Me había quedado sola. Ya no había vuelta atrás. Seguía sin comprender qué había pasado; solo sabía que no quería perderte. Y te habías ido.

Todavía no había asimilado que estábamos juntos y ya tenía que acostumbrarme a vivir sin ti. Me habías enseñado a amarte para dejarme. Nunca pensé que podría odiar tanto a alguien por quien daría mi vida. Pero sí, te odio.

Parte IV

NO QUIERO OLVIDARTE

CAPÍTULO 35

Te quiero con toda el alma, y prefiero odiarte que intentar olvidarte.

Culpable

El momento en que saliste de mi casa a escondidas de mi padre hubiera sido el perfecto final de «vivieron felices para siempre». Si fuera una de mis novelas, de ahí habría un salto temporal, tras el que se nos vería abrazados, sonriendo, con nuestra hija encima de nosotros o correteando en el jardín persiguiendo al perro de la familia. Pero esto no es una puta novela y ya me estoy acostumbrando a que, en la vida real, no haya finales felices.

Como pude, llegué a casa y me tumbé en la cama. Solo quería llorar. No sabía por qué te alejabas de mí. ¿Qué había hecho mal? Repasaba los días anteriores una y otra vez, aunque sabía que yo no era el problema. ¿Te dio miedo que nos quisiéramos? ¿Te aterraba ser feliz? Cualquier posible explicación me parecía inverosímil.

Llena de odio, rabia, impotencia y desesperación, he comenzado a escribirte estos cuadernos que jamás leerás. Necesito contarte lo furiosa que estoy, que sepas lo rota que me has dejado. Te escribo para no olvidar el daño que me has hecho, para que no se me escape ni un detalle de lo que hemos vivido. Quizás estoy buscando escribir un renglón que ponga ante mí algún detalle que se me haya escapado. Te quiero con toda el alma, y prefiero odiarte que intentar olvidarte.

—Levántate, Sara —me llamó mi padre a la mañana siguiente.

—Hoy no voy a la facultad. Me encuentro mal.

—Tienes que ver esto.

—¡Apágalo! —protesté al sentir la luz intensa del televisor.

—Mira.

—*Tristán Palacios, el principal sospechoso, se encuentra en paradero desconocido. Las autoridades agradecen cualquier pista que pueda esclarecer la ubicación del acusado.*

Me dio un vuelco el corazón. Inmediatamente, me incorporé y me senté sobre la cama. ¿Había una foto tuya en las noticias?

—*En la tarde de ayer, el sospechoso, presuntamente, atacó por la espalda a su padre en el domicilio familiar para, posteriormente, darse a la fuga. Según fuentes policiales, la llegada de la madre al domicilio de su hermana puso en alerta a la familia, que, inmediatamente, comunicó sus sospechas a las autoridades, quienes confirmaron la muerte de Alonso Palacios.*

Apagué la tele. ¿Qué coño estaba pasando?

—Estoy flipando —dijo mi padre.

—Si tú flipas, papá... —respondí, mirando al infinito.

—¿Estás bien?

Asentí sin decir nada. Y no, no estaba bien. ¿Por eso habías huido? ¿Habías matado a tu

padre? Mi mente era incapaz de procesar esa información. Me levanté y me vestí.

—¿Dónde vas? ¿No te encontrabas mal?

—Papá, ¿no lo acabas de ver? Tristán ha matado a su padre. Tengo que saber qué ha pasado.

Salí de casa, pero no sabía qué hacer. ¡Joder! ¿No escribía novelas? Cuando se trataba de crímenes ficticios sabía de qué hilo tirar, pero la vida real no es tan sencilla.

«*El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura*», sonó al llamarte. Sabía que sería inútil, pero, aun así, tenía que intentarlo.

¿Silvia podría saber algo? Quizás, aunque no iba a llamarla y decirle: «oye, ese novio que te ha dejado y al que adoras... Hemos pasado juntos el fin de semana y ahora me interesa que me des información para intentar localizarlo».

La única persona con la que podía mostrarme sin caretas era con Melania. Y, de haber contactado con alguien, estaba convencida de que sería con ella, así que conduje hasta *El Rincón de Marc*.

Me pareció imposible que hubieras matado a alguien. Sonaba fuerte pensarlo siquiera. Imposible.

Yo

Lláname, porfa.

08:36

O escíbeme. Lo que sea.

08:36

Seguro que encontraremos una manera de solucionarlo.

08:37

Juntos.

08:37

Te escribí en cuanto aparqué y, aunque los mensajes se marcaban como enviados, no aparecían como recibidos. Entré al bar. Melania estaba detrás de la barra; me acerqué a ella.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, muy seca, en cuanto me vio.

—¿Has visto lo de...?

—¡Lárgate!

—Solo quiero preguntarte si sabes algo.

—¿Si sé algo? —Salió de la barra, muy alterada—. Se fue contigo, ¿no? Estaba en mi cumpleaños y me dejó sola. Se fue contigo, ¿verdad?

Asentí. Estaba empezando a asustarme.

—Fuera. —No me moví—. ¡Fuera! —gritó.

Me dio hasta miedo y me di la vuelta. No entendía por qué me trataba así. Melania era la única persona con la que debería poder desahogarme, contarle lo que habíamos vivido; la única que podría llegar a comprender mi dolor.

—¿Sabes por qué lo mató? —Me giré hacia ella. ¿Daba por cierto que habías matado a tu padre? Me asusté—. No, no tienes ni puta idea. ¿Sabías que el hijo de puta que tenía por padre molía a palos a su madre? —Negué tímidamente con la cabeza—. No, ¿eh? ¿Sabes por qué tenía que estar a las seis en casa como si fuera una puta cenicienta?

Empecé a llorar, tapándome la cara. ¿No entendía que necesitaba encontrarte? ¿No entendía que estaba esforzándome por no hundirme?

—El día que os cruzasteis en el hospital, ¿sabes que estaba allí porque su padre casi mata a su madre? Ni puta idea, ¿verdad?

Me senté en un taburete junto a la barra, angustiada. ¿Por eso le habías matado? ¿Defendías a tu madre? Eso sí podía creerlo. ¿Y por eso no querías dejar a tu madre sola?

Por si no fuera suficiente con el dolor, empecé a sentirme culpable. Si no hubiéramos estado juntos, quizás hubieras estado en casa y no hubiera sucedido nada. «No, no, a las seis estabas en casa, como siempre. Incluso alguna vez llegabas más tarde». La mente me repetía que no era culpable de nada, pero el ardor en el estómago y la angustia en el pecho pensaban otra cosa.

Saqué fuerzas de donde no las tenía y me acerqué a ella. No podía irme sin preguntarle.

—¿Ha contactado contigo?

Melania no respondió y se metió en la cocina.

—¿Qué te pasa, mi niña? —sentí que le decían. Se oía cómo lloraba.

Me acerqué. Melania era la única que podía compartir mi dolor. Ella sabía lo nuestro, siempre lo supo. Antes que nosotros.

—¿Podemos hablar? —pregunté desde la puerta de la cocina. Me miró, desencajada.

—¡¡Que te largues!! —me gritó.

En sus ojos entendí que me odiaba. En su mirada vi que me culpaba. Me senté en el coche. Quería llorar, pero necesitaba sentir un dolor más real, más intenso. Fui al parque *San Javier* para martirizarme reviviendo la tarde anterior. Aquel «no te quiero» me había fulminado el alma. Aunque tus ojos dijeran otra cosa, aquellas palabras que salieron de tu boca fueron puñales que se clavaron en mi pecho.

Me senté en un banco. Habías matado a tu padre, que era un maltratador. Estaba convencida de que había sido un accidente. Habrías intentado defender a tu madre y algo habría pasado. Y todo el sufrimiento, toda la angustia y soledad de tu infancia venían de ahí. Bajo la mesa había una *Ranses* sin abrir. ¡Habías dejado una *Ranses*!

—Ya lo sé, Tristán, ya sé que no has hablado claro. Y me quieres. Claro que me quieres. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me contaste lo de tu padre? ¿Por qué me trataste con esa crueldad? Tenías que haberme dicho lo que había pasado. Me hubiera ido contigo. Sin dudarlo. A donde fuera.

Necesitaba respirar. Me estaba ahogando. Recogí la cerveza y entré en el coche. Puse *Experience* y aceleré. Subí al monte Serbal recortando las curvas mientras intentaba limpiarme las lágrimas. No sé si me podía más la desilusión de que me hubieras dejado, la rabia de que no me hubieras dicho nada o la impotencia de no saber qué hacer.

Me rocé con un coche que bajaba por el otro carril. Aceleré.

Desde que se corona el puerto hasta el mirador hay dos kilómetros de bajada. La segunda curva es muy cerrada. No me iba a dar tiempo a frenar. Me agarré con fuerza al volante, sin intención de moverme.

Instintivamente, frené a fondo y giré para derrapar. Mi coche golpeó contra el quitamiedos que me separaba de una caída al vacío de al menos doscientos metros. Aceleré hasta llegar al mirador y, al llegar, salí furiosa del coche.

—¡¡¡Jodeeeeeeeeeer!!! —grité acercándome al precipicio—. ¡Aaaaaaah!

Chillé hasta quedarme sin fuerzas, hasta quedarme sin voz. ¿Se suponía que a partir de aquel día tendría que buscarte en la puta constelación del pingüino?

—¡¡Tenías que habérmelo dicho!! —chillé, con rabia, golpeando al árbol. Cayeron unas hojas de las flores rojas del serbal— ¿¡Por qué no me dijiste nada!? ¡¡Por qué me dejaste!!

Seguía golpeando el árbol mientras gritaba. Saqué el móvil y te llamé.

«El teléfono al que llama...»

—Aahhh —grité; al tiempo, azoté el móvil al precipicio lo más lejos que pude—. ¿Dónde estás, Tristán?

Me senté en la roca. Solo un día antes estábamos sentados en ese mismo sitio imaginando que nada nos podría separar jamás.

Huías. Las noticias mentían. Yo sabía que no habías matado a tu padre por la espalda y a sangre fría. Tú no eras así. Y ahora yo estaba desolada, aunque no podía imaginar lo que estarías sufriendo tú, huyendo, solo. ¡Qué injusto! Ya, ya sé; tú dirías que en estas cosas no influye la justicia.

Un coche se detuvo en el mirador. Me levanté con la intención de irme. Era el coche de mi padre. ¿Cómo podía saber que estaba allí? Se abrió la puerta del conductor y quien salió fue Fran.

—Pero... ¿qué haces conduciendo?

—¿Dónde tenías el móvil? —eludió mi pregunta—. Te he estado llamando.

Le señalé hacia precipicio con la cabeza.

—No puedes conducir. ¿Cuándo has aprendido? —Se encogió de hombros sin decir nada—. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—En realidad, estaba buscando a Tristán. Aquí me trajo aquel domingo.

—Sí, me lo contó.

—Intuyo que también viniste con él. Estabais juntos, ¿no?

Una lágrima recorrió mi mejilla. Me dio un abrazo y nos sentamos en la roca, frente al barranco, donde le conté lo que habíamos vivido juntos ese fin de semana.

—¡Joder! —se lamentó cuando le hablé de los maltratos de tu padre—. Nunca me ha dicho nada.

—Ni a mí. ¡Qué mierda! Tenía que haberle preguntado más, presionarlo para que me confesara lo que llevaba viviendo desde niño.

—No hubiera servido de nada. Sabes cómo es. Intentaría no contarte nada para no preocupar a nadie.

—¿Y por qué me dejó, Fran? ¿Por qué ayer no me confesó lo que había sucedido de verdad? ¿Por qué tiene que estar pasando esto él solo?

—¿Qué hubieras hecho? —me preguntó Fran.

—Hubiéramos... no sé, mantenido el contacto de alguna manera.

—En serio, ¿qué hubieras hecho?

—Le hubiera intentado ayudar...

—Sara.

Me callé, mientras las lágrimas brotaban de nuevo. Fran sabía lo que habría hecho.

—Por eso no te contó la verdad.

—Pero era mi puta decisión, ¿vale? —grité—. Si quería irme con él, nadie tenía que decidir por mí.

Mi hermano se puso en pie y me achuchó con fuerza.

—Quiero estar con él, Fran. Ahora más que nunca. No quiero que pase esto solo. Necesito estar con él; huir con él si es lo que decide, o apoyarle si se queda. Lo que haga falta.

No podía localizarte ni tenía ninguna pista que seguir. Tu madre tenía que saber algo. Quizás si hablara con ella... Fui hasta tu casa y llamé, pero no había nadie. Supuse que estaría con tu tía, aunque no tenía ni idea de dónde vivía.

Lo último que me apetecía era ponerme delante de Silvia. No sabía cómo abordar el tema, pero no se me ocurría otra opción, así que me presenté en su casa.

—¿Te has enterado? —preguntó, entre lágrimas, cuando me abrió la puerta de su piso.

Le di un abrazo.

—No sé qué voy a hacer sin él —dijo—. Sabía que algo malo pasaría. No podía acabar bien —continuó mientras se limpiaba las lágrimas—. Siempre tuve la esperanza de volver con él, pero ahora... ¿cómo voy a olvidarlo?

¡Ay, Silvia! ¿Para qué aumentar su angustia? Preferí no contarle nada.

—Esa fue la razón por la que necesitaba mudarse —siguió explicando—, y por eso Tristán siempre quería estar pronto en casa.

—¿No estaban bien en casa de la tía? ¿Por qué se tuvieron que mudar?

—El problema es que la madre de Tristán estaba subyugada por completo al padre. Ella lo llamó para decirle dónde estaba. El padre se presentó en casa de Rosa y tuvo enfrentamiento con el tío de Tristán. Alberto, el marido de Rosa, es como es, y les ordenó que se fueran.

—¡Vaya cabrón!

—Pues sí, la verdad es que los dejó vendidos.

—¿Y dónde vivían sus tíos?

—Era un piso por el barrio de *Dosaguas*. ¿Por qué?

—Nada. Curiosidad.

Durante varios días me acerqué por la zona. Era un barrio humilde de bloques de tres pisos de ladrillo visto. Desconocía el número de portal, así que me dedicaba a dar vueltas por el barrio. Paseaba por el parque, la panadería, el supermercado; donde fuera probable encontrar a tu tía.

Días después, las vi sentarse en un banco del parque. Rosa posó las bolsas a los pies de tu madre y se acercó a una pequeña carnicería que había enfrente. Aproveché para sentarme junto a ella, no sé muy bien con qué intención. Solo esperaba que me contara algo que me pudiera ayudar.

—¿Silvia? —me preguntó al verme.

—Sara —aclaré.

—Me gustaba más Silvia.

—¿Sabe dónde está Tristán?

—No. La policía lo está buscando.

—Ya. Yo no soy la policía. Solo quiero ayudarlo.

—La policía lo está buscando —respondió con la mirada perdida.

—Lo sé, pero yo solo intento ayudarlo.

—¿Silvia? —volvió a decir.

Entonces comprendí que aquella mujer no estaba para nada. Si a alguien no le ibas a decir dónde estabas era a ella.

—Si le ve, díglele que Sara le está buscando.

—Me gustaba más Silvia.

Era el único hilo del que podía tener y el ovillo se había terminado. Volví al parque por si se me había escapado algo. Esperaba que hubieras dejado alguna pista, más allá de la *Ranses*. No encontré nada. Regresé al monte Serbal. Tampoco sabía qué buscaba. Miré alrededor del árbol, junto a la roca...

—Tristán, alguna pista has tenido que dejarme —supliqué.

Al día siguiente emprendí viaje a Peñíscola. Recorrí las calles una y otra vez. La pizzería, el parque, la fortaleza... Ni rastro de ti. Has desaparecido de mi vida como si nunca hubieras existido.

Estos días he vuelto a la facultad y está siendo horrible. Todos me preguntan por ti; todos quieren saber si sé algo. Después, llego a casa y la ausencia de mi madre es inmensa. Pienso en ella y no está. Giro mi cabeza para buscar mi refugio, porque siempre estabas ahí, pendiente de mí. Y no te encuentro.

No me queda nada. Necesito escribirte al menos, contarte cómo me encuentro, cuánto te echo en falta. Quiero decirte cuánto te odio por dejarme aquí (solo un poco) y cuánto te quiero (más que a mi vida).

CAPÍTULO 36

Me acostumbré a que tu recuerdo formara parte de mí.

Green Day

Después de estos años, hoy necesito abrir de nuevo mi cuaderno para hablar contigo. Te había escrito cada día recapitulando todo lo que habíamos vivido, pero, después de un tiempo (mucho tiempo), intenté rehacer mi vida.

Mi padre me sugirió que estudiara en el extranjero, así que, a los dos meses de tu huida, le hice caso y me fui a Irlanda. Durante ese año autopubliqué *El rencor del almendro* y, entre la estrategia de *mailing* que había ideado, más un poco de inversión en publicidad en redes, las ventas fueron despegando. En menos de seis meses ya había vendido más de mil ejemplares; más de diez mil en un año.

Continué escribiendo. A los dos años, publiqué *El llanto del sauce* y, al siguiente, en mi último año de carrera, *La margarita que siempre odié*. Todos mis protagonistas masculinos eran tú. Me parecía tan evidente que los revestía de un aspecto lo más alejado posible a ti. Eran altos, bien peinados, elegantes. Sin embargo, tras la superficie, eran unos luchadores a los que no les importaba sacrificar su vida por los demás; inconformistas, a los que no les importaba lo que pensara el mundo; empáticos, siempre pendientes de las necesidades del resto antes que de las suyas propias; íntegros, divertidos y resolutivos.

Sé que suena infantil, pero era mi manera de decirle al mundo que te amaba, que te seguía amando. Necesitaba escribir sobre ti, sentirte en cada personaje, imaginarme cómo reaccionarías ante las situaciones a las que te enfrentaba. Era mi forma de vivir a tu lado, porque cada día me pregunto cómo hubiera sido la vida contigo. Por muchas cosas buenas que llegue a disfrutar, solo deseo que pase el tiempo hasta que llegue el día en que el destino nos vuelva a colocar frente a frente.

Después de más de tres años desde la última vez que te había visto, decidí que era momento de retomar mi vida. Ya era conocida en el mundo editorial, así que, en cuanto terminé la carrera de Periodismo, me ofrecieron trabajar de columnista en *Expresión*, un periódico online independiente de España, pero me quedé en Irlanda mientras preparaba el doctorado.

Allí conocí a Patrick, periodista que me ayudó con mi tesis. Era un hombre alto, guapo, elegante. Sinceramente, él sí parecía sacado de una de mis novelas. El día en que empecé a salir con él, dejé de escribirte. Creía que nuestra historia ya estaba concluida. ¡Qué ilusa! Pensaba que, con poner el punto final a nuestro relato, te borraría de mi recuerdo.

Fue la segunda vez que intenté olvidarte. La primera había sido en Florida. Y, como en aquella ocasión, fracasé. No puedes hacerte una idea de lo doloroso que es vivir sin saber de ti, la angustia que supone no saber dónde estás, el ardor de estómago que me provoca no tenerte a mi lado.

Siempre había algo que te traía a mi mente, pero me acostumbré a que tu recuerdo formara parte de mí. Tras presentar la tesis, Patrick y yo fuimos de vacaciones a Cancún. Y, desde entonces, la vida me ha puesto ante tu recuerdo de una manera tan evidente que necesito hablarte de nuevo.

Al llegar, de camino a la playa, vi un cartel enorme: *Coctelería Los Pingüinos*. Al sol de Cancún, solo llamaría así a su local alguien que tuviera alguna vinculación emocional con los pingüinos. ¿Ese podrías ser tú? No sé si busco cualquier excusa para echarte de menos.

—Vamos a tomar un cóctel —le dije a Patrick.

—¿A las diez de la mañana?

—Estamos de vacaciones —respondí.

Tenía que comprobar que aquello era una casualidad, que no tenía nada que ver contigo. Me acerqué. Quería observar de cerca a los empleados. Un chico joven estaba atendiendo las mesas. Me aproximé y, desde afuera, vi a una chica en la barra. ¡Era Melania! Se me aceleró el corazón. ¿En serio me la tenía que encontrar en Cancún?

—Lo que faltaba.

—¿Qué pasa?

—Nada, no me apetece tomar nada. Tienes razón, es muy pronto.

El último encuentro con Melania había sido muy desagradable y no quería retomar la conversación por donde la habíamos dejado. Tampoco me apetecía darle explicaciones a Patrick.

En la playa, no hacía más que pensar sobre ello. No podía ser una coincidencia. El nombre ya me parecía extraño, pero que, además, estuviera Melania detrás de la barra tenía que significar algo.

Pasaban los días en Cancún. No quería acercarme a hablar con ella, así que todos los días nos sentábamos en un local de la playa frente a la coctelería. Observaba a Melania desde la distancia. Rodri iba cada tarde y se quedaba hasta la noche. Nada más. Parecía ser una mera casualidad.

Al regresar de Cancún, acepté el trabajo en *Expansión* para volver a España. Deseaba estar cerca de mi padre y de Fran, aunque mi hermano, al poco, se fue con Ángela a Berlín, donde aún residen.

Aquí he vivido estos años, relativamente tranquila, hasta este verano. Amaba a Patrick de la manera en la que puedo amar a alguien que no seas tú. Tener el trabajo de mis sueños, la buena acogida que han tenido mis libros y gozar de una estabilidad emocional me provocaban la falsa sensación de sentir que mi vida iba bien, aunque todo aquello no eran más que castillos de naipes. Cualquier ligera brisa podía echarlos abajo, aunque lo que llegó fue un huracán.

A Patrick le apetecía conocer España, así que se nos ocurrió recorrerla en coche. Él sabía que me encantaba Peñíscola; reservó dos días en un hotel en el propio peñón, cerca de la fortaleza.

—He reservado mesa para cenar en un restaurante vegano —gritó desde la ducha—. Tiene unas críticas excelentes.

—Ah, vale. Genial.

—Todos los comentarios resaltan la tortilla de patata con cebolla.

Se me aceleró el corazón. Restaurante vegano y tortilla en la misma frase...

Inevitablemente pensé en ti.

—¿Cómo dices que se llama? —pregunté.

—*Green Day*.

Se me aceleró el pulso más aún. Eso sí que no podía ser una coincidencia.

—¿No te parece genial el nombre? —preguntó Patrick saliendo de la ducha, cubierto solo con una toalla.

—Sí —contesté, ensimismada—. El mejor del mundo. No sé por qué no se llaman así todos los restaurantes veganos.

—Eres un poco exagerada, ¿no? Oye, falta un rato para la hora de la reserva —se insinuó, dejando caer la toalla.

—No, ahora no. Tengo hambre.

Cuando llegamos al restaurante, el corazón, que unos minutos antes se agitaba acelerado, se paralizó. ¿Era una jodida broma? *Green Day* estaba en el local donde se encontraba la pizzería, mi pizzería de la infancia; nuestra pizzería.

El fin de semana que tú y yo pasamos juntos recorrió mi cabeza en un par de segundos. Buf, no sabía si sería capaz de entrar. Dos grandes ventanales con marcos verdes dejaban ver el interior. En la pared junto a la puerta se podía leer la carta en varios idiomas. Lo primero que aparecía eran las recomendaciones: sándwich de calabacín con mayonesa de anacardos, tortilla de patata con cebolla y palitos de mar. Estaba segura de que era tu *Green Day*.

—¿Entramos? —preguntó Patrick, mientras ponía la mano en mi espalda para que avanzara.

No podía. Estaba paralizada. Me rasqué el brazo. La idea de encontrarte, frente a frente, me ilusionaba y me aterraba a un tiempo. Me iba a dar un vuelco el corazón. No sabía qué hacer.

—¿Estás bien?

Asentí moviendo repetidamente la cabeza, nerviosa. Respiré hondo y entré. En las paredes del interior reconocí algunos cuadros de Silvia. Y arándanos; arándanos por todas partes. Me picaba la espalda. Estaba claro que no era una coincidencia.

—¡Joder, qué buena está la tortilla! —exclamé al probarla. Su sabor era tal como el de la que habíamos preparado juntos. Te juro que sentí cómo me agarrabas la mano para esparcir el aceite por la sartén y cómo nos miramos, tímidamente, durante tres segundos (quizás cuatro).

—¡Ay, Sara! Esas groserías no son muy propias de ti.

—¿En serio? —contesté, arrugando la frente—. Creo que no hay nada más propio de mí.

—Cierto que lo dices a menudo, más a menudo de lo que me gustaría.

Levanté las cejas con desagrado. Lo último que me apetecía era discutir. Patrick era un buen hombre, pero, a veces, me exasperaba su excesivo interés por la corrección, y esa seriedad que no dejaba espacio para la espontaneidad.

Mientras cenábamos, me fijaba en cada una de las personas que entraban en el local y en cada empleado. Nada. Ni rastro de ti. Tu sitio sería la cocina, obviamente, así que alargué la sobremesa cuanto pude para intentar descubrir si estabas allí.

Uno a uno, fueron saliendo los empleados de cocina, hasta que el último apagó la luz. Eran más de las doce y media.

—¿Pedimos la cuenta? —preguntó Patrick.

—Me apetece otro café. ¿Quieres algo?

—Lo tomamos en otro sitio, mejor.

—Uno rápido.

Me levanté y me acerqué a la barra. Temí que no me sirvieran, porque era tarde y apenas

faltaban por irse cuatro comensales de otra mesa.

—¿Me pone un café, por favor? —pregunté al chico que estaba detrás de la barra.

—Claro, ¿cómo lo quiere?

—Solo, si es tan amable.

—Siéntese; ahora se lo acerco yo.

—Gracias. —Me di la vuelta hacia mi sitio—. Esto... —Me giré de nuevo hacia el camarero—. ¿Tristán no está? —me atreví a preguntar. Me picaba todo el cuerpo.

—¿Perdón?

—Tristán. Me dijeron que trabajaba aquí.

—Espere un momento. Yo no llevo mucho. Voy a preguntar a la encargada.

Se acercó a la caja registradora, donde una chica rubia contaba los billetes y las monedas. Me miró y se acercó.

—Tristán ya no está aquí. —Me entró un sudor frío. Me froté la nuca—. Hace un par de meses que ha traspasado el restaurante.

—Lo veo todo como cuando estaba él —intenté disimular, aunque, en realidad, lo que decía tenía sentido, porque el local eras tú.

—La mayoría de la plantilla que trabajaba aquí cuando él era el dueño sigue trabajando. Fue una condición que puso para traspasarlo. Los cocineros aprendieron con él, así que se ha mantenido la carta y el espíritu del negocio.

—¿Sabe dónde está?

—Ni idea. Fue todo muy rápido. Cuando nos comunicó que lo traspasaba, ya lo tenía todo atado. No dijo nada más a nadie. Era buena gente y se llevaba bien con todos, aunque mantenía las distancias.

—Tengo entendido que había estado en México —pregunté, como sin darle importancia. El nudo de mi estómago me recordaba cuánto deseaba verte. Los picores, el ansia por reencontrarme contigo.

—Ah, sí, allí había montado una coctelería. De hecho, sus socios en México vinieron a visitarlo un par de veces.

—Melania y Rodri —aseguré.

La chica asintió. ¿Habíamos coincidido? No, imposible. Me había quedado horas allí y no había perdido detalle de lo que ocurría en la coctelería. ¿Había llegado tarde allí también?

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Patrick al salir del restaurante.

—Quiero ir al hotel —contesté—. Estoy cansada.

—Te noto rara.

—Soy rara —intenté bromear.

Por dentro algo me ardía. El ambiente era cálido y todo parecía en calma, pero en mi interior algo revoloteaba presagiando el huracán que estaba al acecho.

—Tengo una sorpresa —anunció Patrick al llegar a la habitación—. Cierra los ojos.

—¿Qué sorpresa? —intenté reponerme.

Bastante sorpresa me había llevado ya. Habías estado allí, en nuestro local, habías montado nuestro *Green Day*. Si hubiera llegado dos meses antes me hubiera encontrado de frente contigo. Solo de imaginarlo se me aceleraba el pulso y me picaba todo.

Patrick colocó algo en mis manos. Abrí los ojos. Eran unas entradas para un concierto en el teatro romano de Mérida dos días después. De Ludovico Einaudi. ¿En serio? Nuestras vivencias se agolpaban como si fueran puñetazos que golpearan contra mi cara, uno detrás de otro. ¿Cómo iba a poder soportar tu recuerdo escuchando *Experience*?

—¿No te parece el mejor escenario posible para ver un concierto suyo?

Sí, Patrick, claro que me lo parecía: el escenario perfecto para recordar cada instante, sentirte en cada nota y soñar con volver a verte.

El concierto fue impresionante. Nos sentamos en la parte baja de la cávea situada a la derecha. Sobre el escenario apareció Ludovico Einaudi y comenzó a tocar él en solitario el piano. La decoración con columnas, estatuas y relieves tras él se iluminaba; primero con luz rosa, después azul.

Cuando comenzó la interpretación de *Divenire*, una de mis piezas favoritas, se me erizó el vello. Estaba nerviosa. En esos dos días no te pude quitar de mi cabeza ni un instante. Entró el acompañamiento de cuerda y percusión. El huracán en mi interior era cuestión de minutos.

Sonaron los primeros acordes de *Experience*. La gente aplaudió. Recordé tus nervios cuando comenzaste a tocar en el local donde cenamos. Normalmente, se te veía tan seguro de ti mismo que me pareció adorable recordarte hecho un flan.

Los ojos se me iban empañando a medida que aceleraba la pieza. Me recordaba a mí misma cuando me había quedado sola al doblar la esquina. Me habías dejado y no entendía por qué. Habíamos vivido un fin de semana maravilloso y me habías abandonado.

Patrick me miró y me pasó el brazo por el hombro. El sentimiento de impotencia que sentí cuando me abandonaste volvió a la vida. Sabía que me amabas y que te habías ido.

Me estaba derrumbando. Tenía que salir de allí. La música ganaba en intensidad. Podía sentir el centro del huracán en mi pecho, generando un remolino de emociones del que no iba a poder escapar. Me levanté, bajé las escaleras de la cávea y escapé del teatro corriendo.

Al poco de salir me agarraron del brazo por detrás. Se me pasó por la cabeza la loca idea de que pudieras ser tú. La música se suavizó y se volvió melancólica; la calma antes de la explosión final. Quizás estuvieras en el concierto. Quizás al verme huir hubieras corrido hasta detenerme. Quizás me giraras y me besaras hasta que el huracán derribara el mundo.

CAPÍTULO 37

Quería vivir en aquel beso para siempre.

Reencuentro

Cerré los ojos dos segundos. La música en el escenario explotaba en mil colores. No quería girarme. Prefería imaginar por un instante que estábamos juntos de nuevo, perderme en los violines y la percusión hasta evadirme por completo de esa realidad que no quería vivir sin ti.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Patrick.

—No puedo.

—¿Qué no puedes?

¿Cómo le explicaba que, por mucho que le quisiera, nunca iba a amarlo como a ti? En la habitación del hotel le conté lo que habíamos tenido y lo que significabas en mi vida, a pesar de los años sin verte.

—Lo siento, Patrick. Te quiero. Y pensé que podría amarte. Pero nunca te querré como a él.

—¿Me has engañado todo este tiempo? ¿Hemos vivido una mentira durante años?

—No, te juro que no. Creía que era capaz de pasar página y seguir con mi vida hasta quererte como te merecías.

—¿Pero?

—Lo siento.

Salió de la habitación, probablemente para no vernos más. He tenido que abrir el cuaderno y escribirte de nuevo. Como hace años. Me siento fatal por haber engañado a Patrick, aunque, en realidad, a quien engañaba era a mí misma.

No he podido olvidarte, Tristán. Ni un solo día. No podré olvidarte, aunque viva treinta vidas. Para mí, quererte es una enfermedad. El problema es que no deseo renunciar a lo que me enferma. Tu recuerdo me asfixia, pero no estoy dispuesta a olvidar lo mejor que me ha pasado en la vida.

Volví a casa, sin Patrick. En el periódico me esperaba otra sorpresa. Jon había comenzado a trabajar en *Contabilidad*. Durante estas semanas han pasado demasiadas cosas que te han situado frente a mí de nuevo.

—Si soy sincero, sabía que trabajabas aquí cuando acepté el puesto, pero era muy buena oferta.

—No hay nada que pensar. Ha pasado mucho tiempo, Jon.

—Te pido perdón por... la última conversación que tuvimos. Te hice pasar por una situación muy incómoda. No debí presionarte.

—Gracias por las disculpas. Se nota que has madurado.

—Y menos mal que aportaste coherencia, porque yo me hubiera lanzado de cabeza. En el fondo, sabía que, si volvíamos, nuestra relación estaba destinada al fracaso.

—¡Claro, qué tonta! Fuiste tú.

—Yo, qué.

—La donación. Tú donaste el dinero que me faltaba para publicar.

—Me sentía mal por haberte puesto en aquella situación. Y todavía te quería. La verdad... Me gustaba imaginar que te había ayudado.

—Sí que me ayudó —le agradecí, poniendo mi mano sobre la suya.

—Ha pasado mucho tiempo y fui feliz con Marta el tiempo que estuvimos juntos, pero verte ha revivido sensaciones. Quizás aquel no fuera nuestro momento. ¿Qué te parece si empezamos de cero y tenemos una cita? ¿Una cena o algo así?

—Verte me ha removido muchas cosas, Jon, y eres un gran hombre.

—No sigas, por favor.

—No, lo digo en serio. Siempre lo has sido. Quizás fui yo quien, por las circunstancias, quiso dejar de ser joven antes de tiempo. Y, joder, ¡sigues estando muy bueno! —Agachó la cabeza con timidez.

—¿Entonces?

—Como te he dicho, verte me remueve sentimientos, pero por otros motivos. Siempre que te viese iba a recordar... Bueno, cosas.

—¿Qué cosas?

—Es mejor que no lo sepas.

—No empieces con misterios. Tú lo has dicho, ya no soy aquel chaval inmaduro.

No encontraba la manera de explicar en una conversación lo que llegaste a significar para mí, lo que sigues significando. En realidad, ¿qué le iba a decir? ¿Que habíamos pasado un fin de semana juntos? Porque esa era la verdad; habíamos sido pareja durante dos días.

—Ven.

Le llevé a mi casa y le mostré todos mis cuadernos. Me daba un poco de vergüenza que leyera las páginas donde desnudo mi alma ante ti. Bueno, ni ante ti. Necesito contarte todo, hablar contigo, pero, en realidad, sé que no leerás nunca lo que te escribo. Sin embargo, quería hacerle entender a Jon que, cada vez que le viera, iba a pensar en ti y en nuestra historia. Era la única manera que tenía de exponerle lo que significabas para mí.... Lo que significas.

Le mostré el cuaderno en el que cuento la celebración de tu cumpleaños. Parecía que sus ojos se iban a salir de las cuencas cada vez que leía una nueva página.

—¿Tú y Tristán?

—Flipas, ¿no?

—Sí, un poco. Aunque, si intento olvidar que has sido mi pareja, os podría imaginar juntos. Siempre te he dicho que eres la persona más inteligente que conozco. Y Tristán seguro que es capaz de apreciar como nadie hasta qué punto lo eres.

Cuando llegó a los cuadernos donde contaba nuestro fin de semana juntos, me los devolvió.

—Esto permíteme que no lo lea. ¿No le has visto desde entonces? ¿Ni has tenido noticias tuyas?

—Toma. —Saqué un último cuaderno de mi bolso—. El que estoy escribiendo siempre lo llevo conmigo por si tengo que contarle algo.

—¿Le sigues escribiendo?

—Cuando empecé con Patrick dejé de hacerlo. Creí que podría olvidarlo. Pero... bueno, léelo.

Leyó el cuaderno que había comenzado a escribir la noche del concierto de Einaudi.

—Se me pone la piel de gallina cuando hablas de él —comentó—. Ojalá alguien me llegara a querer así algún día. No sé cómo, pero la vida os debe una. Os tenéis que reencontrar.

—Como te diría Tristán, esto no es cuestión de justicia.

—Bueno, pero ya sabes que él es un pesimista. Vais a volver a estar juntos, ya lo verás.

Aquella inocencia de Jon, junto a esas palabras de ánimo vacías, en otro tiempo, o hablando de cualquier otra cosa, me hubieran provocado un «ay, Jon» de desaprobación, con levantamiento de cejas incluido. Sin embargo, hablando sobre nosotros, sobre la posibilidad de vernos de nuevo, de estar juntos otra vez, soy capaz de creer en la justicia poética, en el karma y en los unicornios que cabalgan sobre el arcoíris.

Necesito creer. La vida no tendría sentido si no tuviera la esperanza de verte de nuevo para comprobar si sigues manteniendo intacto el tatuaje que ancló nuestros dedos, o si el tiempo ha desgastado la tinta hasta borrar el recuerdo de lo que fuimos.

Hoy te he visto.

Ayer, unas semanas después de aquel reencuentro con Jon, Fran me escribió para decirme que tu madre había muerto. Nada me gustaría más que acompañarte y apoyarte en un momento así. Sin embargo, no me atreví a entrar a la iglesia hasta que todo el mundo estaba sentado y había comenzado la ceremonia. Salí antes de que terminara. No tuve valor para acercarme. Esperaba, al menos, acercarme para mirarte a los ojos y decirte un simple «lo siento», pero el impacto que podría tener nuestro encuentro no era para un momento así.

Desde el coche vi tu figura portando el ataúd hasta el coche fúnebre junto a otros tres hombres. Desde esa distancia apenas te pude distinguir, pero se me aceleró el corazón. Después de que arrancarais, esperé aún unos diez minutos. Cuando llegué al cementerio, el sacerdote estaba diciendo unas palabras.

Me quedé alejada. No te veía todo lo bien que hubiera querido, pero ¡joder, qué guapo estás! Salvo el pelo, que llevas un poco más corto, estás tal como te recordaba.

Lo que no sabía era todo lo que me iba a impactar verte. Miraste hacia atrás. Era imposible que me reconocieras desde la distancia a la que te encontrabas; de todas formas, me entró el pánico y me fui. No sé para qué he ido.

Solo han pasado dos semanas desde aquello, pero todo ha cambiado. Hoy me entrevistan en *Expansión*. Tengo que anunciar que me voy a tomar un tiempo de descanso, tanto del periodismo como del mundo editorial, aunque, antes de ir al estudio, he abierto este cuaderno.

Necesito escribir; necesito contarte por qué tengo que apartarme del mundo. He sido incapaz hasta ahora. Me tiembla el pulso y no sé si seré capaz de aguantar las lágrimas. Vale, ya veo que no. Solo intentaré que esas lágrimas no me impidan escribirlo, porque necesito contártelo, aunque, en realidad, no puedo describirte la sensación que tuve cuando la doctora me explicaba lo que ocurría. Ya lo había vivido con mamá, pero, si no lo esperas con cuarenta y cuatro años que tenía ella, imagínate con veintiocho.

—Estadio III —explicaba, aunque no oía más que palabras sueltas.

¿Cáncer? ¿En serio? Eso no entraba en los planes. Fue como una bola de demolición que me cayera encima. Había dejado que la vida fuera dibujando sus trazos en mi pizarra mientras yo estudiaba, trabajaba y escribía, sin que me planteara qué líneas quería dibujar en mi existencia.

Había ido sola al médico, porque no quería preocupar a nadie.

—Eres muy joven —escuché de fondo a mis pensamientos—. Se extiende rápido.

De un plumazo, las palabras de aquella doctora borraron todos y cada uno de los trazos escritos en mi pizarra. Mi vida ha pasado a ser un espacio vacío y negro.

—El cáncer ha invadido sus ganglios linfáticos y ha comenzado a extenderse.

Estaba obligada a detenerme y mirarme, frente a frente; comenzar a valorar qué quería escribir en mi vida a partir de entonces.

—Le soy sincera. Hay pocas posibilidades...

En *Expansión* me solicitaron que les concediera una entrevista para comunicar que me apartaba de los medios. No me apetece nada ponerme frente a las cámaras, pero tomaré aire y afrontaré la situación.

Con todo el aplomo del que fui capaz, y mintiendo para no reconocer lo que ocurría en realidad, sobreviví a la entrevista. Después, me organizaron una pequeña despedida en la oficina.

—¿Quieres uno? —me ofreció Carlos, de deportes, lo que parecían rollitos de *bacon* y queso de una bandeja.

—No come carne —explicó Jon detrás de mí.

—¡Hola! —le saludé. Me alegraba tenerlo allí. Estas últimas semanas hemos entablado bastante confianza. Después de todo, solo él y Fran saben lo que significas para mí.

—¿Nerviosa por obligarte a descansar?

—No sé qué decirte. Va a ser extraño no escribir en una temporada.

No tenía ninguna gana de estar en aquella despedida, pero, ya que no sabía cuánto tiempo estaría sin ver a mis compañeros, aguanté más de media hora. Jon me acompañó y, al salir, me agarré de su brazo.

—Si te viera Tristán pensaría que te has puesto ese vestido por él.

—¿Por qué? —pregunté mientras abría la puerta.

—Porque es igualito al que llevabas en la cena del día en que lo conociste.

—¿En serio? ¿Tú te acuerdas de cómo era mi vestido?

—Claro —respondió con una risa malévola.

Giré la vista y me pareció verte. ¿Eras tú? Estabas en la acera de enfrente, alejado, aunque lo suficientemente cerca para reconocerte. Clavamos la mirada el uno en el otro.

¡Joder, cómo te seguía amando!

El tiempo se ralentizó como cuando salí de *El Rincón de Marc* para agradecerte la celebración que me habías organizado por la publicación de *El rencor del almendro*. Se unió a lo que sentí cuando, sin estar segura de si vendrías, te vi en la fiesta de la facultad. Y todo ello se entremezcló con las miradas tímidas y furtivas que cruzábamos en el sofá de mi casa cuando pasamos por la situación de mi madre.

Todas nuestras miradas se unificaron en aquella mirada.

Clavamos la vista el uno en el otro durante segundos, petrificados, a la vez que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Cuando reaccionaste, apartaste la vista y te giraste hacia la izquierda para irte. No podía tenerte tan cerca y no decirte nada; no podía estar a unos metros de ti y no tocarte.

—¡¡Tristán!! —grité sin pensarlo.

Me ignoraste y seguiste caminando.

—¡¡¡Tristán!!! —chillé, más fuerte, mientras bajaba las escaleras.

Seguías avanzando y corrí detrás de ti. Te detuviste y te volviste, así que quedamos frente a frente. Me temblaba el pulso. No dijimos nada. Acerqué tímidamente mi mano a la tuya y nos agarramos los índices. Me acerqué hacia ti. Bajé la vista un segundo, y los ojos se me empañaron al instante. No podía canalizar de otra manera toda la emoción que me inundaba el pecho.

Tus ojos dejaron de estar fijos en los míos para mirarme a los labios. Te acercaste. Cerré los ojos. Nuestros labios se rozaron con tanta delicadeza que el corazón me iba a estallar.

Quería vivir en aquel beso para siempre.

CAPÍTULO 38

No puedo obligarte a perderme de nuevo.

No debí besarte

No debí llamarte. No tenía que haberte besado. Te juro que no se me pasó por la cabeza hasta ese momento. La emoción por verte pesó más que cualquier razonamiento. El sentido común tiene poco que decir en estos casos.

Allí estaba, frente a ti. Había soñado con aquel momento durante más de ocho años, casi nueve. Y, sin embargo, nada podía ser como había imaginado.

—¿Por qué me dejaste aquí, Tristán? —pregunté, mientras una lágrima empezaba a resbalar por mi mejilla.

No era una lágrima por la emoción de habernos reencontrado; no era la ilusión de tenerte conmigo de nuevo. Era el llanto de tener que separarme de ti otra vez, el sufrimiento de salir derrotada por una realidad que no nos daba tregua.

—Yo quería ir contigo —susurré.

—Por eso no te dije nada.

—No sabes cuánto te odié por decirme que no me querías. Y lo culpable que me sentí cuando comprendí por qué. Y cuánto te odié de nuevo por no haberme dejado ir contigo.

—Eso ya no importa.

—Lo siento, Tristán. Es demasiado tarde.

Me sentí muy culpable, pero la decisión estaba tomada. Se me iba a partir el alma, como se te debió partir a ti cuando me dejaste. ¡Joder, no sabía que iba a ser tan difícil!

—Tengo que irme —dije, llorando—. Esto nunca debió ocurrir.

—¿Cómo? No entiendo nada. —En tu rostro vi el pánico. Se me hizo un nudo en el estómago, igual que el nudo que se formó cuando me dejaste—. ¿Me sigues odiando por aquello?

—Siempre te he amado.

Me giré y esta vez fui yo quien huyó.

—No me busques, por favor —grité, volviéndome hacia ti.

—¡Sara!

No me volví. No podía dejar que vieras mis lágrimas por despedirme de ti. No debí haberme acercado, no debí hacernos pasar por eso otra vez. ¡Para qué gritaría tu nombre!

De camino a casa me detuve en la gasolinera. Compré un *pack* de seis *Ranses*. Fui al mirador del Serbal. Abrí una botella y, mientras la bebía, me senté en la roca mirando al infinito de aquellas montañas. Coloqué el resto alrededor del árbol.

—Lo siento, Tristán. ¡Lo siento tanto!

Estuve un rato en silencio, intentando no recordar que te había dejado atrás ni pensar en lo

que me esperaría a partir de entonces. Cuando llegué a mi piso, Jon me esperaba sentado en el rellano.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó mientras se levantaba.—Vete, Jon. Quiero estar sola.

—No, no me voy —respondió muy serio—. Lo siento, pero tienes que explicarme por qué llevas ocho años esperando por alguien y, cuando lo ves, lo besas y escapas corriendo.

—No puedo estar con él. —Me abracé a Jon y comencé a llorar.

—No entiendo nada.

—Ven.

Lo llevé a mi habitación. Le di el último cuaderno para que lo leyera. No tenía fuerzas para decirlo en voz alta.

—¿Qué es esto?

Lo leyó de manera apresurada.

—¿Esto es...?

—Sí, es lo que parece.

—Ven acá.

Me abrazó. Yo no podía parar de llorar. Era la primera persona a la que le confesaba lo que ocurría.

—Notaba algo en el pecho. Me decían que era displasia. Yo les conté... Bueno, eso, mis antecedentes, pero... aun así... siendo tan joven, tuve que insistir para que me hicieran la mamografía.

—¡Joder! ¡Qué mierda!

—Y no puedo hacerle eso a Tristán. Ocho años sin verlo y no le voy a hacer pasar por algo así. Mucho menos si...

—No lo digas.

—Me dijeron... —No pude acabar la frase y me abracé a él de nuevo.

—¿Es grave? —Asentí. No podía hablar—. Bueno, aún tendrás que tratarte. Ya veremos cómo se desarrolla. Pero creo que estar lejos de él tampoco te va a hacer bien.

—La cuestión es no hacerle mal a él. Lleva toda su vida sufriendo, la mayoría de las veces por culpa de los demás. No voy a hacerle esto, Jon. No puedo.

No debí llamarte, Tristán. Fui muy egoísta. No debí besarte. Lo sé, pero no pude evitarlo. Quizás era la última oportunidad que tenía de verte, de tocarte, de estar contigo.

Te amo y quisiera pasar mis últimos días contigo, pero tengo que limpiarme las lágrimas y ser fuerte. Como lo fuiste tú por mí. No puedo obligarte a perderme de nuevo.

Me operaban al día siguiente, aunque no le temía a la operación. A lo que tenía pánico era a todo lo que vendría después. Estaba echada en la cama, intentando dormir, aterrada. No podía quitarte de mi cabeza. Si estábamos hechos el uno para el otro, ¿por qué la vida nos ponía tantas dificultades para estar juntos?

Agarraba mi almohada con todas mis fuerzas, apretándola contra mí como quisiera apretarte a ti para deshacerme de la angustia que me devoraba por dentro. «Te quiero, Tristán», le susurré, como si aquel «te quiero» pudiera volar desde mis labios hasta tu corazón.

Me aterraba vivir lo que iba a sufrir. Tras la operación, iba a necesitar un tratamiento agresivo de quimioterapia y radioterapia para tener alguna esperanza. Después de haberte tenido delante de mí, enfrentarme a ello sin ti me daba pavor.

Fran y Ángela habían regresado desde Berlín para acompañarme durante la operación. Mi padre llegó temprano para ayudarme a preparar la maleta para el hospital y llevarme. Me dio un escalofrío al entrar. El hospital había cambiado poco.

¡Al despertar de la operación me arrepentí tanto de no haberte contado la verdad! Mi padre estaba conmigo, pero yo te necesitaba. Quería que estuvieras allí, que me dieras la mano.

—*Solo tú puedes estar guapa tras una operación* —me hubieras dicho.

Te habría mirado con media sonrisa, la que me habrían permitido mis fuerzas, y te hubiera admirado una vez más.

—Hemos extirpado los dos senos —explicó la cirujana—. El tumor parecía que ya empezaba a afectar y, dada la situación, no se puede correr ningún riesgo.

—*¿Y cuándo podremos hacer el amor de nuevo?* —hubieras preguntado para sacarme una sonrisa.

No te hubiera importado lo que hubiera pensado la cirujana porque, además, querías hacerme ver que estabas deseando hacerme el amor.

—*Esta noche me quedaré contigo* —me habrías dicho mientras me apretabas la mano, con esa mezcla de firmeza y delicadeza de la que solo tú eras capaz—. *Quería quedarse tu padre, pero ya le he dicho que yo iba a pasar aquí la noche, aunque fuera en la sala de espera. Si no hacemos mucho ruido* —me habrías susurrado—, *es posible que hoy podamos hacer el amor.*

Te habría apretado la mano con todas mis fuerzas. Sería mi forma de darte las gracias, porque era lo que necesitaba. Como siempre, sabrías lo que me hacía falta antes que yo misma. Pero te había echado de mi vida. Me había ido.

Mi padre me besó en la frente mientras me abrazaba. Él pensaba que lloraba por la operación. El dolor era otro. El dolor venía de más adentro.

Tenía que estar dos días más en el hospital. Mi padre y mi hermano estaban muy preocupados. Me veían tan alicaída que percibían que no sería capaz de enfrentarme a lo que me esperaba.

—Habla con ella —oí que mi padre, angustiado, le decía a Jon en la puerta.

—¿Qué tal? —me preguntó cuando entró.

Sonreí, con lágrimas en los ojos. Se acercó a la cama y me dio un beso en la mejilla mientras me agarraba la mano.

—No quiero vivir esto, Jon. No me veo capaz.

—No te creo. Nunca has sido de tirar la toalla. Ey, no llores.

—No puedo vivir esto sin él, Jon. —Rompí a llorar—. No debí echarlo de mi vida. Haberlo besado de nuevo y ahora estar sin él me está matando. Y lo peor es que no quiero buscarlo; no puedo hacerle pasar por esto.

—Mira, sois las personas más inteligentes que he conocido en mi vida, pero parecéis tontos, de verdad. Estáis tan preocupados pensando en lo que puede ser mejor para el otro que no os dais cuenta de que lo mejor para Tristán es estar contigo y lo mejor para ti es estar con él. No sé si la vida os dejará ser felices juntos; lo que está claro es que, separados, no lo vais a ser nunca.

No dije nada. Estuvo un rato más acariciándome la mano, pero mi mirada ya estaba perdida en la ventana y mi mente clavada en lo que tendría que vivir a partir de entonces.

Entraron Fran y Ángela después. Ellos y mi padre entraban y salían, pero yo apenas me daba cuenta de nada. Solo miraba las montañas que se veían a los lejos desde la ventana. No tendría que haberme ido de tu lado. Oía murmullos alrededor, gente entrando y saliendo, enfermeros poniendo y quitando medicación. No encontraba sentido a luchar por la vida si no te iba a volver a ver.

—Sara —creí oír cómo me llamabas en un susurro.

Recordé cómo sonaba mi nombre en tus labios y me entró un escalofrío. Cerré los ojos para recrearme en esos recuerdos, como si al abrirlos de nuevo fueras a aparecer a mi lado.

—Sara.

Me giré. ¡Eras tú, estabas allí! Suspiré al verte como si con aquella bocanada hubiera recobrado el aire.

«¿Qué haces aquí?», quise preguntar. «Ya te he dicho que es demasiado tarde», intenté exclamar. «Ya no te quiero», me hubiera gustado atreverme a decir. Estabas frente a mí y no tenía fuerza para alejarte otra vez.

No dijiste nada. Emocionado, levantaste un cuaderno. ¡Era mi cuaderno! Donde yo te escribía, en el que me desnudaba frente a ti. Ya no tenía que mentirte. Me sentí libre.

Arrugué la frente con fuerza para intentar contener el llanto, pero rompí a llorar y me abracé a ti.

—Lo siento —me disculpé entre lágrimas—. No debí mentirte.

A veces no recordaba lo jodidamente hermoso que eres.

—Lo siento mucho —continué—. No quería hacerte esto. Media vida buscándote para que me encuentres así.

—Sara, no te voy a dejar. No me voy a ir de tu lado.

CAPÍTULO 39

—¡Uf, Tristán! Van a tener que coserme los puntos de nuevo, porque se me está saliendo el corazón del pecho.

Leyendo

No me lo creía. Te tenía delante, sujetado mi cuaderno. No te iba a echar de mi lado. Quería tenerte conmigo.
—¿Sabes? —me dijiste—. Yo también te he escrito.

Mucho. Casi a diario.

—¿En serio? —contesté—. Dame, dame.

—No lo he traído.

—¿Por qué?

—No sé, cuando me da por correr por la calle como un loco que va a perder el tren prefiero ir sin cargas.

—¡Qué mal! —contesté con una sonrisa. No me creía que estuvieras allí.

—¡Estás preciosa! Solo tú puedes estar tan guapa después de una operación.

Te miré, emocionada.

—¿Qué? —preguntaste. Continuaba mirándote como una tonta.

—Oye, se me ocurre que vayas a buscar lo que me has escrito y vuelvas.

—¿En serio? ¿Me ordenas que me vaya?

—¿Vas a negar algo así a una convaleciente?

—Yo me imaginaba, no sé, reconciliarnos, sexo, romanticismo, sexo...

—Lo siento, tendrás que esperar. Si no hubieras dicho nada, ahora estaríamos haciendo el amor desafortadamente —te dije—. Culpa tuya.

—¡Cómo echaba de menos ese sentido del humor!

—¡Cómo echaba de menos esa risa!

Te acercaste a mí y creí que se tambaleaba el mundo. Cerré los ojos, cansados después de tantas lágrimas, y suspiré antes de acercar mis labios a los tuyos. Me diste dos besitos tiernos en la boca. Yo abrí los labios suavemente y fui sintiendo tu lengua acariciando la mía, con suavidad, con ternura.

Fue un beso largo, sin prisa, con la quietud de saber que teníamos todo el tiempo del mundo. Te apartaste, despacio, con tanta delicadeza como me habías besado. Entreabrí los ojos y contemplé cómo tú también los habías cerrado y cómo los estabas abriendo al mismo tiempo que yo hasta que quedaron frente a frente.

—¡Uf, Tristán! Van a tener que coserme los puntos de nuevo, porque se me está saliendo el corazón del pecho.

—¡Serás idiota! —respondiste con una gran sonrisa que me atravesó el alma.

—Y mequetrefe.

—Y un poco botarate —añadiste acercándote para darme otro beso.

—Vale, eso significa que vas, ¿no? Yo le voy a pedir a Fran que se acerque a mi casa y traiga mis cuadernos.

—¿En serio?

—Ajá —respondí—. Hoy, no entiendo por qué, no habrá nada de sexo, así que... no se me ocurre nada mejor.

No te lo creías, pero al poco saliste por la puerta para cumplir lo que te pedía. Mi padre entró a la habitación y se sentó a mi lado.

—Dice Tristán que va a pasar la noche en el hospital. Como si es en la sala de espera. ¿Quieres que se quede él contigo?

—Más que nada en el mundo —respondí en un suspiro.

—Muy bien. Yo me iré cuando él vuelva, pero, por favor, si te encuentras mal o pasa algo me avisas al instante.

—Sí, papá. Aquí estaré bien.

—Ya me lo decía mamá.

—¿El qué?

—Ya sabes que era un poco exagerada. No sé quién me recuerda a ella. Decía que solo te imaginaba feliz si estabas con él, y pensé que era una forma de hablar. Sin embargo, comparo cómo estás ahora a cómo estabas hace apenas unos minutos... Estaba muy preocupado, Sara.

—Nunca te lo dije, pero... cuando huyó... ese fin de semana...

—No tengo mucha intuición para esas cosas —me interrumpió—, pero hasta para mí era evidente.

Regresaste con lo que habías escrito. ¡Era tan tú tenerlo todo colocado! En un archivador; folios escritos a mano y clasificados por fechas en fundas transparentes. Como tus poemas. No podía ser de otra manera.

—Ay, cómo me va a gustar esto.

Adelanté unos cuantos portafolios. Tenía curiosidad por saber qué habías escrito sobre tu cumpleaños. Al sacar las hojas, cayó una vela. ¡Habías guardado una vela de tu tarta! Te miré, emocionada, y te sonreí.

Tenía molestias al mover los brazos, pero seguí buscando por los portafolios. Encontré la cuenta del motel donde pasamos la primera noche, el pago de los tatuajes, una carta del *Green Day*, las entradas para el concierto de Einaudi, el billete de avión a Cancún, unas etiquetas de *Ranses*...

—Las etiquetas son de este viernes —puntualizaste.

—No creía que tuvieras apego a las cosas materiales.

—Normalmente, no le doy valor sentimental a los objetos. No obstante, ya ves, necesitaba guardar todo esto.

—Te quiero tanto. —Te pedí que te acercaras y te di un beso en la mejilla—. Me parece que fue ayer cuando visitamos Peñíscola —dije, apoyando de nuevo la cabeza en la almohada. Acercaste tu mano para acariciarme la cara—. Me son suficientes dos minutos contigo para sentirme tan cerca de ti como entonces. Lo único que lamento es no haber tenido tiempo para disfrutarnos sin dramas.

—Sara, va a ser jodido. Pero no dudes que necesito estar contigo. Por mal que vaya todo. No quiero pasar ni un solo día más sin ti.

—Te amaré para siempre. Ahora quizás tenga fácil cumplirlo.

—¡Sara! —me recriminaste, muy serio—. No tiene gracia.

—Perdón. —Apreté la mejilla contra tu mano—. Sabes que a veces suelto tonterías para disimular el miedo. Quiero que me prometas algo. Bueno, que me lo digas, sin más. Sé que no te gusta prometer.

—Las peticiones surten mayor efecto antes del sexo —bromeaste, acercando tu cara a la mía—, no sé si lo sabes.

—Vaya, lo tendré en cuenta. —Comencé a darte besitos tiernos alrededor de tus labios—. ¿Algo así?

—Ajá —dijiste, sin dejar de darme besos.

—Buf, no, no. Voy a parar, porque creo que hoy no es una buena táctica.

—A ver —continuaste mientras te reías—, sorpréndeme.

—No quiero que tengas tu refugio fuera de mí.

Pusiste cara de extrañado. En mi cabeza sonaba tal cual lo quería expresar, pero, al verbalizarlo, comprendí que no se entendía nada.

—Desarróllalo, por favor. En dos puntos, si puede ser.

—Vale, lo intentaré. Uno, la situación está jodida. El cáncer está en estadio III. No sé si...

—No, no digas eso.

—Es cierto, Tristán —lamenté con lágrimas en los ojos—. Es la realidad.

—¡Joder!

—Voy a sufrir. Mucho. Y tú. Y ahí voy con el punto número uno. No quiero que te guardes ese sufrimiento. No lo soportes únicamente para que yo no te vea mal. Quiero que sufras conmigo, que lloremos juntos si hace falta.

—Vale —respondiste, desanimado y sin apenas voz.

—Necesito un poco más de convicción para creérmelo.

—Sí, lo intentaré. ¿Y dos?

—Dos, no se me ocurre mejor persona con quien pasar esto que contigo.

—No debí irme —te lamentaste mientras nos fundíamos en un abrazo—. No debí dejarte.

—No digas eso. ¡Eres increíble, Tristán! No sé si te quiero más de lo que te admiro o te admiro más de lo que te amo.

Intenté comenzar a leer, aunque cualquier postura me resultaba incómoda.

Hoy, cuando recuerdo cómo clavamos la mirada el uno en el otro, siento un estremecimiento que me recorre desde los pies hasta la última neurona de mi cerebro.

Apenas había leído eso cuando entró la doctora en la habitación. Habías escrito sobre el momento en que salí a agradecerte la celebración que habías organizado por la publicación de mi libro.

—¿Cómo te encuentras, Sara? —preguntó, con suavidad.

—Bien. Algo cansada.

—Ya, pero esto fuera —me riñó, posando el archivador en la mesita—. No es bueno forzar la postura.

—¡Vaya! —protesté—. Estaba deseando leerlo.

—¿Ves? —me recriminaste, al tiempo que ponías una mueca de burla.

—Te lo puede leer él —sugirió, señalándote—. Y tú descansas.

—Ah, sí, genial. —Te devolví la mueca—. Me parece una idea brillante.

—Vaya, gracias, doctora —bromeaste. Ella asintió mientras sonreía—. Por cierto... ¿cuándo cree que podremos... hacer el amor?

Solté una carcajada. La doctora te miró frunciendo el entrecejo, pero también se le dibujó una sonrisa.

—Bueno, yo esperaré unos días para que no se salten los puntos y, aun así, hay que ser muy cuidadoso y no moverse demasiado.

—Gracias, doctora —respondiste, con cierta decepción.

Yo seguía riéndome. En mi cabeza esa situación ya había ocurrido, pero no me imaginaba que fuera tan divertido verte superar la vergüenza para preguntar algo así completamente serio solo por hacerme sentir bien.

—En todo caso —se acercó a nosotros, susurrando, en tono cómplice—, recuerden que esto es un hospital y no se puede hacer mucho ruido.

—Ya has oído a la doctora. Por prescripción médica, tienes que leerme algún pasaje.

—¿Por prescripción médica? Serás caradura.

Buscaste entre las fundas hasta que diste con una que te interesó. Tu voz profunda y pausada parecía crear un halo que era como un sofá tan confortable que apetecía recostarse en él. Cada frase que habías escrito sobre nosotros era la manta con que me acurrucaba para sentirme arropada.

Samuel pedía alguna consumición en la barra y tú estabas detrás de él. Al verte, se me aceleró el corazón y me detuve. Te giraste. Se te dibujó una sonrisa enorme y, todo el miedo que había sentido durante aquellos dos días, desapareció en un segundo. Me alegré de haber ido. Mucho. Y no me importó que te dieras cuenta.

Me leíste los pasajes del día de la fiesta mientras me apretabas con fuerza la mano. Comprobar que habías sentido la misma emoción que yo por estar juntos me hacía sentir plena. Aquel momento fue tan emotivo que se esfumó toda la impotencia acumulada durante más de ocho años sin verte.

Entre los rayos de luz de los flashes de los móviles que tintineaban en el cielo, ya casi oscurecido del todo, unidos por un único dedo, tuve la sensación de que no podrían separarnos jamás de ese abrazo tan sutil.

Sonreía. Fue la primera vez que leíste para mí. Me sentía en paz, tranquila. No me imaginaba cómo podía estar mejor que en aquel momento, arrullada por tu voz y sintiendo tu mano sobre la mía. Cerré los ojos y me dejé llevar a un sueño dulce, como aquel viernes en el que me quedé dormida sobre tu pecho; aquel viernes tan lejano y que a la vez tenía más presente que nunca.

Dormí toda la noche. Cuando desperté, allí estabas, a mi lado, con mis cuadernos en la mano. De hecho, desde aquel día me cuesta recordar momentos en los que no aparezcas.

—¿Qué lees? —pregunté cuando apenas abrí un ojo y te vi con un cuaderno en la mano.

Tenía curiosidad... y vergüenza. Aunque siempre adivinabas lo que pasaba por mi mente, mostrarlo abiertamente en palabras daba un poco de vértigo. Vi que estabas en la parte en que había desparramado media tortilla por la encimera.

—Ay, es de mis momentos favoritos. Por cierto, me ha encantado que me leyeras. Me parece que ya tengo una nueva afición.

—El caso es abusar de mí. Como aún no podemos tener sexo, con la lectura.

—Ya verás cuando podamos hacer el amor. Vas a desear haberme leído *El Quijote*.

—Ja, ja, ja. Lo peor es que te creo —respondiste. Te acercaste a mis labios—. Buenos días, por cierto —dijiste con dulzura mientras seguías dándome besitos—. ¿Has dormido bien?

—Mejor que nunca —susurré apartando los labios únicamente el tiempo imprescindible.

—Te quiero, Sara. —¡Qué vuelco al corazón me daba cada vez que lo decías!

CAPÍTULO 40

Cuando tú pudiste ver el humo, mi mundo ya estaba ardiendo por completo.

Pecho

Fueron unos días repletos de ternura. Contigo siempre lo son. Después del ajetreo del día, las visitas, las entradas del personal de planta para administrar o retirar medicación, las revisiones; después de todo eso, de noche, quedábamos los dos solos en la habitación. Teníamos tiempo para charlar, contarnos todo lo que no sabíamos el uno del otro, leer lo que habíamos escrito y, sobre todo, podíamos recuperar lo que éramos, abrazados, en silencio, sin más necesidad que tenernos el uno al otro.

El jueves me dieron el alta. No habíamos comentado nada: los dos dimos por hecho que te quedarías en mi casa. Los primeros días tenía bastantes molestias, así que la mayor parte del tiempo lo pasaba en la cama. Me encantaba oler lo que cocinabas, sentir cómo limpiabas en cualquier habitación o escuchar el tintineo de los platos al fregar, esos sonidos que suenan a hogar. Tuve la misma sensación de familiaridad que cuando cocinaste conmigo, Fran y mamá, aquel momento en que supe que mi hogar estaría donde estuvieses tú.

Poco a poco, me fui encontrando mejor. Aún tenía molestias, sobre todo si movía los brazos o cargaba con algún peso, aunque fuera pequeño. ¡Tenía tantas ganas de hacer tantas cosas contigo! Bueno, algunas cosas me apetecían más que otras... pero todavía no me encontraba ni con fuerzas ni con ánimo.

Me pasé días leyendo con detalle todas las hojas de tu archivador. Cada línea que habías escrito sobre mí era un surco más en mi corazón. Tengo que reconocer que, a veces, simulaba estar cansada para que me leyeras tú. Y creo que sabías perfectamente que estaba fingiendo. Por más que refunfuñaras haciéndote el borde (¡cómo te gusta hacerte el borde!), te encantaba tanto leerme como a mí escucharte. Era de mis momentos favoritos del día.

Estaba siendo un día mágico. Era el día más feliz de tu vida, habías dicho. Para mí, aquel día compensaba tantos años en los que me había preguntado si la vida merecía la pena. ¡Sí! Por fin lo tenía claro. Contigo apoyada en mi pecho, comprendí que todos los años de sufrimiento no hacían sombra a un solo día juntos.

—Tienes que leerme la historia de la constelación del pingüino. ¿Te acuerdas?

—Buf, vagamente.

—¿En serio? —Extrañada, me incorporé para clavar mi mirada en ti—. Es de mis fragmentos preferidos. Fue mágico ver cómo te inventabas un mito griego de la nada. ¿Cómo dices que no te acuerdas?

—No me riñas —respondiste, con una sonrisa—. Recuerdo el momento, pero la historia en sí, no.

—Ah, pues tienes que leerla. Y, de paso, cambiar el final.

—No, no. Los finales no se tocan.

—De eso nada; mientras la historia no esté concluida, se puede cambiar el final. Sobre todo, si la historia la escribes tú, obviamente. Por cierto... —abrí el cajón de la mesita y saqué una hoja doblada a la mitad—, te debía esto, aunque tampoco lo recordarás. Un día acordamos escribir un símil sobre el amor. Tú tenías que compararlo con el fuego y yo con el agua. Esto es lo que yo escribí.

Desdoblaste la hoja, lo leíste y me besaste. Lo doblaste de nuevo, pero, en vez de devolvérmelo, lo guardaste en tu cartera.

—Tú lo olvidarías y no tendrás nada —reproché, burlándome de ti.

—¿En serio? ¿Aún no me conoces?

De la cartera en la que habías guardado mi hoja, sacaste un folio doblado cuidadosamente en cuatro.

—¿Te acordabas? ¡A ver!

El amor es como el fuego, a veces le puedes poner límites en una chimenea, lo controlas y lo vas construyendo poco a poco, tronco a tronco.

Otras, con una sola chispa, es capaz de arrasar bosques enteros.

Así fue como me incendiaste y, cuando tú pudiste ver el humo, mi mundo ya estaba ardiendo por completo.

Cada día trato de olvidarte. Y cada día fracaso.

Cada noche, solo en mi cama, recuerdo con una sonrisa lo que vivimos, aunque, en el momento en que tuve que separarme de ti, me convertí en ceniza.

—¡Oh, qué bonito! —Me acerqué para darte un beso—. Eres tan dulce que me va a dar diabetes.

—Siempre puedes ponerte a dieta—respondiste, provocándome, mientras me besabas.

—No, no. Que me inyecten insulina o hagan lo que quieran, que voy a comerte hasta empacharme.

Me habías visto el pecho mientras me hacían las curas y con nadie tenía más confianza que contigo; sin embargo, no sé si me daba más miedo que me vieras o si temía verme yo.

El sábado me encontraba mejor, lo suficientemente bien para salir a dar un paseo. Me estaba vistiendo en la habitación y, al alzar la camiseta para cambiarme, me vi en el espejo del tocador.

Puede que haya gente que considere que es una frivolidad preocuparse por el físico en esas circunstancias. Yo misma pensaba que no me iba a afectar tanto, pero es duro ver cicatrices en vez de tetas. Era un espantajo, como dijo mi madre.

Oí tus pasos por el pasillo y bajé la camiseta rápidamente. Entraste en la habitación y me agarraste la mano para que me levantara de la silla del tocador. Te aproximaste a mis labios y me besaste. Al separarte de mi boca emitiste un gemidito de deseo mientras te mordías el labio.

Me apretaste con fuerza las nalgas con las dos manos al tiempo que me mordisqueabas el

lóbulo de la oreja. Ibas retrocediendo y me llevabas contigo, hasta que te sentaste en la cama y me pusiste a horcajadas sobre ti. ¡Qué ganas tenía de hacerte el amor!

Empecé a moverme encima de ti. Haber estado ocho años sin sentir tus dedos rozando mi espalda provocaba que cada roce fuera un chispazo que me atravesaba de arriba abajo. Me quité el pantalón y me besaste por la zona de la barriga. Intentaste subir y levantarme la camiseta, pero te aparté. Me daba pánico mostrar lo que había debajo.

Entendiste que estaba incómoda y bajaste la camiseta de nuevo. Me agarraste las nalgas para que me moviera y, poco a poco, te fui sintiendo dentro de mí. Suspiré.

No me creía que te tuviera delante, que nos miráramos a los ojos. ¡Tanto tiempo esperando aquel momento! Tenía la sensibilidad a flor de piel y, en el calor del momento, decidí quitarme la camiseta. Quedé completamente desnuda. Me diste unos besos en la barriga, con delicadeza.

Bajé la vista y me vi horrible. Sentí que, si me seguías viendo desnuda, no te iba a gustar jamás y perderías todo el interés por mí. Sí, sé que suena estúpido, y superficial, y sé que tú no eres así, pero se me escapó alguna lágrima mientras me ponía en pie para vestirme.

—Escúchame —dijiste, muy serio—. Sé que perder los pechos es duro. Sé que, además de sufrir lo tuyo, estás reviviendo muchas cosas del pasado. Lo que quiero es que te quede clara una cosa.

No podía mirarte. Me sentía fatal. Por una parte, me sentía horrible mirando mi cuerpo y, por otra, estaba avergonzada por no poder mostrarme ante ti. ¡Ante ti! Me eché en la cama, en posición fetal, como queriendo esconderme de mí misma.

—Mírame. Nunca... —Seguía sin levantar la cabeza—. Mírame. Nunca dudes de lo especial que eres para mí. En primer lugar, te podría caer un caldero de ácido sulfúrico en la cara y te seguiría amando. Aunque te convirtieras en un pellejo andante, te querría.

—¿Un pellejo andante? —Me incorporé para mirarte a los ojos, sin poder evitar la risa.

—Y dos: no es el caso. Te veo como la mujer que eres, la más fascinante y sexy del mundo, la más...

Te tapé la boca con la mía. Esa mezcla de atracción y amor que demostrabas me volvía loca. Me puse encima de ti, pero me echaste en la cama con delicadeza y te pusiste encima de mí. Pasaste tu lengua por mi barriga, subiendo hacia el pecho. Te sujeté la cabeza para que bajaras; era lo que deseaba, pero, sobre todo, me daba miedo que subieras y enfrentarme a mi vergüenza de nuevo.

—Un día ya te avisé que estuvieras quieta.

Te miré, arrugando la frente. No tenía ni idea de qué tramabas. Abriste varios cajones hasta que encontraste unos pañuelos. Con dos, me ataste las manos. Al principio, me ataste cada muñeca a un extremo del cabecero. Creíste que quedaba demasiado tirante y que podría hacerme daño, así que me ataste a los dos barrotes centrales para que los brazos quedaran relajados y no me tiraran de los puntos.

—Oye —dije, con un poco de miedo y vergüenza—. No sé si...

—Lo de callarse no va contigo, ¿no?

Sonreí mientras negaba con la cabeza. Sacaste un pañuelo del mismo cajón y me amordazaste. Con otro, me tapaste los ojos. Temblé, nerviosa y excitada al mismo tiempo.

Intuía tu silueta, pero no veía nada. No sabía qué ibas a hacer. Sentí tu lengua por mi cuello, dando pequeños mordisquitos con los labios, con cuidado de no echarte sobre los puntos de mi pecho.

Subiste tus labios y los rozaste contra los míos. Ignorar tus intenciones y sentirte por sorpresa me estaba excitando muchísimo. Sentí tu boca frente a la mía, así que me acerqué e

intenté besarte, pero te habías apartado. Al mover tus dedos por mi estómago, me contraje por el cosquilleo. Tu boca descendió del cuello hasta mi pecho, donde me diste unos besitos tiernos y delicados alrededor de las cicatrices.

Tuve la tentación de apartarme, pero, inmediatamente, sentí tu mano izquierda acariciando mi muslo. La excitación pudo más que la vergüenza. Subiste la mano derecha hasta mi boca y tus dedos jugaron con mis labios. Conseguí atraptarte un dedo y te lo mordisqueé. Lo bajaste para acariciarme cerca de las cicatrices, donde tu boca seguía besando mi piel.

Tu mano izquierda me rozó la entrepierna y me dio un respingo que provocó que arqueara la espalda. Comenzaste a jugar con mi clítoris, moviendo tus dedos sobre él; primero despacio y con delicadeza; después, aumentando la intensidad.

Te pusiste encima de mí. Quise gritar, pero mis jadeos se ahogaban en el pañuelo. Te sentí jugar, notando tu erección entre mis piernas. Deseaba sentirte dentro.

—¿Es lo que quieres? —me susurraste al oído.

Asentí, frenética, mientras me movía intentando provocar que entraras.

—No seas impaciente.

Te apartaste. Me apeteció gritar. En cambio, ahagué un suspiro y cerré los ojos. Sin dejar de acariciarme, fuiste bajando hasta que sustituiste los dedos con los que jugasteabas en mi clítoris por tu boca. Tu lengua se movía mientras tus labios lo apretaban.

Te pusiste encima de nuevo. Durante un par de segundos no noté ningún contacto, y eso me encendió aún más. No sabía qué ibas a hacer. Y te sentí, empujando con fuerza, muy excitado. Me apetecía agarrarte por el cuello y atraerte hasta mí para besarte con rabia, pero no podía mover las manos. Te sentí como nunca. Con el movimiento agitado de nuestros cuerpos, el pañuelo de los ojos se movió lo suficiente para lograr verte entre la tela.

Observaba cómo te movías y jadeabas. ¡Qué ganas de agarrarte y abrazarte contra mí! Sentía tu respiración cerca de mi boca. ¡Qué ganas de besarte! Quería correrme, aunque intentaba esperarte para llegar juntos al orgasmo. Te mordías el labio con fuerza y te movías cada vez más rápido. No sabía si iba a poder aguantarme. Intuí que estabas llegando al final, y yo iba a explotar contigo. Justo cuando empecé a sentir el orgasmo, me quitaste con fuerza el pañuelo de la boca. Y grité, jadeando.

Me quitaste el pañuelo de los ojos. ¡Joder! ¡Cómo me mirabas! Ya no pude aguantar más y exploté mientras me contemplabas. En tus ojos sentí tal devoción y pasión hacia mí que nunca más temí dejar de atraerte.

CAPÍTULO 41

Soy Sara, la que dice palabrotas cuando le encanta la comida; Sara, la que te ama con locura, la que no soporta estar un día más en esta cama, pero, aun así, quiere resistir por la esperanza de un futuro a tu lado.

Intimidad

Aún sentía bastantes molestias de la operación cuando tuve que empezar el tratamiento. El régimen de quimioterapia incluiría una combinación de *doxorubicina* y *ciclofosfamida*, seguidos de *paclitaxel*. Ellos lo llamaban AC-T. Era un tratamiento agresivo, pero que había demostrado ser efectivo.

Tras las sesiones de quimio, me aplicarían radioterapia externa enfocada en el pecho y las zonas circundantes. Además, me administrarían lo que llamaban terapia dirigida, con un fármaco, *Herceptin*, específico para las células que producen la proteína HER2. Todo aquello iba a ser una bomba de relojería con un montón de posibles efectos secundarios.

El día antes de empezar el tratamiento, te acercaste con una maquinilla.

—¿Qué te parece si, en vez de esperar, nos adelantamos?

—Eso, ¡que se joda la quimio!

—¡Punto para los buenos!

—¿Me ayudas?

—Claro. Recuerdo cuando llegaste a mi casa, calva como una rana.

—Y lo idiota que fuiste. Quería llorar como una loca; y tú haciéndome reír.

Ataste mi melena en una coleta que ibas recortando con la tijera. Después, encendiste la maquinilla y comenzaste a raparme.

—No te iba a permitir llorar ese día. Un gesto tan grande como el que habías hecho por tu madre no merecía una lágrima, sino signos de exclamación. ¡Gigantes!

—¿Sabes qué? Ese día fue el primero en que reconocí que te amaba. Me quité la careta, al menos ante mí misma.

—Viendo *Friends*.

—Sí.

—Con la escena de Ross y Rachel.

—Mientras sonaba nuestra canción —aclaré.

—Me costaba un triunfo no ir hasta ti. Solo pensaba en abrazarte; en estar abrazados constantemente.

—¡Cada día se me hacía más difícil separarme de ti!

—Pues, mira, mi bombillita —me diste un beso en la calva—, ya no nos separaremos nunca.

—Lo de los motes cariñosos no es lo tuyo, ¿eh? Y que sepas que me he dado cuenta de que me has hablado todo el rato para que no me emocionara con el corte de pelo.

—¿Se ha notado?

—A veces dejo ver que me engañas, pero es que se te da fatal mentir.

Me levanté, rodeé tu cuello con mis brazos y te besé.

—Um —suspiraste—, nunca he hecho el amor con una calva.
—¿Ah, no?
—No.
—¿Y te apetece?
—Mucho —respondiste entre beso y beso.
—Y en aquel entonces, ¿también querías hacer el amor con esta calva?
—Ni me atrevía a imaginar tanto. Con soñar con que te besaba ya era feliz.
—Uy, qué tierno. No sé si creerte —dije, frotándome contra ti—. Esto parece decir otra cosa.
—¡Bueno, qué sabrá! Solo se acuerda de lo que quiere.
—Tú déjame a mí. Ya hago yo un interrogatorio en profundidad a ver si pensaba en mí alguna vez.

Aunque traté de mantenerlo en secreto, poco a poco la gente se fue enterando. Amigos, compañeros, conocidos del mundo editorial y del periodismo... eran muchos los que me hacían llegar sus mensajes de ánimo. Incluso hubo alguno que no me esperaba.

Desconocido

Hola, soy Melania.
18:23

Me sorprendió que me escribiera después de tanto tiempo. Nuestro último encuentro no había sido muy agradable, aunque, tras leer todo lo que te había ayudado, no me extrañó que mantuvierais la amistad y le contaras por lo que estábamos pasando. La agregué a *Contactos*.

Melania

Deseo que el tratamiento sea lo más liviano posible.
18:23
Y sobre todo que te mejores.
18:24
Siento mucho haberte tratado como te traté.
18:24
Hace tiempo, pero quería disculparme.
18:24
Estaba rabiada y lo pagué contigo.
18:24
No tengo excusa.
18:25
Espero que todo vaya bien.
18:25

Yo

Es cierto que me dolió.
18:26

Y agradezco la disculpa, aunque sea tan tarde.

18:26

Melania

Te entiendo.

18:26

Yo no sé si me perdonaría.

18:26

Lo que sí deseo de corazón es que te vaya todo bien.

18:27

Y que podáis ser felices al fin.

18:27

Os lo merecéis.

18:27

Los dos.

18:27

Yo

Gracias, Melania

18:27

No estoy enfadada contigo.

18:28

No puedo estar enfadada con la persona que tanto ha ayudado a Tristán.

18:28

Me escribió también el día que comencé el tratamiento.

Melania

Hola.

16:42

Solo venía a saludar.

16:42

En unos meses iremos a España y esperamos poder visitaros.

16:42

Y también espero que te recuperes pronto para que podáis venir a vernos y pasar unas semanas aquí.

16:43

Y así podrás disfrutar de la playa y el buen tiempo.

16:43

Y de los tíos, que están muy buenos.

16:43

Ya, ya sé. *In love* con Tristán, pero por mirar...

16:43

Yo

Ja, ja, ja.

16:47

Muchas gracias, Melania.

16:47

Tendré en cuenta la invitación.

Su mensaje me sacó una sonrisa. Mucha gente de mi entorno me escribió aquellos días. La diferencia es que Melania me escribió un día. Y al siguiente. Y al otro. Y, aunque esos días no respondí porque ya no me encontraba con ánimos de hablar con nadie, me escribió de nuevo.

Melania

¡¡Hola!!

16:27

¿Qué tal te encuentras?

16:27

Yo pregunto, pero tienes que saber que no espero respuesta.

16:28

Sé cuál es la situación y si hay días que no quieres responder me parece genial.

16:28

Yo te escribiré cada día.

16:28

Tú responde si tienes ánimo y si te apetece.

16:28

Melania enviaba al menos un mensaje al día, sin esperar nada a cambio, ni un *hola*. Supongo que sabía que yo no estaba en condiciones de ofrecer nada.

Melania

Hoy era mi día de cierre y hemos ido a escalar.

19:34

Rodri siempre está organizando escapadas y a mí me encanta.

19:34

Ese día tampoco podía contestar, pero me quedé leyendo la historia que me escribía. Siempre me contaba alguna anécdota: cómo había discutido con algún cliente porque le había dicho alguna grosería, algún detalle que había tenido con Rodri, o cómo él la esperaba alguna vez hasta que cerraban y se sentaban a desayunar frente al mar antes de ir a casa. Otras veces, cuando tenía ánimo, le contestaba y, entonces, teníamos charlas eternas.

Lo malo es que fueron pocos los días en los que tuve algo de humor a partir de ese momento.

Sabía que el tratamiento iba a ser duro, pero no suponía que pudiera serlo tanto. Me ponían todo ese veneno y después iba sintiendo cómo mi cuerpo se apagaba. Llegó un momento en que tenía que pedir ayuda para levantarme de la cama. En unas semanas, no podía hacer nada por mi cuenta.

Me convertí en una persona totalmente dependiente. No creo que pudiera haberlo soportado con otra persona al lado, ni con mi padre siquiera. Sufría viéndote atado a mí. Me dolía, Tristán, y sentía una impotencia enorme. Intentaba llorar cuando no me veías, aunque era imposible,

porque siempre estabas pendiente de mí.

Es tan duro verse sin fuerzas que, poco a poco, fui perdiendo las ganas de vivir. Me golpeaban las náuseas, la fatiga y el dolor de huesos y músculos. Me molestaba hasta la luz y el ruido. Normalmente, tenía que estar con la persiana bajada y la luz apagada. La mayoría de los días lo único que podía hacer era quedarme quieta, literalmente mirando al techo.

Íbamos a las sesiones de quimio y radioterapia. Me costaba horrores levantarme. Alquilate una silla de ruedas porque cada vez se hacía más costoso dar unos pasos. Además, contrataste a una fisioterapeuta para que viniera a casa y me ayudara a recuperar la fuerza y la movilidad, pero muchas veces era incapaz siquiera de levantarme de la cama.

Perdí el apetito por completo. Planificaste una dieta sana, sin procesados y rica en grasas saludables y proteína. Los domingos nos dábamos el capricho de comer tarta de fresa. Me encantaba, aunque muchos domingos fingía que me ilusionaba el premio; lo único que me gustaba era pasar un nuevo momento especial contigo.

Estar atada a una cama, con la muerte mirándome frente a frente, me hacía plantearme muchas cosas. La mayoría de nuestras vidas se nos pasan entre la tensión estresante del día a día. ¡Qué poco sentido tenía todo aquello en mi situación! El tiempo se escapa entre nuestros dedos mientras nos preocupamos por cosas que no recordaremos una semana después. Nos amargamos con enfados tontos o dejamos pasar los días sin valorar a quienes tenemos a nuestro lado. Aprendes que no hay muchas cosas que tengan importancia y que lo realmente importante es, al final del día, a lo que menos tiempo hemos dedicado.

Me molestaba hasta la luz del televisor, así que solo podía quedarme mirando el techo de la habitación, o, si ese día podía soportar un poco de luz, las montañas que se veían desde mi ventana. Tenía mucho tiempo para reflexionar y, en cierta manera, de tomarme el tiempo para mí que nunca me había dedicado.

Muchas veces valoran a uno por el trabajo que tiene. Incluso yo misma llegaba a creermelo que lo que me definía era que tenía éxito en el periodismo y me apasionaba escribir. Pero no; no soy Sara, «la escritora de superventas hecha a sí misma», como me habían definido algunos; ni Sara, «la periodista dispuesta a buscar la verdad sin importar quien caiga», como me catalogaban otros.

Soy Sara, la que dice palabrotas cuando le encanta la comida; Sara, la que calcula cuántos comensales puede haber en un comedor; Sara, la que se emociona con la música de los noventa, la que quiere ser mejor persona cada día, la que te ama con locura, la que no soporta estar un día más en esta cama, pero, aun así, quiere resistir por la esperanza de un futuro a tu lado.

Dicen que tenemos dos vidas, y que la segunda comienza cuando nos damos cuenta de que solo tenemos una. Yo empecé mi segunda vida en aquel momento. Me resultaba irónico que estaba aprendiendo unas lecciones de vida importantes justo cuando quizá ya no las pudiera poner en práctica. Sé que me reñirías si oyeras mis pensamientos, pero era la verdad, Tristán. ¡Había tantas cosas por vivir! Lo único que no teníamos era el tiempo para vivirlas.

Tuve que aprender a confiar aún más en ti. Me ayudabas a comer, a asearme, a ir al baño... Había perdido el más mínimo derecho a la intimidad. No podía estar a solas ni para sentirme mal conmigo misma. Es imposible explicarle a nadie lo que sentía en aquellos momentos. Solo tú lo sabes. Solo tú puedes comprenderlo sin que te haya pasado a ti, porque sé que lo vivimos juntos y que lo sufrías conmigo.

Alguna vez (pocas) me habías hecho caso y buscabas en mí tu refugio, y llorabas en mi regazo. Te dolía verme así, sufriendo, impotente, con esa dependencia absoluta. Sé que tú lo hacías encantado, que querías vivir conmigo cada una de las experiencias, por desagradables que

fuera, pero sufrías por mí y, sobre todo, porque veías tan cerca como yo el momento de la despedida.

Muchas veces leías para mí. Con la persiana bajada y la única luz del flexo que enfocaba tus folios o mis cuadernos, te sentabas en una butaca junto a la cama. Tu voz delicada y profunda comenzaba a narrar nuestras historias.

Unas veces me giraba hacia la ventana cerrada y, tras pedirte que leyeras algo de tus folios, te escuchaba. Habíamos podido construir tan pocos recuerdos... y, al mismo tiempo, eran esos recuerdos los que habían atravesado mi vida.

Otras veces, me giraba hacia ti para verte mientras leías. Qué hermoso eras. En esa postura solía perder el hilo de la historia, porque no podía dejar de admirarte. Veía tus labios moverse y sentía tu voz flotando por el aire, pero no lograba escucharte, porque me imaginaba poniéndome a horcajadas sobre ti, o besándote, o llevándote a comer a algún sitio, o paseando cerca de la playa, o diciendo alguna tontería para hacerte reír.

¡Cuánto echaba de menos tus carcajadas! Deseaba oírtelas de nuevo, aunque la mayoría del tiempo reinaba el silencio en casa. No tenía ánimos para hacer el idiota ni fuerzas para que se me ocurriera nada. Tú intentabas bromear a veces; me dolía, pero no podía responder más que con una sonrisa de medio lado, tan sutil que no estaba segura de que la pudieses percibir.

CAPÍTULO 42

Si no fuera porque me haces sentir tan viva, me sentiría muerta en vida.

Dictando

Hoy no tengo fuerzas para escribir, así que te he pedido que fueras plasmando en el papel lo que yo iba dictando. Sé que es irónico dictarte lo que te estoy contando a ti, pero me he acostumbrado a explicarte las cosas escribiéndolas, y hoy no puedo hacerlo por mí misma. Me siento paralizada, cansada, sin fuerza.

Y preciosa.

—Oye, tú no puedes poner lo que quieras —te riño.

—Si te olvidas de lo obvio, tendré que escribirlo.

—Cíñete a lo que digo —*gruñe ella malhumorada*—. ¡Oye!

—Vaaale. Escribiré solo lo que digas.

Siempre buscas la manera de hacerme sentir bien. A veces, cuando estamos en silencio, te observo sin que te des cuenta. Te adoro. No solo por lo que me cuidas, me das cariño o me haces reír, sino, sobre todo, por cómo me miras. Aunque esté tumbada, apenas pueda levantarme, me agote solo con hablar, tenga ojeras, esté delgada y calva, sigues mirándome con los mismos ojos vibrantes repletos de ternura y pasión.

Si no fuera porque me haces sentir tan viva, me sentiría muerta en vida.

Veo cómo bebes agua después de que digo esto para disimular que te has emocionado. Sí, a mí también me parece que vivimos con la emoción a flor de piel desde hace demasiado tiempo. Ojalá llegue el día en que podamos vivir la rutina. Nada me haría más feliz que aburrirme a tu lado.

El tratamiento no está funcionando.

O está funcionando más lento de lo que pensábamos.

—Que no escribas lo que quieras. Oye, tampoco pongas esto de cuando te riño.

—Ah, lo siento. Ya no se puede borrar.

—*Y Tristán cada día es más tonto* —escribo tras robarte el cuaderno.

—¡Mírala! ¡Para eso sí tienes fuerzas!

—Ah, lo siento. No se puede borrar.

Sé que aún te hago reír. Y me encanta que te rías con mis tonterías. Ojalá pudiera bromear más a menudo.

Sin embargo, la verdadera razón de pedirte que escribas... bueno, hay dos motivos, en realidad. Ya me he acostumbrado a razonar de dos en dos, como tú.

El primer motivo es que, si faltó, quiero que me recuerdes, y necesito plasmar todo lo que vivimos. Sé que no te gusta que te diga esas cosas, pero tenemos que empezar a asumirlo. De hecho, deberíamos haber empezado a asumirlo hace tiempo.

Y la segunda razón... es porque no quiero tener esta conversación contigo. Prefiero contarlo al aire y que lo escribas. No puedo mirarte a los ojos. No puedo soportar que me digas que no.

—Quiero suspender el tratamiento.

—No, eso no —dices al tiempo que posas el cuaderno en la mesita.

—Tienes que seguir escribiendo —te ordeno mientras intentas aguantar las lágrimas, sin demasiado éxito.

Hoy es mi cumpleaños. Llevaba unos días encontrándome mejor, con más ánimo. Incluso me levantaba y salía al balcón un rato. Me encanta cómo huele la ciudad en invierno.

No dijiste nada, pero sé que eso te animó a organizar una celebración. Poca cosa, porque tampoco tengo demasiadas fuerzas. Seguramente, habrías invitado a mi padre, a Fran, Ángela, y quizás a Azu y Marcos.

Desperté y ya sentí ajeteo en la cocina. Estabas preparando la comida. Sonreí. A quién no le gusta que le preparen una celebración de cumpleaños. Al poco, apareciste con el desayuno en una bandeja.

Ahora te frotas los ojos, recordándolo, porque sabes lo que te voy a contar.

—¡Felicidades!

Me apoyaste la bandeja sobre las piernas, me diste un beso en la frente y te fuiste.

—¡Te quiero! —grité.

Al primer sorbo de café vomité sobre la bandeja y toda la cama. Intenté levantarme para ir al baño. Ya ni me planteaba limpiar aquel desastre. Solo quería ir al baño para seguir vomitando. Me sentí paralizada, Tristán. No me pude mover. No me respondían las piernas.

—Tristán. —Te intenté llamar, pero apenas me salía la voz.

Me vi a mí misma paralizada, aterrada, cubierta de vómito, sin fuerzas ni para llamarte. Pasarían cinco minutos, pero para mí fue una eternidad. Regresaste para comprobar si había terminado el desayuno y me encontraste así. Me miraste, aterrado, y al momento ya estabas apartando la bandeja, abrazándome y levantándome para ir al baño.

Cuando estoy desnuda mientras me ayudas a asearme, me veo tan horrible que me digo a mí misma que ahí se acabó el romanticismo y la pasión. Después, siempre tienes una mirada en la que me siento como la persona más especial y bonita del mundo.

Sin embargo, esto fue distinto. Aquí ya no se trataba del orgullo herido o de ver que me tienen que ayudar en la acción más insignificante. Se apoderó de mí la impotencia de luchar hasta sentirme sin fuerzas, de combatir hasta la última gota de sangre y, aun así, desde el suelo, mirar hacia arriba y comprobar que el monstruo que me devora es cada vez más grande, cada vez más fuerte.

Quizás tengas que escribir tú los últimos capítulos de nuestra historia.

Es hora de asumir la derrota. No importa la dignidad. Qué más da eso ahora. Me importa vivir y, ya que no podré hacerlo durante mucho tiempo, al menos quiero tener algún momento en que pueda disfrutar. Quizás abrazarte viendo amanecer. Hasta hacer el amor contigo una última vez. Si no es demasiado pedir, incluso un último fin de semana en Peñíscola.

Lloras. Por más que agaches la cabeza, sé que lloras, Tristán. Yo también lo haría en tu

lugar. Y tratarás de convencerme con tus dos argumentos de peso. Y los entenderé, pero no hay nada que pueda hacerme cambiar de idea.

Me llevaste al baño para limpiarme, me desnudaste y me ayudaste a bañarme. Después, cambiaste toda la ropa de la cama y abriste la ventana para que ventilara la habitación.

—Diles que no vengan —te pedí una vez que me acosté de nuevo.

—Solo he avisado a los de casa. ¿No te apetece?

Negué, sin apenas fuerza. Te echaste a mi lado y pasaste el brazo por encima de mí. Estaba triste, cansada, marchita... «como una puta flor que no se riega», recordé que había dicho sobre mi madre en la misma situación, el día antes de que falleciera.

—¿Quieres que cierre la ventana?

—No, déjala así. Me gusta ver el sol mientras siento el frío.

—Ya, unas cuantas terrazas tuve que sufrir.

Sonreí levemente. No tenía fuerzas para reírme de verdad, a carcajadas, como a mí me gustaba; como siempre me hacías reír.

—Léeme algo —te pedí—. Algo sobre nosotros. La historia que me contaste mirando las estrellas.

—¿Lo de la constelación del pingüino?

Te levantaste y buscaste en mis cuadernos hasta que diste con el fragmento y comenzaste a leer.

—Espera, antes quiero escribir algo —te dije.

Me trajiste un cuaderno y un boli. En cuanto intenté dar los primeros trazos me di cuenta de que no iba a poder, así que te pedí que escribieras lo que iba dictando. Y aquí estamos; yo, derrotada, mirando al sol débil del invierno; y tú, escribiendo y llorando, mientras intentas agarrarme con la otra mano para que sienta tu cariño.

A veces, cuando hago una pausa para respirar, me acaricias y me secas las mejillas. No te esfuerces, Tristán. Estas lágrimas ya no se borran.

Solo me apetece cerrar los ojos mientras tu voz tranquila y serena, esta vez seguramente entrecortada por el llanto, me cuenta el mito que te inventaste de cómo Tristófonos y Sarífone se convirtieron en la constelación del pingüino. Solo quiero que me aprietes fuerte la mano, sentir tu apoyo, como siempre, dejarme llevar hasta cerrar los ojos y poder descansar.

CAPÍTULO 43

Te pusiste en pie y me apretaste contra ti con fuerza. Tanta, que me dio miedo pensar en lo que tenías que estar sufriendo para agarrarme así, como si quisieras atrapar mi alma para que no escapara.

De vuelta

Te prometo que pensé que jamás volvería a abrir los ojos, que tu voz sería lo último que escucharía; tu mano cálida y reconfortante, lo último que sentiría. Te juro que pensé que ese era mi final. Nuestro final. No sé si era un buen final o no. Nos habíamos reencontrado y nos amábamos. ¿Era eso suficiente? La vida no suele pagar sus deudas, pero quizás consideró que nos debía demasiado y quiso pagarnos una parte.

Abrí los ojos y allí estabas, junto a mi cama, sentado a mi izquierda, apretándome la mano con fuerza, igual que cuando quedé dormida. Miré a mi alrededor y comprobé que no estaba en mi habitación, sino en el hospital.

Tenías la cabeza apoyada en el colchón, escondida entre tus brazos. Llorabas tan fuerte que ni te percataste de que había despertado. Te había visto llorar otras veces: no eres de los que se guardan los sentimientos (salvo cuando lloras a solas para que no te oiga, porque piensas que tu sufrimiento me dañará).

Sin embargo, nunca te había visto llorar como aquel día, con estrépito, con rabia, con impotencia. Reconocía ese llanto, porque así lloré yo por mamá.

Me sujetabas mi mano izquierda con tus dos manos. Coloqué mi mano derecha sobre las tuyas. Al tocarte, levantaste la cabeza y me viste. Estabas desenchajado. No sé si te alegraste al verme o te hundiste más. Te pusiste en pie y me apretaste contra ti con fuerza. Tanta que me llegaste a hacer daño. Tanta, que me dio miedo pensar en lo que tenías que estar sufriendo para agarrarme así, como si quisieras atrapar mi alma para que no escapara.

No decías nada. No podías hablar. Y yo no sabía qué decir, así que estuvimos en silencio un rato, hasta que entró una enfermera.

—La doctora vendrá de tarde —nos informó—. De momento, va a suspender la quimioterapia unos días, hasta que tu cuerpo pueda recuperar un poco de fuerza.

—No puedo con esto, Tristán —dije cuando se fue—. Sigo pensando lo mismo: voy a interrumpir el tratamiento.

Seguías en silencio. No era un silencio de estar tranquilo, ni en paz; ni siquiera un silencio reflexivo. Me miraste y te pusiste en pie, nervioso.

—¿Sabes qué? Iba a decir que lo entendía, que te apoyaría y que es una decisión exclusivamente tuya.

Tu nerviosismo iba creciendo con cada palabra.

—Pero no —continuaste—. Siempre he mirado más por los demás que por mí mismo; esta vez no puedo. Probablemente, sea el peor momento para ser egoísta, pero necesito serlo. No puedo fingir que todo está bien.

—¿Qué pasa, Tristán? —pregunté, intentando aparentar tranquilidad, a pesar de los nervios que me atenazaban. Quedaste en silencio de nuevo, mirando hacia afuera a través del cristal de la

ventana.

—No lo hagas, Sara —hablaste, por fin—. He visto cómo te ibas. Te he visto morir —te giraste hacia mí y volví a ver tu rostro desencajado—. Sentí que te había perdido para siempre. Y ha sido horrible. No puedo perderte. No otra vez. La vida no me ha dado tregua —tu voz pareció pasar del habla inquieta del nerviosismo a la rabia—. A veces he luchado contra lo que la vida me ponía encima; otras, lo he asumido con resignación; y otras, simplemente, me he dejado llevar hasta que las cosas pasaran intentando que me afectaran lo menos posible. Pero con esto no puedo. —Negabas insistentemente con la cabeza—. Te juro que no puedo.

—No me hagas esto, Tristán —contesté, llorando.

—Te lo pido por favor —rogaste, casi sin voz, acercándote hasta ponerte frente a frente. No podía mirar esos ojos repletos de desesperación—. Te lo ruego. Sé que no debería pedirte algo así, pero... ¡hazlo por mí!

Tu voz angustiada y tu mirada suplicante me estaban matando. Me dolía la cabeza. Te sentaste y me diste la mano.

—No voy a dejarte ir sin decir nada. Te necesito y te pido... —arrugaste la frente y carraspeaste intentando contener las lágrimas durante un segundo—, te pido que luches. Sé que no debería, que es horrible lo que estás sufriendo —comencé a llorar con más fuerza y a asentir—, pero te pido un último esfuerzo.

Seguía asintiendo. Creía haber tomado la decisión definitiva de abandonar el tratamiento, pero no podía dejarte atrás sin tener en cuenta lo que sentías. No podía negarte lo único que me habías pedido en tu vida.

—Hazlo por mí —dijiste llorando de nuevo—, por ti. Por nosotros.

—Sí —contesté sin voz, entre el llanto.

—¿Sí? —Seguía asintiendo, pero no podía responder más—. ¿Lo harás? —Asentí de nuevo.

Me abrazaste, envueltos en lágrimas, emocionados. Hacer eso por ti fue lo más bonito que pude hacer por nadie, o eso me decía tu rostro ilusionado. Te juro que lo hice por ti; solo por ti, porque fue muy duro tomar la decisión de luchar por la vida cuando ya lo único que tenía en mente era descansar y dejarme llevar.

Con el paso de los días me iba encontrando algo mejor. Tendría que esperar unas semanas para reanudar el tratamiento y, en ese tiempo, logré sentirme más animada y con ganas de seguir adelante.

Mi padre venía a casa todas las mañanas. Me daba un beso y me preguntaba cómo me encontraba. Al principio, se quedaba en la habitación conmigo, pero, los días en los que no era capaz de levantarme y apenas tenía ganas de hablar, entendía que molestaba, así que solo se quedaba si yo se lo pedía. Si no, se sentaba en el salón. Para él, estar allí por si lo necesitábamos era suficiente.

Fran y Ángela pasaban largas temporadas en la ciudad. Ángela era programadora *freelance* y Fran se dedicaba al *marketing* digital, por lo que podían teletrabajar durante tiempo. Solo regresaban a Berlín para reuniones importantes que exigieran que estuvieran presencialmente allí.

Ángela era un polvorín. No podía parar un minuto ni callarse un momento. La quiero un montón, pero, en los días malos, me molestaba que estuviera en la habitación. Fran me entendía

rápidamente y se iban al salón enseguida.

Me sentía muy arropada. Cuando me encontraba tan débil y con tantos dolores que ni podía moverme, oír vuestras conversaciones por casa, alguna risa, el ajetreo en la cocina, cualquier cosa, me daba la sensación de la calidez de un hogar. Me encantaba cerrar los ojos y sentir la casa repleta de vida.

Azu y Marcos empezaron a tomar la rutina de venir cada sábado de tarde, salvo que tú los avisaras de lo contrario. Me levantaba y estábamos en el salón. Charlábamos, reíamos, jugábamos a algún juego de mesa. También Jon se involucró y se pasaba un par de veces por semana.

Melania

¿Qué tal tu primer paseo?

14:22

¿Te has mareado? ¿Cansada?

14:22

Melania me seguía escribiendo a diario. Me gustaba la tranquilidad que me daba no tener la obligación de contestar. Podía llevar una semana sin responder ninguno de sus mensajes y ella seguía escribiendo.

Cada día se interesaba por mí y luego siempre me contaba alguna de sus historias. De ser esa amiga tuya a la que tenía cierto cariño pasó a ser parte fundamental de mi vida.

Yo

Ha estado bien.

14:22

Me he cansado pronto y hemos vuelto a la media hora.

14:23

Mañana otro poco.

14:23

Melania

¡¡Genial!!

14:23

Yo

Gracias por tu apoyo, Melania.

14:23

Ya el día que te conocí le dije a Tristán que no me extrañaba que fuerais amigos, porque eres una tía genial.

14:23

Melania

Y tú.

14:23

Pero me porté como la mierda.

14:23

Yo

Eso quedó atrás, pero ahora sí tenemos confianza para sincerarme.

14:24

Me dolió mucho.

14:24

Sobre todo, porque eras la única con la que podía hablar y la única que hubiera entendido mi dolor.

14:24

Melania

Ay, no me digas eso.

14:24

Me siento fatal de pensarlo.

14:24

Yo

Sigues siendo la misma tía genial.

14:25

Todos nos equivocamos, pero has demostrado tanto desde entonces que no te puedo reprochar nada.

14:25

Melania

Sabes que estaba loca por Tristán.

14:25

Incluso tiempo después de empezar a verme con Rodri.

14:25

Ojo, ahora adoro a Rodri y no lo cambio por nadie.

14:25

Bueno... puede que por... Liam Hemsworth.

14:25

Yo

Ja, ja, ja.

14:25

Melania

Mientras Tristán estaba con Silvia, siempre tuve la sensación de que él y yo podríamos terminar juntos.

14:26

Si te soy sincera, siempre vi más química y más afinidad entre Tristán y yo que entre él y Silvia.

14:26

Eso lo pensé hasta el día de su cumple.

14:26

El día que os vi juntos por primera vez supe que no tenía nada que hacer.

14:26

Y se lo dije a él.

14:26

Yo

Sí, lo sé.

14:27

Lo he leído.

14:27

Melania

¿Cómo que lo has leído?

14:27

Yo

Sí, Tristán lleva escribiendo nuestra historia desde entonces.

14:27

Y la narra como si me la estuviera contando a mí.

14:27

Melania

¿¿En serio??

14:27

Al segundo, estaba sonando una videollamada.

—¿¡En serio!?! —se oyó nada más que descolgué.

Melania arrugaba la frente y tenía los ojos como platos. Estaba más guapa que nunca. La tez morena resaltaba esos ojazos negros ligeramente rasgados. Me hizo reír con su expresión de sorpresa e ilusión.

—¿Y qué dice de mí? ¿En qué pasajes aparezco? Quiero decir... ¿En serio está escrito? ¡Y nunca me ha confesado nada!

—Pues...

—¿Pues qué?

—Que yo también le escribía nuestra historia. La sigo escribiendo, de hecho.

—¡¡¡Me muero con vosotros!!! ¿En serio? No, a ver, yo eso tengo que leerlo.

—Ja, ja, ja.

—¡¡¡Ríete, pero necesito leerlo!!!

—Son algo muy personal. Casi como diarios.

—¿¿¿En serio??? Que no, que no, que te flipas mucho. Que eso yo lo voy a leer. O sea, esto que estamos hablando... ¿quizás quede escrito en tu historia?

—Ja, ja, ja. Puede ser. —Al oírme hablar y reírme, te acercaste hasta la habitación y abriste la puerta lo justo para asomar la cabeza—. Ven.

—¿Con quién hablas? —preguntaste.

Giré el teléfono para que vieras a Melania.

—¡¡¡Hola!!! —gritó, enseñando los dientes.

—¿Hola? —preguntaste, extrañado, arrugando la frente y mirándonos alternativamente a Melania y a mí.

—Es que en la conversación de hoy se me ha escapado que tú y yo nos escribimos y...

—¿La conversación de hoy? ¿Soléis hablar?

—A diario... —respondí.

—¿Y nunca me has dicho nada?

—Ups —dije, tapándome la boca.

Miraste a Melania, quien levantó la vista, intentando disimular.

—¿Y tú tampoco? —le reprochaste.

—Bueno, tú no me habías dicho que le escribías a Sara, así que estamos en paz. Eso sí, no

desvíes el tema, quiero leer lo que habéis escrito. El mundo necesita conocer vuestra historia.

—Ja, ja, ja —me reí—. ¡Qué dramática! ¿El mundo necesita conocer nuestra historia?

—Tristán, dile a tu novia que es muy tonta. Que no bromeo.

—Me pones un *margarita* —se oyó por detrás de Melania.

—¡Un momento! —gritó mirando hacia el lado derecho—. ¿No ves que estoy tratando unos temas importantes?

—Ah, estás trabajando —recriminaste con sorna.

—Claro. Pero soy la jefa, no sé si te acuerdas. Tenía un socio, pero me dejó aquí tirada. Así que mira, dos a uno; me debes una tú a mí. Con leer lo que tengas escrito estamos en paz.

—Ja, ja, ja —me reí de nuevo—. Yo, si lo convences a él, no tengo problema.

—Uy, eso no sé si es bueno o malo. ¡¡Que ya voy, pesado!! Os dejo... por ahora.

Cada día me lo recordaba, aunque yo le daba largas y te ponía como excusa. Recuerdo una conversación que tuvimos un par de semanas después.

Melania

Oye, Sara, no soy muy de ponerme ñoña, ya lo sabes.

12:39

Pero desearía tanto estar ahí con vosotros.

12:39

Poder abrazarte y darte ánimos.

12:39

Yo

Ya me has hecho llorar.

12:39

Sabes que yo sí soy un poco ñoña.

12:39

Me das ánimos cada día.

12:40

Y cada día te siento muy cerca.

12:40

Creo que eres la mejor amiga que podía tener.

12:40

Melania

Ahora la que llora soy yo.

12:41

Amigos he tenido muchos. Entre ellos, el mejor que se puede tener, ya sabes.

12:41

Pero con las chicas siempre me he sentido juzgada y nunca he tenido una amiga de verdad.

12:41

Contigo nunca me he sentido incómoda y siempre me has aceptado con mis locuras.

12:41

Y que digas eso... bufff, no sabes cómo estoy llorando.

12:41

Oye, ¿esto lo vas a escribir en tu libro?

12:42

¿Lo sigues escribiendo?

12:42

¿Cuándo lo voy a poder leer?

12:42

Me reí y me limpié las lágrimas.

Yo

¡¡¡No es un libro!!!

12:43

Melania

¿Cuándo voy a leer el *no-libro*?

12:43

Yo

Como si fuera terminología vegana, ja, ja. Muy bueno.

12:43

Ya te he dicho que convenzas a Tristán.

12:43

Melania

Ay, madre, empezará con sus dos motivos...

12:44

Yo

Ja, ja, ja.

12:44

Con su voz grave y profunda.

12:44

«Uno, es un atentado flagrante a nuestra intimidad».

12:44

Melania

Ja, ja, ja.

12:44

«Y dos, escribimos sobre terceras personas que no tienen por qué verse involucradas en esto».

12:44

«Jou, jou, jou».

12:44

Yo

Ja, ja, ja.

12:44

Me lo imagino.

12:45

Melania

Sí, sí.

12:45

En caso de que me deje leerlo, ya te veo pidiendo consentimientos de

protección de datos a todos los que aparecen.
12:45

Yo
Ja, ja, ja.
12:45

Al domingo siguiente decidimos invitar a comer en casa a mi padre, Fran y Ángela. Me sentía lo suficientemente bien para estar levantada y sentarme a la mesa. Preparaste arroz jambalaya vegano, con alubias rojas y garbanzos. Estaba muy sabroso y tenía un toque picante... ¡Joder, se me hace la boca agua al recordarlo!

Tú te pusiste en la cabecera más cercana a la puerta para salir a la cocina a por lo que hiciera falta. A tu izquierda, se sentó mi padre, y yo a su lado, frente a Fran. En la otra cabecera, a mi lado, se colocó Ángela.

—Al final, entre unos y otros, me haréis vegano a mí también —bromeó mi padre.

A papá le encantaba pasar tiempo con nosotros. El gesto de tristeza no se le había borrado desde que se fue mamá; estar con nosotros era lo único que le hacía sentir bien.

—Claro, papá —le animó Ángela, divertida, levantándose para servirle arroz de la paellera —, tienes que hacerte vegano, hombre.

—Eso no lo verán mis ojos —replicó Fran con media sonrisa.

Ángela nos sirvió a todos. No podía estar quieta un momento. Ese día llevaba un moño en la parte superior de la cabeza. El pelo castaño parecía ser natural. Le pasó el plato a Fran y le dio un beso en la nariz.

—Feo —le llamó. Fran se rio, para, después, agarrarla por la cintura y hacerle cosquillas.

¡Qué felices se les veía!

—¿Queréis vino? —preguntaste—. ¿Cerveza?

Cualquiera que fuera a casa enseguida se sentía como en la suya contigo. ¡Ponías todo tan fácil a todos! No podía dejar de mirarte con admiración. Te levantaste para ir a buscar la bebida. Me miraste y me subió un escalofrío por todo el cuerpo. Te sonreí como una tonta. Me devolviste la sonrisa y creí morir (metafóricamente, no te asustes).

—Yo tomaré un poco de vino, gracias —respondió mi padre.

Respiré hondo. Ese tipo de comida familiar de domingo se estaría viviendo en mil hogares. Quizás, en muchas casas, los comensales habrían ido a disgusto; incluso, en algunos casos, la decisión de asistir a la comida habría provocado alguna discusión matrimonial.

Sin embargo, yo te miraba con admiración. ¡Estaba tan orgullosa de que fueras mi pareja! «Ese es mi novio, pendiente de todo y de todos», pensaba. Miraba a Fran y Ángela, tan enamorados, tan felices juntos. Y mi padre estaba a mi lado, contento de estar con nosotros. Esa comida normal de un domingo cualquiera para mí era algo tan extraordinario que me superó ese aluvión de sensaciones y se me escaparon las lágrimas.

—Ey —Ángela se dio cuenta enseguida y me dio la mano.

En cuanto me miró, me derrumbé y rompí a llorar. Ángela rápidamente se levantó y me abrazó.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó mi padre, acariciándome el brazo.

Quería responder, pero entre los sollozos era incapaz de respirar lo suficiente para hablar.

Tú viniste corriendo. Te habías asustado. Me arrepentí de haber llorado porque en tus ojos

percibí el pánico. Te agachaste para dejar tu rostro frente al mío y apartaste mis manos de la cara.

—¿Qué pasa, Sara? —me preguntaste. Yo no podía dejar de llorar.

—¡Que soy muy feliz! —logré decir entre lágrimas—. Lo siento, no sé por qué me he puesto así. Es que... —intenté limpiarme las lágrimas e inspirar una gran bocanada de aire— hacía tanto tiempo que no estaba tan contenta.

—Tranquila, respira —me dijiste.

Fran vino hasta mí y me abrazó con fuerza.

—Esto solo es el principio —afirmó, limpiándome las lágrimas que aún brotaban de mis ojos—. Tristán, recuerdo que me dijiste que estas cosas no dependen de la justicia. Es cierto, pero esta vez sí que la vida va a ser justa y os va a permitir ser felices.

Mi padre se levantó y me abrazó a continuación.

—Venga, el arroz, que se enfría —ordenó Ángela, al tiempo que daba dos palmadas y se secaba los ojos con la manga de su jersey—. No ha estado Tristán cocinando toda la mañana para echarlo a perder.

Me diste un beso en la cabeza y me susurraste un «te quiero» que me llenó el pecho.

—Está muy rico, Tristán —afirmó mi padre.

—¡El vino! —exclamaste—. ¡No lo he traído!

—¡Oye! —gritó Fran para que lo oyeras desde la cocina—. ¿Cómo haces para que te quede tan suelto el arroz?

—Ya —dijo Ángela—, danos algún truco, porque a Fran le queda como chapapote.

—Y a ti como argamasa para levantar paredes.

—Ñi, ñi, ñi —replicó ella—. Bueno, tienes razón. Me queda casi tan mal como a ti.

—Esa me la sé yo —intervine—. La paella es lo único que se me da bien.

—¿Qué dice que se le da bien? —preguntaste mientras entrabas en el salón con el vino.

—El arroz —respondió Fran.

—No sé. Nunca me lo ha preparado, así que no puedo opinar.

—¡Vaya! Mañana te haré arroz —te prometí a la vez que te guiñaba un ojo.

—Vale, sí, os amáis y todo eso —dijo Ángela—, pero ¿lo del arroz?

—Algo fundamental —expliqué— es sofreír el arroz un poco antes de echar el caldo o el agua, así se suelta el almidón del grano y no se apelmaza. Ah, y echar el caldo muy caliente.

—Ni caso —replicaste—. Primero, se hierve el caldo y, solo cuando haya hervido, echáis el arroz; una taza de arroz por cada dos de agua.

—Qué dices, loco. Hacedme caso a mí; queda mucho mejor.

—Vale, si quieres el próximo domingo hacemos una paella cada uno y que los demás valoren.

—Hecho. —Estiré el brazo para estrechar la mano y cerrar el trato—. Eso sí, los mismos ingredientes para los dos, que si no empiezas con tus hierbajos y tus especias y queda más rico el tuyo. Hay que valorar solo cómo queda el arroz.

—Trato hecho.

—Ay, qué bien —celebró Ángela—. Duelo de paellas. Eso sí, será como elegir entre papá y mamá.

—Pues cata a ciegas —propuso Fran—. No sabremos quién hace cuál y votamos.

Seguimos comiendo. Los demás comentaban las normas que tendría el concurso. Tú continuabas mirándome, pendiente de que estuviera bien. Volví la vista hacia ti y te saqué la lengua, intentando no emocionarme otra vez. Tú arrugaste la nariz y me lanzaste un beso.

No podía mirarte sin emocionarme. Contemplaba cada pequeño detalle de tu rostro: la

curva de tus labios mientras sonreías, esa chispa que siempre tienen tus ojos cuando me miras, la forma en que tu cabello suele caer despreocupado sobre tu frente. Cada gesto y cada rasgo están grabados a fuego en mi memoria.

Si me voy, me imagino cómo mostrarás nuestros escritos a todo el que quiera. Ya, ya sé que no te gusta airear intimidades, pero nuestra historia merece ser contada. Melania tiene razón. El mundo necesita saber cómo me has amado. Cómo me amas. Cómo me amarás.

Me seguías mirando. Trataba de aferrarme a ese momento, decidida a aprovechar al máximo cada segundo que viva a tu lado. Se formó una sonrisa triste en mi boca y mis ojos se empaparon de nuevo.

«Te quiero», pude leer en tus labios mientras me traspasabas el alma con la mirada. Me llevé las manos al pecho y la mano a la boca tratando de contenerme.

Tú me lo has dado todo siempre. Yo, solo preocupaciones. Mis ojos continuaban recorriendo tu rostro mientras un nudo en la garganta amenazaba con hacerme llorar de nuevo. Quería seguir memorizando cada detalle, cada expresión, cada gesto de cariño. Esas imágenes se quedarán siempre conmigo. Incluso si las fuerzas que me das cada día no son suficientes, si me tengo que ir, nada de esto morirá. Vaya donde vaya, tú estarás conmigo.

CAPÍTULO 44

Necesitamos tocarnos constantemente, como si temiéramos que la vida volviera a separarnos.

Lo que deseábamos escribir

—¿Qué escribes, mamá?

—¡Ay, Esther, no seas bruta!

Estaba aún en la cama y Esther se tiró en plancha sobre mi estómago.

—¿Otra vez le escribes a papá? No sé por qué no se lo dices, si está en la cocina.

—Los mayores somos raros, hija.

—Yo también soy mayor. Ya tengo seis años.

—Sí, hija, muy mayor.

Me acerqué a Esther, le aparté de la cara su precioso cabello castaño claro y le di un beso en la mejilla mientras ella me miraba con sus grandes ojos, demasiado claros para decir que eran marrones y demasiado oscuros para asegurar que fuesen verdes.

—¿Te levantas? Es tarde —protestó, con una sonrisa, mientras me destapaba.

Miré el reloj: 08:42. Se ve que las nociones de tarde y temprano son diferentes según la edad.

—Vale, voy a vestirme y salimos al jardín para que papá pueda cocinar tranquilo.

—¡Genial! Voy a buscar la pelota.

Esther anotó siete goles.

—¡Esther! ¿Por qué has escrito en mi cuaderno? —reprendí al leer la frase escrita con su letra.

—Yo no he sido —gritó desde la cocina.

Me reí. Mentía igual de mal que tú.

—¡Joder, qué bueno está esto, papá! —oí que te decía.

—¡Esther! —reñiste—. Esa boca.

Solté una carcajada. Me levanté y fui a la cocina. Probé la salsa que estabas preparando para la pasta. Los sábados siempre preparabas pasta con salteado de verduras y champiñones con una salsa de tomate que nos gustaba mucho. Nos encantaba que llegara el sábado.

—¡Joder, qué rico! —exclamé mientras miraba a Esther con complicidad.

—¡Sara! —Esther se rio—. Yo, aquí, riñendo a Esther y tú... —te miramos, enseñándote los dientes y poniendo cara de angelitas—. Nada, olvídalo —te resignaste.

—¿Qué escribes? —te pregunté. En la encimera tenías pimientos, berenjena, champiñones y todos los ingredientes, mientras que, en la pequeña isleta, tenías unos folios.

—Nada que te interese. —Tapaste las hojas con tus brazos y las recogiste.

—Anda, déjame ver —rogué mientras te las intentaba quitar.

—Sí, papá, si luego se lo vas a leer.

—Bueno, pero ahora estoy escribiendo.

—Atrápalo por ahí —le ordené a Esther. Te cerramos el paso poniéndonos cada una por un lado. Poppi, como siempre que oye risas y juego, entró desde el jardín y alzó las patas delanteras

para ponerse encima de ti.

—Oye, que me dejéis. Y tú, Poppi, ¡vete al jardín! —Poppi agachó las orejas y salió, aunque, al momento, percibió que el juego continuaba y entró de nuevo.

—Hazle cosquillas, mamá —indicó Esther. Ella te sujetaba una pierna y Poppi había puesto las dos patas delanteras sobre ti. Intenté hacerte cosquillas por la barriga.

—¡Que me dejéis! —protestaste. Fingiste escapar, pero te dejaste atrapar en cuanto salimos de la cocina. Esther y Poppi te sujetaron y simulaste caer.

—¡Mamá, mamá! —gritó Esther, tirándose encima de ti. Yo me había detenido para observarlos durante un instante—. ¡Ven, rápido, que le tenemos!

—¡Cuidado, Esther, no seas bruta! —dijiste cuando se lanzó sobre tu estómago. Poppi no dejaba de darte lametones en la cara. Me lancé sobre ti también.

—¡Jod... —iba a exclamar Esther al probar la pasta en la comida. Clavaste los ojos en ella—. ¡Jopetas! ¿Qué? Iba a decir «jopetas».

—¡Jopetas, qué rico! —me burlé yo mientras te reías—. Vaya, tú dirás lo que quieras, pero no es lo mismo... No sabe igual con un «jopetas».

—Oye, ¿cuándo vais a dejar de escribiros? —preguntó Esther.

—No sé —respondí—. Aunque, la verdad, ya no tiene mucho sentido seguir contándonos nuestra historia.

—Ya, pero no la puedo dejar así, sin terminar.

—Te da urticaria, ¿no? —me burlé.

—Algo así.

—¿Qué es urticaria? —preguntó Esther.

—Unas erupciones que te salen por la piel, a veces por nervios. A papá le salen si deja algo sin terminar.

—No le hagas caso. Pero no es mala idea concluir las. Después de comer, nos ponemos a ello.

—Y yo os ayudo —sentenció Esther.

—Si tú ni siquiera habías nacido.

—¿Y qué? —contestó con chulería, encogiéndose de hombros.

—Retomaremos el tratamiento —nos dijeron en oncología—, aunque iremos ajustando las dosis hasta dar con la adecuada.

—Sea sincera, ¿hay alguna posibilidad? —pregunté—. No percibo ningún avance.

—El desgaste se debe más al tratamiento que a la enfermedad. De momento, nuestra intención es frenar el avance. Si conseguimos eso, estaremos en el buen camino.

Me agarraste la mano con fuerza.

—No quiero dar falsas esperanzas —continuó—. La situación... es la que es. Incluso así, de momento, parece que no se extiende más y eso, dadas las circunstancias, es el mejor escenario posible.

Fueron meses muy duros. Aquí lo cuento en unos párrafos, pero tú sabes todo lo que sufrimos y todo lo que lloramos. Ajustaron el tratamiento varias veces; aun así, muchos días seguía postrada en la cama. Fueron muchos los momentos en los que nos invadía la rabia y la frustración de no salir del pozo. Y eso un día. Y otro. Y el siguiente.

Sin embargo, cada visita a oncología traía consigo alguna pequeña buena noticia. Habíamos logrado detener el tumor y que no se extendiera. Fue un primer paso. A los meses me intervinieron de nuevo. Más tratamiento. Más quimio. Fueron más de dos años durísimos.

—Tengo excelentes noticias —celebró la doctora con una sonrisa—. Los resultados de su biopsia muestran que no hay signos de cáncer en su cuerpo. Ha desaparecido por completo —continuó—. Desde mañana, vamos a suspender el tratamiento, aunque no vamos a tomar ningún riesgo y haremos revisiones periódicamente para asegurarnos de que no reaparece.

—¿Está segura, doctora? —preguntaste. A mí no me salían las palabras.

—Absolutamente. Sara, sé que ha sido un camino muy largo. —Me intenté limpiar las lágrimas. Se acercó a mí y me tomó la mano—. Puedo contar con los dedos los casos en los que, con un cáncer tan avanzado y con un tratamiento tan abrasivo, la paciente se haya recuperado. Espero que seas muy feliz, porque te lo mereces; de verdad que te lo mereces.

Me puse en pie y la abracé, llorando para liberar la presión de tantos meses de tratamiento y preocupación. Para mí era una emoción indescriptible poder acostarme sin pensar en que, al día siguiente, había que ir a quimioterapia; sin la inquietud de no saber cómo me sentaría ese día; sin estar pendiente de si me podría levantar de la cama o tendría que pedir ayuda hasta para ir al baño.

—Ah, una última cosa —concluyó, sujetando la puerta mientras salíamos. Nos giramos hacia ella, expectantes—. Ya podéis hacer el amor sin ningún tipo de restricción.

Quizás ese sería un buen final para nuestra historia, aunque quedarían muchas cosas buenas sin contar y nos merecemos disfrutar recordándolas.

Quizás otro buen final sería en mitad de la fiesta sorpresa que me organizaste para celebrarlo, a la que invitaste a todos a los que podía tener algo de cariño.

Me llevaste engañada a *El Rincón de Marc*. No había cambiado demasiado. La zona de comedor seguía teniendo sus mesas altas. Entre cinco y seis personas rodeaban cada una de las dieciséis mesas; es decir, habría unas ochenta y cinco personas.

Cuando entramos tú y yo, todos rompieron en una gran ovación. Me emocioné al ver a tanta gente que me había dado su apoyo. Y, sobre todo, me emocioné por lo que te habías molestado organizando aquella fiesta.

En las primeras mesas estaban los de la pandilla.

—¡¡Venga, ese abrazo!! —exclamó Marcos.

Nos fundimos en un abrazo en grupo, conmigo en medio, mientras gritábamos.

—¡Cuidado! ¡Me asfixiáis! A ver si he sobrevivido al cáncer y no sobrevivo al abrazo de mis amigos.

—Tan tonta como siempre —se rio Vero.

En las mesas del fondo estaban mi padre, Fran y Ángela. Nos abrazamos y cuando pensaba que no quedaba nadie más, por detrás de ellos, apareció Melania. Rodri estaba con ella; pobre, a él ni lo vi. ¡¡Di un grito enorme!! Ni se me había pasado por la cabeza verla. Ella abrió los brazos. Te había contado que hablábamos, pero creo que ni tú te imaginabas hasta qué punto se había vuelto importante para mí tener a Melania en mi vida.

—¡¡¡Melania!!! —Me abracé a ella—. Pero ¿¿¿cómo???

—Tristán, que es muy pesado. Lleva diciéndonos un mes que esta semana podría ser la semana, y no queríamos perdérselo.

Entonces, Rodri pasó el brazo por encima del hombro de Melania y ella se desabrochó la cazadora dejando ver una pequeña barriguita. Yo ya lo sabía, porque me lo había contado. Me encantó ver tu mirada de sorpresa.

—Puedes cerrar la boca si quieres —bromeé.

—Eh... Sí... ¿Y esto? No sabía nada. ¡¡Enhorabuena!! —Abrazaste a Melania.

—¡¡Felicidades!! —Nos abrazamos de nuevo.

—Eh... bueno... —advirtió Rodri—, yo soy el padre. Sé que mi aportación es mínima... pero si alguien me quiere felicitar también...

—Felicidades, papá —le felicitaste, abrazándolo, después de reírnos—. ¿Ya conocemos el sexo?

—Sí, y el nombre también —respondió Melania.

—Se llamará Tristán —anunció Rodri, con una gran sonrisa.

—¿Lo vais a llamar Tristán? ¿En serio? —preguntaste, arrugando la frente—. ¿Por qué le vais a hacer eso al niño?

—¡Oye! —te reñí—. Es un nombre precioso. A mí me encanta. ¡Qué bien! —te dirigiste a Melania, abrazándola de nuevo. Luego abrazaste a Rodri—. Y sí, tú muy bien también.

—Y queremos pedirte... —continuó Rodri—, pediros a los dos, en realidad...

—¡Que seáis los padrinos! —gritó Melania al tiempo que aplaudía.

Me encantó que nos pidiera ser los padrinos del hijo de Melania y Rodri. Tú siempre habías tenido una relación especial con ella, y ella te había ayudado muchísimo durante todos estos años. Además, con lo que me había apoyado a mí, me ilusionó emparentar en la medida que fuera con ellos.

Recuerdo que en la comida que organizamos para presentarte a Ángela, terminaste por decir que sentías que éramos lo más parecido a una familia. Es irónico que hoy en día es real: somos todos familia. Por una vez, la ironía del destino es positiva.

La fiesta había concluido y estamos saliendo del bar. Yo bajaba las escaleras agarrada del brazo de Melania. A su lado iba Rodri y, delante, mi familia y los de la pandilla. Tú habías quedado atrás despidiéndote de Róber. Bajamos las escaleras; esas escaleras donde clavé mi mirada de ilusión en tus ojos tras la celebración que me habías organizado; la escalera donde me viste, desenchajada, bajo la lluvia; la escalera donde me confesaste que me querías (a voces y enfadado); aquella escalera donde me habías hecho la cobra.

—¡Esperad un segundo! —te oí gritar desde arriba—. Quiero decir algo.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —respondí.

—Ya te aviso. Es algo especial y romántico, así que intenta no arruinarlo con tu sentido del humor.

—No puedo prometer nada... —repliqué, entornando los ojos.

—¿Aún no he empezado y ya estás?

—Vale, vale. ¡¡Romanticismo al poder!! —exclamé alzando el brazo con el puño cerrado.

—Eres una mujer espectacular. En todo. Cada vez que te observo, me asombro de que exista alguien como tú. Y que, además, quieras compartir la vida conmigo, es algo que me alucina. Por eso... Sara Escudero, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Ostras! ¡Esto sí que no lo veía venir! El Tristán que yo conocía de joven, aquel que luchaba contra las convenciones sociales, diría que eso es solo un papel que no es necesario para declarar que nos queremos.

—Ya, pero es que las cosas cambian...

—Ay, ay. Aquí vienen los dos motivos... —bromeé. Todos rieron, más que nada porque sabían que era verdad.

—Por supuesto. El primero es obvio. Quiero casarme contigo porque te amo, porque siempre te amaré, porque solo puedo imaginarte a ti como compañera de viaje.

—Muy bonito. —Subí las escaleras y te di un beso en la mejilla—, pero eso ya lo sabíamos y lo haremos haya un papel de casados o no. Ya puede ser bueno el segundo motivo.

—El segundo es que cuando hablo de ti —continuaste, en un tono más suave—, o cuando pienso en ti incluso, referirme a ti como mi pareja, o mi novia, ¡¡se me queda tan pequeño!! ¡¡Cómo voy a decir que eres mi novia si eres mi mundo!! Creo que, a día de hoy, eso de «mi mundo» no se puede registrar en el juzgado, así que quiero que, al menos, al pensar en ti se me venga a la cabeza la palabra ESPOSA, así, en mayúsculas, con letras de neón.

—Ay, Tristán Palacios, sí, quiero ser tu mundo, y sí, quiero que tú seas el mío.

Me rodeaste con los brazos y me besaste.

—Ahora, quítate la ropa, que quiero hacerle el amor a mi futuro esposo.

Otro final perfecto podría ser cuando caminé hacia ti mientras me esperabas en el altar. Decidimos que haríamos una boda íntima con familiares y amigos. Nada de acantilados con vestidos blancos ondeando al viento, ni doscientos invitados, ni carros de caballos. Nos acercamos al juzgado y, después, organizamos un pequeño convite en el jardín de la casa de Azu y Marcos.

Lo habían decorado para la ocasión. Alquilieron sillas blancas a juego con el arco recubierto de rosas donde se iba a officiar una pequeña ceremonia. No sé cómo nos atrevimos a pedirle a Melania que fuera ella quien la oficiara.

A pocos metros de llegar al pequeño altar donde me esperabas, alcé la vista. Estabas nervioso, ilusionado, incluso tímido, como si fuera la primera vez que nos viéramos. «Ese va a ser mi marido», pensé, repleta de admiración. Al cruzar la mirada contigo me sentí tan plena que sonreí, llena de felicidad, y mis ojos brillaron de ilusión.

—Desde que os vi juntos por primera vez —comenzó a officiar Melania, a la que se le notaba ya mucho el embarazo— supe que erais el uno para el otro. La mayoría de nosotros tenemos que luchar cada día por construir una relación, por afianzar nuestros lazos, por encajar nuestras prioridades. Estos cabrones, no —sonreímos—. No tienen que hacer el más mínimo esfuerzo por llevarse bien, por entenderse, por quererse. —Hizo una pausa—. Bueno, y en el sexo, no quiero imaginar el rollo que tendrán en la cama.

Todo el mundo se carcajeó. Excepto tu tía, que se santiguaba. Y mi padre, al que preferí no mirar.

—Hacéis que lo vuestro sea tan fácil y fluya con tanta naturalidad que parece que enfadasteis al destino. Hizo todo lo posible para separaros, pero, por suerte, todo eso ha quedado atrás, y todas las putadas que os ha hecho la vida han fortalecido vuestro vínculo. ¡¡Os amo!! ¡¡Os necesito en mi vida!!

Le tiré un beso. Melania hizo una pausa y torció el gesto, llevándose la mano a la barriga. Rodri le acercó un vaso de agua al instante. Tomó un trago y continuó.

—Pero esto hoy no va de lo que os amo; no va de mí ni de que Rodri aún no me haya pedido matrimonio. —Rodri abrió los ojos, sorprendido, ante las risas de los demás—. Esto va

de estas dos personas maravillosas que compartirán sus vidas para siempre. Tristán —prosiguió, con solemnidad—, ¿quieres ser el mundo de Sara?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Sara sea tu mundo?

—Más que nada —respondiste.

—Limitate a un «sí, quiero», por favor —ordenó.

—Sí, quiero.

—Y tú, Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán? ¿Ya sea hacinados en vuestro minúsculo apartamento, ya sea en una lujosa mansión... digamos... en Cancún? ¿Tanto aquí, tristes y aburridos, como con unos amigos divertidísimos... en México?

—Sí, quiero —respondí.

—Y tú, Sara...

—¡Sí, quiero! —respondí gritando, ilusionada, acercándome a ti.

—Eh, no seas impaciente —me riñó.

—Perdón, perdón —me disculpé.

—Sara, ¿quieres ser el mundo de Tristán?

—Sí, quiero.

—¿Y quieres que Tristán sea tu mundo?

—Sí, sí, ¡¡¡y mil veces sí!!! —respondí, echándome sobre mí para besarme.

—Eh, eh, un momento. —Se acercó a nosotros y nos separó—. Por el poder que se me ha otorgado —volvió al tono solemne—, Tristán, yo te declaro «el mundo» de Sara. Sara, te declaro «el mundo» de Tristán. Hala, ¡¡a morrearse!!

Habías pedido que la primera canción que sonara fuera *Home*, de *Edward Sharpe and The Magnetic Zeros*, la canción que habíamos «bailado» en el pub la primera noche que pasamos juntos. Empezamos a bailar como aquel día, haciendo el tonto, saltando y dando vueltas con los brazos extendidos hasta que entró la letra. Entonces fue peor, porque me puse a cantar.

**I do love my ma and pa,
Not the way that I do love you.**
*Amo a mi mamá y papá,
No de la manera en que te amo a ti.*

Temía que me dejaras haciendo el ridículo sola, pero no, en cuanto entró la primera estrofa cantada por el chico, cantaste tú también. Así hasta el estribillo, donde cantamos a dúo, saltando, girando, señalándonos el uno al otro.

**Oh, home, let me come home.
Home is wherever I'm with you**
*Oh, hogar, déjame volver a mi hogar.
Mi hogar es donde sea que esté contigo*

A la siguiente vez que sonó el estribillo, agarré a Melania para que se uniera al centro con nosotros. Tú, a Fran. Poco a poco, todos se unieron, hasta mi padre, y votamos y gritamos hasta que terminó la canción.

Ese también podría ser un gran final; el arroz y los pétalos de rosas blancas por nuestras cabezas, el beso interminable que nos dimos bajo aquel arco, la ovación cerrada de los invitados,

la petición de matrimonio que le hizo Melania a Rodri al anochecer, los dos cantando como locos «mi hogar es donde sea que esté contigo».

Los momentos felices se amontonaban y, pocos meses después, supimos que estaba embarazada.

—¿Queréis conocer el sexo? —nos preguntaron en la revisión de las veinte semanas.

—Sí, sí —respondí con ansia. En realidad, yo no tenía predilección, pero tú, aunque no lo quisieras reconocer, sí preferías tener a una mini Sara correteando por casa—. Todavía tenemos que pensar nombres.

—Recuerda que me prometiste que lo decidiría yo —replicaste.

—De eso nada, no seas caradura. Dije que podías opinar.

—Es niña.

—¡¡Qué bien!! —aplaudí. A ti se te iluminaron los ojos—. Ahora, tenemos que pensar nombres de niña.

—Esther —anunciaste, mirándome a los ojos, sin un mínimo de duda.

¡Hala, otra vez a llorar! En serio, tengo que dejar de confiarme hasta creer que no me vas a sorprender, porque luego me entra la llorera.

Cuando nació Esther podría ser otro final; un final hermoso de la familia al completo. O quizás sería un buen final cuando descubrimos nuestro hogar, esta casita de una planta en las afueras de Peñíscola con unos metros de terreno, suficientes para una mesa de terraza y un pequeño huerto. O quizás el día que regresamos de adoptar a Poppi, felices en nuestro hogar.

Estás a mi lado mientras trato de escribir el final de nuestra historia, agarrándome por el brazo, porque necesitamos tocarnos constantemente, como si temiéramos que la vida volviera a separarnos. Sin embargo, el final no puede ser ninguno de esos momentos maravillosos, porque no se me ocurre mejor final que hoy, un sábado cualquiera, uno de esos días que no son especiales, un día que es tan *nosotros* que muero de amor.

CAPÍTULO 45

Hay que saber qué versión se escucha, porque la historia puede ser diferente.

Esthérides

—Papi, ¿hoy puedo dormir con vosotros? —preguntó Esther cuando estábamos terminando de cenar.

—¿No dices que eres mayor?

—Sí, tengo seis años.

—Pues las niñas grandes duermen solas en su habitación.

—Porfaaaaa —gimoteó dibujando un puchero en su cara.

—Vaaale —respondiste—, pero solo hoy.

—¡Bien! —celebró cerrando el puño con fuerza.

—Ahora vete a lavarte los dientes.

Me acerqué a ti mientras fregabas los platos y te abracé por detrás rodeándote por la cintura.

—¿Sabes que eso de «solo hoy» pierde validez a la vigésimo quinta vez que se dice? —bromeé mientras te daba besitos en el cuello.

—¿Ah, sí? —contestaste, juguetón.

—Sí —respondí yo sin despegar mis labios de ti.

—Intento fregar —protestaste. Cerraste los ojos y echaste la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Ajá. —Pasé mi lengua por tu cuello—. Mira —expliqué sin dejar de darte besos y mordisquitos—. Para redondear, nueve años sin vernos, a una media de cincuenta besos por día, me salen unos trescientos cincuenta besos a la semana; a unas cincuenta dos semanas por año, salen dieciocho mil doscientos por año. Me debes ciento sesenta y tres mil ochocientos. Más los intereses.

—¿Ah, sí? ¿Y esto? —Cerraste el grifo y, tras llevarme hasta ti, me besaste con lengua—. ¿Por cuántos vale este?

—No me ha quedado claro. A ver, repítelo.

Me apretaste contra ti y me besaste aún con más intensidad.

—Así.

—Umm —pensé—. Puede valer por cinco.

—Y si además... —Esta vez, al besarme, me agarraste las nalgas y me subiste a la isleta.

—Eso puede computar como veinte.

—¡Esther, hoy duermes en tu cama! —bromeaste, pensando que no nos oía—. Papá y mamá tienen que recuperar besos.

—¿El qué? —preguntó, entrando en la cocina—. ¿Por qué? —protestó—. Mira, tengo que dormir con vosotros por dos motivos. Uno...

—Ya está como su padre —señalé, llevándome la mano a la frente.

—Si solo duermo los viernes y sábados con vosotros, son dos días a la semana. Así que si hay... ¿Cuántas semanas hay al año?

—Cincuenta y dos —respondiste, mirándome con sorna.

—Cincuenta y dos semanas al año, así que... —pensó mientras movía los dedos—, son

ciento cuatro días. El año tiene trescientos sesenta y cinco días, así que hay... trescientos sesenta y cinco menos ciento cuatro...

—Doscientos sesenta y uno —la ayudé.

—Doscientos sesenta y un días en los que NO duermo con vosotros y, como mucho, ciento cuatro en los que SÍ duermo con vosotros.

—Igualita que tu madre —comentaste.

—Y dos.

—¿Lo ves? Igualita que tú —repliqué, mirándote de reojo.

—Y dos... porfi, porfi, porfi —rogó, juntando las manos y arrugando la frente con cara de pena.

—Ya veo, igualita que yo —ironizaste. Tuve que apartar la vista y mirar hacia arriba, intentando disimular.

—Que sí, amorcito. Eran bromas de papi; ya sabes cómo es.

—Sí, muy gracioso —respondió arrugando el entrecejo, enfadada—. Ahora, por simpático, nos cuentas la historia de los pingüinos.

—¿En serio? ¿Otra vez?

—Sí, pero cámbiale el final. No me gusta.

—Lo que siempre te he dicho. A ver si a tu hija le haces caso.

Te echaste en la cama y te aprisionamos una por cada lado. Comenzaste a contar cómo Tristófonos se había enamorado de Sarífone.

—Toximisa, diosa de los gases fétidos del inframundo —dijiste con voz tenebrosa—, celosa porque amaba a Tristófonos, convierte a Sarífone en pingüina.

—¡Oye, vaya morro! —protestó Esther—. ¿Por qué no convierte a Tristófonos? Sarífone no ha hecho nada.

—Tristófonos tampoco ha hecho nada —explicaste. Yo me reía—. Y es un dios muy poderoso. No puede enfrentarse a él.

—Si es tan poderoso, ¿por qué no acaba con ella? —pregunté yo.

—Primero, porque no habría cuento. Y segundo, porque Toximisa también es muy poderosa y la lucha terminaría con los dos. ¿Puedo seguir? ¿O tenéis alguna objeción más?

—No, no. Continúa —respondí a la vez que Esther y yo negábamos con la cabeza y poníamos cara de buenas.

—Benévolo ayuda a Tristófonos y lo convierte en pingüino durante los tres meses que pasan en las colonias. Cuando los pingüinos retoman su viaje a alta mar, Tristófonos deberá volver a la tierra con su forma de dios. Se pasa días de colonia en colonia buscando a Sarífone.

—Oye, no se vale —refunfuñó Esther—. En esta parte tienes que caminar como un pingüino.

—No, hija. Estoy acostado en la cama. No quiero levantarme.

—No, no, así no es —añadí yo para meter presión—. Tienes que levantarte y andar como un pingüino.

—¡¡Que camine, que camine!! —empezamos a corear.

—Ya os vale —protestaste mientras te levantabas.

—¡Bieven!

Aplaudimos y comenzaste a moverte, con los pies hacia afuera y los brazos pegados al cuerpo. Nos carcajearos. Tenías que verte. Otro día te grabo.

—Entonces, oyó un graznido a lo lejos. «Jopetas, qué rico».

—¿Seguro que dijo eso? —pregunté, arrugando la frente.

—Sí. Seguro.

—Ay, papá. No mientas. Todos sabemos lo que dijo.

—Pues por eso no es necesario repetirlo. El caso es que le regala la piedra más grande y hermosa que ha encontrado y juntos construyen el nido donde incubarán el huevo del que saldrá su hija, Esthérides.

A Esther se le dibujó una sonrisa y juntó sus manos en unos tímidos aplausos.

—¡Qué bien! —exclamó.

—Esthérides no deja de graznar nunca, ni cuando está nadando debajo del agua.

—¡Oye! —gruñó. Le diste un beso en la frente.

—Llegado el momento en que Tristófonos tiene que volver a tierra, se niega. No dejará nunca a Sarífone y a Esthérides.

—¿Y qué pasa con Toximisa? —preguntó Esther—. ¿No les lanza sus rayos fétidos?

—Eso —añadí yo—, buena pregunta. ¿Qué pasa con Toximisa?

—Mmm... no sé... igual hay que dejar el final como estaba.

—No, papá —suplicó, arrugando el entrecejo—, porfa.

—Veo una laguna argumental ahí... —me burlé, de nuevo.

—A ver... Lo que ocurrió es que los pingüinos, no sé si lo sabéis, tienen un olfato excelente. De hecho, pueden encontrar a sus parientes a distancia por el olor. Cada vez que Toximisa se aproxima a ellos, la detectan y huyen.

—¿Se pasan la vida huyendo? —protesté.

—Pues vaya gracia —añadió Esther.

—¿He acabado? Ese primer año huyen.

—¿Al año siguiente pueden incuban otro huevito? —preguntó Esther.

—No, no —me apresuré a decir yo, aterrada.

—Ja, ja, ja —te reíste—. Ya veremos, hija.

—¿Cómo que ya veremos? No, no, nada de más huevitos. —Tú y Esther os mirasteis, asintiendo—. Sigue con el cuento, anda.

—Pues bien. Sarífone presiente que Toximisa está aproximándose a la playa congelada en la que están con el grupo. Todos huyen despavoridos. Sarífone, no. «Vámonos», grita Tristófonos. «No. Estoy cansada de huir. Vete y llévate a Esthérides.» Tristófonos no sabe qué hacer, porque no quiere dejar sola a Sarífone, pero mira a la pequeña y entiende que no puede ponerla en peligro, así que huyen con el grupo. Toximisa desciende volando desde el cielo hasta verse frente a frente con Sarífone.

—Ay, papá, tengo miedo.

—Toximisa lanza algunos de sus rayos fétidos. Sarífone, con su poderoso olfato, logra saber dónde van a impactar y los esquivo. Toximisa se enfada. Grita llena de ira mientras aprieta sus manos, entre las cuales se va formando una gran bola de gases fétidos que termina con convertirse en una gigantesca esfera de fuego que podría destruir la Antártida entera.

—¡Papá! —protestó Esther tapándose la cara con la almohada.

—Sarífone sabe que no lo puede permitir. Cierra los ojos y solo puede imaginarse a Esthérides y Tristófonos en peligro por esa gran bola de fuego. Estira sus aletas hacia adelante y, entre ellas, el amor que siente por su familia va formando una gran bola rosácea con olor a arándanos.

—¿Va a poder con ella, papi?

—Toximisa lanza la pelota de fuego del tamaño de una montaña. Sarífone sigue con los ojos cerrados. Su bola de fragancia de arándanos no es más grande que una pelota, pero su olor

lo inunda todo. La bola de fuego se aproxima. Sarífone, que ya siente el calor en sus mejillas, lanza su esfera, repleta de amor. Las dos bolas impactan. Parece que nada puede acabar con esa montaña de fuego.

—Ay, Tristán, me estoy poniendo tensa yo también —dije, nerviosa.

—«¡Sarífone!», oye que gritan. Abre los ojos y ve a lo lejos a Tristófonos. Detrás de él está Esthérides. «¡Ven, rápido!». Corre hacia ellos. Las bolas siguen girando una contra la otra; la esfera de fuego pasa del naranja al rojo intenso hasta que explota y se convierte en un gran rayo rosáceo del color de la bola de arándanos que atraviesa a Toximisa, quien cae al suelo, derrotada.

—¡¡Bien!! —gritó Esther al tiempo que aplaudía.

—Cuando Toximisa se pone en pie, su túnica gris se transforma en un largo vestido de seda rosa y, bajo el influjo de la bola de arándanos, se convierte en Cariñístodes. Es ella quien dibuja a los tres pingüinos y le pide a Estréllides que convierta esos trazos en una constelación para que el mundo recuerde que nada puede vencer al amor y para que todos sepan que los tres pingüinos se amarán para siempre.

—¡¡¡Ay, te quiero!!! —Me abracé a ti y te di un beso.

—¡¡Me gusta este final!! —exclamó Esther.

—Me alegro. Hay veces que la vida no nos da opción; no obstante, en ocasiones, podemos elegir el final de nuestra historia. —Me miraste, con dulzura. Te sonreí, emocionada.

—¿Y dos? —preguntó Esther.

—¿Dos? ¿Qué dos?

—Siempre hay un dos, papá —replicó mirándote con condescendencia, al tiempo que abría sus brazos con las palmas hacia arriba para indicar que era algo obvio.

—Pues... dos... —pensaste un instante—. Hay que saber qué versión se escucha, porque la historia puede ser diferente.

—¿Cómo que la versión? —preguntó Esther—. No te entiendo.

—He contado la historia tal como la viven Tristófonos y Sarífone.

—Y Esthérides.

—Sí, y Esthérides. Quizás Toximisa tenga otra visión de los hechos. Y puede que hasta el final sea distinto.

—Sigo sin entenderte. No importa, ¿nos lo cuentas otra vez, papá? Me ha gustado mucho.

—No, hija, es tarde. Vamos a dormir.

—Porfiii —rogó.

—Sí —añadí yo—. Ahora nos enamora la historia. Otra vez.

—La última, porfa —te pidió Esther con un puchero.

—Vaaaale. Pero luego a dormir.

Rodeaste a Esther con tu brazo y ella se acurrucó contra ti mientras comenzabas a narrar la historia de nuevo. Al poco, Esther se quedó dormida. Muy despacio y con mucho cuidado para no despertarla, lograste liberar tu brazo de debajo de su espalda.

—Ay, no, termina la historia, porfa —rogué, acercándome a ti. Entornaste los ojos.

—Os aprovecháis de mí. ¡Qué suerte tenéis de que sea un poco bobo!

—Y botarate, no te olvides. —Te abracé y te di beso suave en la mejilla. Te giraste hacia mí y clavaste tus ojos en los míos. ¡Qué vuelco al corazón me da cada vez que me miras!

—Y mequetrefe —susurraste, meloso. Me besaste en los labios.

—Y pazguato. —Te devolví el beso.

—Y un poco borde —añadiste.

—Solo un poco, dice. —Te besé.

—Sarífone cierra los ojos —continuaste la historia por donde la habías dejado— y solo puede imaginarse a Esthérides y Tristófonos en peligro por la gran bola de fuego de Toximisa.

Emocionada, sabiendo que otro final era posible, me dejé llevar hasta dormirme acurrucada sobre tu pecho, mi lugar favorito.

- F i n -

*A veces, solo a veces,
es necesario conocer las dos versiones
de una historia para
llegar a comprenderla de verdad.*

*Es posible que esta
sea una de esas veces.*

